El cielo protector



Bowles, Paul

Produced by calibre 0.6.26

El cielo protector

Sobrecubierta

None
Tags: General Interest

Paul Bowles
El cielo protector

PRIMERA PARTE
Té en el Sáhara

Lo que tiene nuestro destino de nuestro
y de distinto es lo que tiene de parecido
con nuestro propio recuerdo

EDUARDO MALLEA

I

I

Se despertó, abrió los ojos. La habitación le decía poco; había estado demasiado sumergido en la nada, de la que acababa de emerger. No tenía fuerzas para definir su situación en el tiempo y en el espacio; tampoco lo deseaba. Estaba en algún lugar; para regresar de la nada había atravesado vastas regiones. En el centro de su conciencia había la certidumbre de una infinita tristeza, pero esa tristeza lo reconfortaba porque era lo único que le resultaba familiar. No necesitaba otro consuelo. Permaneció un rato completamente inmóvil, en un descanso absoluto, para hundirse luego en una de esas somnolencias ligeras, momentáneas, que suelen suceder a un sueño largo y profundo. De pronto volvió a abrir los ojos y consultó su reloj de pulsera. Fue un puro acto reflejo, porque al ver la hora se desconcertó. Se incorporó, echó una mirada a la habitación charra, se llevó una mano a la frente y con un profundo suspiro volvió a tenderse en la cama. Pero ya se había despertado; en pocos segundos más supo dónde estaba, que la tarde terminaba, que había dormido desde el almuerzo. Oía a su mujer en la habitación contigua, taconeando con sus chinelas sobre el liso suelo de baldosas, y ahora que había alcanzado otro nivel de conciencia en el que no le bastaba la mera certeza de estar vivo, ese ruido lo tranquilizaba. Pero qué difícil era aceptar la alta, estrecha habitación con su cielo raso envigado, los colores neutros de los grandes dibujos anodinos de las paredes, la ventana cerrada, con sus vidrios rojos y anaranjados. Bostezó, faltaba aire en el cuarto. Después bajaría de la alta cama para abrir la ventana, y en ese momento recordaría su sueño. Porque, aunque le era imposible reconstruir un solo detalle, estaba seguro de haber soñado. Del otro lado de la ventana habría aire, tejados, la ciudad, el mar. El viento vespertino le refrescaría la cara y en ese momento reaparecería el sueño. Por ahora lo único que podía hacer era seguir tendido como estaba, respirando lentamente, casi a punto de dormirse de nuevo, paralizado en el cuarto sin aire, no a la espera del crepúsculo, sino quedándose inmóvil hasta que llegara.

II

En la terraza del Café d'Eckmül-Noiseux, unos pocos árabes bebían agua mineral; sólo sus feces de diversos tonos de rojo los distinguían

del resto de la población del puerto. Sus ropas europeas eran grises y raídas; hubiera sido difícil decir cuál había sido el corte original de cualquiera de ellas. Los lustrabotas casi desnudos, en cuclillas sobre sus cajas, miraban el pavimento, sin fuerzas para espantar las moscas que les corrían por la cara. En el interior del café, el aire, más fresco pero inmóvil, exhalaba un tufo de vino y orina.

Sentados a una mesa del rincón más oscuro, tres norteamericanos, dos hombres jóvenes y una muchacha, conversaban tranquilamente, como las gentes que tienen tiempo de sobra para todo. Uno de los hombres, el delgado, de cara levemente crispada y ansiosa, doblaba unos grandes mapas multicolores que había desplegado sobre la mesa poco antes. Su mujer observaba, divertida y exasperada, sus meticulosos movimientos; los mapas la aburrían y él estaba siempre consultándolos. Aun en sus breves períodos de vida sedentaria, y bien pocos habían sido desde su casamiento doce años atrás, le bastaba ver un mapa para ponerse a estudiarlo apasionadamente, y entonces, en la mayoría de los casos, empezaba a proyectar un nuevo viaje imposible pero que a veces llegaban a realizar. No se consideraba un turista; él era un viajero. Explicaba que la diferencia residía, en parte, en el tiempo. Mientras el turista se apresura por lo general a regresar a su casa al cabo de algunos meses o semanas, el viajero, que no pertenece más a un lugar que al siguiente, se desplaza con lentitud durante años de un punto a otro de la tierra. Y le hubiera sido difícil decir en cuál de los muchos lugares donde había vivido se había sentido más a sus anchas. Antes de la guerra era Europa y el Cercano Oriente; durante la guerra, las Antillas y América del Sur. Y ella lo había acompañado sin reiterar demasiado sus quejas, sin demasiada amargura.

En ese momento acababan de cruzar el Atlántico por primera vez desde 1939 con gran cantidad de equipaje y la intención de mantenerse lo más lejos posible de los lugares tocados por la guerra. Porque, como pretendía él, otra importante diferencia entre el turista y el viajero es que el primero acepta su propia civilización sin cuestionarla; no así el viajero, que la compara con las otras y rechaza los aspectos que no le gustan. Y la guerra era una faceta de la época mecanizada que quería olvidar.

En Nueva York habían descubierto que África del Norte era uno de los pocos lugares para los que se podían conseguir pasajes de barco. A juzgar por sus primeras visitas en sus tiempos de estudiante en París y Madrid, parecía el lugar indicado para pasar un año o dos; en todo caso quedaba cerca de España y de Italia y siempre se podía dar marcha atrás si la cosa no andaba. El pequeño carguero los había expulsado el día anterior de su vientre confortable a los muelles calientes donde estuvieron largo rato sudando, malhumorados y ansiosos, sin que nadie les prestara la menor atención. Allí, bajo el sol

ardiente, estuvo tentado de regresar a bordo y tratar de conseguir pasaje para seguir viaje hasta Estambul, pero hubiera sido difícil hacerlo sin perder la cara, puesto que él mismo había convencido a los otros para que vinieran a África del Norte. Se limitó, pues, a echar una mirada indiferente al muelle, hizo algunos comentarios sensatos y poco halagadores sobre el lugar y dejó las cosas como estaban, resolviendo para sí meterse en el interior del país cuanto antes.

El otro hombre sentado a la mesa silbaba despacito, cuando no hablaba, melodías inacabadas. Era unos años más joven que su compañero, más robusto y asombrosamente guapo, como le decía con frecuencia la muchacha, a la manera de los galanes de la Paramount. Los rasgos de su cara lisa, por lo común poco expresiva, sugerían en general, cuando estaban quietos, una afable satisfacción.

Los tres contemplaban el resplandor de la tarde en la calle polvorienta.

–No hay duda de que la guerra ha dejado aquí sus huellas - pequeña, el pelo rubio, el cutis mate, la intensidad de la mirada la salvaba de ser bonita. Después de verle los ojos, el resto de la cara se volvía borroso, y al tratar de recordarla sólo quedaba la penetrante e interrogadora violencia de los ojos inmensos.

–Es natural. Durante un año por lo menos las tropas pasaron por aquí.

–Podían haber dejado en paz algún lugar del mundo -dijo la muchacha. Intentaba agradar a su marido, lamentaba haberse enfadado con él un momento antes por los mapas. Reconociendo el gesto pero sin entender el por qué, él lo dejó pasar.

El otro hombre se rió condescendiente y el marido lo imitó.

–¿En beneficio personal tuyo, supongo? – dijo el marido.

–En beneficio nuestro. La cosa es tan detestable para ti como para mí.

–¿Qué cosa? – preguntó él a la defensiva-. Si te refieres a este revoltijo incoloro que se llama ciudad, sí. Pero de todos modos prefiero mil veces estar aquí y no en los Estados Unidos.

La muchacha se apresuró a coincidir.

–Por supuesto. Pero no me refería a este lugar ni a ningún otro en particular. Me refería a todo el horror que deja una guerra, donde sea.

–Vamos, Kit -dijo el otro hombre-. Tú no te acuerdas de ninguna otra guerra.

Ella no prestó atención.

–La gente de cada país se va pareciendo cada vez más a la de los otros. No tiene carácter, ni belleza, ni ideales, ni cultura…, nada, nada.

Su marido se echó hacia adelante y le acarició una mano.

–Tienes razón, tienes razón -dijo sonriendo-. Todo se vuelve gris y

se volverá más gris todavía. Pero algunos lugares resistirán la enfermedad más tiempo del que supones. Verás, en el Sáhara…

Del otro lado de la calle una radio proyectaba los gritos histéricos de una soprano coloratura. Kit se estremeció.

–Rápido, vayámonos -dijo-. Tal vez podamos escapar.

Escucharon fascinados el aria que, próxima a su término, cumplía los preparativos ortodoxos para el inevitable agudo final.

Entonces Kit dijo:

–Ahora que ha terminado, quiero otra botella de Oulmès.

¾ ¡Dios mío! ¿Más de esa gaseosa? Vas a volar.

¾ Ya lo sé, Tunner, pero no puedo dejar de pensar en el agua. Todo lo que miro, sea lo que fuere, me da sed. Por primera vez siento que podría volverme abstemia para siempre. Con este calor soy incapaz de beber alcohol.

–¿Otro Pernod? – ofreció Tunner a Port.

Kit frunció el ceño.

–Si fuera Pernod de verdad…

–No es malo -dijo Tunner cuando el camarero dejó sobre la mesa la botella de agua mineral.

–*Ce n'est pas du vrai Pernod?*

-Si, si, c'est du Pernod -afirmó el camarero.

–Tomemos otro trago -dijo Port. Miró aburrido su vaso. Nadie dijo una palabra mientras el camarero se alejaba. La soprano inició otra aria.

–¡Se largó! – exclamó Tunner. Por un instante, el paso de un tranvía con su campanilla ahogó la música. Desde la sombra del toldo vieron el vehículo abierto que se tambaleaba a la luz del sol, atestado de gente andrajosa.

–Ayer tuve un sueño extraño -dijo Port-. Estuve tratando de recordarlo y acabo de conseguirlo.

–¡No! – exclamó enérgicamente Kit-. ¡Los sueños son tan aburridos! ¡Por favor!

–¡No quieres oírlo! – exclamó él riendo-. De todos modos voy a contártelo -lo dijo con cierta ferocidad que en la superficie parecía fingida, pero al mirarlo Kit comprendió que, por el contrario, él disimulaba la violencia que sentía. Kit calló la respuesta hiriente que tenía en la punta de la lengua.

–Lo contaré rápidamente -dijo Port sonriendo-. Sé que me haces un favor al escucharme, pero no puedo recordarlo con claridad si me limito a pensar. Era de día y yo viajaba en un tren que iba cada vez a más velocidad. Me dije: «Vamos a meternos en una gran cama bajo montañas de sábanas.»

Tunner dijo malicioso:

–Consultar el *Diccionario gitano de los sueños,* de Madame La Hiff.

–Calla. Y pensé que si quería podía empezar a vivir de nuevo, volver al principio y llegar hasta hoy, viviendo exactamente la misma vida hasta el más ínfimo detalle.

Kit cerró los ojos desconsolada.

–¿Qué sucede? – le preguntó Port.

–Me parece sumamente desconsiderado y egoísta insistir en esa forma sabiendo lo aburrido que es.

–Pero es que a mí me divierte mucho… -se le iluminó la cara-. Y apuesto a que en todo caso Tunner quiere oírlo. ¿No es verdad?

Tunner sonrió.

–Los sueños son mi especialidad. Conozco el La Hiff de memoria.

Kit abrió un ojo y lo miró. Llegaban las bebidas.

–Entonces me dije: «¡No! ¡No!» No podía soportar la idea de pasar nuevamente por todos aquellos miedos, por todos aquellos sufrimientos. Y, sin motivo, miré los árboles por la ventana y me oí decir: «¡Sí!» Porque sabía que estaba dispuesto a pasar otra vez por todo con tal de sentir el olor de la primavera de mi infancia. Pero ahí me di cuenta de que era demasiado tarde, porque mientras pensaba «¡No!» me había arrancado los incisivos como si fueran de yeso. El tren se había detenido, yo tenía los dientes en la mano y me eché a llorar. Con esos sollozos terribles de los sueños, que nos sacuden como un terremoto, ¿sabes?

Torpemente, Kit se levantó de la mesa y se dirigió a la puerta que decía *Dames.* Lloraba.

¾ Déjala -dijo Port a Tunner, en cuya cara se veía la preocupación-. Está agotada. El calor la demuele.

III

Leía, sentado en la cama, con sólo un par de *shorts.* La puerta que comunicaba las dos habitaciones estaba abierta; la ventana también. Un faro desplazó su haz luminoso sobre la ciudad y el puerto en un amplio, lento círculo, y por encima del tránsito intermitente una campanilla eléctrica insistente sonaba sin parar.

–¿Es del cine de al lado? – preguntó Kit.

–Debe de ser -contestó él distraído, sin dejar de leer.

–Me pregunto qué darán.

–¿Qué? – dejó el libro-. ¡No me dirás que tienes interés en ir!

–No -pareció dudar-. Me lo pregunto solamente.

–Te lo diré. Es una película en árabe titulada Se *alquila una novia.* Así dice el subtítulo.

–Es increíble.

–En efecto.

Kit apareció en la habitación fumando pensativa un cigarrillo y dio vueltas durante un minuto. Port alzó la vista.

–¿Qué pasa? – preguntó.

–Nada -se detuvo-. Hay algo que me molesta un poco. Creo que no debiste contar el sueño delante de Tunner.

Port no se atrevió a preguntar: «¿Por eso llorabas?», pero dijo:

–¡Delante de Tunner! Lo conté tanto para él como para ti. ¿Qué es un sueño? ¡Por favor, no lo tomes todo tan a la tremenda! ¿Y por qué no podía oírlo? ¿Qué pasa con Tunner? Hace años que lo conocemos.

–Es muy chismoso. Lo sabes. No le tengo confianza. Todo le sirve para fabricar un cuento.

–¿Pero con quién ha de chismear aquí? – preguntó Port exasperado.

Ahora fue Kit quien se irritó.

–¡Ah, aquí no! – estalló-. Pareces olvidar que algún día regresaremos a Nueva York.

–Lo sé, lo sé. Cuesta creerlo, pero supongo que sí. ¿Qué tiene de terrible que recuerde cada detalle y lo repita a todos nuestros conocidos?

–Es un sueño tan humillante… ¿No te das cuenta?

–¡Ah, mierda! Hubo un silencio.

–¿Humillante para quién? ¿Para ti o para mí?

Kit no contestó. Él siguió:

–¿Qué quieres decir con eso de que no le tienes confianza a Tunner? ¿En qué sentido?

–Oh, supongo que le tengo confianza. Pero nunca me he sentido totalmente cómoda con él. Jamás lo he considerado un amigo íntimo.

–¡Esto sí que es bueno, ahora que estamos aquí con él!

–Está bien. Me gusta mucho. No me interpretes mal.

–Pero algo quisiste decir.

–Claro que quise decir algo. Pero no tiene importancia.

Regresó a su habitación. Él se quedó un momento contemplando el cielo raso con aire desconcertado.

Se puso a leer de nuevo y se detuvo.

–¿Estás segura de que no quieres ver *Se alquila una novia?*

–Completamente segura.

Port cerró el libro.

–Me parece que voy a salir una media hora.

Se levantó, se puso una camisa deportiva, un par de pantalones de algodón y se peinó. Kit estaba en su habitación limándose las uñas junto a la ventana abierta. Él se inclinó y la besó en la nuca, donde el sedoso pelo rubio se rizaba.

–Lo que te has puesto es maravilloso. ¿Lo conseguiste aquí?

Husmeó ruidosamente, apreciativo. Después cambió de voz para decir:

–¿Pero qué quisiste decir con lo de Tunner?

–¡Port, por el amor de Dios, no hables más del asunto!

–Está bien, nena -dijo sumiso, besándole el hombro. Y con una inflexión de fingida inocencia:

–¿No puedo siquiera pensarlo?

Kit no dijo nada hasta que él llegó a la puerta. Entonces levantó la cabeza y dijo con despecho:

–Después de todo, es más asunto tuyo que mío.

–Vuelvo en seguida -dijo Port.

IV

Anduvo por las calles, buscando inconscientemente las más oscuras, feliz de estar solo y de sentir el aire nocturno en la cara. Las calles estaban atestadas. Las gentes lo empujaban al pasar, lo miraban desde umbrales y ventanas, hacían francos comentarios sobre él -por la cara no se podía adivinar si inspiraba simpatía o no- y a veces se detenían para observarlo.

«¿Hasta qué punto son amistosos? Sus caras son máscaras. Todos parecen tener mil años. La poca energía que poseen se reduce al ciego, masivo deseo de vivir, porque ninguno de ellos come lo suficiente para tener fuerzas propias. ¿Qué piensan de mí? Probablemente nada. ¿Me ayudaría alguien si tuviera un accidente? ¿O me dejarían tendido en la calle hasta que la policía me encontrara? ¿Qué motivo tendría alguno de ellos para ayudarme? No les queda religión. Saben lo que es el dinero y cuando lo consiguen lo único que quieren es comer. ¿Y qué tiene eso de malo? ¿Por qué me pongo así con ellos? ¿Sentimiento de culpa por estar sano y bien alimentado? Sin embargo, el sufrimiento se distribuye por partes iguales entre los hombres: cada uno ha de aguantar el mismo fardo…» Algo le decía que esta idea era falsa, pero en aquel momento era una creencia necesaria: no siempre es fácil soportar las miradas de los hambrientos. Con esas ideas podía seguir caminando por las calles. Era como si él o los otros no existieran. Ambas suposiciones eran posibles. La criada española del hotel le había dicho ese mediodía: *La vida es pena.* «Así es», contestó, sintiéndose en falso, preguntándose si un norteamericano puede, sin mentir, aceptar una definición de la vida como sinónimo de sufrimiento. Pero en ese momento aprobó el sentir de la mujer porque era vieja, reseca, tan visiblemente pueblo. Durante años había tenido, entre otras, la superstición de que la realidad y el conocimiento verdadero podían descubrirse hablando con las clases trabajadoras. Y si bien ahora veía claramente que las fórmulas que esas clases aplicaban para pensar y hablar eran invariables y adocenadas -y, por tanto, tan lejos de la verdad profunda como las de cualquier otra-, solía descubrirse en actitud de espera, con la infundada fe en que de esas bocas aún podían brotar las perlas de la sabiduría. Mientras seguía andando se dio cuenta de pronto de su nerviosidad porque iba trazando con el índice de la mano derecha rápidos y repetidos ochos.

Suspiró y dejó de hacerlo.

El ánimo se le levantó un poco al llegar a una plaza relativamente iluminada. En los cafés de los cuatro lados habían sacado mesas y sillas no sólo a las aceras, sino también a las calzadas, de modo que ningún vehículo podía pasar sin volcarlas. En medio de la plaza había un pequeño jardín adornado por cuatro plátanos podados en forma de parasoles. Debajo de los árboles, una docena de perros de diversos tamaños se agitaban en mezcla confusa, ladrando con frenesí. Cruzó lentamente la plaza, procurando sortearlos. Mientras avanzaba cautelosamente bajo los árboles notó que a cada paso aplastaba algo. El suelo estaba cubierto de grandes insectos; sus duros caparazones se quebraban con pequeños estallidos perfectamente audibles a pesar del ruido de los perros. Tuvo conciencia de que normalmente se hubiera estremecido de asco ante un fenómeno semejante, pero que esa noche, sin razón, experimentaba una sensación infantil de triunfo. «Estoy perdiendo la chaveta», pensó, «¿y qué?». Las pocas personas dispersas en las mesas estaban en general calladas, pero cuando hablaban se oían los tres idiomas de la ciudad: árabe, español, francés.

Lentamente, la calle empezó a bajar; se sorprendió porque había imaginado que toda la ciudad estaba construida sobre la pendiente que miraba al puerto y él había optado deliberadamente por caminar hacia adentro y no en dirección al muelle. Los olores del aire eran cada vez más fuertes. Variaban, pero todos correspondían a un tipo u otro de basura. Esa proximidad con un elemento, por así decirlo, prohibido lo exaltó. Se abandonó al placer perverso de seguir poniendo maquinalmente un pie delante del otro, aunque su fatiga era innegable. «De pronto me encontraré doblando y caminando de vuelta», pensó. Pero no antes de decidirlo. Postergaba de un momento a otro el impulso de volver sobre sus pasos. Finalmente dejó de sorprenderse: comenzaba a obsederlo una vaga visión: Kit, sentada junto a la ventana abierta, limándose las uñas y mirando la ciudad. Como su imaginación, conforme pasaban los minutos, volvía cada vez con más frecuencia a aquella escena, se consideró, inconscientemente, como el protagonista y a Kit como la espectadora. En ese momento la validez de su existencia se fundaba en el supuesto de que Kit no se hubiera movido, de que continuara allí sentada. Era como si ella pudiera verlo todavía desde la ventana, pequeño y lejano, subiendo rítmicamente la colina y bajando a través de la luz y la sombra; era como si sólo ella supiera cuándo dar media vuelta y volver atrás.

Ahora los faroles se iban espaciando y las calles ya no estaban pavimentadas. Pero aún había algunos niños que jugaban entre las basuras y gritaban. Una piedrecita le dio en la espalda. Se volvió rápidamente, pero estaba demasiado oscuro para saber de dónde venía. Segundos más tarde, otra piedra que venía de frente aterrizó

contra su rodilla. En la luz escasa vio un grupo de niños que se dispersaba. Desde otra dirección cayeron más piedras, pero sin tocarlo. Más lejos, bajo la luz de un farol, se detuvo y trató de ver los dos bandos en guerra, pero todos se perdieron en la oscuridad y él siguió andando con paso tan rítmico y maquinal como antes. Desde la calle en sombras un viento caliente y seco le sopló en la cara. Husmeó sus relentes de misterio y sintió nuevamente una exaltación insólita.

La calle, cada vez menos urbana, parecía negarse a acabar, flanqueada a ambos lados por cabañas. A partir de cierto punto, las luces desaparecieron y las viviendas mismas se hundieron en la oscuridad. Un viento del sur que soplaba de las montañas invisibles se arrastraba sobre la vasta *sebkha* chata hasta los bordes de la ciudad, levantando cortinas de polvo que trepaban hasta la cresta de la colina y se perdían en el aire, encima del puerto. Se detuvo. El último arrabal posible se enhebraba en el hilo de la calle. Más allá de la última cabaña, el basural y el camino de cascote se precipitaban bruscamente en tres direcciones. Abajo, en la penumbra, el suelo parecía surcado de hondonadas como pequeños desfiladeros. Port alzó los ojos al cielo: la polvorienta cinta de la vía láctea parecía una gigantesca fisura en el firmamento por la que se filtraba una débil luz blanca. Oyó a lo lejos una motocicleta. Cuando se apagó su sonido se escuchó el canto intermitente de un gallo, como las notas más altas de una melodía repetida de la que el resto fuera inaudible.

Comenzó a bajar por el barranco hacia la derecha, resbalando en el polvo y las espinas de pescado. Una vez abajo, tanteó una roca que parecía limpia y se sentó. El hedor era intenso. Encendió un fósforo: vio a sus pies una espesa capa de plumas de gallina y cortezas de melón podridas. Al levantarse oyó pasos, arriba, al final de la calle. Una figura se recortaba en lo alto del terraplén. No dijo nada, pero Port estaba seguro de que lo había visto y seguido, sabía que estaba allí sentado. La figura encendió un cigarrillo y por un momento Port vio un árabe tocado con una *chechia.* El fósforo trazó en el aire una parábola de luz menguante, el rostro desapareció y sólo quedó el punto rojo del cigarrillo. El gallo cantó varias veces. Por fin, el hombre exclamó:

–*Qu'est-ce ti cherches là?*

«Ahora empiezan las complicaciones», pensó Port. No se movió.

El árabe esperó un poco. Caminó hasta el borde mismo del declive. Una lata rodó ruidosamente hacia la roca donde Port estaba sentado.

–*He! M'sieu! Qu'est-ce ti vo?*

Decidió contestar. Su francés era bueno.

–¿Quién? ¿Yo? Nada.

El árabe bajó el barranco y se detuvo frente a él. Con gestos característicos de impaciencia, casi de indignación, continuó

inquiriendo:
–¿Qué haces aquí solo? ¿De dónde vienes? ¿Qué quieres? ¿Buscas algo?
A lo que Port contestó, desganado:
–Nada. De allá. Nada. No.
Por un instante, el árabe calló, tratando de ver qué giro daría al diálogo. Aspiró varias bocanadas profundas hasta hacer brillar el cigarrillo; después lo arrojó, exhalando el humo.
–¿Quieres dar un paseo? – preguntó.
–¿Cómo? ¿Un paseo? ¿Adónde?
–Allá -agitó el brazo en dirección a la montaña.
–¿Qué hay allá?
–Nada.
Hubo otro silencio entre los dos.
–Te pago una copa -dijo el árabe, y agregó de inmediato:
–¿Cómo te llamas?
–Jean.
El árabe repitió el nombre dos veces, como si considerara sus méritos.
–Yo -golpeándose el pecho- Smail. Bueno, ¿vamos a beber?
–No.
–¿Por qué no?
–Porque no tengo ganas.
–No tienes ganas. ¿Qué es lo que quieres hacer?
–Nada.
De pronto, toda la conversación volvió al principio. Sólo la inflexión de la voz del árabe, ahora francamente ofendido, marcaba una diferencia:
–*Qu'est-ce ti fi là? Qu'est-ce ti cherches?*
Port se levantó y empezó a trepar el barranco, pero era difícil. A cada paso resbalaba. De golpe, el árabe estuvo a su lado, tironeándole del brazo.
–¿Dónde vas, Jean?
Sin contestar, Port hizo un gran esfuerzo y alcanzó la cima:
–*Au revoir* -exclamó, caminando velozmente por el centro de la calle. Lo oía trepar desesperadamente detrás; poco después estaba a su lado.
–No me esperaste -dijo en tono ofendido.
–No. Te dije adiós.
–Voy contigo.
Port no contestó. Anduvieron un buen trecho en silencio. Cuando llegaron al primer farol, el árabe metió la mano en un bolsillo y sacó una billetera gastada. Port lo miró de reojo y siguió andando.
–¡Mira! – gritó el árabe, agitando la billetera delante de sus

narices. Port no miró.

–¿Qué es? – preguntó con tono brusco.

–Estuve en el Quinto Batallón de Tiradores de Elite. ¡Mira el papel! ¡Verás!

Port apretó el paso. Pronto empezó a aparecer gente en la calle. Nadie los miraba. Se hubiera dicho que la presencia del árabe a su lado lo volvía invisible. Pero ahora ya no estaba seguro del camino. Nunca permitiría que el otro lo advirtiera. Siguió andando en línea recta, como si no tuviera dudas. «Llegar a lo alto de la colina y bajar», se dijo, «no puedo equivocarme.»

Nada parecía familiar: las casas, las calles, los cafés, hasta la distribución de la ciudad con respecto a la colina. En vez de encontrar la cima para después empezar el descenso, descubrió que las calles subían visiblemente, cualquiera que fuese la dirección que tomara; para poder bajar tendría que dar marcha atrás. El árabe caminaba solemnemente, a veces a su lado, otras deslizándose atrás cuando no había espacio para seguir juntos. Ya no trataba de conversar; Port observó con placer que jadeaba un poco.

«Puedo seguir así toda la noche si hace falta», pensó, «pero ¿cómo diablos llegaré al hotel?».

De pronto llegaron a una calle no más ancha que un pasaje. Por encima de sus cabezas las paredes casi se juntaban. Port vaciló un instante: no tenía ganas de meterse en ese callejón y además era obvio que no llevaba al hotel. En este breve lapso, el árabe volvió a la carga:

–¿No conoces esta calle? Se llama Rue de la Mer Rouge. ¿La conoces? Ven. Hay cafés árabes de este lado. Aquí cerca. Ven.

Port reflexionó. Quería a toda costa seguir demostrando que conocía la ciudad.

–*Je ne sais pas si je veux y aller ce soir* -pensó en voz alta.

El árabe, excitado, le tironeó de la manga.

–*¡Si, si!* -exclamó-. *¡Viens!* Te pagaré una copa.

–No bebo. Es muy tarde.

Dos gatos se maullaron cerca. El árabe les chistó y golpeó con los pies el suelo; los gatos huyeron en direcciones opuestas.

–Tomaremos té, entonces.

Port suspiró.

–Bien -dijo.

La entrada del café era complicada. Franquearon una puerta baja, en arco, y siguieron por un oscuro pasillo hasta desembocar en un jardincillo. Había en el aire un fuerte perfume de iris al que se agregaba un olor acre de alcantarilla. Cruzaron a oscuras el jardín y subieron una larga escalera de piedra. Desde arriba llegaba el *staccato* de un tam tam; su indolente sonido flotaba sobre un mar de voces.

–¿Nos sentamos afuera o adentro? – preguntó el árabe.

–Afuera.

Port aspiró el olor estimulante del *haschich* e, inconscientemente, se alisó el pelo al llegar a lo alto de la escalera. El árabe observó hasta ese pequeño detalle:

–Aquí no hay señoras, ¿sabes?

–Lo sé.

Por la puerta abierta echó un vistazo a una larga serie de cuartitos brillantemente iluminados y a los hombres sentados en todas partes, sobre las esteras rojas que cubrían los suelos. Todos llevaban turbantes blancos o *chechias* rojos, detalle que daba a la escena una homogeneidad tan grande que Port no pudo contener una exclamación al pasar delante de la puerta. Cuando llegaron a la terraza, bajo la luz de las estrellas, alguien tocaba lánguidamente el *oud* en la oscuridad, y Port dijo a su acompañante:

–No sabía que aún quedaran sitios como éste en la ciudad.

El árabe no entendió.

–¿Como éste? ¿En qué sentido?

–Solamente de árabes. Como allí dentro. Pensé que todos los cafés eran como los de la calle, todos mezclados: judíos, franceses, españoles, árabes, todos juntos. Pensé que la guerra había cambiado todo.

El árabe se echó a reír.

–La guerra fue mala. Murieron muchos. No había qué comer. Eso es todo. ¿Cómo iba a cambiar los cafés? Ah, no, amigo mío. Es lo mismo de siempre.

En seguida añadió:

–Entonces no has estado aquí desde la guerra. ¿Pero estuviste antes?

–Sí -dijo Port. Era verdad; una vez había pasado la tarde en la ciudad, en una breve escala.

Llegó el té; charlaron, lo bebieron. Lentamente, la imagen de Kit sentada junto a la ventana comenzó a formarse en la mente de Port. Al principio, cuando se dio cuenta, sintió una punzada de culpabilidad. Después entró en juego su fantasía, vio la cara de Kit, sus labios furiosamente apretados, desvistiéndose y arrojando sus ropas ligeras sobre los muebles. Seguro que había dejado de esperarlo, que se había acostado. Se encogió de hombros y se quedó pensativo, haciendo girar el resto del té en el fondo del vaso y siguiendo con los ojos el movimiento circular.

–Estás triste -dijo Smail.

–No, no -alzó la vista y sonrió melancólico; después volvió a observar el vaso.

–La vida es corta. *II faut rigoler.*

Port se impacientó; no se sentía con ánimos para filosofías de café.

–Sí, lo sé -repuso secamente, y suspiró. Smail le pellizcó un brazo, los ojos le brillaban.

–Cuando salgamos de aquí te presentaré a alguien que te gustará.

–No quiero conocer a nadie -dijo Port, y añadió:

–Gracias, de todos modos.

–Ah, estás realmente triste -rió Smail-. Es una muchacha. Bella como la luna.

El corazón de Port dio un salto.

–Una muchacha -repitió maquinalmente, sin quitar los ojos del vaso. Le turbaba comprobar que estaba excitado. Miró a Smail.

–¿Una muchacha? Una puta, quieres decir.

Smail se mostró levemente indignado.

–¿Una puta? Ah, amigo mío, no me conoces. Sería incapaz de presentarte algo semejante. *C'est de la saloperie, ça!* Es una amiga mía muy elegante, muy simpática. Ya lo verás cuando la conozcas.

El músico dejó de tocar el *oud.* En el interior del café cantaban los números del juego de lotería.

–*Ouahad aou tletine! ArbAïne!* ¿Cuántos años tiene? – preguntó Port. Smail vaciló.

–Unos dieciséis. Dieciséis o diecisiete.

–O veinte o veinticinco -sugirió Port mirándolo de reojo.

Smail volvió a indignarse.

–¿Qué quieres decir con veinticinco? Te digo que tiene dieciséis o diecisiete años. ¿No me crees? Oye, la vas a conocer. Si no te gusta, pagas el té y nos marchamos.

–¿Y si me gusta?

–En ese caso haces lo que quieras.

–¿Pero tendré que pagarle?

–Pues claro que tendrás que pagarle.

Port se echó a reír.

–¡Y dices que no es una puta!

Smail se inclinó hacia él por encima de la mesa y dijo demostrando su gran paciencia:

–Oye, Jean, es una bailarina. Hace apenas unas semanas que ha llegado de su *bled,* en el desierto. ¿Cómo va a ser una puta si no está registrada y no vive en el *quartier,* eh? Tienes que pagarle porque le ocuparás tiempo. Baila en el *quartier,* pero no tiene ni cama ni habitación. No es una puta. ¿Vamos?

Port pensó un momento, miró el cielo, el jardín y toda la terraza antes de responder:

–Sí, vamos. Ya.

V

Al salir del café le pareció que tomaban aproximadamente la misma dirección de donde habían venido. Había menos gente en las

calles y el aire estaba más fresco. Anduvieron un buen trecho a través de la Casbah y de golpe salieron por una de las puertas de la ciudad a un espacio alto y abierto. Allí todo era silencio y las estrellas se veían muy nítidas. El placer que le producía la inesperada frescura del aire y el alivio de encontrarse otra vez al descampado, lejos de las casas con saledizo, hicieron que Port retardara la pregunta que tenía en mente: «¿Adónde vamos?» Pero mientras flanqueaban una especie de parapeto, al borde de un foso profundo y seco, terminó por hacerla. Smail contestó vagamente que la muchacha vivía con unos amigos en el borde de la ciudad.

–Pero ya estamos en el campo -objetó Port.

–Sí, es el campo -dijo Smail.

Evidentemente, ahora se mostraba evasivo; su carácter parecía haber cambiado de nuevo. El comienzo de intimidad había desaparecido. Para Port era otra vez aquella figura oscura, anónima, que había aparecido en lo alto, entre los desperdicios, al final de la calle, fumando un cigarrillo de extremo brillante. «Todavía estás a tiempo de terminar. No des un paso más. Detente. Ahora.» Pero el ritmo parejo, combinado, de sus pies era demasiado poderoso. El parapeto describió una amplia curva y el suelo bajó hacia una oscuridad más profunda. Ahora dominaban un valle abierto.

–La fortaleza turca -señaló Smail martillando las piedras con los talones.

–Oye -empezó Port, colérico-, ¿adónde vamos?

Miró la línea desigual de montañas negras que se alzaban sobre el horizonte.

–Hacia allá.

Smail señaló el valle. Poco después se detuvo.

–Aquí están las escaleras.

Se inclinaron sobre el borde. Había una estrecha escalerilla de hierro sujeta a la pared. No tenía pasamanos y bajaba abruptamente.

–Es lejos -dijo Port.

–Ah, sí, es la fortaleza turca. ¿Ves aquella luz? – señaló un tenue resplandor rojo que aparecía y desaparecía, casi directamente debajo de ellos-. Es la carpa donde vive.

–¡La carpa!

–Aquí no hay casas. Solamente carpas. Hay cantidad. *On descend?*

Smail bajó el primero, acercándose mucho a la pared.

–Pégate a las piedras -aconsejó.

Al acercarse al fondo vio que el débil resplandor provenía de una hoguera moribunda encendida en un espacio abierto, entre dos grandes tiendas de nómadas. Súbitamente, Smail se detuvo a escuchar. Se oía un murmullo confuso de voces masculinas.

–*Allons-y* -murmuró; su voz sonaba satisfecha.

Llegaron al pie de la escalera. Sintieron la dureza de la tierra bajo los pies. A la izquierda, Port distinguió la silueta negra de una enorme pita en flor.

–Espera aquí -susurró Smail.

Port estaba por encender un cigarrillo; Smail le dio en el brazo con cólera:

–¡No! – susurró.

–¿Pero qué pasa? – empezó a decir Port, muy fastidiado por tantos misterios. Smail desapareció.

Apoyado contra la fría pared de roca, Port esperó que la conversación monótona, apagada, se interrumpiera, que hubiese un cambio de saludos, pero no ocurrió nada. Las voces prosiguieron invariables, un chorro incesante de sonidos inexpresivos. «Habrá entrado en la otra carpa», pensó. El reflejo de las brasas incendiaba un costado de la carpa: más allá reinaba la oscuridad. Se acercó unos pasos, pegado a la muralla, tratando de distinguir la entrada, pero estaba del otro lado. Escuchó en vano lo que se decía en el interior. Sin saber cómo, oyó de pronto la frase que había pronunciado Kit cuando él salía de la habitación: «Después de todo, es más asunto tuyo que mío.» Tampoco ahora las palabras tenían un significado especial, pero recordó el tono con que habían sido dichas: una voz herida y agresiva. Y Tunner era la causa de todo. Se enderezó. «Le hace la corte», murmuró. Giró de golpe, se dirigió a la escalera, empezó a subir. En el sexto peldaño se detuvo y miró en derredor. «¿Qué puedo hacer esta noche?», pensó. «Esto me sirve de pretexto para salir de aquí, porque tengo miedo. Qué diablos, nunca la conquistará.»

Una figura surgió entre las dos tiendas y corrió velozmente hasta el pie de la escalera.

–¡Jean! – susurró. Port no se movió.

–*Ah! Ti est là?* ¿Qué haces ahí arriba? ¡Vamos!

Port bajó lentamente. Smail se acercó, lo tomó del brazo.

–¿Por qué no podemos hablar? – murmuró Port. Smail le apretó el brazo.

–¡Shh! – le hizo al oído.

Pasaron junto a la carpa más próxima, atravesaron un alto matorral de cardos y, caminando por las piedras, llegaron a la entrada de la otra carpa.

–Quítate los zapatos -ordenó Smail, quitándose las sandalias.

«No es una buena idea», pensó Port.

–No -dijo en voz alta.

–¡Shh! – Smail lo empujó al interior de la carpa con los zapatos todavía puestos.

En el centro de la carpa, la altura era suficiente para estar de pie. Una vela corta, pegada sobre un cofre cerca de la entrada, era la única

iluminación; los rincones estaban casi totalmente a oscuras. Pedazos de estera se distribuían caprichosamente por el suelo y los objetos más heteróclitos se desparramaban en el mayor desorden. En la tienda nadie los esperaba.

–Siéntate -dijo Smail, haciendo de dueño de casa. Retiró de la estera más grande un despertador, una lata de sardinas y un overol viejo, increíblemente manchado de grasa. Port se sentó y apoyó los codos en las rodillas. En la estera contigua había una bacinilla con el esmalte saltado, llena hasta la mitad de un líquido oscuro. Había por todas partes mendrugos de pan duro. Encendió un cigarrillo sin convidar a Smail, que se quedó en la entrada, mirando hacia fuera.

Y de pronto entró: era una muchacha delgada, de aspecto huraño, con grandes ojos oscuros. Estaba inmaculadamente vestida de blanco, con un turbante blanco que le estiraba el pelo hacia atrás, destacando los tatuajes azules de la frente. Ya dentro de la carpa, se quedó inmóvil, observando a Port con una mirada -pensó- como la del toro joven que da los primeros pasos en la arena fulgurante. Lo miraba en silencio con desconcierto, con temor, en espera pasiva.

–¡Ah, aquí está! – dijo Smail, siempre en voz baja-. Se llama Marhnia -espe-ró un instante. Port se puso de pie y se acercó a la muchacha para darle la mano.

–No habla francés -explicó Smail. Sin sonreír, ella rozó con su mano la de Port y alzó los dedos hasta los labios. Se inclinó y dijo casi en un susurro:

–Ya sidi, la bess âlik? Eglès, barakalaoufik.

Con graciosa dignidad y un peculiar pudor en los gestos, despegó del cofre la vela encendida y fue al fondo de la carpa, donde una manta colgada del techo formaba una especie de alcoba. Antes de desaparecer detrás de la manta se volvió hacia ellos y dijo con un gesto:

-Agi! Agi! menah!

Los dos hombres la siguieron al interior de la alcoba; un viejo colchón tendido sobre unos cajones bajos la transformaba en saloncito. Junto al diván improvisado había una minúscula mesita de té y al lado, sobre la estera, una pila de almohadones apelotonados. La muchacha puso la vela sobre el suelo de tierra y comenzó a distribuir los almohadones a lo largo del colchón.

–*Essmah!* -dijo dirigiéndose a Port; y a Smail-: *Tsekellem bellatsi* -después salió.

Smail se echó a reír y repuso en voz baja:

–*Fhemtek.*

Port estaba intrigado por la muchacha, pero la barrera del idioma le molestaba, y le irritaba aún más el hecho de que ella y Smail pudieran conversar en su presencia.

–Ha ido a buscar fuego -explicó Smail.

–Sí, sí -dijo Port-. ¿Pero por qué tenemos que hablar susurrando?

Smail señaló la entrada con una mirada:

–Los hombres de la otra carpa.

La muchacha volvió en seguida con un recipiente de barro lleno de ascuas brillantes. Mientras hacía hervir el agua y preparaba el té, Smail charlaba con ella. Sus respuestas eran siempre graves, su voz baja pero agradablemente modulada. Port la encontró más parecida a una joven monja que a una bailarina de café. Al mismo tiempo, no le inspiraba ninguna confianza; estaba contento de estar allí sentado, maravillado de los delicados movimientos de sus dedos ágiles, teñidos de henna, que cortaban las ramitas de menta y las metían en la pequeña tetera.

Después de probar el té varias veces hasta encontrarlo a gusto, la muchacha tendió un vaso a cada uno, se acuclilló con aire solemne y empezó a beber el suyo.

–Siéntate aquí -le dijo Port, palmeando el diván.

Ella le dio a entender que ya estaba cómoda y le agradeció cortésmente. Volviéndose hacia Smail, inició una larga conversación mientras Port bebía el té y procuraba aflojarse. Tenía la sensación oprimente de que el alba se iba acercando, seguramente no faltaban más de una o dos horas, y le parecía que perdía el tiempo. Consultó ansiosamente su reloj: se había detenido a las dos menos cinco.

Pero seguía marchando. Debía de ser más tarde, con seguridad. Marhnia hizo a Smail una pregunta que parecía referirse a Port:

–Quiere saber si conoces el cuento de Outka, Mimouna y Aicha -dijo Smail.

–No -repuso Port.

–*Goul lou, goul lou* -dijo Marhnia a Smail, apremiándolo.

–Cerca del *bled* de Marhnia hay tres muchachas de la montaña que se llaman Outka, Mimouna y Aicha -Marhnia asentía lentamente, sus grandes ojos suaves fijos en Port-. Salen a buscar fortuna en el M'Zab. La mayoría de las muchachas van a Argel, o a Túnez, o vienen aquí para ganar dinero. Pero éstas quieren una cosa por sobre todas las otras. Quieren tomar té en el Sáhara -Marhnia continuaba asintiendo; seguía el relato gracias a los nombres de lugares que pronunciaba Smail.

–Entiendo -dijo Port, que no tenía idea de si el cuento era humorístico o trágico; había decidido estar atento y fingir que lo saboreaba, como ella, evidentemente, esperaba. Lo único que quería es que fuese breve.

–En el M'Zab todos los hombres son feos. Las muchachas bailan en los cafés de Ghardaia, pero están siempre tristes: siguen pensando en tomar té en el Sáhara -Port miró a Marhnia nuevamente; su expresión

era absolutamente seria. Port asintió otra vez-. Pasan muchos meses en el M'Zab y ellas siguen tristes, muy tristes, porque todos los hombres son tan feos. Muy feos, como cerdos. Y no pagan a las muchachas lo suficiente para poder ir a tomar té en el Sáhara -cada vez que decía «Sáhara», que pronunciaba a la manera árabe, con fuerte acento en la primera sílaba, se detenía un instante-. Un día llega un Targui alto y guapo, montando un hermoso *mehari;* habla con Outka, Mimouna y Aicha, les cuenta cosas del desierto, allá donde vive, del bled, y ellas lo escuchan con grandes ojos. Después les dice: «Bailad para mí», y ellas bailan. Entonces hace el amor con las tres y les da una moneda de plata a Outka, una moneda de plata a Mimouna, una moneda de plata a Aicha. Al amanecer monta su *mehari* y parte hacia el sur. Desde entonces, las muchachas están muy tristes, los hombres del M'Zab les parecen más feos que nunca y sólo piensan en el Targui alto que vive en el Sáhara -Port encendió un cigarrillo; como Marhnia lo observaba con expectativa, le tendió el paquete. Ella tomó uno y con ayuda de unas toscas pinzas alzó elegantemente una brasa. Una vez encendido, pasó el cigarrillo a Port y aceptó el suyo en cambio. Él le sonrió. La muchacha hizo una inclinación casi imperceptible.

–Pasan muchos meses y todavía no han ganado lo suficiente para ir al Sáhara. Han conservado las monedas de plata, porque las tres están enamoradas del Targui. Y siguen estando tristes. Un día dicen: «Acabaremos así, siempre tristes, sin haber tomado nunca té en el Sáhara. Tenemos que ir como sea, aun sin dinero.» Reúnen todo lo que poseen, incluidas las monedas de plata, compran una tetera, una bandeja y tres vasos y toman billetes de autobús hasta El Goléa. Y al llegar allí les queda muy poco dinero y se lo dan todo a un *bachhamar* que va con su caravana al sur, al Sáhara. El *bachhamar* les permite unirse a la caravana. Y una tarde, cuando está por ponerse el sol, llegan a las altas dunas y piensan: «Ah, ahora estamos en el Sáhara; vamos a preparar el té.» La luna se levanta, todos los hombres duermen, salvo el guardián. Sentado junto a los camellos, toca la flauta -Smail agitó los dedos delante de la boca-. Outka, Mimouna y Aicha se alejan silenciosamente de la caravana con la bandeja, la tetera y los vasos. Buscan la duna más alta para contemplar desde allí todo el Sáhara. Después prepararán el té. Caminan largo rato. Outka dice: «Veo una duna más alta.» Y van y trepan hasta la cima. Entonces Mimouna dice: «Allá veo otra. Es mucho más alta y desde allí podremos ver hasta In Salah.» Van y es mucho más alta. Pero al llegar a la cima, Aicha dice: «¡Mirad! Aquélla es la más alta de todas. Veremos hasta Tamanrasset. Allí es donde vive el Targui.» Salió el sol y siguieron andando. A mediodía tenían mucho calor. Pero alcanzaron la duna y treparon y treparon. Cuando llegaron a lo alto estaban muy

cansadas y dijeron: «Descansaremos un rato y después prepararemos el té.» Pero primero dispusieron la bandeja, la tetera y los vasos. Después se tendieron a dormir. Y entonces -Smail se detuvo y miró a Port-, muchos días después, pasó otra caravana y un hombre vio algo en lo alto de la duna más alta. Y cuando llegaron encontraron a Outka, Mimouna y Aicha; yacían en la misma posición en que se habían dormido. Y los tres vasos -Smail alzó su vasito de té- estaban llenos de arena. Fue así como tomaron té en el Sáhara.

Hubo un largo silencio. Evidentemente era el final de la historia. Port miró a Marhnia; seguía asintiendo, mirándolo fijo. Port decidió arriesgar un comentario:

–Es muy triste -dijo. Inmediatamente ella preguntó a Smail qué había dicho.

–*Gallik merhmoum bzef* -tradujo Smail. Marhnia cerró los ojos lentamente y siguió asintiendo.

–*Eioua!* -dijo, abriéndolos de nuevo. Port se volvió rápidamente hacia Smail.

–Escucha, es muy tarde; quiero arreglar el precio con ella. ¿Cuánto tengo que darle?

Smail se mostró escandalizado.

–¡No te puedes comportar como si estuvieras tratando con una puta! *Ci pas une putain, je t'ai dit!*

-¿Pero tengo que pagar si me quedo con ella?

–Desde luego.

–Entonces quiero dejarlo arreglado ahora.

–No puedo hacerlo por ti, amigo mío.

Port se encogió de hombros y se puso de pie.

–Tengo que irme. Es tarde.

Marhnia pasó rápidamente la mirada de un hombre a otro. Después, en voz muy suave, dijo una o dos palabras a Smail, que frunció el ceño pero salió dignamente de la carpa bostezando.

Se tendieron en el diván. Ella era muy hermosa, muy dócil, muy comprensiva, pero Port seguía desconfiando. Marhnia se negó a desnudarse del todo, pero por sus delicados gestos de negativa él comprendió que al final cedería, que era cuestión de tiempo. Con tiempo podría ganarse la confianza de ella; esa noche sólo obtendría lo que había sido tácitamente acordado desde el principio. Lo pensaba mientras miraba la cara impasible de Marhnia; recordó que se iba al Sur dentro de uno o dos días. Maldijo interiormente su suerte y se dijo: «Más vale poco que nada.» Marhnia se inclinó y apagó la vela con los dedos. Durante un segundo el silencio fue total; la oscuridad, total. Después sintió que los suaves brazos de la muchacha le rodeaban lentamente el cuello y que sus labios le besaban la frente.

Casi en seguida un perro empezó a aullar a lo lejos. Por un

momento no lo advirtió; cuando lo oyó se sintió perturbado. Era una música inapropiada para las circunstancias. En seguida se descubrió imaginando que Kit observaba en silencio. La fantasía lo estimuló: el lúgubre aullido dejó de molestarle.

Apenas un cuarto de hora más tarde se incorporó y espió por un costado de la manta la entrada de la carpa: aún estaba oscuro. De pronto lo invadió el deseo de irse de allí. Se sentó en el diván y empezó a arreglarse la ropa. Los dos brazos se levantaron furtivamente de nuevo y se cerraron alrededor de su cuello. Los apartó con firmeza, con unas palmaditas juguetonas. Ahora sólo llegó uno hasta el cuello; el otro se deslizó por debajo de su chaqueta y él sintió que le acariciaba el pecho. Un falso movimiento indefinible le hizo introducir su mano para tomar la de ella. Su billetera estaba ya entre los dedos de la muchacha. Se la arrancó y de un empellón la tendió en el colchón. «¡Ah!», exclamó Marhnia. Port se levantó y avanzó tropezando ruidosamente con el revoltijo de objetos que estorbaban la salida. Marhnia lanzó un grito breve. Las voces en la otra carpa se volvieron audibles. Siempre con la billetera en la mano, Port salió huyendo, dobló bruscamente hacia la izquierda y echó a correr hacia la muralla. Cayó dos veces, una al tropezar con una roca y la otra porque el terreno se inclinaba inesperadamente. La segunda vez, al levantarse, vio venir a un hombre decidido a no dejarle alcanzar la escalera. Cojeaba, pero estaba por llegar. Llegó. Mientras subía las escaleras le parecía que alguien que lo seguía de cerca le atraparía una pierna en el próximo segundo. Sus pulmones eran una enorme bolsa de dolor que estallaría en un instante. Iba con la boca abierta, las comisuras caídas, y entre los dientes apretados silbaba el viento al respirar. Al llegar arriba se volvió y, aunque le parecía imposible, levantó una enorme piedra y la arrojó escaleras abajo. Entonces respiró profundamente y echó a correr a lo largo del parapeto. El cielo estaba sensiblemente más claro, una inmaculada claridad se extendía por el Este, subiendo desde detrás de las colinas bajas. No podía seguir corriendo mucho más. El corazón le latía en la cabeza y en el cuello. Sabía que jamás podría llegar a la ciudad. Al costado del camino había una pared demasiado alta para escalarla. Pero unos metros más adelante estaba en parte desmoronada y en el cúmulo de piedras y basuras se abría un portal perfecto. Ya del otro lado de la pared volvió sobre sus pasos en dirección contraria a la que traía y trepó, jadeando, la ladera suave de una colina cubierta por los lechos chatos que son las tumbas musulmanas. Por fin se sentó un instante con la cabeza entre las manos y tuvo simultáneamente conciencia de varias cosas: el dolor en la cabeza y el pecho, la falta de la billetera y el fuerte ruido de su corazón, lo que no le impidió oír las voces excitadas de sus perseguidores, abajo, en el camino. Se levantó y tambaleándose siguió

subiendo sobre las tumbas. Finalmente, la colina bajaba en la otra dirección. Se sintió un poco más seguro. Pero la luz del día se acercaba; sería fácil descubrir desde la distancia su figura solitaria deambulando por la colina. Echó a correr de nuevo, jadeando, siempre en la misma dirección, tropezando de vez en cuando, sin levantar nunca la vista por temor de caerse; siguió así largo rato; el cementerio quedó atrás. Llegó por último a un montículo de arbustos y cactos desde el cual dominaba todo lo que le rodeaba. Se sentó entre los arbustos. La calma era absoluta. El cielo estaba blanco. De vez en cuando se ponía de pie y observaba. Así fue cómo al salir el sol miró entre dos adelfas y vio el reflejo rojo a través de la inmensa *sebkha* de sal que centelleaba extendiéndose a sus pies hasta las montañas.

VI

Kit se despertó transpirando, bañada por el sol caliente de la mañana. Se levantó tambaleándose, corrió las cortinas y cayó nuevamente en la cama. En el hueco de su cuerpo las sábanas estaban húmedas. La idea del desayuno le revolvió el estómago. Había días en que apenas salía del sueño sentía el destino suspendido sobre su cabeza como una baja nube de lluvia. Eran días difíciles de vivir, no tanto por la sensación de desastre inminente del cual tenía entonces aguda conciencia, sino porque el buen funcionamiento de su sistema de presagios se alteraba totalmente. Si en días ordinarios se torcía un tobillo al salir de compras o se arañaba la tibia contra un mueble, era fácil concluir que la expedición de compras sería un fracaso por una razón o por otra, o que sería peligroso insistir. Por lo menos esos días distinguía un buen anuncio de uno malo. Pero los otros días eran traicioneros porque el sentimiento de fatalidad era tan fuerte que se convertía en una conciencia hostil que desde detrás o a su lado frustraba sus intentos de escapar a los signos nefastos y era demasiado capaz de tenderle trampas. Así, lo que a primera vista podía parecer una señal propicia, acaso no fuera más que una especie de cebo para atraerla hacia el peligro. Entonces el tobillo torcido podía pasarse por alto, pues le había ocurrido para impedirle salir cuando estallara la caldera de la calefacción y la casa se incendiara o alguien que deseaba evitar entrara a verla. Y en su vida personal, en sus relaciones con sus amigos, estas consideraciones alcanzaban proporciones monstruosas. Era capaz de pasarse la mañana entera sentada tratando de recordar los detalles de una breve escena o de una conversación para poder ensayar mentalmente todas las interpretaciones posibles de cada gesto o cada frase, de cada expresión facial o inflexión de la voz, y de sus posibles combinaciones. Dedicaba gran parte de su vida a establecer categorías de presagios. Y por eso no es de sorprender que cuando le resultaba imposible ejercer esa función por dudar de ella, su capacidad para hacer frente a las circunstancias de la vida diaria se

reducía al mínimo. Era como si le acometiera una extraña parálisis. No tenía reacciones, perdía la personalidad, su mirada parecía obsesa. Esos momentos fatales los amigos que la conocían bien decían: «Kit está en uno de sus días.» Si en esos períodos se mostraba contenida y razonable era sólo porque imitaba mecánicamente un comportamiento que consideraba racional. Una de las razones de su aversión por el relato de los sueños era porque al oírlos pasaba a primerísimo plano la lucha violenta que se libraba en ella, la guerra entre razón y atavismo. En las discusiones intelectuales Kit era siempre la que proponía el método científico, y al mismo tiempo no podía dejar de considerar los sueños como augurios.

Lo que complicaba aún más las cosas era que, otros días, la venganza de lo alto parecía la más remota de las posibilidades. Todas las señales eran buenas; un aura sobrenatural y benéfica resplandecía en torno a cada persona, objeto y circunstancia. Esos días, si se permitía a sí misma actuar como sentía, Kit podía ser muy feliz. Pero en los últimos tiempos había empezado a creer que esos días, bastante raros por cierto, le eran concedidos para hacerle bajar la guardia, para que no supiera interpretar los presagios. La natural euforia se transformaba entonces en un mal humor nervioso y ligeramente histérico. En las conversaciones se desdecía a menudo, pretendía que sus comentarios eran en broma, cuando en realidad los había hecho con todo el veneno de que es capaz un humor execrable.

Los demás, en sí mismos, no la molestaban más que las moscas a una estatua de mármol, pero, como posibles portadores de acontecimientos indeseables o agentes de influencias negativas en su propia vida, les acordaba suprema importancia. Solía decir: «Los otros gobiernan mi vida», y era cierto. Pero lo permitía porque su imaginación supersticiosa los había dotado de importancia mágica para su destino, y no porque sus personalidades despertaran jamás en ella una simpatía o una comprensión profundas.

Había pasado buena parte de la noche despierta, pensando. Por lo general, su intuición le advertía cuándo Port preparaba alguna. Se decía siempre a sí misma que no importaba lo que Port hiciera, pero se lo había repetido tantas veces que dudaba de su verdad. No había sido fácil aceptar el hecho de que sí le importaba. Contra su voluntad se obligó a admitir que seguía perteneciendo a Port, aunque él nunca se lo hubiera pedido, y que aún vivía en un mundo iluminado por la luz distante de un posible milagro: Port todavía podía volver a ella. Se sentía abyecta y, por lo tanto, furiosa consigo misma al comprender que todo dependía de él, que ella esperaba simplemente un improbable capricho de Port, algo que de alguna manera imprevisible lo trajera de vuelta. Kit era demasiado inteligente para hacer el más mínimo esfuerzo en ese sentido; aun los medios más sutiles habrían

fracasado y el fracaso hubiera sido mucho peor que no haber hecho jamás el menor intento. Era sencillamente cuestión de no aflojar, de seguir allí. Tal vez algún día él la viera. ¡Pero entre tanto, pasaban sin aprovechar tantos meses preciosos!

Tunner la irritaba porque, si bien su presencia y su interés por ella componían una situación clásica que, explotada, podía dar resultados de otro modo inexistentes, por alguna causa era incapaz de seguirle el juego. Tunner la aburría; sin querer lo comparaba con Port, siempre con ventaja para éste. Se había pasado la noche pensando y tratando de dirigir su fantasía de modo que Tunner se convirtiera en objeto de excitación. Naturalmente, había sido un fracaso. Sin embargo, había resuelto crear una relación más íntima con él, aun sabiendo que sería para ella una faena penosa, pero lo haría, como hacía siempre todo lo que exigiera un esfuerzo consciente, por Port.

Llamaron a la puerta que daba al vestíbulo.

–Dios mío, ¿quién es? – gritó Kit.

–Yo -era la voz de Tunner. Como siempre, sonaba burlona-. ¿Estás despierta?

Kit se trepó a la cama con un gran ruido en el que se mezclaban suspiros, restallar de sábanas y chirridos de los resortes de la cama.

–No mucho -rezongó por fin.

–Es el mejor momento del día. ¡No te lo pierdas!

Hubo un silencio cargado, durante el cual Kit recordó su resolución. Con voz de mártir dijo:

–Espera un minuto, Tunner.

–¡De acuerdo!

Un minuto, una hora… esperaría y tendría la misma sonrisa de buen humor («Falso», pensó Kit) cuando por fin entrara. Se echó agua fría en la cara, se la frotó con una gastada toalla, se pintó rápidamente los labios y se pasó el peine por el pelo. De pronto empezó a buscar por la habitación, frenéticamente, una bata apropiada. Por la puerta parcialmente abierta del cuarto de Port vio la gran bata blanca, de esponja, colgada de la pared. Llamó rápidamente a la puerta al entrar, vio que Port no estaba y descolgó la bata. Mientras se ataba el cinturón frente al espejo, pensó con satisfacción que nadie podía acusarla de coquetería por escoger precisamente esa prenda. Le llegaba hasta el suelo y tenía que recogerse las mangas para que le asomaran las manos.

Abrió la puerta.

¾ ¡Hola!

Allí estaba la sonrisa.

–Qué tal, Tunner -dijo, apática-. Pasa.

Acercándose a la ventana para correr las cortinas, le revolvió el pelo con la mano izquierda.

–¿Estabas celebrando una sesión de espiritismo? Ah, como si lo viera.

La violenta luz de la mañana llenó la habitación; las baldosas brillantes del suelo proyectaban la luz contra el cielo raso como si fuera agua.

–¿Cómo estás? – preguntó Kit delante del espejo, peinando lo que él había desordenado.

–Maravillosamente -sonrió radiante a la imagen de Kit en el espejo, haciendo centellear la mirada, y, como advirtió Kit con gran desagrado, movió ciertos músculos faciales que acentuaban sus hoyuelos. «Es tan farsante», pensó. «¿Qué diablos hace aquí con nosotros? Claro, la culpa es de Port. Él fue quien le convenció de que viniera.»

–¿Qué le pasó a Port anoche? – decía Tunner-. Estuve esperándole, pero no apareció.

Kit lo miró.

–¿Esperándole? – repitió, incrédula.

–Bueno, teníamos más o menos cita en el café, sabes cuál, para tomarnos el último trago de la noche. Pero ni sombra. Me fui a la cama y leí hasta bastante tarde. A las tres todavía no había regresado.

Era completamente falso. En realidad Tunner había dicho: «Si sales, pasa por el Eckmül. Allí estaré probablemente.» Salió poco después de Port, levantó a una francesa y se quedó en el hotel de ella hasta las cinco. Al volver al alba se las ingenió para mirar las habitaciones de los Moresby a través de los montantes de vidrio entreabiertos y había visto en una la cama vacía y a Kit durmiendo en la otra.

–¿Ah, sí? – dijo Kit, volviendo al espejo-. No ha de haber dormido mucho, porque ya ha salido.

–Dirás que todavía no ha llegado -dijo Tunner, mirándola fijo.

Ella no contestó.

–¿Me haces el favor de apretar ese botón? – dijo-. Creo que voy a tomar una taza de achicoria con uno de esos *croissants* de yeso.

Cuando consideró que había pasado tiempo suficiente, entró como al descuido en el cuarto de Port y echó una mirada a la cama. Estaba preparada para la noche y nadie la había tocado. Sin saber exactamente por qué, apartó la sábana, se sentó en la cama un momento y con las manos hizo un hueco en la almohada. Después desdobló el pijama y lo dejó caer a los pies. El criado llamó a la puerta, Kit volvió a su cuarto y pidió el desayuno. Cuando el criado salió, ella cerró la puerta y se sentó en el sillón junto a la ventana, sin mirar hacia afuera.

–Sabes -dijo Tunner, pensativo-, últimamente lo he pensado mucho. Eres una persona muy curiosa. Es difícil entenderte.

Kit chasqueó la lengua.

–¡Por favor, Tunner! No te hagas el interesante -inmediatamente se arrepintió de haber mostrado su impaciencia, y añadió, sonriendo-: A ti te queda muy mal.

La expresión herida de Tunner se transformó rápidamente en una sonrisa.

–No, lo digo en serio. Eres un caso fascinante.

Kit se mordió los labios con cólera; estaba furiosa, no tanto por lo que Tunner decía, aunque le parecía totalmente idiota, sino porque la idea de conversar con él justamente ahora era más de lo que podía soportar.

–Probablemente -dijo.

Llegó el desayuno. Tunner se sentó con ella mientras bebía el café y comía el *croissant.* Había ahora en los ojos de Kit una expresión distraída, como si hubiera olvidado completamente su presencia. Cuando estaba por terminar el desayuno, se volvió hacia él y dijo cortésmente:

–¿Me disculpas si como delante de ti?

Él se echó a reír. Kit pareció sobresaltarse.

–¡Date prisa! – dijo Tunner-. Quiero llevarte a hacer una caminata antes de que haga demasiado calor. De todas maneras tienes una cantidad de cosas en tu lista.

–¡Oh! – gimió Kit-, no me siento…

Pero él la interrumpió:

–Vamos, vamos. Vístete. Te esperaré en el cuarto de Port. Hasta cerraré la puerta.

No se le ocurrió nada que decir. Port nunca le daba órdenes; se quedaba atrás, con la esperanza de descubrir lo que ella quería. Esto le hacía las cosas más difíciles, pues rara vez actuaba movida por sus propios deseos, sino conforme a su complejo sistema consistente en equilibrar los augurios que debían respetarse con los desdeñables.

Tunner ya había pasado a la habitación contigua y cerrado la puerta. A Kit le era grato pensar que vería las sábanas revueltas. Mientras se vestía, lo oía silbar. «¡Un pesado, un pesado, un pesado!», dijo entre dientes. En ese momento se abrió la otra puerta; Port estaba en el vestíbulo, pasándose la mano izquierda por el pelo.

–¿Puedo entrar?

Ella lo miró fijo.

–Por supuesto. ¿Qué pasa?

Port seguía sin moverse.

–Por Dios, ¿qué te pasa? – dijo Kit impaciente.

–Nada -la voz era ronca. Dio unos pasos hasta el centro del cuarto y señaló la puerta de comunicación cerrada.

–¿Quién está ahí?

–Tunner -contestó ella con no fingida inocencia, como si fuera lo más natural del mundo-. Está esperándome mientras me visto.

–¿Qué diablos pasa aquí?

Kit se ruborizó y se apartó con vehemencia.

–Nada. Nada -dijo rápidamente-. No seas loco. ¿Qué crees que pasa?

Sin bajar la voz, contestó:

–No sé. Te lo estoy preguntando.

Ella lo empujó, apoyando las manos abiertas en su pecho, y se acercó a la puerta para abrirla, pero él la tomó del brazo y la hizo volverse.

–¡Basta, por favor! – susurró, furiosa.

–Está bien, está bien. Yo mismo abriré la puerta -dijo Port como si corriese un riesgo demasiado grande si la dejaba hacer.

Entró en su cuarto. Tunner, que estaba asomado a la ventana, mirando para abajo, giró con una amplia sonrisa.

–¿Por dónde anduvimos? – empezó a decir.

Port miraba la cama.

–¿Qué significa esto? ¿Qué pasa con tu cuarto para que tengas que estar aquí? – preguntó.

Pero Tunner parecía no entender la situación, o se negaba a admitir que la hubiera.

–Ah, ¿de vuelta de la guerra? – exclamó-. ¡Y se te ve! Kit y yo saldremos a hacer una caminata. Tú probablemente querrás dormir - llevó a Port hasta el espejo-. ¡Mírate! – ordenó. Al verse la cara sucia y los párpados enrojecidos, Port se calmó.

–Quiero café negro -gruñó-. Y bajaré a que me afeiten -entonces alzó la voz-. Y ustedes dos mándense mudar y hagan su caminata.

Oprimió con violencia el timbre:

Tunner le dio una palmadita fraternal en la espalda.

–Nos vemos más tarde, viejo. Vete a dormir un rato.

Furioso, Port lo miró salir y después se sentó en la cama. Un gran barco acababa de entrar en el puerto; su grave sirena sonaba acompañada de los ruidos de la calle. Se tendió en la cama, jadeando un poco. Cuando llamaron a la puerta no oyó. El criado asomó la cabeza, dijo *«Monsieur»,* esperó unos segundos, cerró suavemente y se fue.

VII

Durmió todo el día. Kit regresó a la hora del almuerzo; entró en la habitación sin hacer ruido, tosió una vez para ver si se despertaba y salió a comer sin él. Antes del atardecer se despertó, sintiéndose mucho más dispuesto. Se levantó y se desvistió lentamente. Llenó la bañera de agua caliente, pasó en ella largo rato, se afeitó y buscó su albornoz blanco. Lo encontró en el cuarto de Kit, pero ella no estaba.

Sobre la mesa había diversos víveres que Kit había comprado para llevar en el viaje. La mayoría venían del mercado negro, eran ingleses y, según rezaban los rótulos, habían sido fabricados *«by appointment to H. M. King George VI».* Abrió un paquete de bizcochos y empezó a comerlos uno tras otro, vorazmente. Enmarcada por la ventana, la ciudad se iba desdibujando. Era ese momento del crepúsculo en que los objetos ligeros parecen anormalmente brillantes y los otros apaciblemente oscuros. Las luces de la ciudad aún no se habían encendido y las únicas que se veían eran las de los pocos barcos anclados en el puerto, que en sí no estaba ni iluminado ni a oscuras; era simplemente una zona vacía entre los edificios y el cielo. Y a la derecha estaban las montañas. La primera, que emergía del mar, le pareció un par de rodillas que protuberaban debajo de una enorme sábana. Durante una fracción de segundo, pero con tanta fuerza que sintió el impacto del cambio como una sensación física, estuvo en otro lugar, mucho tiempo atrás. Después volvió a ver la montaña. Bajó distraídamente las escaleras.

Habían decidido no adoptar el bar del hotel porque estaba siempre vacío. Entonces, al entrar en la pequeña sala oscura, Port tuvo la moderada sorpresa de ver sentado solo en el bar a un muchacho con una cara amorfa que se salvaba de la inexistencia total gracias a una indefinida barba castaña. Mientras se instalaba en la otra punta, el muchacho dijo con un fuerte acento inglés: *«Otro Tío Pepe»*,* empujando el vaso hacia el barman.

Port recordó las frescas bodegas subterráneas de Jerez donde le habían ofrecido un Tío Pepe de 1842, y pidió lo mismo. El muchacho lo miró con cierta curiosidad, pero no dijo nada. Una mujer corpulenta, de piel cetrina, el pelo encendido de henna, apareció en la puerta, chillando. Tenía ojos de muñeca, negros y vidriosos; la falta de expresión estaba acentuada por un brillante maquillaje. El muchacho se volvió hacia ella.

–Hola, mamá. Ven, siéntate.

La mujer se le acercó pero no se sentó. En su excitación y su furia parecía no haber visto a Port. Su voz era muy alta.

–¡Eric, mocoso de porquería! – exclamó-. ¿Te das cuenta de que he estado buscándote por todas partes? ¡Jamás he visto un comportamiento semejante! ¿Y qué estás bebiendo? ¿Cómo se te ocurre, después de lo que te ha dicho el doctor Levy? Monstruo.

El muchacho no la miró.

–No grites, mamá.

La mujer echó una mirada en dirección de Port.

–¿Qué estás bebiendo, Eric? – volvió a preguntar, con voz un poco más moderada, pero no menos intensa.

–Un jerez, y está delicioso. No te agites tanto.

–¿Y quién crees que va a pagar tus caprichos? – la mujer se sentó en el taburete contiguo y empezó a revolver en su bolso-. ¡Ah, me he venido sin la llave! – dijo-. Gracias a tu atolondramiento. Tendrás que dejarme pasar por tu cuarto. He descubierto la más preciosa de las mezquitas, pero está llena de mocosos que chillan como demonios. ¡Animalitos mugrientos! Te la mostraré mañana. Otra copa de jerez para mí, si es seco. Quizá me haga bien. Me he sentido como la mona todo el día. Estoy segura, es la malaria que vuelve. Se acerca el momento.

–*Otro Tío Pepe*** -dijo el muchacho, imperturbable.

Port observaba, fascinado como siempre por el espectáculo de un ser humano reducido a la categoría de un autómata o de una caricatura. Cualesquiera que fuesen las circunstancias de esa disminución, ridículas u horribles, esas personas le encantaban.

El comedor era hasta tal punto inhóspito y formal que sólo hubiese sido aceptable con un servicio impecable, pero no lo era. Los camareros eran imperturbables y lentos. Parecía que les resultase difícil entender los pedidos, inclusive de los franceses; indudablemente no tenían el menor interés en ser agradables. Los dos ingleses se sentaron a la mesa cerca del rincón donde comían Port y Kit. Tunner había salido con su amiga francesa.

–Ahí están -susurró Port-. Para la oreja, pero que no se te vea en la cara.

–Parece un Vacher joven -dijo Kit, muy inclinada sobre la mesa-, aquel que recorrió Francia despedazando niños, ¿recuerdas?

Guardaron silencio unos minutos, esperando distraerse con la otra mesa, pero, al parecer, madre e hijo no tenían nada que decirse. Por último, Port se volvió hacia Kit:

–Ah, ahora que lo pienso, ¿qué fue lo de esta mañana?

–¿Vamos a hablar de eso ahora?

–No; te lo pregunto simplemente. Pensé que tal vez pudieras contestarme.

–Viste todo lo que había que ver.

–No te lo preguntaría si lo creyera.

–Ah, ¿no ves…? – empezó a decir Kit en tono exasperado, pero se detuvo. Estaba por decir: «¿No ves que no quería que Tunner supiera que no habías regresado anoche? ¿No ves que le interesaría saberlo? ¿No ves que le daría el pretexto que anda buscando?» En lugar de eso dijo:

–¿Vamos a discutirlo? Te conté toda la historia cuando llegaste. Tunner vino mientras desayunaba y lo hice entrar en tu cuarto para que me esperara mientras me vestía. ¿No es absolutamente correcto?

–Depende de tu idea de lo que es correcto, nena.

–Claro que lo es -dijo Kit, cáustica-. Observarás que no te he

preguntado qué hiciste tú anoche.

Port sonrió y dijo suavemente:

–No podrías porque no sabes.

–Y no quiero saber -pese a sí misma, mostraba su cólera-. Puedes pensar lo que quieras. Me importa un bledo.

Echó una mirada a la otra mesa y observó que la mujercita de los ojos brillantes seguía con agudo interés la conversación. Cuando la señora vio que Kit se había dado cuenta, se volvió hacia el muchacho y empezó un monólogo en voz alta.

–Este hotel tiene el sistema de tuberías más inverosímil: los grifos se la pasan suspirando y haciendo gárgaras por bien que los cierres. ¡La estupidez de los franceses! ¡Es increíble! Son todos débiles mentales. *Madame* Gautier en persona me dijo que tienen el coeficiente intelectual más bajo del mundo. Claro, tienen la sangre débil, están en decadencia. Todos son medio judíos o medio negros. ¡Míralos! – hizo un gesto amplio que abarcaba toda la habitación.

–Aquí, tal vez -dijo el muchacho, alzando su vaso de agua contra la luz para estudiarlo cuidadosamente.

–¡En Francia! – exclamó la mujer, excitada-. La propia *madame* Gautier me lo dijo y lo he leído en muchos libros y periódicos.

–Qué agua repugnante -murmuró el muchacho. Dejó el vaso sobre la mesa-. No pienso beberla.

–¡Qué marica eres! ¡Deja de quejarte! ¡No quiero volver a oír hablar de la cuestión! ¡No aguanto más tus comentarios sobre la mugre y los gusanos! No la bebas. A nadie le importa lo que hagas. Pero es terrible que te pases el tiempo inundando todo lo que comes. Trata de comportarte como un adulto. ¿Conseguiste el queroseno para el Primus o lo has olvidado como el Vittel?

El muchacho sonrió con fingida, venenosa benevolencia y dijo lentamente, como si hablara con un niño retrasado:

–No, no me he olvidado ni del kerosene ni del Vittel. La lata está atrás, en el coche. Y ahora, si me lo permites, voy a dar un paseíto -se levantó, sonriendo siempre desagradablemente, y se alejó de la mesa.

–¡Mocoso mal educado! ¡Te voy a arrancar las orejas! – le gritó. Él no se volvió.

–¿No valen la pena? – susurró Port.

–Muy divertidos -dijo Kit. Aún estaba enfadada-. ¿Por qué no les pides que vengan con nosotros en nuestro gran viaje? Es lo único que nos falta.

Comieron la fruta en silencio.

Después de la cena, Kit subió a su habitación y Port deambuló por la inhóspita planta baja del hotel, desde la sala de lectura con sus imposibles, macilentas lámparas demasiado altas, hasta el vestíbulo atiborrado de palmeras, donde dos viejas francesas de negro, sentadas

en el borde de la silla, conversaban en susurros; hasta la entrada principal, donde se detuvo unos minutos para mirar un gran Mercedes estacionado junto a la acera de enfrente, y volvió a la sala de lectura. Se sentó. La luz enfermiza que llegaba desde lo alto apenas iluminaba en las paredes los carteles turísticos: *Fès la Mystérieuse, Air-France, Visitez l'Espagne.* Desde una ventana enrejada que se abría sobre su cabeza le llegaban duras voces femeninas y el sonido metálico de las actividades en la cocina, amplificadas por las paredes de piedra y los suelos de baldosa. Aún más que las otras, esta habitación le hacía pensar en una mazmorra. La campanilla eléctrica del cine se oía por encima de todos los otros ruidos como un fondo constante que ponía los nervios de punta. Se acercó a los escritorios, levantó las hojas de papel secante, abrió los cajones en busca de papel para escribir; no había. Después sacudió los tinteros: estaban secos. En la cocina había estallado una violenta discusión. Rascándose las manos donde acababan de picarle los mosquitos, salió lentamente de la sala, atravesó el vestíbulo y llegó por el corredor al bar. Aún allí la luz era débil y distante, pero la distribución de las botellas detrás de la barra constituía un foco de interés para sus ojos. Tenía una ligera indigestión, no acidez, sino la promesa de un dolor que por el momento era sólo una minúscula infidelidad física en algún centro no localizable. El atezado barman lo contemplaba expectante. No había nadie más en el salón. Pidió un whisky y se sentó a saborearlo, bebiendo lentamente. En algún lugar del hotel funcionó un inodoro, con sus ruidos de ahogo y regurgitación.

En su interior iba disminuyendo la tensión desagradable; se sentía muy despierto. El bar olía a encerrado, era melancólico. Tenía toda la tristeza de las cosas desarraigadas. «Desde el día que se sirvió la primera copa en este bar -pensó-, ¿cuántos momentos de felicidad se habrán vivido aquí?» La felicidad, si aún la había, estaba en otras partes: en habitaciones encerradas que daban a callejones luminosos donde los gatos roían cabezas de pescado; en cafés sombríos con esteras de caña, donde el humo del haschich se mezclaba con las exhalaciones de menta del té caliente; abajo, en los muelles, al borde de la *sebkha,* en las carpas (no se detuvo en la blanca imagen de Marhnia, su cara plácida); más allá de las montañas del gran Sáhara, en las interminables regiones que constituían toda el África. Pero no aquí, en este triste salón colonial, donde cada invocación de Europa era simplemente un toque sórdido más, otra prueba visible del aislamiento; en esa habitación la madre patria parecía aún más lejana.

Mientras tragaba regularmente pequeños sorbos de whisky caliente, oyó pasos que se acercaban por el corredor. El joven inglés entró en el salón y sin mirar hacia Port, se sentó a una de las mesitas. Port lo vio pedir una bebida, y cuando el barman estuvo de nuevo

detrás de la barra, Port se acercó a la mesa.

–*Pardon, monsieur* -dijo-. *Vous parlez français?*

-*Oui, oui* -contestó el muchacho, sobresaltándose.

–¿Pero habla también inglés? – continuó Port rápidamente.

–Sí -replicó, depositando el vaso y contemplando a su interlocutor de una manera que a Port se le ocurrió completamente teatral. Su intuición le dijo que la adulación era el método más seguro en este caso.

–Entonces tal vez pueda darme un consejo -siguió con gran seriedad.

El muchacho sonrió débilmente.

–Si es sobre África, me atrevería a decir que sí. Hace cinco años que doy vueltas por aquí. Un lugar fascinante, desde luego.

–Maravilloso, sí.

–¿Lo conoce? – parecía un poco molesto; le hubiera gustado tanto ser el único viajero.

–Sólo ciertas partes -dijo Port para tranquilizarlo-. He viajado no poco por el Norte y el Oeste. Aproximadamente de Trípoli a Dákar.

–Dákar es un agujero inmundo.

–Como todos los puertos del mundo. Lo que quería es que me aconsejara sobre el cambio. ¿Qué banco le parece el mejor? Tengo dólares.

El inglés sonrió.

–Me parece que soy la persona indicada para darle esa información. Soy australiano, pero mi madre y yo vivimos sobre todo con dólares norteamericanos.

Acto seguido brindó a Port una descripción completa del sistema bancario francés en África del Norte. Su voz adoptó las inflexiones de un profesor de vieja escuela; su manera de expresarse era insoportablemente pedante, pensó Port. Al mismo tiempo había una luz en sus ojos que no sólo desmentía la voz y la manera, sino que anulaba el peso que pudieran tener sus palabras. A Port le parecía que el muchacho le hablaba como a un lunático, como si el tema de conversación hubiera sido escogido por considerarlo apropiado a la circunstancia, susceptible de prolongarse todo el tiempo necesario hasta que el paciente se calmara.

Port le dejó seguir su discurso; ahora la banca quedaba atrás para pasar a las experiencias personales. Este terreno era más fértil; evidentemente, a él había apuntado el joven desde el comienzo. Port no hizo comentarios, salvo de vez en cuando alguna exclamación cortés para dar al monólogo una apariencia de conversación. Se enteró de que antes de llegar a Mombasa, el muchacho y su madre, que escribía libros de viaje y los ilustraba con sus propias fotografías, habían vivido tres años en la India, donde había muerto un hijo

mayor; que los cinco años africanos pasados en distintas partes del continente les habían proporcionado a los dos una asombrosa lista de enfermedades y que aún sufrían, de forma intermitente, muchas de ellas. Era difícil, sin embargo, saber qué se debía creer y qué descartar, pues el informe estaba adornado con observaciones como: «En esa época yo era gerente de una gran firma de importaciones y exportaciones de Durban», «El Gobierno me puso al frente de tres mil zulúes», «En Lagos compré un coche militar y lo conduje hasta Casamance», «Éramos los únicos blancos que jamás hubieran penetrado en la región», «Querían que yo fuera camarógrafo de la expedición, pero no había en Cape Town nadie a quien pudiera encomendarle la dirección correcta de los estudios y estábamos haciendo cuatro películas a la vez». A Port empezó a contrariarle que el otro no supiera hasta dónde podía llegar con su interlocutor, pero dejó pasar todo y le encantó el placer macabro con que el joven describía los cadáveres en el río, en Douala; los asesinatos en Takoradi, el loco que se inmoló en el mercado de Gao. Por fin, el narrador se apoyó en el respaldo, le hizo una señal al barman para que le llevara otra bebida y dijo:

–Ah, sí, África es un lugar grandioso. Hoy por hoy no viviría en otro lugar.

–¿Y su madre? ¿Piensa lo mismo?

–Oh, está enamorada de esto. No sabría qué hacer si la llevaran a un país civilizado.

–¿Escribe todo el tiempo?

–Todo el tiempo. Todos los días. Especialmente en los lugares apartados. Ahora estamos por ir a Fort Charlet. ¿Lo conoce?

Parecía bastante seguro de que Port no lo conocería.

–No, no lo conozco -dijo Port-. Pero sé dónde está. ¿Cómo llegarán hasta allí? No hay servicio de ninguna especie, ¿verdad?

–Oh, llegaremos. Los tuaregs serán justo el alimento que mamá necesita. Tengo una gran colección de mapas, militares y de los otros, que estudio cuidadosamente cada mañana antes de la partida. Después no hago más que seguirlos. Tenemos un coche -aña- dió, al ver la mirada perpleja de Port-. Un viejo Mercedes. Un cacharro muy potente.

–Ah, sí, lo vi fuera -murmuró Port.

–Sí -dijo el muchacho con suficiencia-. Siempre llegamos.

–Su madre debe de ser una persona muy interesante -dijo Port.

El joven se mostró entusiasta.

–Absolutamente sensacional. Tiene que conocerla mañana.

–Tendré mucho gusto.

–La mandé a la cama, pero no se duerme hasta que llego. Siempre tenemos habitaciones que se comunican, claro, de modo que,

desgraciadamente, sabe cuándo me acuesto. ¿No es maravillosa la vida matrimonial?

Port le echó una rápida mirada; la crudeza de la observación le pareció chocante, pero el muchacho se reía de manera franca y despreocupada.

–Sí, le encantará hablar con ella. Desgraciadamente, tenemos un itinerario que tratamos de seguir exactamente. Salimos mañana a mediodía. ¿Cuándo deja usted esta pocilga?

–Planeamos tomar mañana el tren a Boussif, pero no nos corre ninguna prisa. Esperaremos hasta el jueves. La única manera de viajar, por lo menos para nosotros, es ir donde queremos y quedarnos si nos gusta.

–Estoy totalmente de acuerdo. Pero no querrán quedarse aquí.

–¡No, por Dios! – dijo Port riendo-. Nos parece detestable. Pero somos tres y no hemos conseguido reunir la energía necesaria al mismo tiempo.

–¿Tres? Ah, comprendo -el muchacho parecía estudiar esta inesperada noticia-. Comprendo -se levantó y buscó en el bolsillo hasta encontrar una tarjeta que tendió a Port-. Tome. Me llamo Lyle. Bueno, adiós, y espero que pongan a punto la iniciativa. Quizá nos veamos mañana por la mañana -giró sobre sí mismo como confundido y salió rápidamente de la habitación.

Port se deslizó la tarjeta en el bolsillo. El barman dormía, la cabeza apoyada en la barra. Decidido a tomar un último trago, Port se acercó y le dio una palmadita en el hombro. El hombre alzó la cabeza con un gruñido.

VIII

–¿Dónde has estado? – preguntó Kit. Estaba sentada en la cama leyendo y había empujado la lámpara hasta el borde mismo de la mesa de luz. Port acercó la mesa contra la cama y puso la lámpara a una distancia segura del borde.

–Mamándome en el bar. Tengo la impresión de que nos invitarán a ir en coche a Boussif.

Kit alzó la vista, encantada. Detestaba los trenes.

–¡No! ¿De veras? ¡Qué maravilla!

–Pero espera a saber quién nos invita.

–¡Dios mío, no serán esos monstruos!

–No han dicho nada. Pero tengo la impresión de que nos invitarán.

–Está fuera de cuestión, claro.

Port entró en su cuarto.

–De todos modos, yo no me preocuparía. Nadie ha dicho nada. El hijo me contó una larga historia. Es un caso clínico.

–La cosa me preocupa y lo sabes. Sabes cuánto detesto los viajes en tren. ¡Y vienes y me dices tranquilamente que nos invitan a ir en

coche! Por lo menos podían haber esperado hasta la mañana, a que yo hubiera dormido como se debe una noche, antes de tener que decidir cuál de las dos torturas prefiero.

–¿Por qué no empiezas a preocuparte cuando nos hayan invitado?

–¡No seas ridículo! – exclamó Kit, saltando de la cama. Se quedó en la puerta, mirándolo desnudarse.

–¡Buenas noches! – dijo de pronto, y cerró la puerta. Las cosas ocurrieron más o menos como Port las había imaginado. Por la mañana miraba por la ventana las primeras nubes que veía desde el cruce del Atlántico, cuando llamaron a la puerta: era Eric Lyle, con la cara informe e hinchada de sueño.

–Buenos días. Perdóneme si lo he despertado, pero tenía algo bastante importante que decirle. ¿Puedo entrar? – echó una mirada extrañamente furtiva a la habitación, sus ojos pálidos saltaban velozmente de un objeto a otro. Port tuvo la sensación incómoda de que hubiera debido retirar sus cosas y cerrar su equipaje antes de dejarlo entrar.

–¿Ya ha tomado el té? – preguntó Lyle.

–Sí, sólo que era café.

–¡Ajá! – se acercó a una maleta, jugó con las correas-. Hay algunas etiquetas bonitas en su equipaje -levantó el tarjetero de piel con el nombre de Port y la dirección-. Ahora veo cómo se llama. Mr. Porter Moresby -atravesó la habitación-. Perdóneme si curioseo. Las maletas siempre me fascinan. ¿Puedo sentarme? Bueno, mire, Mr. Moresby. Porque es usted, ¿verdad? Estuve conversando un poco con mamá y está de acuerdo conmigo en que sería mucho más agradable para usted y para Mrs. Moresby…, porque supongo que es la señora que estaba anoche con usted… -se detuvo.

¾ Sí -dijo Port.

–… si vienen con nosotros hasta Boussif. Son sólo cinco horas en coche y el tren pone algo así como once, si no me equivoco. Y once horas de infierno. Desde la guerra, los trenes se han vuelto absolutamente imposibles. Creemos que…

Port lo interrumpió.

–No, no. No queremos molestarlos tanto. No, no.

–Sí, sí -dijo Lyle, juguetón.

–Además, somos tres.

–Ah, sí, desde luego -dijo Lyle con vaguedad-. ¿No podría su amigo ir en tren?

–No creo que le guste mucho ese arreglo. De todos modos no podemos marcharnos y dejarlo.

–Comprendo. Es una lástima. Imposible llevarlo, con todo el equipaje -se puso de pie, miró a Port con la cabeza ladeada como el pájaro que vigila a un gusano y dijo-: Vengan con nosotros, vamos.

Estoy seguro de que hallará cómo arreglarlo -fue hasta la puerta, la abrió y se inclinó hacia Port apoyado en las puntas de los pies-: Hagamos así. Venga a darme la respuesta dentro de una hora. Cincuenta y tres. Y espero que su decisión sea favorable -sonriendo, dejó vagar una vez más su mirada por la habitación y cerró la puerta.

Kit no había dormido literalmente nada en toda la noche; al alba se había adormilado, pero con un sueño intranquilo. No estaba con ánimo propicio cuando Port dio unos fuertes golpes en la puerta de comunicación y la abrió sin esperar respuesta. Kit se sentó de golpe, cubriéndose con la sábana hasta el mentón, y miró con ojos extraviados. Después se aflojó y se dejó caer.

–¿Qué pasa?

–Tengo que hablarte.

–Me muero de sueño.

–Nos invitan a ir a Boussif en coche.

Volvió a incorporarse bruscamente, esta vez frotándose los ojos. Él se sentó en la cama y le besó el hombro con aire ausente. Kit se echó hacia atrás y lo miró.

–¿Los monstruos? ¿Has aceptado?

Quiso decir «sí», porque hubiera evitado una larga discusión; el asunto habría quedado resuelto tanto para ella como para él.

–Todavía no.

–Tendrás que decir que no.

–¿Por qué? Sería mucho más cómodo. Y más rápido. Y seguramente más seguro.

–¿Estás tratando de asustarme para que no me mueva del hotel? –miró hacia la ventana-. ¿Por qué está tan oscuro todavía? ¿Qué hora es?

–Por alguna extraña razón, hoy está nublado.

Kit callaba; su mirada de extravío reapareció.

–A Tunner no lo llevan -dijo Port.

–¿Te has vuelto completamente loco? – exclamó-. Ni en sueños iríamos sin él. ¡Ni pensarlo!

–¿Por qué no? – dijo Port, irritado-. Puede llegar perfectamente en tren. No sé por qué hemos de perdernos un buen viaje en coche sólo por él. No tenemos por qué estar pegados a Tunner todo el tiempo, ¿no?

–Tú no.

–¿Quieres decir que tú sí?

–Quiero decir que no pienso dejar a Tunner aquí para salir en coche con esos dos. Ella es una vieja bruja histérica, y el muchacho… Es un verdadero criminal, un degenerado. Me pone la piel de gallina.

–¡Oh, vamos! – se burló Port-. Que tú te atrevas a usar la palabra histérica… Dios mío. Me gustaría que te vieras en este momento.

–Tú haz lo que quieras -dijo Kit, recostándose-. Yo me voy en tren con Tunner.

Port entornó los ojos.

–Está bien, puedes ir en tren con él. Y ojalá descarrile -volvió a su cuarto a vestirse.

Kit llamó a la puerta.

–*Entrez* -dijo Tunner con su acento norteamericano-. ¡Vaya, qué sorpresa! ¿Qué pasa? ¿A qué debo esta inesperada visita?

–Oh, a nada en particular -dijo Kit, observándolo con un vago disgusto que confiaba en ocultar-. Tú y yo tendremos que ir a Boussif solos en tren. Port tiene una invitación para ir en coche con unos amigos -trataba de que su voz fuera totalmente inexpresiva.

Tunner pareció perplejo.

–¿Qué significa eso? Dilo de nuevo, lentamente. ¿Amigos?

–Así es. Una inglesa y su hijo. Lo han invitado.

Poco a poco, la cara de Tunner empezó a iluminarse. Esta vez no era falso, observó Kit, sólo que sus reacciones eran increíblemente lentas.

–¡Bien, bien! – repitió, con una gran sonrisa.

«¡Qué zoquete!», pensó Kit, observando la absoluta falta de inhibiciones del comportamiento de Tunner. (La normalidad flagrante la enfurecía siempre.) «Todas sus maniobras sentimentales se desarrollan al descubierto. Ni un árbol ni una roca para esconderse.»

Dijo en voz alta:

–El tren sale a las seis y llega a sabe Dios qué hora de la mañana. Pero dicen que siempre se retrasa, lo que, por una vez, es una suerte.

–Entonces iremos los dos juntos.

–Port llegará mucho antes y nos reservará habitaciones. Ahora tengo que salir a buscar una peluquería, Dios me proteja.

–¿Qué necesidad tienes? – protestó Tunner-. No toques lo que está bien. La naturaleza no se puede mejorar.

A Kit le impacientaba la galantería, pero le sonrió al salir. «Porque soy una cobarde», pensó. Tenía perfecta conciencia de que deseaba oponer la magia de Tunner a la de Port, que había echado su maldición al viaje. Y mientras sonreía dijo, como para nadie:

–Creo que podremos evitar el descarrilamiento.

–¿Qué?

–Oh, nada. Nos vemos en el almuerzo, a las dos, en el comedor.

Tunner era el tipo de persona a la que difícilmente se le ocurre que lo pueden utilizar. Como estaba acostumbrado a imponer su voluntad sin encontrar oposición, tenía una vanidad muy desarrollada y muy masculina que, por extraño que parezca, hacía que casi todo el mundo lo quisiera. Si había tenido tanto interés en acompañar a Port y a Kit en este viaje era sobre todo porque en ellos encontraba, más que en

nadie, una resistencia resuelta a sus intentos incesantes de dominio moral, y estaba obligado a esforzarse mucho más, con lo cual, inconscientemente, proporcionaba a su personalidad el ejercicio necesario. Por otra parte, Kit y Port se reprochaban el ser sensibles, aunque fuera poco, a su encanto en cierto modo evidente, por lo cual ninguno de los dos reconocía que lo hubiera alentado a venir con ellos. En lo que les concernía, había implícita no poca vergüenza, porque los dos tenían conciencia de todo lo que había de teatral y convencional en la actitud de Tunner y, sin embargo, en cierta medida, estaban dispuestos a dejarse seducir. Tunner, por su lado, era esencialmente un individuo simple, irresistiblemente atraído por todo lo que sobrepasaba su alcance intelectual. Había adquirido en la adolescencia el hábito de conformarse con su incapacidad para aprehender una idea, y ahora ese hábito era aún más fuerte. Si conseguía entender una idea en todos sus aspectos, llegaba a la conclusión de que era una idea de segundo orden; para que despertase su interés debía tener algún elemento inaccesible. Pero ese interés no lo llevaba a seguir reflexionando. Por el contrario, le procuraba simplemente una satisfacción afectiva con respecto a la idea, le permitía aflojar la tensión y admirarla de lejos. Al comienzo de su amistad con Port y Kit se había inclinado a tratarlos con la atenta deferencia que a su juicio les era debida, no como individuos, sino como seres que trataban casi exclusivamente con ideas, esas cosas sagradas. Pero el rechazo de esta táctica por los dos había sido tan categórico que Tunner se había visto obligado a adoptar otra nueva, aunque con ella se sintiera aún menos seguro de sí mismo. Consistía en suaves alfilerazos, en burlas tan ridículas y fuera de foco que siempre se les podía dar un giro halagador si era necesario, y en una actitud de resignación divertida, aunque ligeramente ofendida, que le hacía sentirse como el padre de un par de niños prodigio terriblemente mal criados.

Ahora, afable, daba vueltas por la habitación silbando ante la perspectiva de estar solo con Kit; había decidido que ella lo necesitaba. No estaba nada seguro de ser capaz de convencerla de que la necesidad estuviera precisamente en el terreno que él hubiera querido. De todas las mujeres con las que esperaba tener algún día relaciones íntimas, Kit le parecía la más improbable, la más difícil. Alcanzó a verse mientras se inclinaba sobre una maleta y sonrió inescrutablemente a su imagen; era la misma sonrisa que Kit consideraba tan falsa.

A la una fue a la habitación de Port para encontrar que la puerta estaba abierta y el equipaje había desaparecido. Dos criadas estaban poniendo en la cama sábanas limpias.

–Se *ha marchao**** -dijo una.

A las dos encontró a Kit en el comedor; se la veía excepcionalmente atildada y bonita.

Tunner pidió champán.

–¡A mil francos la botella! – protestó Kit-. ¡A Port le hubiera dado un ataque!

–Port no está -dijo Tunner.

IX

Pocos minutos antes de las doce, Port estaba a la entrada del hotel con todo su equipaje. Tres criados árabes, bajo la dirección del joven Lyle, apilaban las maletas en la parte trasera del coche. Las lentas nubes alternaban ahora con grandes agujeros de cielo azul profundo; al atravesarlos, el sol era inesperadamente fuerte. Hacia el lado de las montañas, el cielo seguía negro y amenazador. Port estaba impaciente; esperaba haber partido antes de que aparecieran Kit o Tunner.

Exactamente a las doce, Mrs. Lyle estaba en el vestíbulo protestando por la cuenta. El tono de su voz subía y bajaba en agudas curvas sonoras. Desde la puerta gritó:

–Eric, ¿quieres venir y decirle a este hombre que ayer no me sirvieron bizcochos a la hora del té? ¡En seguida!

–Díselo tú -respondió Eric con aire ausente-. *Cellelà on va la mettre ici en bas* -continuó, señalando a uno de los árabes una pesada maleta de piel de cerdo.

–¡Idiota! – Mrs. Lyle volvió a entrar; un momento más tarde, Port la oyó chillar:

–*Non! Non! Thé seulement! Pas gateau!* Por fin, reapareció, la cara roja, el bolso colgando del brazo. Al ver a Port se detuvo y llamó:

–¡Eric! – Eric alzó la vista del coche, se acercó y presentó a Port.

–Me alegro mucho de que venga con nosotros. Es una protección más. Dicen que aquí en las montañas es mejor llevar un arma. Aunque debo decir que nunca he visto a un árabe que supiera usarla. De quien hay que cuidarse es de los brutos franceses. ¡Una porquería! Imagínese, venir a decirme a mí lo que me sirvieron con el té. ¡Si serán insolentes! ¡Eric, eres un cobarde! Me dejaste pelear sola en la recepción. ¡Probablemente te comiste tú los bizcochos que me están cobrando!

–Es lo mismo, ¿no te parece? – dijo Eric sonriendo.

–Creí que te avergonzaría admitirlo. Mr. Moresby, fíjese en ese inútil. No ha trabajado un solo día en su vida. Todas las cuentas tengo que pagarlas yo.

–¡Vamos, mamá, arriba de una vez! – dijo Eric con desesperación.

–¿Qué es eso de arriba de una vez? – la voz era cada vez más aguda-. Lo que necesitas es una buena bofetada. Tal vez te haga bien -subió al asiento delantero-. Nadie me ha hablado jamás así.

–Iremos los tres adelante, Mr. Moresby -dijo Eric-, ¿le molesta?

–Me encanta. Prefiero el asiento de adelante -dijo Port. Estaba decidido a mantenerse en la periferia de esa estructura familiar; la mejor manera de conseguirlo, pensó, era no tener personalidad visible, limitarse a ser cortés, a escuchar. Era probable que ese ridículo altercado fuera la única forma de conversación de que fuesen capaces aquellos dos.

Arrancaron, Eric al volante, acelerando primero el motor. Los criados gritaron:

–*Bon voyage!*

–Noté que varios tipos me miraban fijo cuando salí -dijo Mrs. Lyle acomodándose-. Esos árabes asquerosos han hecho su trabajo, como en todas partes.

–¿Su trabajo? ¿Qué trabajo?

–Espionaje, vamos. Aquí lo espían a uno todo el tiempo. Así es como se ganan la vida. ¿Usted cree que puede hacer algo sin que ellos se enteren? – lanzó una carcajada desagradable-. En el plazo de una hora todos los miserables lameculos y los subsecretarios de los consulados lo saben todo.

–¿Se refiere al consulado británico?

–A todos los consulados, la policía, los bancos, todos -respondió en tono firme.

Port miró a Eric como esperando.

–Pero…

–Oh, sí -dijo Eric, aparentemente satisfecho de corroborar lo dicho por su madre-. Es repugnante. No hemos tenido nunca un momento de paz. Donde quiera que vayamos nos retienen las cartas, tratan de que no consigamos hotel diciendo que no hay habitaciones libres, y cuando las conseguimos las revisan en nuestra ausencia y nos roban cosas, mandan a los criados y a las camareras a que escuchen nuestras conversaciones…

–¿Pero quién? ¿Quién lo hace? ¿Y por qué?

–¡Los árabes! – exclamó Mrs. Lyle-. ¡Son una raza baja y hedionda que no hace otra cosa en la vida que espiar a la gente! ¿Cómo cree usted que viven?

–Parece increíble -aventuró Port tímidamente, esperando que así seguirían con el tema, que le divertía mucho.

–¡Ja! – dijo Mrs. Lyle en tono triunfal-. A usted le parecerá increíble porque no los conoce, pero mírelos. Nos detestan. Y los franceses también. Nos odian.

–Los árabes siempre me han parecido muy simpáticos -dijo Port.

–Claro. Porque son serviles. Te halagan, te adulan. Y en cuanto les vuelves la espalda corren al consulado.

Eric empezaba:

–Una vez, en Mogador… -pero su madre le interrumpió en seco.

–¡Oh, calla! Deja hablar a los demás. ¿Crees que alguien tiene interés en escuchar tus groseras estupideces? Si tuvieras un poco de sentido común no te habrías metido en ese asunto. ¿Con qué derecho te fuiste a Mogador cuando yo me estaba muriendo en Fez? ¡Yo me estaba muriendo, Mr. Moresby! En el hospital, en la cama, con una horrible enfermera árabe que no sabía siquiera aplicar bien una inyección…

–¡Sí que sabía! – dijo Eric categóricamente-. Me aplicó veinte por lo menos. Tú te infectaste porque tenías poca resistencia.

–¡Resistencia! – chilló Mrs. Lyle-. Me niego a seguir hablando. Mire los colores de las colinas, Mr. Moresby. ¿Ha ensayado alguna vez los infrarrojos para los paisajes? En Rhodesia hice algunas fotos excepcionales, pero me las robó un editor de Johannesburg.

–Mr. Moresby no es fotógrafo, mamá.

–Calla. ¿Eso le impide acaso conocer la fotografía con infrarrojos?

–He visto algunas -dijo Port.

–Claro que sí. Ves, Eric, nunca sabes lo que dices. Todo viene de tu falta de disciplina. Me gustaría que tuvieses que ganarte la vida un solo día. Así aprenderías a pensar antes de hablar. Por ahora no eres más que un pobre imbécil.

A continuación hubo una discusión particularmente árida en la que Eric, al parecer en interés de Port, enumeró una serie de empleos improbables que dijo haber desempeñado los cuatro últimos años, mientras su madre cuestionaba sistemáticamente cada uno de ellos con lo que parecía una prueba fehaciente de su falsedad. A cada nueva reivindicación de Eric exclamaba:

–¡Cuántas mentiras! ¡Qué mentiroso! ¡No sabes siquiera cuál es la verdad!

Al fin, Eric dijo en tono afligido, como si capitulara:

–No duro en ningún empleo porque tú no me dejas. Te aterra la idea de que me independice.

Mrs. Lyle exclamó:

–¡Mire, mire, Mr. Moresby! ¡Qué burro bonito! Me recuerda España. Acabamos de pasar dos meses. Es un país horrible (pronunciaba *hoguible).* Lleno de soldados, de curas y de judíos.

–¿De judíos? – repitió Port, incrédulo.

¾ Claro. ¿No lo sabía? Los hoteles están llenos. Gobiernan el país. Entre bastidores, desde luego. Como en todas partes. Sólo que en España son muy listos. No reconocerán que son judíos. En Córdoba -y esto le demostrará lo astutos y embusteros que son-, en Córdoba pasé por una calle que se llama Judería. Donde está la sinagoga. Claro, está literalmente atestada de judíos, un típico *ghetto.* ¿Pero usted cree que alguno de ellos lo reconoce? ¡De ninguna manera! Agitaban el dedo delante de mi cara y gritaban: «¡Católico! ¡Católico!» Imagínese, Mr.

Moresby, pretendían que eran católicos romanos. ¡Y cuando visité la sinagoga el guía insistió en que no se celebraban servicios desde el siglo XV! Creo que fui horriblemente grosera con él, porque me le reí en la cara.

–¿Y qué dijo?

–Oh, siguió con su discurso. Lo tenía aprendido de memoria, claro. Se me quedó mirando. Todos lo hacen. Pero creo que me respetó porque yo no tenía miedo. Cuanto más grosero es uno con ellos más lo admiran. Le demostré que yo sabía que estaba contando un montón de mentiras. ¡Católicos! Supongo que creen que eso les hace superiores. Fue tan divertido, todos eran judíos; bastaba mirarlos. Ah, conozco a los judíos. He tenido demasiadas experiencias execrables con ellos como para no conocerlos.

La novedad de la caricatura se iba gastando. Port empezaba a ahogarse allí sentado entre los dos; sus obsesiones le deprimían. Mrs. Lyle era aún más intolerable que su hijo. A diferencia de él, no tenía hazañas, reales o imaginarias, que contar; toda su conversación consistía en descripciones detalladas de las persecuciones de que creía haber sido objeto y en relatos literales de las encarnizadas peleas que había librado con sus perseguidores. Mientras hablaba, su personaje iba cobrando forma, pero Port estaba ya lejos de encontrarlo interesante. La vida de Mrs. Lyle había estado desprovista de contactos personales, y los necesitaba. Por eso los construía como mejor podía; cada pelea era un intento abortado de establecer algún tipo de relación humana. Aun con Eric había llegado a aceptar la discusión como el modo natural de hablar. Port decidió que era la mujer más sola que jamás hubiera conocido, pero no le interesaba demasiado.

Dejó de escuchar. Habían salido de la ciudad, atravesaron el valle y estaban subiendo una colina ancha y desnuda. Al tomar un viraje en una de las tantas curvas en ese, se dio cuenta con sobresalto de que tenía justo enfrente la fortaleza turca, pequeña y perfecta como un juguete a esa distancia, del lado opuesto del valle. Al pie de la muralla, dispersas en la tierra amarilla, había unas minúsculas carpas negras; en cuál había estado, cuál era la de Marhnia, no podía decirlo, porque la escalera no era visible desde allí. Y allí estaría, sin duda, abajo, en el valle, durmiendo la siesta en el calor sin aire de una carpa, sola o con un afortunado amigo árabe, «no Smail», pensó. Otro viraje y siguieron subiendo; sobre sus cabezas pendían los acantilados. Al borde del camino crecían de vez en cuando altos cardales secos, cubiertos de polvo blanco, desde los cuales las langostas lanzaban un chirrido agudo, incesante, como el sonido mismo del calor. A cada viraje reaparecía el valle, cada vez un poco más pequeño, un poco más lejano, un poco menos real. El Mercedes rugía como un avión; el tubo de escape no tenía silenciador. Las montañas estaban allí delante, la

sebkha tendida a los pies. Port se volvió para echar una última mirada al valle; todavía se distinguía la forma de cada carpa, semejantes a los picos montañosos que iban dejando atrás en el horizonte.

Mientras veía desplegarse el paisaje bajo el calor, sus pensamientos se detuvieron brevemente en el sueño que todavía le preocupaba. Al cabo de un momento sonrió; ahora veía. El tren que corría cada vez más rápido era simplemente un símbolo de la vida misma. La indecisión en cuanto al sí y al no era la actitud inevitable cuando se trataba de medir el valor de esa vida, y la vacilación quedaba automáticamente superada por la decisión involuntaria de negarse a participar en ella. Se preguntó por qué le había perturbado el sueño; era simple, clásico. En su cabeza todas las conexiones estaban claras. El significado particular que tuviera para su propia vida importaba poco. Porque, para no tener que aplicar valores relativos, había llegado a despojar a la existencia de todo sentido; era más sencillo y reconfortante.

Estaba satisfecho de haber resuelto su pequeño problema. Miró a su alrededor; seguían trepando, pero ya habían sobrepasado la primera cresta. Ahora les rodeaban unas colinas estériles, redondeadas, sin detalles que dieran idea de la escala. Y a ambos lados, la misma línea dura, desigual del horizonte, y el cielo blanco, enceguecedor, detrás. Mrs. Lyle iba diciendo:

–Son una raza infecta. Una chusma inmunda, se lo digo yo.

«Terminaré por matar a esta mujer», pensó Port furioso. Conforme disminuía la pendiente y aumentaba la velocidad del coche, nacía la fugaz ilusión de una brisa, pero cuando en una curva el camino volvía a subir y reanudaban el lento ascenso Port sentía el aire inmóvil.

–Según el mapa, más adelante hay un belvedere -dijo Eric-. La vista ha de ser magnífica.

–¿Te parece que nos detengamos? – preguntó Mrs. Lyle ansiosamente-. Tenemos que estar en Boussif a la hora del té.

El lugar recomendado resultó ser un ensanchamiento apenas perceptible de la carretera que describía allí una curva cerrada. Algunas grandes piedras que habían rodado desde lo alto del acantilado hacían el paso aún más peligroso. En el borde, el terreno bajaba a pico. El paisaje era espectacular y hostil.

Eric detuvo el coche un minuto, pero nadie se apeó. Después atravesaron un terreno rocoso, demasiado reseco hasta para las langostas, y, sin embargo, de vez cuando Port percibía a la distancia un villorrio de paredes de barro, del color de las colinas, rodeado de un seto de cactos y arbustos espinosos. El silencio cayó sobre los tres, no se oía más que el rugido constante del motor.

Cuando llegaron a la vista de Boussif con su moderno minarete de cemento blanco, Mrs. Lyle dijo:

–Eric, tú te ocuparás de las habitaciones. Yo iré directamente a la cocina para mostrarles cómo se hace el té.

Y a Port, levantando el bolso de mano:

–Cuando salimos de viaje siempre llevo el té conmigo, aquí en el bolso. Si no, hay que esperar una eternidad a que el maldito criado se ocupe del automóvil y del equipaje. Creo que no hay absolutamente nada que ver en Boussif, nos ahorraremos el paseo por las calles.

–*Derb Ech Chergui* -dijo Port. Y como ella se volviera a mirarlo con asombro:

–Estaba leyendo un letrero -dijo para tranquilizarla.

La larga calle principal, vacía, se cocía en el calor de la tarde, cuya fuerza parecía duplicada por el hecho de que sobre las montañas, hacia el sur, aún pendían las macizas nubes oscuras que flotaban desde la mañana temprano.

X

El tren era muy viejo. Del techo bajo del corredor del vagón colgaba una hilera de lámparas de queroseno que se balanceaban violentamente al ritmo de las sacudidas del tren. Cuando estaban por arrancar, Kit, con su desesperación habitual al empezar un viaje en tren, saltó y corrió al puesto de periódicos para comprar algunas revistas francesas, y subió justo cuando el tren arrancaba. Después, en la luz confusa del día declinante y el fulgor amarillo y mortecino de las lámparas, se las puso sobre las faldas y las fue abriendo una tras otra, tratando de enterarse de su contenido. La única que vio por entero, *Ciné pour Tous,* estaba llena de fotografías. Tenían el compartimiento para ellos. Tunner se sentó enfrente.

–Con esta luz no puedes leer -dijo.

–Miro solamente las fotografías.

¾ Ah.

–¿Me disculpas? Dentro de un minuto no seré capaz ni de esto; en los trenes me pongo un poco nerviosa.

–No te preocupes.

Habían traído una cena fría, preparada por el hotel. De vez en cuando Tunner echaba al cesto una mirada interrogativa. De pronto Kit alzó los ojos y lo descubrió:

–¡Tunner, no me digas que tienes hambre! – exclamó.

–Es mi lombriz solitaria.

–Eres repugnante -levantó el cesto, contenta de desplegar una actividad manual. Sacó uno por uno los gruesos emparedados envueltos separadamente en transparentes servilletas de papel.

–Les pedí que no nos pusieran ninguno de ese asqueroso jamón español crudo. Puede llenarse de gusanos. Pero estoy segura de que hay algunos. Me parece olerlos. Creen que uno habla por el solo gusto de oírse.

–Yo me comeré el jamón si hay -dijo Tunner-. Es bueno, si mal no recuerdo.

–Oh, el sabor es excelente -sacó un paquete de huevos duros, envueltos junto con algunas aceitunas negras muy aceitosas.

El tren silbó y entró en un túnel. Kit puso apresuradamente los huevos en el cesto y miró con aprensión hacia la ventana. Veía el contorno de su cara reflejada en el vidrio, implacablemente iluminada por el débil resplandor que venía del techo. El hedor del humo del carbón aumentaba; sintió que le inundaba los pulmones.

Tunner tosió. Ella se quedó quieta, esperando. Si el accidente ocurría, sería probablemente o en un túnel o en un puente. «Si por lo menos tuviera la seguridad de que ocurrirá esta noche», pensó, «podría aflojarme. Pero la incertidumbre… Nunca se sabe, hay que esperar».

De pronto emergieron, respiraron de nuevo. Más allá de kilómetros de suelo rocoso, se levantaban las montañas, negro azabache. Por encima de sus picos agudos, la poca luz que quedaba en el cielo se filtraba entre pesadas nubes amenazadoras.

–¿Qué pasa con los huevos?

–¡Oh! – le tendió todo el paquete.

–No los quiero todos.

–Tienes que comerlos -dijo Kit, haciendo un gran esfuerzo por estar presente, por participar en la pequeña vida que seguía entre los crujientes tabiques de madera del vagón-. Yo sólo quiero un poco de fruta. Y un emparedado.

Pero el pan le resultó duro y seco; le costaba masticarlo. Tunner se había agachado y arrastraba una de sus valijas de debajo del asiento. Kit deslizó el emparedado en el espacio entre el asiento y la ventana.

Tunner se sentó, con cara de triunfo y una gran botella oscura; buscó en sus bolsillos un momento y sacó un sacacorchos.

¾ ¿Qué es?

–Adivina -respondió con una amplia sonrisa.

–¡No…, champán!

–¡Ganaste!

En su nerviosidad, Kit estiró los brazos, le tomó la cabeza entre las dos manos y le dio un ruidoso beso en la frente.

–¡Tesoro! – exclamó-. ¡Eres maravilloso!

Tunner tiró del corcho, que saltó. Una mujer descarnada, vestida de negro, pasó por el corredor y los miró. Con la botella en la mano, Tunner se levantó y corrió las cortinas. Kit lo observaba. «Es muy diferente de Port. Port nunca hubiera hecho esto», pensó.

Y mientras él llenaba las tazas de plástico, ella seguía discutiendo consigo misma. «Pero no significa nada, salvo que ha gastado dinero. Es algo comprado, nada más. Pero dispuesto a gastar… y sobre todo a

pensarlo.»

Chocaron las tazas en un brindis. No hubo el tintineo familiar. Sólo un sonido apagado como el papel.

–Por África -dijo Tunner repentinamente tímido. Había querido decir: «Por esta noche.»

–Sí.

Kit miró la botella que él había dejado en el suelo y decidió de pronto que era el objeto mágico que iba a salvarla, que gracias a su poder escaparía al desastre. Vació la taza. Él volvió a llenarla.

–Tenemos que hacerlo durar -aconsejó Kit, temiendo de pronto que la magia se desvaneciera.

–¿Te parece? ¿Por qué? – Tunner sacó la maleta y la abrió de nuevo-. Mira -había cinco botellas más-. Por eso insistí tanto en llevar yo mismo esta maleta -dijo, sonriendo para acentuar los hoyuelos-. Probablemente pensaste que era una chifladura mía.

–No reparé -dijo débilmente, sin notar los hoyuelos que tanto le disgustaban. El espectáculo de tanta magia en cierto modo la abrumaba.

–Bebe, pues. Rápido y sin pensarlo.

–No te preocupes por mí -dijo ella riendo-. No necesito consejos -se sentía absurdamente feliz, demasiado feliz dadas las circunstancias, se dijo a sí misma. Pero era siempre el movimiento pendular; dentro de una hora volvería a encontrarse donde había estado un minuto antes.

El tren llegaba lentamente a una parada. Del otro lado de la ventanilla era noche cerrada; no se veía una luz. Afuera, una voz cantaba una extraña, machacona melodía. La canción, que empezaba siempre muy alto y bajaba hasta agotar el aire para volver a empezar en lo alto de la escala, tenía la forma del llanto de un niño.

–¿Es un hombre? – preguntó Kit, incrédula.

–¿Dónde? – dijo Tunner, mirando alrededor.

–El que canta.

Tunner escuchó un momento.

–Es difícil decirlo. Bebe.

Kit bebió y sonrió. En seguida se puso a mirar por la ventanilla la noche cerrada.

–Creo que no he sido hecha para vivir -dijo lúgubre.

Tunner se mostró preocupado.

–Vamos, Kit. Sé que estás nerviosa. Por eso he traído el champán. Pero tienes que tranquilizarte. Tómalo con calma. Aflójate. No hay nada tan importante, ¿sabes? ¿Quién fue el que dijo…?

–No, eso sí que no -le interrumpió ella-. Champán sí. Filosofía no. Y es tan bondadoso de tu parte haberlo pensado, sobre todo ahora que veo por qué lo trajiste.

Tunner dejó de masticar. La expresión de la cara le cambió; había

en sus ojos un atisbo de dureza.

–¿Qué quieres decir?

–Porque comprendiste que me pongo nerviosa como una loca en el tren. Y posiblemente no hubieras podido hacer nada que yo apreciara más.

Él volvió a masticar y sonrió.

–No lo pienses más. Yo también lo estoy pasando bien, ya te habrás dado cuenta. Y ahora, ¡a la salud del viejo Mumm! – descorchó la segunda botella. El tren volvió a ponerse en marcha trabajosamente.

El hecho de que el tren se moviera nuevamente la animó.

–*Dime, ingrato, por qué me abandonaste y sola me dejaste*****… -cantó.

–¿Más? – Tunner tendió la botella.

–Claro que sí -dijo Kit, bajándolo de un trago y tendiendo inmediatamente la taza.

El tren iba a los tumbos, deteniéndose a cada momento en lo que parecía un descampado. Pero siempre había voces fuera, en la oscuridad, gritando en una lengua gutural de la montaña. Terminaron de cenar; mientras Kit comía el último higo, Tunner se agachó para sacar otra botella de la maleta. Sin saber bien qué hacía, Kit extrajo el emparedado del lugar donde lo había escondido y lo guardó en su bolso, sobre la polvera. Él le sirvió más champán.

–Ya no está tan frío como antes -dijo Kit, bebiendo.

–No se puede tener todo.

–¡Pero si me encanta! No me importa que esté caliente. Sabes, creo que me estoy emborrachando.

–¡Bah! Con lo poco que has bebido -se echó a reír.

–¡Oh! No me conoces. Cuando estoy nerviosa o perturbada me achispo en seguida.

Tunner miró su reloj.

–Bueno, tenemos otras ocho horas por lo menos. Podríamos dormir. ¿No te molesta si cambio de lugar y me siento a tu lado?

–Claro que no. Te lo dije desde el principio, para que no viajaras de espaldas.

–Perfecto -se levantó, se estiró, bostezó y se sentó a su lado, muy cerca, empujándola-. Perdona -dijo-. Calculé mal los movimientos de la bestia. ¡Dios mío, qué tren! – la rodeó con el brazo derecho y la atrajo hacia sí-. Apóyate. Estarás más cómoda. ¡Aflójate! Estás tensa y rígida.

–Rígida, sí, me lo temo -se echó a reír, con una risa que le sonó algo tonta. Se recostó un poco contra él, apoyando la cabeza en su hombro. «Debería sentirme cómoda -pensó-, pero es peor todavía. Voy a estallar.»

Durante unos minutos se obligó a no moverse. Era difícil aflojarse,

porque le parecía que el movimiento del tren la empujaba hacia Tunner. Sentía que los músculos del brazo de Tunner se endurecían alrededor de su cintura. El tren llegó a una parada. Kit se levantó de un salto, exclamando:

–Quiero asomarme a la portezuela para ver qué hay afuera.

Él se levantó, la rodeó de nuevo con el brazo, la retuvo con insistencia y dijo:

–Ya sabes qué hay. Montañas negras.

Kit lo miró a la cara.

–Ya lo sé. Por favor, Tunner -se soltó con un movimiento suave y él la dejó ir. En ese momento, la puerta del corredor se abrió y la mujer escuálida, de negro, dio un paso como para entrar en el compartimiento.

–*Ah, pardon. Je me suis trompée* -dijo, con gesto torvo, y continuó sin cerrar la puerta.

Kit fue hasta la puerta y desde allí dijo en voz alta:

–No es más que una *voyeuse.*

En mitad del corredor, la mujer se volvió furiosa y la miró. Kit estaba encantada. La satisfacción que le producía saber que la mujer había oído la palabra le chocó por lo absurda. Pero allí estaba dentro de ella esa fuerza intensa, exultante. «Un poco más y me pondré histérica. ¡Y ahí sí que Tunner no sabrá qué hacer!»

En situaciones normales, Kit no confiaba en el juicio de Port, pero en los casos críticos era único. En los momentos verdaderamente malos Kit confiaba ciegamente en él no sólo porque era entonces un guía infalible, sino porque una parte de su conciencia se adhería a él como a un contrafuerte, y así, en cierto modo, se identificaba con él. «Y Port no está aquí. Por tanto, nada de histeria, por favor.» En voz alta, dijo:

–Vuelvo en seguida. No dejes entrar a la bruja.

–Voy contigo.

–Por favor, Tunner -dijo riendo-. Sospecho que estarías de más en el lugar adonde voy.

Tunner intentó disimular su confusión.

–¡Oh! Está bien. Perdona.

El corredor estaba desierto. Kit trató inútilmente de ver algo por las ventanillas cubiertas de polvo y huellas de dedos. Oyó más adelante rumor de voces. Las portezuelas que daban al andén estaban cerradas. Pasó al coche siguiente; tenía la señal «II» y estaba más iluminado, más lleno de gente, más destartalado. En el otro extremo, la gente subía. Los dejó atrás, bajó y siguió por el andén hasta la delantera del tren. Los pasajeros de cuarta clase, berberiscos y árabes en su totalidad, se arremolinaban en medio de una confusión de bultos y cajas apilados en la sucia plataforma bajo la luz mortecina de una

lamparilla eléctrica. De las montañas próximas bajaba un viento cortante. Kit se deslizó velozmente entre la gente y subió al tren.

Cuando entró en el vagón, su primera impresión fue que aquello no era un tren. Era simplemente una superficie oblonga, atestada de hombres con albornoces marrón oscuro, en cuclillas, durmiendo, reclinados, de pie o moviéndose a través de una confusión de bultos amorfos. Se detuvo un instante para ver aquello; por primera vez se sintió en tierra extraña. Alguien la empujó desde atrás, obligándola a entrar. Se resistió porque no veía cómo moverse, y cayó contra un hombre de barba blanca que la miró severamente. Se sintió como un niño malcriado. *«Pardon, monsieur»,* dijo, tratando de salir del camino para evitar la presión que aumentaba a sus espaldas. Era inútil; a pesar de todos sus esfuerzos, la empujaban hacia adelante y, tropezando con las formas tendidas en el suelo y las pilas de objetos, llegó al centro del vagón. El tren se puso en marcha con una sacudida. Echó una mirada alrededor un poco asustada. Se le ocurrió que todos eran musulmanes y que el olor a alcohol de su aliento les escandalizaría casi tanto como si de pronto empezara a desnudarse. Tropezando con las figuras agachadas, se abrió paso hasta el tabique sin ventanillas y se apoyó en él mientras sacaba del bolso un frasquito de perfume para frotarse la cara y el cuello, con la esperanza de contrarrestar su posible olor a alcohol, o por lo menos de confundirlo con él. Mientras se frotaba, sus dedos encontraron en la nuca un objeto suave y pequeño. Lo miró: era un piojo amarillo. Casi lo había aplastado. Se limpió con asco el dedo contra el tabique. Los hombres la miraban, pero ni con simpatía ni con antipatía. Ni siquiera con curiosidad, pensó. Tenían la expresión absorta y vacía del que mira el pañuelo después de haberse sonado la nariz. Cerró los ojos un momento. Para su sorpresa, sintió hambre. Sacó el emparedado y lo comió, desmenuzando el pan en trocitos y masticándolos enérgicamente. El hombre que estaba a su lado apoyado contra el tabique también comía unas cositas oscuras que extraía de la capucha de su albornoz y masticaba ruidosamente. Vio, con un ligero estremecimiento, que eran langostas rojas y que las patas y las cabezas se movían. El parloteo, que había sido constante, cesó de pronto; las gentes parecían escuchar. Por encima del retumbar del tren y del rítmico traqueteo de las ruedas en los rieles, Kit oyó el rumor neto y regular de la lluvia en el techo metálico del vagón. Los hombres cabecearon, las conversaciones volvieron a empezar. Decidió abrirse paso hasta la puerta y apearse en la parada siguiente. Bajando un poco la cabeza, empezó a avanzar enérgicamente a través del gentío. Provocó gruñidos al pisar a los que dormían y exclamaciones indignadas al golpear las caras con los codos. *«¡Par-don! ¡Pardon!»,* decía a cada paso. Ahora todo lo que necesitaba era llegar hasta la

puerta. Le obstruía el paso un hombre de cara extraviada que sostenía la cabeza cortada de una oveja cuyos ojos, como bolitas de mármol, la miraban desde las órbitas. «¡Oh!», gimió. El hombre la observaba, estólido, sin hacer un movimiento para dejarla pasar. Luchó con todas sus fuerzas para contornearlo, rozando con la falda el pescuezo ensangrentado. Vio con alivio que la puerta que daba a la plataforma estaba abierta; lo único que tenía que hacer era atravesar el grupo que bloqueaba la entrada. Una vez más, empezó a repetir: *«¡Pardon!»,* y a embestir. La plataforma, barrida por la lluvia fría, estaba menos atestada. Las gentes sentadas se habían cubierto la cabeza con las capuchas de los albornoces. Volviendo la espalda a la lluvia, se aferró a la barandilla de hierro y se dio a boca de jarro con la cara más horrible que hubiera visto jamás. Era un hombre alto, cubierto de harapos a la europea y con un saco de arpillera en la cabeza como un *haïk*. Pero donde hubiera debido estar la nariz había un oscuro agujero triangular y los extraños labios chatos eran blancos. Pensó, sin razón, en un hocico de león; no podía apartar los ojos de él. El hombre no parecía verla ni sentir la lluvia; estaba simplemente allí. Mientras lo miraba, Kit se preguntó por qué una cara enferma, que en esencia no significa nada, tenía que ser tanto más horrible de mirar que una cara de tejidos sanos pero cuya expresión revela una corrupción interior. Port diría que eso no sucedería en una época que no fuese materialista. Y probablemente tendría razón.

Empapada y temblando, seguía aferrada a la fría barandilla metálica y miraba hacia adelante, a veces al costado, al aire gris, lleno de agua, de la noche. El *tête-à-tête* duró hasta que llegaron a una estación. El tren se esforzaba, lenta, ruidosamente, por subir una cuesta pronunciada. De vez en cuando, en medio de las sacudidas y el estruendo, al cruzar un puente corto o un viaducto, durante unos segundos sonaba a hueco. En esos momentos le parecía que avanzaba por el aire y que mucho más abajo el agua se escurría entre las paredes rocosas de los precipicios. Seguía lloviendo torrencialmente. Tenía la impresión de estar viviendo un sueño de terror que se negaba a terminar. No tenía conciencia del paso del tiempo; por el contrario, le parecía que se había detenido, que se había convertido en una cosa estática, suspendida en el vacío. Sin embargo, en el fondo, estaba la certidumbre de que en un momento dado dejaría de ser así, pero no quería pensarlo, por temor de volver a vivir una vez más, de que el tiempo comenzara a moverse de nuevo y de cobrar conciencia de los minutos que pasaban, interminables.

Y así se quedó inmóvil, siempre temblando, muy erguida. Cuando el tren aminoró la marcha y llegó a una parada, el hombre de la cara de león se había ido. Salió del vagón y corrió bajo la lluvia hacia la cola del tren. Mientras subía a la segunda clase recordó que el hombre

se había hecho a un lado como una persona normal, para dejarla pasar. Empezó a reír para sí, en silencio. Después se quedó inmóvil. Había gente en el pasillo, hablando. Se volvió y entró en el retrete, se encerró con llave y comenzó a maquillarse bajo la lámpara vacilante, mirándose en el pequeño espejo ovalado que colgaba sobre el lavabo. Todavía temblaba de frío, y el agua se le escurría por las piernas. Cuando le pareció que podía enfrentarse nuevamente a Tunner, salió, recorrió el pasillo y pasó al vagón de primera. La puerta del compartimiento estaba abierta. Tunner miraba, ceñudo, por la ventanilla. Cuando Kit entró se volvió, dio un salto.

–¡Santo cielo, Kit! ¿Dónde has estado?

–En el vagón de cuarta clase -temblaba tanto que le era imposible hacer que su voz sonara indiferente, como se lo había propuesto.

–¡Pero mírate! Entra.

Tunner se había puesto de pronto muy serio. La obligó con firmeza a entrar en el compartimiento, cerró la puerta, la ayudó a sentarse y empezó a revolver en su equipaje, sacando las cosas y poniéndolas sobre el asiento. Ella lo miraba con estupor. Un momento después Tunner le tendía dos aspirinas y una taza de plástico. «Toma», ordenó. En la taza había champán. Ella obedeció. Tunner le señaló la bata de franela que había colocado sobre el asiento, delante de ella.

–Yo salgo al pasillo, y quiero que te quites todo lo que llevas puesto y te pongas esto. Después llamas a la puerta y entraré a friccionarte los pies. No hay pretexto que valga. Hazlo -salió, cerrando la puerta.

Kit bajó las persianas que daban al exterior e hizo lo que él le había dicho. La bata era suave y caliente; se acurrucó, las piernas dobladas debajo del cuerpo. Y se sirvió otras tres tazas de champán, que bebió rápidamente una tras otra. Después golpeó suavemente el vidrio. La puerta se abrió un poco.

–¿Todo en orden? – dijo Tunner.

–Sí, sí. Entra.

Tunner se sentó enfrente.

–Ahora estira un pie. Los voy a friccionar con alcohol. ¿Pero qué te ha ocurrido? ¿Estás loca? ¿Quieres atrapar una pulmonía? ¿Qué pasó? ¿Dónde estuviste durante tanto tiempo? Y yo aquí como loco, corriendo de arriba abajo, entrando y saliendo de los vagones, preguntando a todo el mundo si te habían visto. No sabía dónde diablos te habías metido.

–Te dije que estuve en la cuarta clase, con los nativos. No pude volver porque no había paso entre los vagones. Me siento maravillosamente. Pero te vas a cansar.

Él se echó a reír y la friccionó con más fuerza.

–Jamás.

Cuando entró en calor y se sintió cómoda, Tunner se enderezó y bajó la luz de la lámpara. Después se sentó a su lado. El brazo la rodeó, la presión volvió a empezar. A Kit no se le ocurría nada que decirle.

–¿Estás bien? – preguntó Tunner suavemente, con la voz ronca.

¾ Sí.

Un minuto después Kit susurró nerviosa:

–¡No, no, no! Alguien puede abrir la puerta.

–Nadie abrirá la puerta -la besó. Kit oía las lentas ruedas sobre los rieles, repitiendo: «Ahora no, ahora no, ahora no…» E imaginó debajo los profundos torrentes bajo la lluvia, hinchados de agua.

Se incorporó y le acarició la nuca, pero no dijo nada.

–Querida -murmuró Tunner-, no te muevas. Descansa.

Kit no podía seguir pensando, no había más imágenes en su cabeza. Sólo tenía conciencia de la suavidad de la bata de lana pegada a la piel y de la proximidad y el calor de un ser que no la asustaba. La lluvia golpeaba contra los cristales de las ventanillas.

XI

A primera hora de la mañana, antes de que el sol asomara por detrás de las montañas cercanas, la azotea del hotel era un lugar agradable para desayunar. Las mesas estaban puestas en el borde de la terraza, dominando el valle. Abajo, en los jardines, las higueras y los altos tallos de los papiros se mecían suavemente con el aire fresco de la mañana. Más abajo estaban los árboles más grandes donde las cigüeñas habían construido sus enormes nidos, y al pie de la cuesta corría el agua roja y espesa del río. Port se sentó a tomar el café, disfrutando del olor del aire de la montaña lavado por la lluvia. Justo abajo, las cigüeñas enseñaban a volar a sus pichones; los graznidos de los pájaros más viejos se mezclaban con los gritos agudos de los jóvenes que revoloteaban.

Mrs. Lyle apareció en la puerta. Le pareció más aturdida que nunca. La invitó a sentarse con él, y ella pidió té al viejo camarero árabe con un uniforme ordinario de color rosa.

–¡Santo cielo! ¡Si seremos pintorescos! – dijo Mrs. Lyle.

Port le mostró los pájaros; los observaron hasta que trajeron el té.

–Dígame, ¿ha llegado bien su esposa?

–Sí, pero aún no la he visto. Está durmiendo todavía.

–Me imagino, después de un viaje tan terrible.

–Y su hijo, ¿todavía en la cama?

–¡No, por favor! Se ha ido no sé adónde, a ver a algún caid o algo por el estilo. Trae cartas de presentación para los árabes de todas las ciudades de África del Norte, creo -se quedó pensando. Al cabo de un momento dijo, con una mirada penetrante-: Espero que usted no se les acercará.

–¿A los árabes? No conozco ninguno personalmente. Pero es un poco difícil no acercárseles, andan por todas partes.

–Me refiero a los contactos sociales con ellos. Eric está completamente loco. Hoy no estaría enfermo si no fuera por esa gente asquerosa.

–¿Enfermo? Me pareció que estaba perfectamente. ¿Qué le pasa?

–Está muy enfermo.

La voz de Mrs. Lyle sonaba distante; miró abajo hacia el río. Después volvió a servirse té y ofreció a Port un bizcocho de una lata que había traído consigo. Con voz más definida continuó:

–Están todos contaminados, ¿sabe? Así es. Y he pasado las de Caín para que le hicieran el tratamiento adecuado. Es un estúpido.

–Me parece que no entiendo -dijo Port.

–Una infección, una infección -dijo Mrs. Lyle impaciente-. Alguna de esas árabes cochinas -añadió con asombrosa violencia.

–Ah -se limitó a decir Port.

Ahora parecía menos segura de sí misma.

–Me han dicho que esas infecciones se pueden transmitir directamente de hombre a hombre. ¿A usted le parece, Mr. Moresby?

–No lo sé -respondió, mirándola con cierta sorpresa-. Se cuentan tantas tonterías sobre esas cuestiones. Creo que un médico estará más enterado.

Mrs. Lyle le tendió otro bizcocho.

–No le reprocho que no quiera hablar del tema. Discúlpeme.

–Oh, no tendría ningún inconveniente -protestó Port-. Pero no soy médico, ¿comprende?

Mrs. Lyle parecía no haberlo oído.

–Es repugnante. Tiene usted razón.

La mitad del sol asomaba desde detrás de la cresta de la montaña; en un minuto más haría calor.

–Aquí está el sol -dijo Port. Mrs. Lyle recogió sus cosas.

–¿Se quedarán mucho tiempo en Boussif? – preguntó.

–No tenemos planes. ¿Y ustedes?

–Oh, Eric habrá preparado algún itinerario descabellado. Creo que iremos a Aïn Krorfa mañana por la mañana, a menos que Eric decida partir hoy a mediodía y pasar la noche en Sfissifa. Dicen que hay un hotelito bastante decente. No tan soberbio como éste, desde luego.

Port miró las mesas y las sillas desvencijadas y sonrió.

–Yo no necesito nada mucho más soberbio que esto.

–¡Ah, querido Mr. Moresby! Este hotel es resueltamente lujoso. No encontrará nada mejor desde aquí hasta el Congo. Nada con agua corriente. Bueno, de todos modos nos veremos antes de marcharnos. Me estoy asando con este sol horrible. Hágame el favor de saludar de mi parte a su esposa -se levantó y bajó las escaleras.

Port colgó la chaqueta en el respaldo de la silla y estuvo un rato sentado, pensando en el insólito comportamiento de la excéntrica mujer. No conseguía atribuirlo a mera irresponsabilidad o a locura; le parecía mucho más probable que fuera una manera indirecta de transmitir una idea que no se atrevía a expresar directamente. En la mente confusa de Mrs. Lyle, el procedimiento era aparentemente lógico. De lo único que Port podía estar seguro era de que su motivación básica era el miedo. Y la de Eric, la codicia; de eso estaba convencido. Pero la combinación de los dos seguía desconcertándolo. Tenía la impresión de que el simple esbozo de un dibujo apenas empezaba a tomar forma; pero qué era el dibujo, cuál sería su finalidad, todo ello resultaba absolutamente problemático. Sin embargo, conjeturó que por el momento el proceder de la madre y del hijo se fundaba en un *quid pro quo.* Cada uno tenía una razón para estar interesado en la presencia de Port, pero las razones no eran idénticas, ni siquiera complementarias, pensó.

Consultó el reloj: eran las diez y veinte. Probablemente Kit no se había despertado todavía. Cuando la viera pensaba discutir con ella la cuestión, si no seguía enfurruñada con él. Su capacidad para descifrar las motivaciones era notable. Decidió dar un paseo por la ciudad. Hizo un alto en su cuarto para dejar la chaqueta y recoger los anteojos de sol. Había reservado para Kit la habitación que estaba del otro lado del vestíbulo. Al pasar apoyó la oreja en la puerta y escuchó; no se oía nada.

Boussif era una ciudad totalmente moderna, dispuesta en grandes manzanas cuadradas, con el mercado en el centro. Las calles sin pavimentar, bordeadas en su mayor parte de edificios cúbicos de un piso, estaban llenas de un espeso barro rojo. Una procesión constante de hombres y ovejas se desplazaba por la vía principal hacia el mercado, los hombres con la capucha del albornoz levantada para protegerse del ataque feroz del sol. No se veía un solo árbol. Al terminar las calles transversales, los pelados baldíos subían suavemente hasta el pie de las montañas, que eran de roca pelada, salvaje, sin vegetación. Salvo las caras, poco encontró de interés en el enorme mercado. En un extremo había un minúsculo café con una mesa bajo un cañizo. Se sentó y dio dos palmadas. *«Ouahad atai»,* llamó; era todo el árabe que recordaba. Mientras bebía el té, que era de hojas de menta secas y no frescas, observó que el mismo viejo autobús pasaba delante del café, sonando la bocina con insistencia. Lo miró pasar. Daba la vuelta al mercado, lleno de pasajeros aborígenes; en la plataforma trasera, el guarda golpeaba rítmicamente la sonora hojalata del chasis, gritando:

–*Arfa! Arfa! Arfa!* -sin detenerse.

Se quedó allí sentado hasta la hora del almuerzo.

XII

Lo primero que Kit supo al despertar fue que tenía una buena resaca. Después percibió el sol brillante que llenaba la habitación. ¿Qué habitación? Era demasiado esfuerzo para ella tratar de recordar. Algo se movió a su lado, en la almohada. Volvió los ojos hacia la izquierda y vio una informe masa oscura junto a su cabeza. Pegó un grito, se incorporó como movida por un resorte y al mismo tiempo supo que no era más que el pelo negro de Tunner. Dormido, él estiró un brazo para abrazarla. Kit sintió que la cabeza le martillaba dolorosamente, saltó de la cama y se quedó mirándolo.

–Dios mío -dijo en voz alta. Le costó despertarlo, pero lo obligó a levantarse y a vestirse; lo hizo salir al vestíbulo con todo su equipaje y cerró rápidamente la puerta con llave. Después, antes de que él hubiera pensado en llamar a un camarero para que le ayudara con las maletas, Kit abrió la puerta y le pidió en un susurro una botella de champán. Tunner sacó una, se la dio y ella cerró de nuevo la puerta. Se sentó en la cama y bebió la botella entera. Su necesidad de beber era en parte física, pero sobre todo sabía que no podía enfrentar a Port mientras no hubiera entablado un diálogo interior del que saliera en cierta medida absuelta por lo de la noche anterior. Confiaba también en que el champán la hiciera sentirse mal, dándole una razón legítima para quedarse en cama todo el día. El efecto fue totalmente opuesto: apenas terminó, la resaca se le había pasado y se sintió ligeramente achispada, pero muy bien. Se acercó a la ventana y vio el patio enceguecedor donde dos mujeres árabes lavaban la ropa en un gran estanque de piedra, extendiéndola sobre los arbustos para que se secara. Se volvió rápidamente y sacó las cosas del neceser, desparramándolas por toda la habitación. Después empezó a buscar cuidadosamente cualquier huella de Tunner que hubiera quedado en el cuarto. Vio un pelo negro sobre la almohada y el corazón le dio un salto; lo arrojó por la ventana. Hizo meticulosamente la cama y extendió la colcha de lana. Después llamó a la camarera y le pidió que enviara a la *fathma* para que lavara el suelo. Así, en caso de que Port llegara en seguida, parecería que acababan de arreglar el cuarto. Se vistió y bajó. Al fregar las baldosas, los pesados brazaletes de la *fathma* tintineaban.

Al llegar al hotel, Port llamó a la puerta de la habitación opuesta a la suya. Una voz masculina dijo:

–*Entrez.*

Tunner estaba vestido a medias y deshacía sus maletas. No había pensado en desordenar la cama, pero Port no lo advirtió.

–¿Qué diablos ha pasado? No me digas que le han dado a Kit el cuarto piojoso del fondo que reservé para ti.

–Sospecho que sí. De todos modos, gracias -Tunner se rió.

–¿No te importa cambiar, verdad?

–¿Por qué? ¿Es tan malo el otro cuarto? No, no me importa. Pero parece demasiada molestia para un solo día, ¿no?

–Tal vez sea más de uno. De todas maneras, me gustaría que la habitación de Kit estuviera frente a la mía.

–Claro, claro. Pero mejor decírselo. Probablemente está en el otro cuarto con toda inocencia, pensando que es el mejor del hotel.

–No está mal. Sólo que da a la parte de atrás, eso es todo. Era lo único que había ayer, cuando hice las reservaciones.

–Está bien. Llamaremos a uno de esos macacos para que haga el cambio.

Los tres se reunieron en el almuerzo. Kit estaba nerviosa; habló ininterrumpidamente, sobre todo de la política europea de posguerra. La comida era mala, de modo que ninguno de los tres estaba de muy buen humor.

–Europa ha destruido al mundo entero -dijo Port-. Tenemos que agradecerlo y lamentarlo. Espero que se borre ella misma del mapa -quería abreviar la discusión, llevarse a Kit aparte y hablar con ella a solas. Sus largas, erráticas, personalísimas conversaciones le hacían sentirse mejor. Pero Kit esperaba evitar justamente el *tête-à-tête.*

–¿Por qué no extiendes todos tus buenos deseos a la humanidad entera, ya que estás en esas? – preguntó Kit.

–¿La humanidad? – exclamó Port-. ¿Qué es eso? ¿Quién es la humanidad? Te lo diré. La humanidad es todos salvo uno mismo. Entonces, ¿qué interés puede tener para nadie?

Tunner dijo lentamente:

–Un minuto. Un minuto. Me gustaría discutir ese punto contigo. Yo diría que la humanidad eres tú y que eso es justamente lo que la hace interesante.

Port estaba irritado.

–¡Qué tontería! – replicó secamente-. Tú no eres nunca la humanidad; tú sólo eres tu propio yo desesperadamente aislado.

Kit trató de interrumpirlo. Él levantó la voz y continuó:

–No necesito justificar mi existencia por medios tan primarios. El solo hecho de respirar ya me justifica. Si la humanidad no lo considera una justificación, puede hacer lo que le plazca conmigo. ¡No voy a andar con un pasaporte de existencia encima para probar que tengo derecho de estar aquí! ¡Aquí estoy! ¡Estoy en el mundo! Pero mi mundo no es el mundo de la humanidad. Es el mundo como yo lo veo.

–No grites -dijo Kit suavemente-. Si te parece así, de acuerdo. Pero tienes inteligencia suficiente para admitir que no todo el mundo piensa de la misma manera.

Se levantaron. Desde su rincón, los Lyle les sonrieron al pasar.

Tunner anunció:

–Me voy a hacer una siesta. No quiero café. Nos veremos más tarde.

Cuando Port y Kit se quedaron solos en el vestíbulo, él le dijo:

–Vayamos al pequeño café del mercado.

–¡Por favor! – protestó ella-. ¿Después del plomo de la comida? Sería incapaz de dar un paso. Todavía estoy cansada del viaje.

–Muy bien. Subamos a mi cuarto.

Kit vaciló.

–Unos minutos solamente. Sí, me gustaría -por la voz no parecía muy entusiasmada-. Después echaré un sueñito yo también.

Arriba se tendieron los dos en la ancha cama y esperaron que el camarero llegara con el café. Las cortinas estaban corridas, pero la luz insistente se filtraba a través, tiñendo los objetos del cuarto de un agradable color rosa. Afuera, la calle estaba muy tranquila; todo, salvo el sol, dormía la siesta.

–¿Qué hay de nuevo? – dijo Port.

–Nada, salvo que, como te conté, estoy agotada por el viaje en tren.

–Hubieras podido venir con nosotros en el coche. Fue un viaje excelente.

–No, no podía. No empieces de nuevo. Ah, vi a Mr. Lyle esta mañana, abajo. Sigo pensando que es un monstruo. Insistió en mostrarme no sólo su pasaporte, sino también el de su madre. Naturalmente, los dos estaban cubiertos de sellos y visaciones. Le dije que a ti te gustaría verlos, que esas cosas te interesaban más que a mí. Ella nació en Melbourne en 1899 y él en 1925, no recuerdo dónde. Los dos pasaportes son británicos. Ahí tienes la información.

Port la miró de reojo con admiración.

–¡Vaya! ¿Cómo pudiste enterarte de todo eso sin que él se diera cuenta de que estabas mirando?

–Echando un rápido vistazo a las hojas. Y ella figura como periodista y él como estudiante. ¿No es ridículo? Estoy segura de que no ha abierto un libro en su vida.

–Bah, es medio tonto -dijo Port distraído, tomándole una mano y acariciándola-. ¿Tienes sueño, nena?

–Sí, muchísimo, y tomaré apenas un traguito de café, porque no quiero que me desvele. Quiero dormir.

–Yo también, ya que estoy acostado. Si no llega dentro de un minuto, bajaré para anular el pedido.

Pero llamaron a la puerta. Antes de que tuvieran tiempo de responder, la puerta se abrió de par en par y el camarero entró con una enorme bandeja de cobre.

–*Deux cafés* -dijo con una amplia sonrisa.

–Si será estúpido -dijo Port-. Cree que ha llegado en pleno idilio.

–Claro. Pobre, deja que se lo crea. Con algo tiene que divertirse en la vida.

El árabe dejó discretamente la bandeja junto a la ventana y salió del cuarto de puntillas, lanzando sobre el hombro otra mirada hacia la cama, casi con nostalgia, pensó Kit. Port se levantó y llevó la bandeja a la cama. Mientras tomaban el café, se volvió de pronto hacia ella.

–¡Escucha! – exclamó, con la voz llena de entusiasmo.

Mirándolo, Kit pensó: «Es como un adolescente.»

–¿Sí? – dijo, sintiéndose como una madre madura.

–Cerca del mercado hay un lugar donde alquilan bicicletas. Cuando te despiertes alquilamos un par y salimos a dar un paseo. Los alrededores de Boussif son bastante llanos.

La idea le atrajo vagamente, aunque sin saber por qué.

–¡Perfecto! – dijo Kit-. Ya estoy dormida. Despiértame a las cinco, si te acuerdas.

XIII

Pedalearon lentamente por la larga calle en dirección de la grieta que se abría en la baja cadena montañosa, al sur de la ciudad. Donde terminaban la casas empezaba la llanura, a cada lado, como un mar de piedras. El aire era frío, el viento seco del atardecer soplaba en contra. La bicicleta de Port chirriaba un poco. Iban callados, Kit un poco más adelante. Atrás, a la distancia, alguien tocaba el clarín, una firme, brillante lámina de sonido en el aire. Aun en ese momento, a una media hora del ocaso, el sol ardía. Llegaron a una aldea, la atravesaron. Los perros ladraban frenéticamente, las mujeres se apartaban, tapándose la boca. Sólo los niños se quedaron donde estaban, paralizados de sorpresa. Después de la aldea, el camino empezaba a subir. Notaban la pendiente en el pedaleo: a la vista, el terreno parecía llano. Kit se cansó en seguida. Se detuvieron, miraron hacia atrás la llanura aparentemente chata hasta Boussif, muestrario de bloques marrones al pie de las montañas. La brisa soplaba con más fuerza.

–Jamás habrás respirado aire tan fresco -dijo Port.

–Es maravilloso -dijo Kit. Estaba pensativa, de buen talante, y no tenía ganas de hablar.

–¿Tratamos de cruzar el paso por allá?

–Dentro de un minuto. El tiempo de recobrar el aliento.

En seguida reanudaron el camino, pedaleando enérgicamente, los ojos puestos en la fisura que tenían delante.

A medida que se acercaban, el desierto interminable era interrumpido de vez en cuando por agudas crestas rocosas que surgían en la superficie como espinazos de enormes peces que avanzaran todos en la misma dirección. El camino había sido abierto con dinamita en lo alto de la cadena y las piedras habían rodado a ambos

lados de la grieta. Dejaron las bicicletas a la vera del camino y comenzaron a trepar entre las enormes rocas. El sol desaparecía detrás del horizonte chato; el aire se había impregnado de rojo. Al dar la vuelta a una roca se encontraron de manos a boca con un hombre profundamente concentrado en la tarea de afeitarse el pubis con un largo cuchillo puntiagudo: tenía el albornoz recogido hasta el cuello, de modo que de los hombros para abajo estaba totalmente desnudo. Alzó los ojos, los miró pasar con indiferencia. Inmediatamente, volvió a agachar la cabeza para proseguir la cuidadosa operación.

Kit tomó la mano de Port. Treparon en silencio, felices de estar juntos.

–La puesta del sol es una hora tan triste -dijo ella de pronto.

–Cuando considero el final de un día, de cualquier día, siempre tengo la impresión de que es el final de toda una época. ¡Y el otoño! Podría ser el final de todo -dijo Port-. Por eso detesto los países fríos y me gustan los cálidos, donde no hay invierno, y cuando llega la noche sientes que la vida comienza en lugar de terminar. ¿No te parece?

–Sí. Pero no estoy segura de preferir los países cálidos. No sé. No estoy segura de que no sea un error escapar a la noche y al invierno y de que si lo haces no tengas que pagarlo de alguna manera.

–¡Oh, Kit! Estás loca.

La ayudó a subir a un montículo bajo. El desierto se extendía a sus pies, mucho más abajo que la llanura de donde acababan de subir.

No contestó. La entristecía comprobar que, a pesar de tener tan a menudo las mismas reacciones, las mismas sensaciones, nunca llegaban a las mismas conclusiones, porque sus respectivas metas en la vida eran casi diametralmente opuestas.

Se sentaron en las rocas, uno junto al otro, frente a la inmensidad. Kit enlazó su brazo al de Port y apoyó la cabeza en su hombro. Él miraba hacia adelante; después suspiró y, finalmente, sacudió lentamente la cabeza.

Lugares como éstos, momentos como éste eran lo que Port más amaba en la vida; Kit lo sabía y sabía también que los amaba más si ella estaba presente para compartirlos. Y aunque tenía conciencia de que los verdaderos silencios y los espacios vacíos que conmovían el alma de Port la aterraban, él no podía soportar que se lo recordaran. Era como si en él hubiera la esperanza siempre renovada de que sería sensible como él a la soledad y la cercanía de las cosas infinitas. Se lo había dicho muchas veces: «Es tu única esperanza», y Kit nunca estaba segura de lo que quería decir. A veces pensaba que Port se refería a su propia esperanza, que únicamente si ella era capaz de llegar a ser como era él, él encontraría el camino de vuelta al amor, porque para Port amar significaba amarla a ella, a nadie más que a ella. ¡Y hacía tanto tiempo ya que había desaparecido el amor, toda posibilidad de

amor! Pero, a pesar de estar dispuesta a llegar a ser lo que él quisiera, había algo que Kit no podía cambiar: el terror estaba siempre dentro de ella, dispuesto a asumir el mando. Era inútil pretender lo contrario. Y así como ella era incapaz de sacudirse el miedo de encima, él era incapaz de romper la jaula que había construido mucho tiempo atrás para salvarse del amor.

Kit le pellizcó el brazo:

–¡Mira! – susurró. A unos pocos pasos, en lo alto de una roca, tan inmóvil que no lo habían advertido, estaba sentado un árabe venerable, las piernas encogidas debajo del cuerpo, los ojos cerrados. Al principio, a pesar de su postura erguida, les pareció que dormía, pues no daba muestras de percibir la presencia de ellos. Pero después vieron que movía imperceptiblemente los labios y comprendieron que estaba rezando.

–¿Te parece que podemos mirarlo así? – dijo Kit con un hilo de voz.

–Perfectamente. Nos quedaremos aquí sin hablar.

Apoyando la cabeza en el regazo de Kit, contempló el cielo claro. De vez en cuando, muy suavemente, ella le acariciaba el pelo. El viento subía cada vez con más fuerza. Lentamente, la luz del cielo perdía intensidad. Kit echó una mirada al árabe; no se había movido. De pronto le dieron ganas de regresar, pero se quedó absolutamente inmóvil mirando con afecto la cabeza inerte en la que se posaba su mano.

–Sabes -dijo Port, y su voz sonó irreal, como ocurre después de una larga pausa en un lugar perfectamente silencioso-, el cielo aquí es muy extraño. A veces, cuando lo miro, tengo la sensación de que es algo sólido, allá arriba, que nos protege de lo que hay detrás.

Kit se estremeció ligeramente.

–¿De lo que hay detrás?

–Sí.

–¿Pero qué hay detrás? – preguntó Kit con un hilo de voz.

–Nada, supongo. Solamente oscuridad. La noche absoluta.

–No hables de eso ahora, por favor -la súplica era angustiada-. Aquí arriba todo lo que dices me aterra. Se está poniendo oscuro y no puedo soportarlo.

Port se sentó, le echó los brazos al cuello, la besó, retrocedió, la miró, la besó de nuevo, volvió a retroceder y así varias veces. Las mejillas de Kit estaban mojadas de lágrimas. Sonrió desolada cuando él se las enjugó con los dedos.

–¿Sabes? – dijo Port con gran ansiedad-. Creo que los dos tenemos miedo de lo mismo. Y por una misma razón. Nunca hemos conseguido, ninguno de los dos, entrar en la vida. Estamos colgando del lado de afuera, por mucho que hagamos, convencidos de que nos

vamos a caer en el próximo tumbo. ¿No es cierto?

Kit cerró los ojos un momento. Los labios de Port en su mejilla habían despertado un sentimiento de culpabilidad que la cubrió como una gran ola, mareándola, enfermándola. Se había pasado la siesta tratando de limpiar su conciencia de las cosas que habían ocurrido la noche antes, pero ahora tenía la certeza de que no lo había conseguido, de que nunca lo conseguiría. Se llevó la mano a la frente. Al final dijo:

–Pero si no estamos dentro, lo más probable es que seamos expulsados.

Esperó que él adelantara algunos argumentos en contra, que descubriera el error de su analogía, que dijera algo consolador.

–No lo sé -fue todo lo que se le ocurrió.

La luz disminuía sensiblemente. El viejo árabe seguía sumido en sus plegarias, severo y estatuario en la oscuridad creciente. A Port le pareció oír atrás, en la llanura, la nota de un clarín que se prolongaba interminablemente. Pero nadie podía tener un aliento tan largo; era su imaginación. Le tomó la mano y la apretó.

–Tenemos que volver -susurró.

Se pusieron de pie rápidamente y saltaron por las rocas para bajar al camino. Las bicicletas estaban donde las habían dejado. Bajaron en rueda libre a la ciudad. Al pasar a toda velocidad por la aldea, los perros armaron un escándalo. Dejaron las bicicletas en el mercado y recorrieron lentamente la calle que llevaba al hotel, metidos en el desfile de hombres y de ovejas que seguía entrando regularmente en la ciudad, aun de noche.

Durante todo el camino de regreso Kit estuvo dando vueltas en su cabeza a una idea: «De alguna manera Port sabe lo de Tunner y yo.» Al mismo tiempo no creía que tuviera conciencia de saberlo. Pero estaba segura de que la parte más profunda de su inteligencia percibía la verdad, percibía lo que había ocurrido. Mientras andaban por la calle oscura estuvo tentada de preguntarle cómo lo sabía. Le inspiraba curiosidad el funcionamiento de un instinto puramente animal como ése, en un hombre tan complejo como Port. Pero el resultado no sería bueno; en cuanto cobrara conciencia de lo que sabía, decidiría ponerse rabiosamente celoso, en seguida habría una escena, y toda la ternura implícita entre ellos se desvanecería, tal vez para siempre. Privarse inclusive de esa tenue comunión con él le sería insoportable.

Cuando terminó la cena, Port hizo algo curioso. Se fue solo al mercado, se sentó en el café unos minutos a contemplar a los hombres y los animales a la luz vacilante de las lámparas de carburo y, al pasar delante de la puerta abierta de la tienda donde había alquilado las bicicletas, entró. Pidió una bicicleta con farol, le dijo al hombre que le esperara hasta que volviese y pedaleó rápidamente hacia la garganta.

Allí arriba, entre las rocas, hacía frío, soplaba el viento de la noche. No había luna; Port no veía el desierto que se extendía a sus pies. Sólo las duras estrellas titilaban en el cielo. Se sentó en la roca y dejó que el viento lo helara. Mientras bajaba a Boussif, comprendió que nunca podría confesar a Kit que había vuelto a aquel lugar. Kit no entendería que hubiera querido volver sin ella. O quizá, reflexionó, lo entendería demasiado bien.

XIV

Dos noches después tomaron el autobús a Aïn Krorfa; optaron por el servicio nocturno para evitar el calor aplastante del día. Además, de alguna manera el polvo es menos penoso cuando no se lo ve. De día, cuando el autobús atraviesa esa parte del desierto, subiendo y bajando por los estrechos desfiladeros, la nube de tierra que levanta el vehículo se ve y a veces, en las curvas muy cerradas, se lo respira. El polvo fino se deposita en toda superficie más o menos horizontal, inclusive en las arrugas de la piel, en los párpados, en el interior de las orejas y a veces hasta en lugares escondidos, como el ombligo. Y de día, a menos de estar habituado a esas cantidades de tierra, el viajero hipersensible llega a magnificar la incomodidad que le causa. Pero de noche, cuando las estrellas brillan en el cielo claro, tiene la impresión, siempre que no se mueva, de que no hay polvo. El zumbido constante del motor lo adormece, le pone en un estado como de trance, toda su atención se concentra en el camino que se va acercando interminablemente a medida que los faros lo iluminan, es decir, hasta que se duerme para despertar más tarde, al detenerse el autobús en algún oscuro *bordj* perdido. Entonces, helado y entumecido, se baja a beber un vaso de café dulce.

Como los habían reservado de antemano, consiguieron los mejores asientos del autobús, es decir, los delanteros, junto al chófer. Allí había menos polvo y el calor del motor, aunque excesivo y un poco incómodo para los pies, era bien venido hacia las once, cuando refrescaba y sentían el frío seco, intenso, que siempre llega con la noche en esas regiones altas. Los tres se apretujaron en el asiento delantero, con el conductor. Del lado de la puerta, Tunner parecía dormir. Kit, con la cabeza pesadamente apoyada en el brazo de Port, se movía un poco de vez en cuando, pero tenía los ojos cerrados. A horcajadas sobre el freno de emergencia y con el codo del chófer clavándosele en las costillas cada vez que tomaban una curva, Port era con mucho el peor situado y, por lo tanto, estaba bien despierto. Miraba a través del parabrisas el camino llano que se acercaba y era devorado por las luces de los faros. Mientras se desplazaba de un lugar a otro, Port era capaz de contemplar su vida con un poco más de objetividad que de costumbre. En los viajes solía pensar con más claridad y tomaba decisiones de que era incapaz cuando estaba

asentado en un lugar fijo.

Desde el día en que había salido en bicicleta con Kit, sintió el deseo preciso de reforzar los lazos sentimentales que los unían. Era algo que iba asumiendo una importancia enorme para él. A veces se decía que cuando había planeado esta expedición con Kit desde Nueva York hacia lo desconocido, su subconsciente ya lo sabía: sólo a último minuto le había pedido a Tunner que viniera y quizá también eso había tenido una motivación subconsciente, pero nacida del cielo, pues por mucho que deseara el acercamiento, sabía también cuánto temía las consiguientes responsabilidades sentimentales. Pero en ese momento, allí, en aquel lugar distante y desconectado del mundo, el deseo de consolidar los lazos con ella era más fuerte que el miedo. Para forjar ese vínculo necesitaban estar juntos y solos. Los dos últimos días en Boussif habían sido un suplicio. Era como si Tunner conociera el deseo de Port y estuviera decidido a frustrarlo. Había pasado con ellos todo el día y la mitad de la noche, hablando sin cesar, como si no quisiera otra cosa que estar sentado con ellos, comer con ellos, pasear con ellos e inclusive acompañarlos esa noche a la habitación de Kit, en el momento en que Port ansiaba estar solo con ella, y allí se quedó una hora, de pie en el umbral, continuando una conversación sin interés. (Pensó, naturalmente, que Tunner podía tener todavía esperanzas de conquistarla. La exagerada atención que le dedicaba, los triviales halagos que debían pasar por galantería, se lo hacían pensar; pero como Port creía que sus propios sentimientos por Kit eran idénticos en todo sentido a los de ella por él, estaba convencido de que en ningún caso Kit cedería a una persona como Tunner.)

Sólo consiguió sacar a Kit del hotel aprovechando que Tunner dormía la siesta, y apenas habían recorrido unos cien metros tropezaron con Eric Lyle, que les anunció, sin más, su deseo de acompañarlos en el paseo. Cosa que hizo, ante la furia silenciosa de Port y el visible desagrado de Kit, a quien esa presencia le molestaba tanto que apenas se sentó en el café del mercado pretextó un dolor de cabeza y regresó rápidamente al hotel, dejando que Port se entendiera con Eric. El detestable muchacho parecía más pálido y granujiento que de costumbre, con su chillona camisa estampada con tulipanes gigantescos. La tela, dijo, la había comprado en el Congo.

Una vez a solas, tuvo el descaro de pedirle prestados diez mil francos, explicándole que su madre era una extravagante en cuestiones de dinero y que muchas veces se negaba redondamente durante semanas a darle un centavo.

–Ni hablar. Lo siento -contestó Port, decidido a mostrarse inflexible. La suma fue bajando progresivamente hasta que al final Lyle dijo, melancólico:

–Aunque más no fueran quinientos francos, me permitirían fumar durante una quincena.

–Nunca le presto dinero a nadie -explicó Port, fastidiado.

–Pero a mí sí -dijo Lyle con voz melosa.

–No.

–No soy unos de esos ingleses estúpidos que piensan que todos los norteamericanos son archimillonarios. Nada de eso. Pero mi madre está loca. Se niega simplemente a darme un centavo. ¿Qué voy a hacer?

«Ya que él no tiene vergüenza -pensó Port-, yo no tendré piedad.» Y dijo:

–No te presto un centavo porque sé que no lo voy a recuperar, y no tengo bastante para derrochar, ¿comprendes? Pero te daré trescientos francos. Con gusto. He observado que fumas el *tabac du pays.* Por suerte es muy barato.

Eric inclinó la cabeza en señal de aceptación, a la manera oriental. Después tendió la mano para recibir el dinero. Al recordar la escena, Port seguía teniendo una sensación incómoda. Cuando volvió al hotel encontró a Kit y a Tunner bebiendo cerveza en el bar, y desde entonces no había estado a solas con ella ni un minuto, salvo la noche anterior, en que Kit se había despedido de él en la puerta de la habitación. La sospecha de que evitaba estar a solas con él no facilitaba las cosas.

«Pero hay mucho tiempo -se dijo-. Lo que tengo que conseguir es deshacerme de Tunner.» Se alegró de haber llegado por fin a una decisión precisa. Tal vez Tunner lo barruntara y tomase la iniciativa de marcharse; en caso contrario tendrían que abandonarlo. De todos modos había que hacerlo, y en seguida, antes de encontrar un lugar donde decidieran detenerse un tiempo lo bastante largo como para que Tunner empezara a hacerse enviar la correspondencia.

Oía las pesadas maletas deslizándose en el techo del autobús, sobre su cabeza: se preguntó si no disponiendo de mejores medios de transporte habían hecho bien en llevar tanto equipaje. Pero era demasiado tarde para remediarlo. No habría a lo largo del camino lugar donde dejarlo, porque era más que probable que regresaran por otro, si es que volvían a la costa del Mediterráneo. Porque tenía la esperanza de poder continuar hacia el Sur, sólo que como no sabían nada acerca de los servicios de transporte y de alojamiento, debían arriesgarse a lo que les ofreciera cada lugar al que llegaban, confiando en el mejor de los casos en recoger información sobre la ciudad siguiente a medida que viajaban. Lo que ocurría era simplemente que en esa parte del mundo el turismo, en todo caso nunca muy desarrollado, había quedado no sólo interrumpido por la guerra, sino totalmente destruido. Y hasta el momento no había aparecido quien lo

reiniciara. En cierto sentido esta situación le gustaba, porque se sentía como un pionero: mientras rodaba por el desierto se identificaba más con sus bisabuelos que sentado en su casa mirando el estanque del Central Park. Pero al mismo tiempo se preguntaba hasta qué punto había que tomar en serio los folletos de turismo que trataban de disuadir a los pioneros como él: «Por el momento se aconseja vivamente a los viajeros que se abstengan de internarse en África del Norte francesa, África Occidental francesa y África Ecuatorial francesa. Se comunicarán a las personas interesadas las informaciones que se vayan recibiendo sobre las condiciones del turismo en esta parte del mundo.» Durante su campaña en favor de África y en contra de Europa, se guardó de leer a Kit esos párrafos. En cambio, le mostró una colección de fotografías cuidadosamente elegidas que había traído de viajes anteriores: vistas de oasis y mercados, y atrayentes detalles de vestíbulos y jardines de hoteles que ya no funcionaban. Hasta ese momento Kit había sido bastante paciente -ni una sola vez había protestado contra las instalaciones-, pero las elocuentes advertencias de Mrs. Lyle le preocupaban un poco. No sería muy divertido dormir largo tiempo en camas sucias, comer platos intragables y esperar una hora cada vez que uno deseaba lavarse las manos.

La noche transcurría lentamente, pero para Port mirar el camino era más hipnótico que monótono. Si estuviera recorriendo regiones que no conocía, le hubiera resultado insoportable. La idea de que a cada momento se internaba un poco más en el Sáhara, de que dejaba atrás todas las cosas familiares, esta idea lo mantenía en un agradable estado de excitación.

De vez en cuando, Kit se movía, levantaba la cabeza, murmuraba algo ininteligible y la dejaba caer de nuevo contra él. Una vez la alzó y la dejó caer del otro lado, contra Tunner, que no dio señales de despertarse. Port la tomó firmemente del brazo y la atrajo hacia sí para que volviera a apoyarse en su hombro. Aproximadamente una vez por hora, él y el chófer fumaban juntos un cigarrillo, pero, aparte de eso, no decían una palabra. Al llegar a cierto lugar el chófer agitó la mano en dirección de la oscuridad y dijo:

–El año pasado dicen que vieron un león por aquí. La primera vez en muchos años. Dicen que se comió una cantidad de ovejas. Pero probablemente era una pantera.

–¿Lo atraparon?

–No. Todos tienen miedo de los leones.

–¿Qué habrá sido de él?

El conductor se encogió de hombros y recayó en el silencio, que evidentemente prefería. Port se alegró de que no hubieran matado al animal.

Justo antes del amanecer, en el momento más frío de la noche,

llegaron a un *bordj* desolado y austero en la llanura barrida por el viento. Su única puerta estaba abierta, y más dormidos que despiertos, los tres entraron titubeando, junto a una multitud de nativos que salía del fondo del autobús. En el vasto patio se apeñascaban los caballos, las ovejas y los hombres. Ardían varias hogueras; las chispas rojas volaban en todas direcciones.

Cerca de la entrada, en un mostrador donde servían el café, había cinco halcones, cada uno con una capucha de cuero negro cubriendo la cabeza y sujetos cada uno a un gancho del mostrador mediante una delicada cadena que les ceñía la pata. Estaban todos en fila, perfectamente inmóviles, como si estuvieran embalsamados. Entusiasmado, Tunner preguntó si se vendían. Le respondieron con miradas de asombro cortés. Volvió a la mesa con un aire un poco confuso y se sentó diciendo:

–Parece que nadie sabe de quién son.

Port gruñó:

–Querrás decir que nadie te entendió una palabra. ¿Y qué diablos harías con ellos?

Tunner reflexionó un segundo. Después se echó a reír y dijo:

–No sé. Me gustan, eso es todo.

Cuando salieron, asomaban en el horizonte los primeros fulgores del día. Y entonces le tocó a Port sentarse junto a la puerta. Cuando el *bordj* había quedado muy atrás, convertido en una cajita blanca, Port dormía. Fue así como se perdió el gran final de la noche: los colores cambiantes jugaban en el cielo, subiendo desde el horizonte, antes de la salida del sol.

XV

Aun antes de divisar Aïn Krorfa las moscas les impusieron su presencia. Cuando aparecieron los primeros oasis dispersos y el camino se precipitó entre las altas tapias de barro de las construcciones periféricas, el autobús se llenó súbitamente de moscas, pequeñas, grisáceas y tenaces. Algunos árabes se cubrieron la cabeza; los demás parecían no advertirlas. El conductor dijo: *Ah, les salauds! On voit bien que nous sommes à Aïn Krorfa!*

Kit y Tunner empezaron a desplegar una actividad frenética, agitaban los brazos, se abanicaban y soplaban como locos de costado para ahuyentar a las moscas de sus mejillas y narices, todo lo cual era casi inútil. Las moscas insistían con sorprendente determinación y era preciso casi arrancarlas; a último momento levantaban rápidamente vuelo para posarse casi en seguida en el mismo lugar.

–¡Es una verdadera ofensiva! – exclamó Kit.

Tunner se puso a abanicarla con un pedazo de periódico. Port seguía durmiendo junto a la puerta. Las moscas pululaban en las comisuras de su boca.

–Se pegan cuando hace fresco -dijo el conductor-. Por la mañana temprano es imposible quitárselas de encima.

–¿Pero de dónde vienen? – preguntó Kit.

El chófer se rió de su furia.

–Y esto no es nada -dijo con un ademán de disculpa-. Tiene que ver la ciudad. Como nieve negra, cubriéndolo todo.

–¿Cuándo sale el autobús? – dijo Kit.

–¿De vuelta a Boussif? Yo regreso mañana.

–¡No, no! Quiero decir hacia el Sur.

–Ah, eso tiene que preguntarlo en Aïn Krorfa. Yo sólo conozco el servicio de Boussif. Creo que hay una línea que va a Bou Noura una vez por semana, y siempre se puede conseguir un camión de carga que vaya a Messad.

–Yo no quiero ir a Messad -dijo Kit. Le había oído decir a Port que Messad no tenía interés.

–Yo sí -interrumpió Tunner en inglés con cierta fuerza-. ¿Esperar una semana en un lugar como éste? ¡Dios mío, me moriría!

–No te pongas nervioso. Todavía no lo has visto. Quizás el chófer nos está tomando el pelo, como diría Mr. Lyle. Además, es probable que el autobús a Bou Noura no tarde una semana. A lo mejor sale mañana. Y hasta hoy mismo, si vamos al caso.

–No -dijo Tunner obstinadamente-. Si hay algo que no puedo soportar es la suciedad.

–Sí; eres un verdadero norteamericano, lo sé -volvió la cabeza para mirarlo y él sintió que se burlaba. Enrojeció.

–Tienes mucha razón.

Port se despertó. Su primer gesto fue espantarse las moscas de la cara. Abrió los ojos y contempló por la ventana la vegetación creciente. Las altas palmeras se proyectaban desde detrás de los muros; abajo, en una masa enmarañada, se apretaban naranjos, higueras y granados. Abrió la ventanilla y se asomó a olfatear el aire. Olía a menta y a humo de leña. Más adelante se extendía el ancho lecho de un río; en el centro serpenteaba una corriente de agua. Y a cada lado del camino y de todos los otros que partían del primero, por profundas acequias corría el agua, orgullo de Aïn Krorfa. Entró la cabeza y dio los buenos días a sus compañeros. Mecánicamente se espantaba las moscas insistentes. Sólo unos minutos después notó que Kit y Tunner hacían lo mismo.

–¿Qué significan todas estas moscas? – preguntó.

Kit miró a Tunner y se echó a reír. Port sintió que compartían un secreto.

–Me preguntaba cuánto tardarías en descubrirlas ¾dijo Kit.

Volvieron a hablar de las moscas. Tunner invocó el testimonio del conductor acerca de las que había en Aïn Krorfa -esto iba dirigido a

Port, porque esperaba conquistar un aliado para su proyecto de fuga a Messad-, y Kit repitió que sería lógico explorar la ciudad antes de tomar una decisión. Hasta el momento le parecía el único lugar atrayente para los ojos que hubiera visto desde su llegada a África.

Pero esta agradable impresión se basaba totalmente en su gusto por el verdor que no había dejado de adivinar detrás de las tapias mientras el autobús corría hacia la ciudad; la ciudad misma, apenas llegaron, parecía casi inexistente. Le decepcionó comprobar que se parecía más bien a Boussif, aunque mucho más pequeña. Lo que se veía era completamente moderno y de trazado geométrico, y si no fuera porque los edificios eran blancos en lugar de marrones, y por las aceras sombreadas por soportales de la calle principal, le hubiera sido fácil pensar que seguía estando en la otra ciudad. El primer vistazo que echó al interior del Grand Hotel le deprimió, pero Tunner estaba presente y se sintió obligada a mantener su posición y tener derecho de burlarse de sus manías.

–¡Santo cielo, qué pocilga! – exclamó. En realidad la palabra era insuficiente para describir el patio donde acababan de entrar. El pobre Tunner estaba horrorizado. Se limitó a mirar, registrando cada uno de los detalles que alcanzaba a ver. En cuanto a Port, estaba demasiado dormido para distinguir algo, y se quedó en la entrada, agitando los brazos como aspas de molino para apartar a las moscas de su cara.

Construido originalmente para albergar una dependencia administrativa del gobierno colonial, el edificio estaba en decadencia. La fuente que alguna vez había brotado en el estanque, en el centro del patio, ya no funcionaba, pero el estanque seguía existiendo. Contenía ahora un montículo de basura hedionda, en la que se apoyaban tres niños pequeños desnudos, chillando, los suaves cuerpos informes llenos de pústulas reventadas. Parecían humanos en su miseria indefensa, pero en cierto modo no tan humanos como los dos perros rosados tendidos al lado, sobre las baldosas, rosados porque hacía mucho habían perdido todo el pelo y la piel vieja y despellejada estaba expuesta a los besos de las moscas y el sol. Uno de ellos levantó débilmente la cabeza unos centímetros del suelo y miró ausente a los recién llegados con sus pálidos ojos amarillos; el otro no se movió. Detrás de las columnas que sostenían una galería lateral se apilaban unos pocos muebles amorfos e inútiles. Junto al estanque central había una enorme jarra veteada azul y blanca. A pesar de la cantidad de basura, predominaba en el patio el olor a letrina. Por sobre el llanto de los niños se oían los chillidos de las mujeres que se disputaban y el ruido pastoso de una radio que resonaba en el fondo. En el vano de la puerta una mujer apareció, dio un chillido y desapareció inmediatamente. Del interior llegaron gritos y risitas; una mujer empezó a gritar: *«Yah, Mohammed!»* Tunner dio media vuelta,

salió a la calle y se acercó a los maleteros, que habían recibido instrucciones de esperar afuera con el equipaje. Port y Kit esperaron tranquilamente a que apareciera el hombre llamado Mohammed; venía envolviéndose la cintura con un largo ceñidor escarlata; la punta se arrastraba por el suelo. Durante la conversación sobre las habitaciones, insistió en que tomaran una con tres camas; sería más barato para ellos y daría menos trabajo a las criadas.

«¡Si por lo menos pudiera salir de aquí -pensó Kit- antes de que Port convenga algo con él!» Pero su sentimiento de culpabilidad se tradujo en sumisión; no podía salir a la calle porque allí estaba Tunner y parecería que ella tomaba partido. De pronto también Kit deseó que Tunner no estuviera con ellos. Hubiera tenido mucha más libertad para expresar sus preferencias. Como se temía, Port subió con el hombre y volvió en seguida para anunciar que los cuartos no estaban nada mal.

Tomaron tres habitaciones malolientes que daban todas a un patiecito con las paredes pintadas de azul vivo. En el centro del patio había una higuera seca; grandes rollos de alambre de púa colgaban de las ramas. Kit miró por la ventana: un gato hambriento de cabeza minúscula y enormes orejas cruzaba prudentemente el patio. Se sentó en la gran cama de bronce que, aparte de la piel de chacal tendida al lado, en el suelo, era el único mobiliario de la habitación. No podía criticar a Tunner por haberse negado desde el principio a mirar siquiera las habitaciones. Pero, como dijo Port, uno siempre termina por acostumbrarse a todo, y aunque por el momento Tunner tenía tendencia a ser un poco desagradable, por la noche probablemente ya se habría habituado a toda la gama de olores increíbles.

Para almorzar se sentaron en una habitación desnuda, como un pozo, sin ventanas, donde se hablaba susurrando porque las voces repercutían en ecos deformantes. La única luz venía de la puerta que daba al patio principal. Port hizo girar el conmutador para encender la lamparilla del cielo raso, pero no pasó nada. La camarera, descalza, soltó una risita:

–No hay luz -dijo, poniendo la sopera sobre la mesa.

–Muy bien -dijo Tunner-, comeremos en el patio.

La camarera salió corriendo de la habitación y volvió con Mohammed, que frunció el entrecejo, pero los ayudó a trasladar la mesa y las sillas a la galería.

–Gracias a Dios que son árabes y no franceses -dijo Kit-. Hubiera sido antirreglamentario comer afuera.

–Si hubieran sido franceses habríamos podido comer adentro -dijo Tunner.

Encendieron un cigarrillo con la esperanza de contrarrestar en parte el hedor que de vez en cuando les llegaba del estanque. Los

niños habían desaparecido; sus chillidos llegaban ahora desde una de las habitaciones interiores.

Tunner dejó de tomar la sopa y se quedó mirándola. Después hizo retroceder su silla y arrojó la servilleta sobre la mesa.

–¡Por Dios, tal vez éste sea el mejor hotel de la ciudad, pero se encuentra algo comible en el mercado! ¡Mira la sopa! Está llena de bichos muertos.

Port examinó el plato.

–Son gorgojos. Han de venir en los fideos.

–Pues ahora están en la sopa. Está llena. Ustedes pueden comer aquí si quieren, en las Torres de los Muertos. Yo voy a buscar un restaurante nativo.

–Hasta luego -dijo Port. Tunner salió.

Volvió una hora después, menos belicoso y ligeramente alicaído. Port y Kit seguían en el patio, tomando el café y espantando las moscas.

–¿Qué tal? ¿Encontraste algo? – le preguntaron.

–¿De comer? ¡Buenísimo! – se sentó-. Pero no conseguí averiguar cómo se sale de este lugar.

–Ah -dijo Port, cuya opinión acerca del francés de su amigo nunca había sido muy favorable. Unos minutos después se levantó y se fue a la ciudad a reunir todos los datos que pudiera sobre los servicios de transporte de la región. El calor era aplastante y no había comido bien. A pesar de ello silbaba bajo los portales desiertos, porque la idea de librarse de Tunner lo reanimaba inexplicablemente. Ya notaba menos las moscas.

Avanzaba la tarde, un gran automóvil se detuvo delante de la puerta del hotel. Era el Mercedes de los Lyle.

–Lo más estúpido que se podía hacer: ¡tratar de encontrar una aldea perdida de la que nadie ha oído hablar! – decía Mrs. Lyle-. Por poco me haces quedar sin té. Supongo que te hubiera encantado. Aparta a esos mocosos y entremos. Mosh! Mosh! – exclamó, precipitándose entre el grupo de niños nativos que se habían acercado al coche-. Mosh! *Inshi!*

Levantó el bolso con un gesto de amenaza; desconcertados, los niños retrocedieron lentamente.

–Tengo que encontrar la palabra justa para librarme de ellos -dijo Eric, saltando del coche y dando un portazo-. No sirve de nada decir que llamarás a la Policía. No saben lo que es.

–¡Qué disparate! ¡La Policía! Nunca hay que amenazar a los nativos con las autoridades locales. Recuerda que nosotros no reconocemos aquí la soberanía francesa.

–Oh, eso es en el Rif, mamá, y es la soberanía española.

–Eric, ¿quieres callarte? ¿Crees que no sé lo que me dijo *madame*

Gautier? ¿Qué quieres decir?

Se detuvo al ver la mesa bajo la galería, con los platos sucios y los vasos que habían dejado Port y Kit.

–Vaya, ha llegado alguien más -dijo en tono que traslucía el mayor interés. Se volvió, acusadora, hacia Eric-. ¡Y han comido afuera! Te dije que se podía insistir un poco. El té está en tu cuarto. ¿Quieres traerlo? Tengo que ver cómo anda ese miserable fuego en la cocina. Y trae el azúcar y abre una nueva lata de bizcochos.

Cuando Eric volvía cruzando el patio con la lata de té, Port llegaba a la puerta desde la calle.

–¡Mr. Moresby! ¡Qué sorpresa agradable! – Port trató de que no se le alargara la cara.

–Hola -dijo-. ¿Qué hacen por aquí? Me pareció reconocer el coche afuera.

–Un segundo. Voy a darle el té a mamá. Está en la cocina esperándolo.

Se precipitó por la puerta lateral, tropezando con uno de los obscenos perros echados en la oscuridad. El perro aulló largamente. Port subió corriendo para anunciar a Kit la mala noticia. Un minuto después, Eric llamaba a la puerta.

–¿Por qué no vienen a tomar el té con nosotros, dentro de diez minutos? Habitación once. Qué gusto verla, Mrs. Moresby.

La habitación número once era la de Mrs. Lyle, más larga pero no menos desnuda que las otras; se abría directamente sobre la entrada. Mientras tomaba el té, Mrs. Lyle se levantaba de la cama, donde todos se habían sentado a falta de sillas; iba hasta la ventana y gritaba hacia la calle:

–Mosh! Mosh!

De pronto Port no pudo contener la curiosidad.

–¿Qué es esa extraña palabra que les grita desde la ventana, Mrs. Lyle?

–Estoy alejando del coche a esos negritos ladrones.

–¿Pero qué les dice? ¿Es árabe?

–Es francés y quiere decir salgan de ahí.

–¿Y le entienden?

–Más les vale. ¿Más té, Mrs. Moresby?

Tunner, que sabía lo suficiente de los Lyle por la descripción que Kit había hecho de Eric, se disculpó. Según Mrs. Lyle, Aïn Krorfa era una ciudad encantadora, especialmente el mercado de camellos, donde había uno pequeño que tenían que fotografiar. Ella había tomado varias instantáneas esa mañana.

–Es delicioso -dijo. Eric se comía a Port con los ojos. «Quiere más dinero», pensó Port. Kit también notó su extraordinaria expresión, pero le dio una interpretación diferente.

Cuando el té terminó y se estaban despidiendo porque parecían haber agotado todos los temas posibles de conversación, Eric se volvió hacia Port.

–Si no le veo a la hora de la cena, caeré por su cuarto esta noche. ¿A qué hora se acuesta?

Port le dio una respuesta vaga.

–Oh, a cualquier hora más o menos. Probablemente estaremos afuera hasta bastante tarde visitando la ciudad.

–Bueno -dijo Eric, palmeándole el hombro afectuosamente mientras cerraba la puerta.

Cuando volvieron al cuarto de Kit, ella se quedó mirando por la ventana la higuera esquelética.

–Ojalá hubiéramos ido a Italia -dijo.

Port alzó rápidamente la mirada.

–¿Por qué lo dices? ¿Por ellos, por el hotel?

–Por todo. – Se volvió hacia él, sonriendo-. Pero en realidad no me importa. Es justo la hora de salir. Vamos.

Aïn Krorfa empezaba a despertar del estupor cotidiano provocado por el sol. Detrás del fuerte, cerca de la mezquita, sobre una alta colina rocosa erguida en medio de la ciudad, las calles más irregulares eran vestigios del casual trazado original del barrio indígena. En las tienduchas donde empezaban a arder y a gotear las lámparas, en los cafés abiertos donde el humo del haschich flotaba en el aire, aun a la vera de los senderos polvorientos bordeados de palmeras, hombres en cuclillas abanicaban pequeñas hogueras sobre las que hervía el agua para hacer el té.

–¡La hora del té! Son ingleses de verdad, vestidos para un baile de disfraz -dijo Kit. Port y ella caminaban lentamente de la mano, en perfecta armonía con el suave crepúsculo. La noche sugería más languidez que misterio.

Llegaron al río, que era allí una simple extensión de arena blanca y llana bajo la media luz, y lo siguieron hasta que los sonidos de la ciudad se volvieron débiles y agudos en la distancia. Del otro lado de las tapias ladraban los perros, pero las tapias mismas estaban lejos del río. Delante de ellos ardía una hoguera; sentado a la vera había un hombre solitario que tocaba la flauta, y más allá, en las sombras cambiantes que proyectaban las llamas, descansaban unos doce camellos rumiando solemnemente. El hombre los miró al pasar, pero continuó su música.

–¿Crees que podrías ser feliz aquí? – preguntó Port en voz baja.

Kit se sobresaltó.

–¿Feliz? ¿Feliz? ¿Qué quieres decir?

–¿Crees que te gustaría?

–No sé -contestó Kit con un dejo de fastidio-. ¿Cómo podría

decirlo? Es imposible penetrar en la vida de estas gentes y saber qué piensan realmente.

–No es eso lo que te pregunto -replicó Port con brusquedad.

–Es lo que hubieras debido. Es lo que importa aquí.

–De ningún modo. Para mí no. Siento que esta ciudad, este río, este cielo me pertenecen a mí tanto como a ellos.

Kit hubiera podido decir: «pues estás loco», pero se limitó a contestar:

–Qué extraño.

Volvieron a la ciudad dando un rodeo por el camino que corría entre tapias de jardines.

–Quisiera que no me hicieses esas preguntas -dijo Kit de pronto-. No soy capaz de contestarlas. ¿Cómo puedo decir: sí, voy a ser feliz en África? Aïn Krorfa me gusta mucho, pero no sé si quiero quedarme un mes o irme mañana.

–De todos modos mañana no podrías irte aunque quisieras, a menos que volvieras a Boussif. Estuve averiguando acerca de los autobuses. Dentro de cuatro días sale uno para Bou Noura. Y ahora está prohibido viajar en camión a Messad. Hay soldados a lo largo del camino que controlan a los conductores. Les cobran una fuerte multa.

–Así que estamos clavados en el Grand Hotel.

«Con Tunner», pensó Port. Y dijo:

–Con los Lyle.

–Dios no lo permita -murmuró Kit.

–Me pregunto cuánto tiempo vamos a seguir tropezando con ellos. Espero que se vayan de una vez o que nos vayamos nosotros y ellos se queden.

–Esas cosas hay que arreglarlas -dijo Kit. Ella también pensaba en Tunner. Le parecía que si de pronto no tuviera que estar sentada frente a él durante una comida, podría aflojarse completamente y vivir el momento, que era el momento de Port. Pero parecía inútil intentarlo siquiera, cuando en el plazo de una hora tendría que enfrentarse con la prueba viviente de su culpabilidad.

Cuando regresaron al hotel estaba completamente oscuro. Comieron bastante tarde y después de la cena, como nadie tenía ganas de salir, se acostaron. Esta tarea duró más de lo habitual porque había una sola palangana y una jofaina en el tejado, al final del pasillo. La ciudad estaba muy quieta. En algún café, la radio transmitía un disco de Abd-el-Wahab, una canción popular como un canto fúnebre titulada: *Estoy llorando sobre tu tumba.* Mientras se lavaba, Port escuchaba las melancólicas notas, interrumpidas de vez en cuando por los perros que ladraban en las cercanías.

Estaba en la cama cuando Eric llamó a la puerta. Desgraciadamente, no había apagado la luz y, temiendo que asomara

por debajo de la puerta, no se atrevió a hacer como que dormía. El hecho de que Eric entrara de puntillas en la habitación, con aire de conspirador, le desagradó. Se puso la bata.

–¿Qué pasa? – preguntó-. No hay nadie que duerma.

–Espero no molestarle, viejo -como siempre, parecía hablar a los rincones de la habitación.

–No, no. Pero es una suerte que hayas llegado ahora. Un minuto más y habría apagado la luz.

–¿Su mujer duerme?

–Creo que está leyendo. Suele hacerlo antes de dormir. ¿Por qué?

–Me pregunto si podrá darme la novela que me prometió esta tarde.

–¿Cuándo, ahora? – tendió un cigarrillo a Eric y encendió otro para sí.

–Si la molesto, no.

–Sería preferible mañana, ¿no te parece? – dijo Port, mirándolo.

–Tiene razón. En realidad vine por el dinero… -dijo vacilante.

–¿Qué dinero?

–Los trescientos francos que me prestó. Quiero devolvérselos.

–Oh, está bien -dijo Port riendo, sin dejar de mirarlo. Ninguno de los dos dijo nada durante un momento-. Pero, claro, si lo prefieres -dijo Port finalmente, preguntándose si por un improbable azar no se habría equivocado con el muchacho y en cierto modo cada vez más convencido de que no era así.

–Ah, magnífico -murmuró Eric, revolviendo en el bolsillo de su chaqueta-. No me gusta tener esas cosas pesándome en la conciencia.

–No tienen por qué pesarte en la conciencia, porque, si recuerdas, te los di. Pero si prefieres devolvérmelos, como te dije, yo encantado.

Finalmente, Eric extrajo un billete arrugado de mil francos y se lo tendió con una débil sonrisa propiciatoria:

–Espero que tenga cambio -dijo mirando, por fin, a la cara de Port, pero como si le costara un gran esfuerzo. Port sintió que era un momento importante, pero no tenía idea del por qué.

–No sé -dijo, tomando el billete-. ¿Quieres que me fije?

–Si puede -hablaba en voz muy baja. Mientras Port se levantaba torpemente de la cama y se acercaba a la maleta donde guardaba el dinero y los documentos pareció animarse.

–Lamento ser un pesado, viniendo aquí en mitad de la noche para molestarle, pero ante todo quería quitarme la preocupación de la cabeza y además necesito cambio de verdad y me parece que aquí, en el hotel, no tienen, y mamá y yo nos vamos a primera hora de la mañana a Messad y me temo que no volveré a verle…

–¿Ah, sí? ¿A Messad? – Port se volvió con la billetera en la mano-. ¿De veras? ¡Qué suerte! ¡Y nuestro amigo Mr. Tunner, que tiene tantas

ganas de ir!

–¡Ah! – Eric se levantó lentamente-. ¡Ah! – repitió-. Supongo que podemos llevarlo -miró la cara de Port y vio que brillaba-. Pero nos vamos al despuntar el día. Será mejor ir a decírselo inmediatamente para que esté listo abajo, mañana a las seis y media. Hemos pedido el té para las seis. Sería conveniente que él hiciera lo mismo.

–Voy ahora mismo -dijo Port, deslizando su billetera en el bolsillo-. De paso le pediré cambio, porque me parece que no tengo.

–Bien, bien -dijo Eric con una sonrisa, sentándose nuevamente en la cama.

Port encontró a Tunner desnudo, errando distraído por el cuarto con un pulverizador de DDT en la mano.

–Entra -dijo-. Esto no sirve para nada.

–¿Qué has encontrado?

–Chinches, para empezar.

–Escucha. ¿Quieres ir a Messad mañana a las seis y media de la mañana?

–Quiero ir esta noche a las once y media. ¿Por qué?

–Los Lyle te llevarían.

–¿Y después qué?

Port improvisó:

–Regresarán aquí dentro de unos días para ir directamente a Bou Noura. Te llevarán y allá estaremos esperándote. Lyle está en este momento en mi cuarto. ¿Quieres hablar con él?

–No.

Hubo un silencio. De pronto, la luz eléctrica se apagó, después volvió a encenderse un débil gusano anaranjado dentro de la bombilla; la habitación parecía vista a través de anteojos muy oscuros. Tunner echó una mirada a su cama en desorden y se estremeció.

–¿A qué hora dices?

–A las seis y media se marchan.

–Dile que estaré abajo, en la puerta -miró a Port con el entrecejo fruncido, con una leve sospecha-. Y ustedes, ¿por qué no se marchan?

–Llevan a uno solo -mintió-, y además, me gusta este lugar.

–Dejará de gustarte cuando te metas en la cama -dijo Tunner con amargura.

–Probablemente también haya chinches en Messad -sugirió Port. Se sentía seguro ahora.

–Después de esto puedo probar cualquier hotel.

–Dentro de unos días te buscaremos en Bou Noura. No hagas estragos en los harenes.

Cerró la puerta y volvió a su cuarto. Eric seguía sentado en la cama, en la misma posición, pero había encendido otro cigarrillo.

–Mr. Tunner está encantado y estará a las seis y media en la

puerta. Ah, diablos, me olvidé de pedirle cambio de mil francos -vaciló, a punto ya de salir.

–No se moleste, por favor. Me los puede cambiar mañana, en caso de que sea necesario.

Port abrió la boca para decir: «Pero creí que querías devolverme los trescientos.» Lo pensó mejor. Ahora que la cosa estaba arreglada, meter la pata por unos pocos francos sería trágico. De modo que sonrió y dijo:

–Pero claro. Bueno, espero que nos veamos cuando regresen.

–Por supuesto -dijo Eric, sonriendo y mirando el suelo. De pronto se levantó y se encaminó a la puerta:

–Buenas noches.

–Buenas noches.

Port cerró con llave y se quedó pensando. El comportamiento de Eric le había parecido desusadamente excéntrico y, sin embargo, lo encontraba explicable. Como tenía sueño, apagó lo que quedaba de luz y se acostó. Los perros ladraban en coro, lejos y cerca, pero las chinches no le molestaron.

Esa noche se despertó sollozando. Su ser era un pozo de mil metros de profundidad; subía de las regiones inferiores con una sensación de infinita tristeza y de descanso, pero no recordaba ningún sueño, como no fuera la voz sin cara que había susurrado: «El alma es la parte más cansada del cuerpo.» La noche era silenciosa, salvo un vientecito que soplaba a través de la higuera y movía los aros de alambre colgados de las ramas. Se rozaban al balancearse, chirriando apenas. Escuchó un rato y se quedó dormido.

XVI

Kit estaba sentada en la cama, con la bandeja del desayuno sobre las rodillas. El reflejo del sol en la pared azul iluminaba la habitación. Port, que después de observar el comportamiento de los criados había decidido que eran incapaces de ejecutar ninguna orden, le llevó el desayuno. Kit había comido y pensaba ahora en lo que él le había contado (con mal disimulada satisfacción), cómo se habían librado de Tunner. Como también ella deseó secretamente que Tunner se fuera, le parecía doblemente indigno haberlo hecho. ¿Pero por qué? Tunner se había marchado por decisión propia. Después comprendió que, intuitivamente, ya sabía cuál sería la próxima jugada de Port: haría lo posible por desencontrarse con Tunner en Bou Noura. Lo podía decir por su comportamiento, a pesar de lo que había dicho: que no tenía intención de encontrarse con él. Por eso no le parecía bien. La trampa de la maniobra, si no se equivocaba, era demasiado flagrante; decidió no participar en ella. «Aunque Port se escape, yo me quedaré a esperarlo». Se inclinó y depositó la bandeja sobre la piel de chacal; mal curtida, despedía un olor agrio. «¿O quiero seguir castigándome teniendo a Tunner delante todos los días?», se preguntó. «¿No sería mejor librarse de él?» ¡Si por lo menos fuera posible penetrar en las semanas venideras, saber! Las nubes sobre las montañas habían sido un mal signo, pero no como ella lo había imaginado. En lugar del descarrilamiento, se había producido otro suceso de resultados quizá aún más desastrosos. Como de costumbre, la salvaría una cosa peor de la que había esperado. Pero no creía que fuese Tunner, de modo que no era tan importante la forma en que se comportara ahora con él. Los otros presagios anunciaban un horror más vasto y seguramente ineluctable. Cada vez que escapaba era para meterse en una región de mayor peligro. «En ese caso -pensó-, ¿por qué no renunciar? Y si renuncio, ¿cómo haré después? Exactamente como ahora.» De manera que renunciar o no renunciar no tenía nada que ver con su problema. Arremetía contra su propia existencia. Lo único que podía esperar era comer, dormir y ceder a los presagios.

Se pasó la mayor parte del día en la cama, y sólo se vistió para almorzar con Port en el patio maloliente, bajo la galería. Apenas volvió a su cuarto, se quitó la ropa. La habitación no había sido arreglada. Estiró las sábanas y se acostó de nuevo. El aire era seco, caliente, sofocante. Por la mañana Port había salido a la ciudad. Kit se preguntó cómo podía soportar el sol, aun con casco; a ella le bastaban cinco minutos para sentirse mal. Port no tenía un físico resistente y, sin embargo, había deambulado durante horas en las calles como hornos y volvió para comer con buen apetito la comida execrable. Y había desenterrado a un árabe que los esperaba a los dos a las seis para tomar el té. Port insistió en que de ninguna manera podían llegar tarde. Era típico de él hacer hincapié en la puntualidad cuando se

trataba de un anónimo tendero de Aïn Krorfa y tratar a sus amigos y a ella, en cambio, con la mayor desenvoltura, llegar a cualquier cita media hora y hasta dos horas tarde.

El árabe se llamaba Abdeslam ben Hazdj Chaoui; fueron a buscarle a su tienda de artículos de piel y esperaron a que la cerrara y echara la llave a la puerta. El árabe los condujo lentamente por calles tortuosas a la hora del muecín; hablaba todo el tiempo en un francés florido, principalmente para Kit.

–¡Qué contento estoy! Es la primera vez que tengo el honor de invitar a una señora y a un caballero de Nueva York. ¡Cómo me gustaría conocer Nueva York! ¡Qué riqueza! ¡Oro y plata por todas partes! *Le grand luxe pour tout le monde, ah!* No como Aïn Krorfa: calles de arena, unas pocas palmeras, un sol caliente, la tristeza siempre. Es un gran placer para mí poder invitar a una señora de Nueva York. Y a un caballero. ¡Nueva York! ¡Qué hermoso nombre! – le dejaron hablar.

El jardín, como todos los jardines de Aïn Krorfa, era en realidad un huerto. Bajo los naranjos, corría en las acequias el agua procedente de un pozo construido en un extremo, sobre una plataforma artificial. Las palmeras más altas crecían en el extremo opuesto, cerca de la tapia que bordeaba el lecho del río, y al pie de una de ellas se desplegaba una gran alfombra de lana blanca y roja. Se sentaron; un criado trajo el fuego y los utensilios para preparar el té. El aire estaba cargado del olor de la hierbabuena que crecía en los bordes de las acequias.

–Conversaremos un poco mientras se calienta el agua -dijo el anfitrión, sonriendo beatíficamente a uno y a otro-. Aquí plantamos la palmera macho porque es más hermosa. En Bou Noura sólo piensan en el dinero. Plantan la hembra. ¿Saben qué parece? Es baja y gorda, da muchos dátiles, pero no son buenos; ¡en Bou Noura los dátiles no son buenos! – se rió con tranquila satisfacción-. ¡Ya ve lo estúpida que es la gente de Bou Noura!

Soplaba el viento, los troncos de las palmeras se movían despacio, las altas copas se mecían ligeramente en círculo. Un joven de turbante amarillo se acercó, los saludó gravemente y se sentó un poco más atrás, en el borde de la alfombra. De debajo del albornoz sacó un oud cuyas cuerdas empezó a tañer distraídamente, mirando siempre a través de los árboles. Kit bebió el té en silencio, sonriendo de vez en cuando a las observaciones de M. Chaoui. En cierto momento pidió a Port en inglés un cigarrillo, pero él frunció el ceño y ella entendió que para los otros sería chocante ver fumar a una señora. Y allí estuvo sentada, bebiendo el té, con la impresión de que lo que veía y oía a su alrededor no sucedía realmente, o de que ella no estaba realmente allí. La luz disminuía; poco a poco, el brasero se convirtió en el foco natural de los ojos. Pero la música del laúd continuaba, como una estructura de fondo para una conversación descosida; escuchar sus

notas era como mirar el humo de un cigarrillo que se riza y pliega en el aire inmóvil. Kit no tenía deseos de moverse, de hablar, ni siquiera de pensar. Pero de pronto sintió frío. Interrumpió la conversación para decirlo. A M. Chaoui no le gustó; le pareció una grosería inaudita. Sonrió y dijo:

–Ah, sí. La señora es rubia. Las rubias son como las acequias sin agua. Las árabes son como las acequias de Aïn Krorfa. Las acequias de Aïn Krorfa están siempre llenas. Tenemos flores, frutas, árboles.

–Sin embargo, usted dijo que Aïn Krorfa es triste -dijo Port.

–¿Triste? – repitió M. Chaoui con asombro-. Aïn Krorfa no es nunca triste. Es apacible, llena de alegría. Ni por veinte millones de francos y un palacio abandonaría mi tierra natal.

–Desde luego -convino Port, y viendo que su anfitrión no deseaba seguir conversando, dijo:

–Tenemos que irnos, porque *madame* tiene frío. Ha sido para nosotros un gran privilegio poder venir a este exquisito jardín.

M. Chaoui no se puso de pie. Meneó la cabeza, tendió la mano y dijo:

–Sí, sí. Váyanse, que hace frío.

Ambos invitados se deshicieron en floridas disculpas por marcharse, pero no se podía decir que fueran aceptadas de muy buen grado.

–Sí, sí, sí -decía M. Chaoui-. Tal vez en otra oportunidad haga más calor.

Port contuvo su ira creciente y se irritó consigo mismo por sentirla.

–*Au'voir, cher monsieur* -dijo de pronto Kit con una vocecita infantil. Port le pellizcó el brazo. Pero M. Chaoui no había observado nada extraordinario; simplemente se dignó sonreír una vez más. El músico, sin dejar de tañer el laúd, los acompañó hasta la puerta:

–*B'slemah* -dijo solemnemente, cerrándola.

El camino estaba casi a oscuras. Echaron a andar rápidamente.

–Espero que no irás a criticarme por esto -empezó a decir Kit, a la defensiva.

Port le rodeó la cintura con un brazo.

–¡Criticarte! ¿Por qué? ¿Cómo podría? ¿Y qué importancia tiene, de todos modos?

–Claro que la tiene -dijo ella-. Si no la tuviera, ¿cuál era el sentido de aceptar la primera invitación?

–¡Oh, el sentido! No creo que tenga ningún sentido especial. Pensé que sería divertido. Y creo que lo fue; me alegro de haber ido.

–Yo también me alegro, de algún modo. Me dio la oportunidad de ver lo que van a ser las conversaciones, lo increíblemente superficiales que pueden llegar a ser.

Port retiró el brazo.

–No estoy de acuerdo. No dirás que un friso es superficial porque tiene sólo dos dimensiones.

–Lo dirás si estás acostumbrado a que la conversación sea algo más que decoración. Yo no creo que la conversación sea como un friso.

–¡Tonterías! La de ellos es otra manera de vivir, tienen una filosofía completamente diferente.

–Lo sé -dijo Kit, deteniéndose para quitarse la arena del zapato-. Lo que digo es que yo no podría vivir así.

Port suspiró: el té en el jardín había producido un efecto exactamente contrario al que él había esperado. Kit adivinó lo que Port estaba pensando y dijo en seguida:

–No pienses en mí. Como quiera que sea, siempre estaré bien si estoy contigo. Lo he pasado bien esta noche. De veras -le apretó la mano. Pero esto no era lo que él quería; la resignación no bastaba. Le devolvió la presión con desgano.

–¿Y qué fue ese pequeño teatro, al final? – preguntó Port un momento después.

–No pude evitarlo. El hombre era tan ridículo.

–En general no es una buena idea burlarse del anfitrión -dijo él fríamente.

–¡Bah! Como habrás notado, le encantó. Lo tomó por una marca de respeto.

Comieron en silencio en el patio casi en sombras. Casi todas las basuras habían desaparecido, pero el hedor de las letrinas era tan fuerte como siempre. Después de la cena subieron a sus habitaciones a leer.

La mañana siguiente, al llevarle el desayuno, Port dijo:

–Estuve por hacerte una visita anoche. No podía dormir. Pero temí despertarte.

–Hubieras dado unos golpecitos en la pared. Te habría oído. Probablemente estaba despierta.

Port estuvo, inexplicablemente, nervioso todo el día; lo atribuyó a los siete vasos de té cargado que había bebido en el jardín. Pero Kit, que había bebido otro tanto, no parecía nerviosa. Por la tarde anduvo a la vera del río, observó cómo se adiestraban los *spahis* en sus perfectos caballos blancos, las capas azules flotando al viento. Como su agitación parecía aumentar en vez de disminuir a medida que pasaba el tiempo, se puso a buscar su origen. Caminaba con la cabeza gacha, sin ver otra cosa que la arena y los guijarros relucientes. Tunner se había marchado, Kit y él estaban solos. Ahora todo dependía de él. Podía hacer el gesto correcto o el equivocado, pero le era imposible distinguirlos de antemano. La experiencia le había enseñado que en esas situaciones no se podía contar con la razón. Había siempre un elemento extra, misterioso, y no siempre a nuestro

alcance, que no se podía prever. Había que saber, no deducir. Y él no poseía el conocimiento. Alzó la mirada; el lecho del río se había ensanchado enormemente, las tapias y los jardines habían retrocedido a lo lejos. No había otro sonido que el del viento en marcha de una parte de la tierra a la otra, soplando alrededor de su cabeza. Cada vez que el hilo de su conciencia se desmadejaba y terminaba por enredarse, le bastaba un poco de soledad para volver a enrollarlo rápidamente. Su nerviosidad era remediable porque sólo tenía que ver consigo mismo: estaba asustado de su propia ignorancia. Si quería dejar de estar nervioso, debía imaginar para sí una situación en la cual esa ignorancia no tuviera importancia. Debía actuar como si el tener a Kit no fuera un problema, nunca más. Y así, quizá, por pura desatención, automáticamente, se arreglaría. Pero en ese momento ¿su principal preocupación debía ser la puramente egocéntrica de librarse de su agitación o el cumplimiento de su propósito original, pese a ella? «Me pregunto si después de todo no seré un cobarde», pensó. Hablaba el miedo; él escuchaba y se dejaba convencer: el procedimiento clásico. La idea le entristeció.

A poca distancia, sobre una pequeña elevación situada en un punto donde el lecho del río hacía una curva cerrada, había un pequeño edificio en ruinas, sin tejado, tan viejo que un árbol retorcido había crecido en el interior, cubriendo con su sombra el espacio entre las paredes. Al pasar miró el interior y vio que de las ramas más bajas colgaban cientos de harapos, bandas de trapo todas iguales que alguna vez habían sido blancas, flotando todas al viento. Con cierta curiosidad, subió a la orilla y decidió averiguar, pero al acercarse vio que la ruina estaba ocupada: sentado debajo del árbol había un hombre viejo, muy viejo, los delgados y morenos miembros envueltos en viejas vendas. Había fabricado un cobertizo en torno al pie del árbol; era evidente que vivía allí. Port estuvo mirándolo largo rato, pero el hombre no alzó la cabeza.

Siguió andando más lentamente. Llevaba unos cuantos higos, que devoró. Cuando terminó de recorrer la curva del río se encontró de cara al sol, mirando hacia el oeste, delante de un pequeño valle entre dos colinas desnudas, de pendiente suave. En el fondo había una colina más empinada, de color rojizo, y en la ladera, una abertura oscura. Le gustaban las cuevas y estuvo tentado de llegar hasta allí. Pero las distancias eran engañosas y quizá no hubiera tiempo antes de que oscureciera; además, no se sentía con las energías necesarias. «Mañana vendré más temprano y subiré», se dijo. Se quedó mirando el valle con cierta melancolía, buscando con la lengua las semillas de higo entre los dientes. Las mosquitas tenaces le corrían por la cara. Y se le ocurrió que un paseo por el campo era una especie de epítome del paso por la vida. Uno nunca se tomaba el tiempo de saborear los

detalles; uno se decía: otro día será, pero siempre con la convicción secreta de que cada día era único y definitivo, que nunca habría otra vez, otro regreso.

Le transpiraba la cabeza bajo el casco. Se lo quitó, la tirilla de cuero estaba húmeda, dejó que el sol le secara el pelo un momento. Pronto terminaría el día, oscurecería, él regresaría al hotel maloliente con Kit, pero antes debía decidir qué conducta seguir. Se volvió y echó a andar de regreso a la ciudad. Cuando llegó frente a la ruina miró hacia adentro. El viejo se había movido; estaba sentado del lado interno de lo que alguna vez había sido el umbral de la puerta. Se le ocurrió de pronto que el hombre debía estar enfermo. Apuró el paso y, absurdamente, contuvo el aliento hasta alejarse del lugar. Cuando permitió que el aire fresco penetrara de nuevo en sus pulmones supo lo que haría: abandonaría por un tiempo la idea de volver con Kit. Estaba seguro de que en su estado de inquietud cometería todos los errores posibles y tal vez la perdería para siempre. Más adelante, cuando menos lo esperara, las cosas podrían arreglarse por sí solas. Hizo el resto del camino a paso vivo, y cuando llegó a las calles de Aïn Krorfa iba silbando.

Cenaron. Un viajante de comercio que comía en el comedor tenía una radio portátil sintonizada en Radio Orán. En la cocina, una radio más potente transmitía música egipcia.

–No se puede aguantar este tipo de cosa tanto tiempo. Es para volverse loco -dijo Kit. Había encontrado fragmentos de piel de conejo en el guiso y, desgraciadamente, la luz en esa parte del patio era tan mortecina que hizo el descubrimiento después de haberse llevado la comida a la boca.

–Lo sé -dijo Port con aire ausente-. Todo esto me parece tan detestable como a ti.

–No, no es cierto. Pero creo que te lo parecería si no me tuvieras al lado para sufrir por ti.

–¿Cómo puedes decir eso? Sabes que no es así -le acarició la mano: como había tomado una decisión, se sentía cómodo con Kit. Pero ella parecía inesperadamente irritable.

–Otra ciudad como ésta y me decido -dijo-. Sencillamente regreso y tomo el primer barco a Génova o a Marsella. ¡Este hotel es una pesadilla, una pesadilla!

Después de la partida de Tunner, Kit había tenido la vaga esperanza de que se produjera un cambio en sus relaciones. La única diferencia era que ahora podía expresarse claramente, sin temor de parecer que tomaba partido. Pero, en lugar de esforzarse por aliviar cualquier pequeña tensión que surgiera entre ellos, resolvió, por el contrario, ser intransigente en todo. El tan esperado reencuentro podía ocurrir ahora o más adelante, pero había de ser todo obra de Port.

Ninguno de los dos había llevado nunca una vida de algún modo regular, y los dos cometían el error fatal de considerar vagamente el tiempo, como si no existiera. Un año era igual que el siguiente. Finalmente, todo llegaría.

XVII

La noche siguiente, en vísperas de partir a Bou Noura, habían cenado temprano y Kit subió a su cuarto a preparar el equipaje. Port se quedó sentado a la mesa, a oscuras, en la galería, hasta que en el interior los otros comensales hubieron terminado. Entró en el comedor vacío y anduvo dando vueltas mirando las orgullosas pruebas de la civilización: las mesas barnizadas, con manteles de papel, los pesados saleros de vidrio y las botellas de vino abiertas con la servilleta atada al cuello para identificarlas. Uno de los perros rosados entró desde la cocina arrastrándose, y al verlo continuó hasta el patio, donde se echó, suspirando profundamente. Port fue del comedor a la cocina. En el centro, bajo la única y débil lamparilla eléctrica, estaba Mohammed con un gran cuchillo de carnicero clavado en la mesa. La punta traspasaba una cucaracha, cuyas patas aún se agitaban débilmente. Mohammed miraba el insecto atentamente. Levantó la vista y sonrió. –¿Ha terminado? – preguntó.

–¿Qué? – dijo Port.

–Si ha terminado de cenar.

–Ah, sí.

–Entonces voy a cerrar el comedor -entró la mesa de Port a la habitación y cerró con llave las dos puertas. Después apagó la luz de la cocina. Port salió al patio.

–¿Te vas a tu casa a dormir? – le preguntó. Mohammed se echó a reír.

–¿Para qué cree que trabajo todo el día? ¿Para volver a casa a dormir? Venga conmigo. Le mostraré el mejor lugar de Aïn Krorfa.

Salieron juntos, conversaron unos minutos. Después caminaron calle abajo.

La casa se componía de varios edificios, todos con una entrada común que daba a un gran patio embaldosado. Cada casa tenía varios cuartos muy pequeños y, salvo los de la planta baja, todos a distintos niveles. En el patio, a la débil luz donde se mezclaba el fulgor de las lámparas de carburo con el de las estrellas, con todas las habitaciones como pequeñas cajas brillantes, le pareció estar rodeado de hornos. Casi todas tenían las puertas o las ventanas abiertas y estaban atestadas de hombres y de muchachas uniformemente vestidos con flotantes ropas blancas. Parecía una fiesta, y el espectáculo le alegró; no daba la impresión de ser un lugar de vicio, aunque al principio se empeñara en verlo así.

Se acercaron a una habitación situada frente a la entrada, y

Mohammed se asomó y saludó a algunos de los hombres sentados en los divanes adosados a las paredes. Entró, instando a Port a que lo siguiera. Les hicieron lugar y se sentaron con los otros. Pidieron té a un camarero que salió y cruzó velozmente el patio. Mohammed entabló en seguida conversación con un hombre sentado al lado. Port se apoyó en el respaldo y miró a las muchachas que bebían té y charlaban con los hombres, sentados en el suelo frente a ellas; esperó un gesto licencioso, una mirada insinuante. No hubo nada de eso.

Por alguna razón que no supo discernir, había no pocos niños pequeños. Eran todos juiciosos y jugaban tranquilamente en el patio a oscuras, exactamente como si estuvieran en una escuela y no en un burdel. Algunos andaban por las habitaciones, los hombres los sentaban sobre las rodillas y los trataban con el mayor afecto, palmeándoles las mejillas y permitiéndoles a veces unas pitadas de cigarrillo. La tendencia general al buen humor de los niños podía deberse, pensó, a la natural benevolencia de los mayores. Si uno de los pequeños se echaba a llorar, los hombres reían y lo apartaban con un gesto; el niño no tardaba en callar.

Un perro de policía gordo entraba y salía contoneándose, husmeando los zapatos; era objeto de la admiración de todos.

–El perro más hermoso de Aïn Krorfa -dijo Mohammed cuándo el animal apareció jadeando en la puerta de al lado-. Es del Coronel Lefilleul, que ha de estar aquí esta noche.

El muchacho volvió con el té, acompañado por otro de no más de diez años, pero con una cara amable, de viejo. Port murmuró a Mohammed que el chico parecía enfermo.

–¡Oh, no! Es un cantante.

Hizo una señal al niño, que empezó a batir palmas con ritmo sincopado y lanzó un largo, monótono lamento, construido sobre tres notas. A Port le pareció disparatado y un poco escandaloso que ese reciente retoño de la humanidad produjera una música tan poco infantil, tan fatigada. Entre tanto, dos muchachas habían venido a saludar a Mohammed. Sin ninguna formalidad, las hizo sentar y les sirvió el té. Una era delgada, con una nariz prominente; la otra, un poco más joven, con mejillas de manzana, parecía una campesina; las dos tenían tatuajes azules en la frente y en la barbilla. Como todas las mujeres, llevaban pesadas túnicas cargadas de diversas joyas de plata aún más pesadas. Sin que hubiera razón especial, ninguna de las dos decía nada a la imaginación de Port. Había algo vagamente cotidiano en ellas; estaban muy presentes. Ahora apreciaba el hallazgo que había sido Marhnia, dejando de lado su deslealtad. No veía allí a nadie que tuviera la mitad de su belleza o de su estilo. Cuando el niño terminó de cantar, Mohammed le dio unas monedas; el chico miró expectante a Port, pero Mohammed le dio un grito y salió corriendo.

En la habitación contigua había música: la aguda flauta *rhaita* y por debajo los secos tambores. Como las dos muchachas le aburrían, Port se disculpó y salió al patio a escuchar.

Frente a los músicos sentados en mitad de una tarima, bailaba una muchacha, si es que sus movimientos podían calificarse de danza. Sostenía con las manos, detrás de la cabeza, una caña y se limitaba a mover el grácil cuello y los hombros. Los movimientos, graciosos y de una impudicia rayana en la comicidad, eran una traducción perfecta, en términos visuales, de la estridencia y el salvajismo de la música. Pero lo que le conmovía no era tanto la danza misma como la expresión extrañamente desapegada, sonámbula, de la muchacha. Su sonrisa era fija, y se podía añadir que su mente también, como atenta a algún objeto tan remoto que sólo ella conocía su existencia. Había un desdén supremamente impersonal en los ojos que no miraban y en la curva plácida de los labios. Cuanto más la miraba, más fascinante le resultaba la cara; era una máscara de proporciones perfectas cuya belleza provenía no tanto de la configuración de los rasgos como del significado implícito en su expresión, un significado o la ausencia de significado. Porque era imposible decir qué emoción había detrás de la cara. Era como si estuviese diciendo: «Se está ejecutando una danza. Yo no danzo porque no estoy aquí. Pero es mi danza.» Cuando concluyó y la música se detuvo, la muchacha permaneció inmóvil un momento, después bajó lentamente la caña que sostenía detrás de la cabeza y, dando unos vagos golpes en el suelo, se volvió para hablar con uno de los músicos. Su notable expresión no había cambiado en ningún sentido. El músico se puso de pie y le hizo lugar a su lado en la tarima. A Port le pareció curiosa la forma en que la ayudó a sentarse, y de pronto comprendió que la muchacha era ciega. La idea lo sacudió como una descarga eléctrica; el corazón le dio un salto y de pronto sintió que le ardía la cara.

Volvió rápidamente a la otra habitación para decir a Mohammed que quería hablarle a solas. Confiaba en llevarlo al patio para no verse obligado a entrar en explicaciones delante de las muchachas, aunque no hablaran francés. Pero Mohammed no parecía dispuesto a moverse.

–Siéntate, amigo mío -decía, tironeando a Port de la manga. Pero Port estaba demasiado interesado en no dejar escapar su presa para molestarse en ser bien educado.

–*Non, non, non!* -exclamaba-. *Viens vite!*

Mohammed se encogió de hombros por deferencia hacia las dos muchachas, se puso de pie y lo acompañó al patio, donde se detuvieron bajo la luz, junto a la pared. Port le preguntó primero si las bailarinas estaban disponibles y se le fue el alma al suelo cuando Mohammed le explicó que muchas de ellas tenían amantes y que en esos casos se limitaban a vivir en la casa, que era para ellas un hogar,

como prostitutas registradas, sin ejercer la profesión. Naturalmente, todos se mantenían a distancia respetuosa de las que tenían amante.

–*Bsif! Forcément!* Y si no, te degüellan -dijo riendo, y las encías rojas y brillantes relucían como un molde dental de cera. Éste era un aspecto que Port no había considerado. Pero el caso merecía un esfuerzo decidido. Llevó a Mohammed hasta la puerta del cubículo adyacente, donde ella estaba sentada, y se la señaló.

–Averigua sobre ésa -dijo-. ¿La conoces?

Mohammed miró.

–No -dijo finalmente-. Averiguaré. Si se puede arreglar, yo mismo me ocuparé y tú me pagas mil francos. Eso para ella, y para mi lo suficiente para café y el desayuno.

El precio era demasiado alto para Aïn Krorfa, y Port lo sabía. Pero le pareció mal momento para empezar a regatear y aceptó el arreglo. Volvió, como quería Mohammed, a la primera habitación y se sentó de nuevo con las dos muchachas aburridas. Empeñadas en una conversación muy seria, apenas notaron su llegada. El zumbido de las charlas y las risas llenaba la habitación; se apoyó en el respaldo a escuchar; aunque no entendía una palabra de lo que se decía, disfrutaba estudiando las inflexiones del idioma.

Mohammed desapareció un buen rato. Empezaba a hacerse tarde, el número de los que estaban sentados alrededor disminuía gradualmente a medida que los clientes se retiraban a las habitaciones interiores o regresaban a sus casas. Las dos muchachas seguían conversando, alternando de vez en cuando sus palabras con accesos de risa que les servían para sostenerse mutuamente. Port se preguntó si no debía salir en busca de Mohammed. Trató de tranquilizarse, de compartir la intemporalidad del lugar, pero la ocasión no se prestaba para ese tipo de juego imaginativo. Cuando, finalmente, salió al patio a buscarlo, lo vio inmediatamente en una habitación de enfrente, reclinado en un diván y fumando una pipa de haschich con algunos amigos. Cruzó el patio y lo llamó, sin entrar, porque no sabía cuáles eran las normas del fumadero. Al parecer, no existían.

–Entra -dijo Mohammed desde la nube de humo picante-. Ven a fumar una pipa.

Port entró, saludó a los otros y dijo en voz baja:

–¿Y la muchacha?

Por un momento, la cara de Mohammed no expresó nada. Después se echó a reír:

–Ah, ¿aquélla? Tienes suerte, amigo. ¿Sabes qué le pasa? Es ciega, la pobre.

–Lo sé, lo sé -dijo Port impaciente, cada vez más inquieto.

–Entonces no la quieres, ¿verdad? ¡Es ciega!

Port perdió el control.

–*Mais bien sûr que je la veux!* -gritó-. ¡Claro que sí! ¿Dónde está?

Mohammed se incorporó un poco, apoyándose en un codo.

–Ah -gruñó-. ¡En este momento no sé! Siéntate y fuma una pipa. Estamos entre amigos.

Port se volvió sobre sus talones rabioso y salió al patio, donde exploró sistemáticamente los cubículos de un lado de la entrada al otro. Pero la muchacha se había marchado. Furioso y decepcionado, salió por el portal a la calle. Junto al portal, una muchacha y un soldado conversaban en voz baja. Al pasar se fijó atentamente en la cara de la mujer. El soldado le echó una mirada furiosa, pero eso fue todo. No era ella. Miró a uno y otro lado de la calle mal iluminada y vio a lo lejos, a derecha e izquierda, dos o tres figuras vestidas de blanco. Echó a andar, pateando con rabia las piedras del camino. Ahora que ella se había ido, Port estaba convencido no de que le había sido negado un poco de placer, sino de que había perdido el amor mismo. Trepó la colina y se sentó en el exterior del fuerte, apoyado en las viejas murallas. Abajo se veían las pocas luces de la ciudad, y más allá el inevitable horizonte del desierto. Ella hubiera llevado sus manos hasta las solapas de su chaqueta, le hubiera tanteado la cara, hubiera deslizado lentamente sus sensibles dedos por sus labios. Hubiera olido la brillantina de su pelo y examinado con cuidado sus ropas. Y en la cama, sin ojos para ver más allá, hubiera estado totalmente presente, prisionera. Pensó en los pequeños juegos que hubiera podido jugar con ella, haciendo como que no estaba cuando en realidad seguía allí; pensó en las incontables maneras en que hubiera ganado su gratitud. Y siempre en conjunción con sus fantasías, veía el rostro imperturbable, ligeramente inquisitivo en su simetría de máscara. Tuvo un estremecimiento súbito de autocompasión casi agradable, tan bien expresaba su estado de ánimo. Era un estremecimiento físico; estaba solo, abandonado, perdido, sin esperanza, con frío. Especialmente con frío, un frío interior, profundo, que nada podía cambiar. Aunque esa glacial ausencia de vida era la base de su infelicidad, se aferraría siempre a ella porque era también el centro mismo de su ser, en torno al cual se había construido.

Pero en ese momento sintió también frío en el cuerpo, cosa extraña, porque acababa de trepar la colina y aún jadeaba un poco. Presa de un miedo repentino, semejante al terror del niño cuando roza un objeto inidentificable en la oscuridad, se levantó de un salto y corrió por la cresta de la colina hasta llegar al sendero que bajaba a la plaza del mercado. La carrera le calmó el miedo, pero cuando se detuvo y vio abajo la hilera de luces alrededor del mercado aún sentía el frío dentro como un trozo de metal. Mientras corría colina abajo, decidió que iría al hotel, a su cuarto, a buscar el whisky, y como la cocina estaría cerrada, lo llevaría al burdel, donde se podía preparar

un grog caliente con un poco de té. Para entrar en el patio tuvo que pasar por encima del sereno que dormía tendido en el umbral. El hombre se incorporó un poco y preguntó:

–*Eckoun? Qui?*

–*Numéro vingt!* -exclamó, atravesando deprisa los malos olores.

Por debajo de la puerta de Kit no asomaba luz. En su cuarto tomó la botella de whisky y miró su reloj, que, por precaución, había dejado sobre la mesa de luz. Eran las tres y media. Decidió que si se daba prisa podía estar de vuelta a las cuatro y media, a menos que hubieran apagado el fuego.

Cuando salió a la calle, el sereno roncaba. Se obligó a dar pasos tan largos que los músculos de sus piernas se rebelaban, pero el ejercicio no consiguió mitigar el frío que sentía por dentro. La ciudad parecía totalmente dormida. Al acercarse a la entrada de la casa no oyó música. El patio estaba a oscuras, como casi todas las habitaciones. Pero algunas seguían abiertas y con luz. Mohammed, tendido, conversaba con sus amigos.

–Vaya, ¿la encontraste? – dijo cuando Port entró-. ¿Qué llevas ahí? – Port levantó la botella, sonriendo ligeramente.

Mohammed frunció el ceño.

–No bebas eso, amigo mío. Es muy malo. Te marea la cabeza -trazaba espirales con una mano y con la otra trataba de arrebatar la botella a Port.

–Fuma una pipa conmigo -le insistió-. Es mejor. Siéntate.

–Quisiera más té -dijo Port.

–Es demasiado tarde -contestó Mohammed con gran seguridad.

–¿Por qué? – preguntó estúpidamente Port-. Lo quiero.

–Demasiado tarde. No hay fuego -anunció Mohammed con cierta satisfacción-. Después de una pipa te olvidarás de que querías té. En todo caso, ya has tomado té.

Port salió al patio y dio unas fuertes palmadas. No hubo respuesta. Al asomar la cabeza a uno de los cubículos vio una mujer sentada y pidió té en francés. La mujer lo miró. Volvió a pedirlo en un árabe vacilante. La mujer le contestó que era demasiado tarde.

Port dijo:

–Cien francos.

Los hombres cuchichearon algo; cien francos era una oferta razonable e interesante, pero la mujer, una matrona rolliza de mediana edad, dijo:

–No.

Port duplicó la oferta. La mujer se levantó e hizo un gesto para que la acompañara. Él la siguió del otro lado de una cortina que colgaba delante de la pared del fondo y atravesaron una serie de minúsculas celdas oscuras, hasta que, finalmente, salieron al exterior, bajo las

estrellas. La mujer se detuvo y le indicó que se sentara en el suelo y la esperara. Desapareció a pocos pasos, metiéndose en una choza, donde la oyó moverse. Más cerca, en la oscuridad, dormía un animal que respiraba pesadamente y de vez en cuando se agitaba. El suelo estaba frío y Port empezó a temblar. Por las grietas de la pared vio una llama vacilante. La mujer había encendido una vela y quebraba un haz de ramitas. No tardó en oír el restallar de las llamas que la mujer abanicaba.

Cantaba el primer gallo cuando salió por fin de la cabaña con el brasero encendido. Dejando un reguero de chispas, entró en una de las habitaciones oscuras por las cuales habían pasado, dejó el brasero y puso el agua a hervir. No había otra luz que el resplandor rojo de las brasas. Port se agachó delante del fuego, acercando las manos para calentarlas. Cuando el té estuvo listo, la mujer lo empujó suavemente hasta que llegó a un colchón. Se sentó en él; estaba más caliente que el suelo. La mujer le tendió un vaso:

–*Meziane, skhoun bzef* -graznó, tratando de verlo en la luz mortecina. Port bebió la mitad de un vaso y lo llenó hasta arriba de whisky. Después de repetir la operación, se sintió mejor. Se aflojó un poco y bebió de nuevo. Después, por temor de ponerse a transpirar, dijo:

–*Baraka* -y volvieron al cuarto donde estaban los hombres fumando.

Mohammed se rió al verlo.

–¿Qué has estado haciendo? – dijo, acusador. Giró los ojos hacia la mujer. Port tenía ahora un poco de sueño y sólo pensaba en volver al hotel y meterse en la cama. Sacudió la cabeza.

–Sí, sí -insistió Mohammed, decidido a seguir con la broma-. ¡Ya sé! El joven inglés que partió a Messad el otro día era como tú. Siempre haciéndose el inocente. Pretendía que la mujer era su madre, que jamás se le acercaba, pero yo los atrapé juntos.

Port no contestó en seguida. Después dio un salto y exclamó:

–¡Cómo!

–¡Claro! Abrí la puerta de la habitación número once y allí estaban en la cama. Naturalmente. ¿Le creíste cuando decía que era su madre? – añadió, al observar la expresión incrédula de Port-. Hubieras visto lo que yo vi cuando abrí la puerta. ¡Y hubieras sabido lo mentiroso que era! La señora será vieja, pero eso no la detiene. ¡No, no, no! Y a él tampoco. Entonces pregunto: ¿qué has estado haciendo con ésa, eh? – siguió riendo.

Port sonrió y pagó a la mujer, diciendo a Mohammed:

–Mira, ¿ves? Le estoy pagando solamente los doscientos francos que le prometí por el té. ¿Ves?

Mohammed se rió más estruendosamente.

–¡Doscientos francos por el té! ¡Demasiado para un té viejo! Espero que por lo menos hayas bebido dos vasos, amigo.

–Buenas noches -dijo Port a los presentes, y salió a la calle.

SEGUNDA PARTE

El borde afilado de la tierra

«Adiós», dijo el moribundo al espejo que tenía delante. «No volveremos a vernos.»

VALÉRY

XVIII

Como comandante del puesto militar, el Teniente d'Armagnac encontraba que la vida en Bou Noura era plena, aunque no muy variada. Al principio la novedad fue la casa; su familia le había enviado desde Burdeos sus libros y muebles y había tenido el placer de verlos en un ambiente nuevo e inusitado. Después fueron los nativos. El Teniente era lo bastante inteligente como para insistir en darse el lujo de no ser esnob con la población indígena. Su actitud abierta con las gentes de Bou Noura se debía a que le parecían la parte accesible de una tribu grande, misteriosa, de la que los franceses podían aprender mucho si se lo proponían. Y como era un hombre educado, los otros militares del puesto, que hubieran gozado viendo a todos los nativos detrás de alambradas de púa y pudriéndose al sol (*«... Comme on a fait en Tripolitaine»),* no le reprocharon su insensata benevolencia, limitándose a decirse entre sí que algún día recobraría la razón y comprendería que eran la hez del género humano. El verdadero entusiasmo del Teniente por los nativos duró tres años. Por entonces empezó a cansarse de su media docena de amantes Ouled Nazil y el período de su gran devoción por los árabes llegó a su fin. No es que fuera menos objetivo al impartir justicia, sino que de pronto dejó de pensar en ellos y empezó a ignorarlos.

El mismo año viajó a Burdeos, donde pasó seis semanas. Allí reanudó su relación con una muchacha a quien conocía desde la adolescencia, pero adquirió un interés súbito y especial para él, pues, cuando estaba por partir a África del Norte para hacerse nuevamente cargo de sus obligaciones, ella declaró que no concebía nada más maravilloso y deseable que pasar el resto de su vida en el Sáhara y que lo consideraba el más afortunado de los mortales. Se inició entonces una correspondencia y las cartas iban y venían entre Burdeos y Bou Noura. Apenas un año más tarde, el Teniente viajó a Argel a esperar el barco en que ella venía. La luna de miel transcurrió en Mustapha-Supérieur, en una pequeña casa cubierta de buganvilias (llovió todos los días), tras de lo cual regresaron juntos a los rigores del sol de Bou Noura.

Al Teniente le fue imposible saber hasta dónde la idea de ella

coincidía con la realidad que había encontrado. En ese momento estaba de vuelta en Francia, esperando el nacimiento de su primer hijo. Pronto regresaría y les sería más fácil opinar.

Por el momento, el Teniente se aburría. Después de la partida de Mme. d'Armagnac intentó reanudar su antigua vida allí donde la había interrumpido, pero después de acostumbrarse a relaciones más evolucionadas, las muchachas de Bou Noura, tan poco complicadas, lo exasperaban. Entonces se ocupó en agregar una habitación a la casa para dar una sorpresa a su mujer cuando volviera. Sería una sala árabe. Ya había encargado la mesa de café y los divanes y comprado un gran tapiz de lana color crema para la pared y dos pieles de oveja para el suelo. El incidente comenzó durante la quincena que dedicó a los arreglos.

El incidente, aunque no había sido nada serio, logró interferir en su trabajo, era innegable. Además, era un hombre activo y le aburría quedarse en cama, como le ocurrió durante unos días. En realidad fue cuestión de mala suerte; si le hubiera sucedido a cualquier otro -un nativo, por ejemplo, o inclusive a uno de sus subordinados- no se habría visto obligado a prestarle tanta atención. Pero tuvo la desgracia de descubrirlo él mismo una mañana, mientras hacía su gira de inspección bisemanal por las aldeas. Se convirtió así en algo oficial e importante. Ocurrió exactamente fuera de las murallas de Igherm, que siempre visitaba directamente después de Tolfa, cruzando a pie el cementerio y trepando después la colina; desde la gran puerta de Igherm veía abajo el valle, donde un soldado del Poste le esperaba en un camión para llevarlo a Bebni Isguen, que quedaba demasiado lejos para ir a pie. Cuando estaba por cruzar la puerta de la aldea, le llamó la atención algo que hubiera debido parecer absolutamente normal. Un perro pasó corriendo con algo en la boca, algo grande y sospechosamente rosado, parte de lo cual se arrastraba por tierra. Pero el Teniente lo miró atentamente.

Después, en una breve caminata orillando la pared, encontró otros dos perros que se le acercaban con presas similares. Por fin, encontró lo que buscaba: era un recién nacido y posiblemente lo habían matado esa mañana. Envuelto en hojas de números viejos de *L'Eco d'Alger,* lo habían arrojado a una zanja poco profunda. Después de interrogar a varias personas que habían salido de la ciudad esa mañana, tuvo la certeza de que una tal Yamina ben Rhaissa había sido vista poco después de la salida del sol entrando por la puerta, cosa que normalmente no ocurría. No le costó localizar a Yamina; vivía en las cercanías con su madre. Al principio negó histéricamente todo conocimiento del crimen, pero cuando la sacó de la casa, la llevó a solas al borde de la aldea y habló con ella cinco minutos de una manera que él consideró razonable, la muchacha le contó

tranquilamente toda la historia. No fue lo menos sorprendente del relato el hecho de que hubiera podido ocultar la preñez a su madre; por lo menos así lo dijo. El Teniente se inclinaba a no creerlo, hasta que reflexionó en la cantidad de ropa interior que usaban las mujeres de la región; entonces decidió que la muchacha decía la verdad. Con una estratagema había sacado de la casa a la vieja, dado a luz, estrangulado y arrojado al niño fuera de las murallas, envuelto en periódicos. Cuando volvió su madre ya estaba lavando el suelo.

A esa altura de las cosas, lo que más interesaba a Yamina era saber los nombres de las personas gracias a las cuales el Teniente la había descubierto. Le intrigaba que hubiera detectado tan rápidamente el hecho y así se lo dijo. Esta despreocupación primitiva más bien le divirtió y durante un cuarto de hora se estuvo preguntando cómo podía arreglarse para pasar la noche con ella. Pero el tiempo que tardaron en bajar la colina hasta llegar al camino donde esperaba el camión le bastó para asombrarse de sus fantasías de hacía unos minutos. Canceló su visita a Beni Isguen y llevó directamente a la muchacha al cuartel general. Después se acordó del niño. Se aseguró de que Yamina estaba bien encerrada y corrió con un soldado a recoger los pedacitos del cuerpo que aún quedaban en el lugar para que sirvieran de prueba. Por esos trozos de carne humana, Yamina fue instalada en la prisión local, a la espera de su traslado a Argel para el juicio. Pero no hubo tal. Durante la tercera noche que pasó en la cárcel, un escorpión gris, en su camino por el suelo de tierra de la celda, descubrió un calor grato e inesperado en un rincón, donde se refugió. Mientras dormía, Yamina se movió y ocurrió lo inevitable: el aguijón se clavó en su nuca; no recobró el conocimiento. La noticia de su muerte se difundió rápidamente por la ciudad, omitiendo el detalle del escorpión, de modo que la versión definitiva -y podría decirse oficial- de los nativos fue que la muchacha había sido violada por toda la guarnición, incluido el Teniente, y cómodamente asesinada después. Naturalmente, no había nadie que prestara crédito total a la historia, pero el hecho indiscutible era que la muchacha había muerto bajo custodia francesa. Cualquiera que fuese la opinión de los nativos, el prestigio del Teniente sufrió un rudo golpe.

Su repentina impopularidad tuvo efectos inmediatos: los obreros no se presentaron en su casa para seguir construyendo la nueva sala. A decir verdad, el albañil llegó, pero sólo para sentarse en el jardín toda la mañana con Ahmed, el criado, a fin de persuadirlo (y al final lo logró) de que no se quedara ni un día más al servicio de semejante monstruo. Y el Teniente tenía la impresión absolutamente justa de que las gentes se desviaban de su camino para no encontrarse con él en la calle. Las mujeres, sobre todo, parecían temer su presencia. A la noticia de que andaba por las cercanías, desaparecían de las calles;

todo lo que el Teniente oía al pasar eran los cerrojos de las puertas. Los hombres desviaban la mirada. Estas cosas fueron un golpe para su prestigio de administrador, pero le afectaron menos que el descubrimiento, hecho el día mismo en que se metió en cama con una singular combinación de calambres, mareos y náuseas, de que su cocinero, que por alguna razón no le había abandonado, era primo hermano de la finada Yamina.

La llegada de una carta de su Comandante en jefe en Argel no contribuyó a hacerle más feliz. No se ponía en duda, decía, la justicia de su procedimiento: los elementos de prueba estaban en su frasco de formaldehído en el Tribunal de Bou Noura y la muchacha había confesado. Pero se criticaba la negligencia del Teniente y, lo que le resultaba más doloroso, se ponía en tela de juicio su capacidad para entender la «psicología de los nativos».

Tendido en la cama, miraba el cielo raso; se sentía débil y desdichado. Era casi la hora en que llegaba Jacqueline a prepararle el consomé de mediodía. (Al primer calambre se desembarazó inmediatamente del cocinero; sabía lo suficiente acerca de la manera de la psicología de los nativos.) Jacqueline había nacido en Bou Noura, de padre árabe -por lo menos así decían, y a juzgar por sus rasgos y su tez, era fácil creerlo- y madre francesa, que había muerto poco después de su nacimiento. Nadie supo jamás qué hacía la francesa sola en Bou Noura. Pero todo eso era un pasado distante; Jacqueline había sido recogida por los Pères Blancs y criada en la Misión. Sabía todas las canciones que los padres ponen tanta diligencia en enseñar a los niños; en realidad, era la única que las conocía. Además de aprender a cantar y a rezar, había aprendido a cocinar, talento este último que resultó una verdadera bendición para la Misión, porque los desdichados padres, que habían comido durante varios años la cocina local, padecían todos del hígado. Cuando el padre Lebrun se enteró del dilema del Teniente, le envió de inmediato y espontáneamente a Jacqueline para que sustituyera al cocinero y le preparara dos sencillas comidas diarias. El padre en persona se hizo presente el primer día y, después de mirar al Teniente, decidió que no habría peligro en que Jacqueline lo sirviera por lo menos durante algunos días. Confiaba en que la muchacha le informaría sobre los progresos del paciente, pues en cuanto mejorara, la conducta del Teniente no sería de fiar. El padre le dijo, viéndolo tendido en la cama revuelta:

–La pongo en sus manos y a usted en las de Dios.

El Teniente entendió lo que quería decir y trató de sonreír, pero se sentía demasiado mal. Ahora, al pensarlo, se sonrió, porque Jacqueline le parecía una cosa flaca y miserable que nadie miraría dos veces.

Ese mediodía llegó tarde y jadeando: el caporal Dupeyrier la había detenido para confiarle un mensaje muy importante. Era cuestión de un extranjero, un norteamericano que había perdido su pasaporte.

–¿Un norteamericano? – repitió el Teniente-. ¿En Bou Noura?

–Sí -dijo Jacqueline-. Paraba con su mujer en la pensión Abdelkader (que era el único lugar donde podían estar, porque no había otro alojamiento de ningún tipo en la región) y ya hacía varios días que habían llegado a Bou Noura. Había visto al caballero: un joven.

–Bueno -dijo el Teniente-. Tengo hambre. ¿Qué dirías de un poco de arroz para hoy? ¿Tienes tiempo de prepararlo?

–Oh, sí, *monsieur*. Pero me dijo el caporal que le dijera que es importante que usted vea hoy al norteamericano.

–¿Qué estás diciendo? ¿Por qué tengo que verlo? Yo no voy a encontrarle el pasaporte. Cuando vuelvas a la Misión pasa por la Poste y dile al caporal Dupeyrier que le diga al norteamericano que debe ir a Argel a ver a su cónsul. Si es que no lo sabe -añadió.

–*Ah, ce n'est pas pour ça!* Es porque acusó a *monsieur* Abdelkader de haberle robado el pasaporte.

–¿Qué? – rugió el Teniente, incorporándose.

–Sí, ayer hizo la denuncia. Y *monsieur* Abdelkader dice que le agradecería que usted la retirara. Por eso tiene que verlo hoy.

Jacqueline, visiblemente encantada del grado de reacción del Teniente, se fue a la cocina a hacer ruido con la vajilla. La idea de su importancia la transportaba.

El Teniente se dejó caer en la cama y empezó a inquietarse. Era absolutamente necesario convencer al norteamericano de que retirara su acusación, no sólo porque Abdelkader era viejo amigo suyo y absolutamente incapaz de robar nada, sino sobre todo porque era uno de los hombres más conocidos y estimados de Bou Noura. Como propietario de la posada, tenía amistad estrecha con los chóferes de todos los autobuses y camiones que atravesaban el territorio; en el Sáhara esa gente es importante. Seguramente no había uno solo de ellos a quien en un momento u otro Abdelkader no les hubiera fiado comida y alojamiento; casi todos le habían pedido dinero prestado. Para ser árabe, era asombrosamente confiado y desprendido en materia de dinero, tanto con los europeos como con sus compatriotas, razón por la cual caía bien a todo el mundo. No sólo era impensable que hubiese robado el pasaporte: era absolutamente impensable que lo hubieran acusado formalmente de semejante cosa. El caporal tenía razón. La denuncia debía ser retirada en seguida. «Otro golpe de la mala suerte», pensó. «¿Por qué tiene que ser un norteamericano?» A un francés hubiera sabido cómo convencerlo sin ningún inconveniente. ¡Pero a un norteamericano! Ya lo estaba viendo: una

especie de gorila ceñudo y feroz, el cigarro en la comisura de la boca, y probablemente una pistola automática en el bolsillo. Seguramente no podrían intercambiar frases completas porque ninguno de los dos sería capaz de entender lo bastante la lengua del otro. Trató de recordar el inglés que sabía: *«Sir, I must to you, to pray that you will…» «My dear sir, please I would make to you remark…»* Después recordó haber oído decir que los norteamericanos no hablaban inglés, que sólo ellos comprendían su jerga. Lo más desagradable de la situación era el hecho de que él estaría en cama, mientras el norteamericano podría dar vueltas por la habitación, gozar de todas las ventajas, físicas y morales. Gruñó un poco al sentarse para tomar la sopa que le había traído Jacqueline. Afuera soplaba el viento y los perros del campamento nómada, un poco más lejos, en el camino, ladraban; si el sol no hubiera brillado tanto que las ramas de las palmeras, moviéndose en la ventana, refulgían como cristal, habría dicho por un momento que era medianoche: el ruido del viento y de los perros hubiera sido exactamente el mismo. Almorzó; cuando Jacqueline estaba por irse, le dijo:

–Vete a la Poste y dile al caporal Dupeyrier que traiga aquí al norteamericano a las tres. Que lo traiga él mismo, recuerda.

–*Oui, oui* -contestó Jacqueline, todavía transportada de placer. Se había perdido el infanticidio, pero por lo menos estaba al tanto del nuevo escándalo desde el principio.

XIX

A las tres en punto, el caporal Dupeyrier hizo entrar al norteamericano en el salón del Teniente. La casa estaba totalmente silenciosa.

–*Un moment* -dijo el caporal, dirigiéndose al dormitorio. Llamó a la puerta, abrió, el Teniente hizo un gesto con la mano y el caporal transmitió la orden al norteamericano, que entró en el dormitorio. El Teniente vio una especie de adolescente flaco e inmediatamente decidió que era un poco raro, ya que, a pesar del calor, usaba un jersey de cuello alto y una chaqueta de lana.

El norteamericano se acercó a la cama y, tendiendo la mano, habló en perfecto francés. La sorpresa inicial del Teniente se convirtió en placer. Pidió al caporal que trajera una silla para el huésped y le invitó a sentarse. Después sugirió al caporal que se volviera al Poste; había decidido que podía arreglarse personalmente con el americano. Cuando se quedaron solos le ofreció un cigarrillo.

–Parece que ha perdido usted su pasaporte -dijo.

–Es exacto -replicó Port.

–¿Y usted cree que se lo robaron y no que lo perdió?

–Sé que me lo robaron. Estaba en una maleta que siempre cierro con llave.

–Entonces, ¿cómo pueden haberlo sacado de la maleta? – dijo el Teniente, riendo con aire de triunfo-. Siempre no es la palabra adecuada.

–Pudo ser -prosiguió Port pacientemente-, porque ayer dejé la maleta abierta un minuto mientras iba de mi habitación al cuarto de baño. Una necedad, pero así fue. Y cuando volví, el propietario estaba junto a la puerta. Sostuvo que había ido a avisar que el almuerzo estaba pronto. Pero hasta entonces nunca lo había hecho; siempre venía uno de los camareros. Estoy seguro de que fue el propietario, porque ayer fue la única vez que dejé abierta la maleta mientras estaba fuera del cuarto. A mí me parece claro.

–*Pardon.* A mí no. De ningún modo. ¿Hacemos una historia de detectives? ¿Cuándo vio por última vez su pasaporte?

Port pensó un momento:

–Cuando llegué a Aïn Krorfa -dijo finalmente.

–¡Ajá! – exclamó el Teniente-. ¡En Aïn Krorfa! Y acusa a *monsieur* Abdelkader, sin vacilar. ¿Cómo se lo explica?

–Sí, lo acuso -dijo Port obstinadamente, picado por la voz del Teniente-, lo acuso porque la lógica indica que es el único ladrón posible. Es el único nativo que ha tenido acceso al pasaporte, el único para quien ha sido materialmente posible robarlo.

El Teniente d'Armagnac se incorporó un poco más en la cama.

–¿Y por qué justamente se empeña usted en que sea un nativo?

Port sonrió débilmente:

–¿No es lógico suponerlo? Aparte de que nadie más tuvo oportunidad de llevárselo, ¿no es acaso el tipo de cosa que suelen hacer los nativos, por encantadores que sean?

–No, *monsieur.* A mí me parece justamente el tipo de cosa que no tiene por qué haber hecho un nativo.

Port se desconcertó.

–¿Ah, sí? – dijo-. ¿Por qué ¿Por qué lo dice?

El Teniente respondió:

–Hace no pocos años que estoy entre árabes. No se me ocurriría decirle que no roban. Claro que roban. Como roban los franceses. Y en América ustedes tienen gangsters, ¿no es cierto? – sonrió hipócritamente. Port permaneció impasible.

–La era de los gangsters terminó hace tiempo -dijo.

Pero el Teniente no se dio por vencido.

–En todas partes hay gente que roba. Y aquí también. Pero los nativos -habló con más lentitud, subrayando las palabras- sólo se apoderan de dinero o de algún objeto que les sirva. Nunca robarían algo tan complicado como un pasaporte.

Port replicó:

–Yo no busco los motivos. Dios sabe por qué lo robó.

Su anfitrión le interrumpió:

–¡Pero yo sí busco los motivos! exclamó-. Y no veo razón para creer que un nativo se haya tomado el trabajo de robarle el pasaporte. En Bou Noura no, de ninguna manera. Y dudo mucho que haya sido en Aïn Krorfa. De una cosa estoy seguro: no fue *monsieur* Abdelkader. Puede creerme.

–¿Ah, sí? – dijo Port, incrédulo.

–Nunca. Lo conozco desde hace varios años…

–¡Pero usted no tiene más pruebas a favor de él que yo en contra! – exclamó Port con fastidio. Se levantó el cuello de la chaqueta y se encogió en su silla.

–¿No tendrá usted frío, espero? – preguntó el Teniente, sorprendido.

–Hace días que tengo frío -respondió Port, frotándose las manos. El Teniente lo miró atentamente un instante. Después continuó:

–¿Me hará un favor si yo le hago otro?

–Supongo que sí. ¿Cuál?

–Le quedaré infinitamente agradecido si retira su denuncia contra *monsieur* Abdelkader en seguida…, hoy mismo. Y yo intentaré algo para conseguirle el pasaporte. *One ne sait jamais.* Quizá dé resultado. Si le han robado el pasaporte, como usted dice, el único lugar donde lógicamente ha de estar es Messad. Telegrafiaré para que registren a fondo los cuarteles de la Legión Extranjera.

Inmóvil, Port miraba fijo hacia adelante.

–Messad -repitió.

–Nunca ha estado, ¿verdad?

–¡No, no! – hubo un silencio.

–Entonces, ¿me hará ese favor? Le daré una respuesta en cuanto hayan efectuado el registro.

–Sí -dijo Port-. Iré esta tarde. Pero dígame: ¿entonces hay en Messad un mercado de esa clase?

–Claro. Los pasaportes alcanzan precios altos en los destacamentos de la Legión. ¡Sobre todo un pasaporte norteamericano! *Oh, là là!* -dijo, señalando el armario del fondo-, usted tiene frío. ¿Quiere alcanzarme la botella de coñac que está ahí? Bebamos un trago.

No era para nada lo que Port quería, pero sintió que no podía rechazar el gesto de hospitalidad.

Además, ¿qué quería? No estaba seguro, pero pensó que le hubiera gustado simplemente estar tranquilamente sentado largo rato en un interior abrigado. El sol le hacía sentir más frío, le ardía la frente, sentía la cabeza enorme y pesadísima. De no ser que conservaba un apetito normal, habría sospechado que quizá estaba enfermo. Bebió el coñac, preguntándose si lo haría entrar en calor o si lamentaría beberlo, porque a veces le daba ardor de estómago. El Teniente

pareció adivinar sus pensamientos.

–Es un buen coñac añejo. No le hará daño -le dijo de pronto.

–Es excelente -replicó Port, decidido a ignorar la última parte del comentario.

La impresión del Teniente de que estaba en presencia de un joven morbosamente preocupado por su propia persona quedó confirmado por las palabras de Port.

–Es raro -dijo con una sonrisa de disculpa-, desde que descubrí la desaparición de mi pasaporte me siento vivo a medias. En un lugar como éste es muy deprimente no tener pruebas de quién es uno, ¿no es cierto?

El Teniente tendió la botella, que Port rechazó.

–Tal vez después de mi pequeña investigación en Messad usted recobre su identidad -dijo riendo. Si el norteamericano deseaba hacerle confidencias como ésa, estaba dispuesto a servirle de confesor por un rato.

–¿Ha venido usted con su esposa? – preguntó el Teniente. Port asintió, como ausente. «Es eso», se dijo el Teniente. «Tiene líos con su mujer. ¡Pobre tipo!» Pensó que podían ir juntos al *quartier.* Le gustaba mostrarlo a los extranjeros. Pero cuando estaba por decir: «Afortunadamente, mi mujer está en Francia…», recordó que Port no era francés. Era preferible abstenerse.

Mientras el Teniente se hacía estas reflexiones, Port se puso de pie y se despidió cortésmente, con cierta brusquedad, es verdad, pero era de imaginar que no iba a quedarse toda la tarde junto a la cama. Además, había prometido ir a retirar la denuncia contra Abdelkader.

Por el camino recalentado marchaba hacia las murallas de Ben Noura, la cabeza gacha, sin ver nada que no fuera polvo y miles de piedrecitas agudas. No alzaba la mirada porque sabía cuán falto de sentido le parecería el paisaje. Se necesitaba energía para dotar de sentido a la vida, y en ese momento esa energía le faltaba. Sabía que las cosas pueden parecer vacías, que su esencia se puede volatilizar, desaparecer por los cuatro puntos del horizonte, como impelidos por una siniestra fuerza centrífuga. No quería enfrentar el cielo intenso, irreal de tan azul, que se extendía sobre su cabeza, las paredes estriadas del desfiladero rosa que lo rodeaban por todas partes, la ciudad piramidal sobre las rocas, más abajo las manchas oscuras de los oasis. Allí estaban y hubieran sido gratos a sus ojos, pero no tenía fuerzas para relacionarlos entre sí o consigo mismo: no conseguía ponerlos en foco, salvo visualmente. No los miraría.

Al llegar a la pensión se detuvo en el cuartito que servía de oficina y encontró a Abdelkader sentado en el diván, en un rincón oscuro, jugando al dominó con un hombre de pesado turbante.

–Buenos días, *monsieur* -dijo Port-. He ido a ver a las autoridades y

he retirado la acusación.

–Ah, mi Teniente ha arreglado la cosa -murmuró Abdelkader.

–Sí -dijo Port, aunque contrariado porque no se le reconocía el mérito de haber cedido a los deseos del Teniente d'Armagnac.

–*Bon, merci* -Abdelkader no volvió a alzar la mirada y Port subió al cuarto de Kit.

Kit había ordenado que le subieran todo el equipaje y lo estaba desempacando. La habitación parecía un bazar: los zapatos se alineaban sobre la cama, a los pies se extendían los vestidos de noche, como en un escaparate, y los frascos, cosméticos y perfumes se desplegaban en la mesita de noche.

–¿Qué diablos haces? – exclamó.

–Miro mis cosas -dijo Kit inocentemente-. Hace mucho que no las veo. Desde que desembarcamos he vivido con una sola maleta. Estoy tan harta de todo esto… Y cuando miré por la ventana después del almuerzo -se animó al señalar la ventana que daba al desierto vacío-, sentí simplemente que me moriría si no veía en seguida algo civilizado. No sólo eso. Me estoy tomando un whisky y abriendo el último paquete de Players.

–Tienes que estar muy mal -dijo Port.

–De ningún modo -replicó Kit, aunque quizá con demasiado énfasis-. Sería anormal si fuese capaz de adaptarme demasiado rápido a esto. Después de todo sigo siendo una norteamericana. Y no trato de ser otra cosa.

–¡Whisky! – dijo Port, pensando en voz alta-. No hay hielo de este lado de Boussif. Ni soda, apuesto.

–Lo quiero puro.

Se deslizó en un vestido de satén azul pálido sin espalda y se maquilló frente al espejo que colgaba detrás de la puerta. Port decidió seguirle el juego; en todo caso le divertía verla construir su pequeña, patética fortaleza de civilización occidental en mitad del páramo. Se sentó en el suelo, en el centro de la habitación, y se complació en verla revolotear por el cuarto, eligiendo zapatos y probándose pulseras. Cuando el criado llamó a la puerta, Port le abrió y tomó de sus manos la bandeja con botella y todo.

–¿Por qué no lo dejaste entrar? – le preguntó Kit cuando él hubo cerrado la puerta.

–Porque no quiero que baje corriendo a dar las noticias -dijo, poniendo la bandeja en el suelo y sentándose de nuevo al lado.

–¿Qué noticias?

Port fue impreciso.

–Bueno, que llevas vestidos lujosos y joyas en las maletas. Es el tipo de cosa que nos precederá dondequiera que vayamos. Además -le sonrió-, prefiero que no vean lo bonita que puedes ser.

–¡Vamos, Port, decídete! ¿Estás tratando de protegerme o crees que añadirán cien francos a la cuenta?

–Ven aquí y bébete tu asqueroso whisky francés. Tengo algo que decirte.

–No. Me lo traerás como un caballero -despejó un lugar retirando los objetos que cubrían la cama y se sentó.

–Muy bien -le sirvió un buen trago y se lo llevó.

–¿Tú no bebes?

–No. Tomé un coñac en casa del Teniente y no me cayó nada bien. Sigo teniendo frío. Pero hay noticias, y es lo que quería decirte. No cabe mayor duda de que Eric Lyle me robó el pasaporte.

Le habló del mercado de pasaportes para legionarios en Messad. En el viaje desde Aïn Krorfa ya le había contado el descubrimiento de Mohammed. Kit, sin mostrar sorpresa, le recordó que había visto los pasaportes, de modo que no le cabía duda de que eran madre e hijo. Tampoco ahora estaba sorprendida.

–Pensó que así como yo había visto los de ellos, él tenía el derecho de ver el tuyo, supongo -dijo-. ¿Pero cómo lo robó? ¿Y cuándo?

–Sé exactamente cuándo. La noche que vino a mi cuarto en Aïn Krorfa y quiso devolverme los francos que le había dado. Dejé la maleta abierta y él se quedó en mi cuarto mientras yo iba a ver a Tunner, porque yo llevaba la billetera conmigo y, desde luego, nunca se me ocurrió que ese crápula andaba detrás de mi pasaporte. Pero no hay duda de que así fue. Cuanto más lo pienso más seguro estoy. Lo encuentren o no en Messad, estoy convencido de que fue Lyle. Creo que pensó en robármelo la primera vez que me vio. Después de todo, ¿por qué no? Dinero fácil, y su madre no se lo da.

–Yo creo que sí -dijo Kit-, con ciertas condiciones. Y creo que él ya está harto, que busca la manera de escapar, y que se entreveraría con cualquiera y haría cualquier cosa con tal de acabar. Y creo que ella lo sabe perfectamente, le aterra que él se vaya y hará todo lo que pueda para impedir que él intime con cualquiera. Acuérdate de lo que te contó sobre la «infección».

Port estaba silencioso.

–¡Dios mío! En qué lío he metido a Tunner -dijo al cabo de un momento.

Kit se echó a reír.

–¿Qué quieres decir? Se las arreglará. Le hará bien. Además, no lo veo en términos amistosos con ninguno de los dos.

–No -se sirvió un trago-. No debería beber. La mezcla con el coñac me revolverá el estómago. Pero no puedo permitir que estés ahí sentada alegrándote sola con unas copas.

–Ya sabes que me encanta tener compañía, ¿pero no te sentirás mal?

–Ya me siento mal. Pero no puedo seguir tomando precauciones por la sencilla razón de que tengo frío todo el tiempo. De todas maneras pienso que en cuanto lleguemos a El Ga'a me sentiré mejor. Allí hace mucho más calor.

–¿De nuevo? ¡Pero si acabamos de llegar!

–No puedes negar que aquí hace frío de noche.

–Claro que no lo niego. Pero está muy bien. Si hemos de ir a El Ga'a, vayamos, pero entonces que sea pronto y para pasar un tiempo.

–Es una de las grandes ciudades del Sáhara -dijo, como si estuviera haciéndole el artículo.

–No necesitas vendérmela. Y si quisieras hacerlo, no sería la manera. Ya sabes que significa muy poco para mí. El Ga'a, Tombuctu, todo me da más o menos lo mismo; todo es igualmente interesante, pero nada me enloquece. Pero si vas a sentirte más feliz, quiero decir mejor de salud, entonces vayamos sin más -hizo un gesto nervioso con la mano como si espantara una mosca insistente.

–Ah, tú crees que mi malestar es mental. Has dicho más feliz.

–No creo nada porque no sé. Pero me parece sumamente curioso que uno tenga siempre frío en septiembre en el desierto de Sáhara.

–Bueno, podrá parecer curioso -dijo Port, contrariado. De pronto exclamó-: ¡Estas moscas tienen garras! Son como para sacar a cualquiera de quicio. ¿Qué quieren? ¿Bajar por la garganta? – con un gruñido se puso de pie; ella lo miró expectante-. Pondré el mosquitero para protegernos. Levántate. – Revolvió en una maleta y sacó en seguida un montón de tul doblado. Por el consejo de Kit, quitó los vestidos de la cama. Tendió el mosquitero sobre los pies y la cabecera, diciendo que no había razón para que un mosquitero no sirviera para las moscas. Cuando estuvo bien sujeto, se deslizaron debajo con la botella y se quedaron charlando toda la tarde. A la hora del crepúsculo estaban agradablemente borrachos, sin ganas de salir de debajo de la tienda. Quizá fue la súbita aparición de las estrellas en el cuadrado de cielo enmarcado por la ventana lo que contribuyó a dar otro giro a la conversación. A medida que oscurecía, otras estrellas iban llenando los espacios hasta entonces vacíos. Kit se alisó el vestido sobre los muslos y dijo:

–Cuando yo era joven…

–¿Cómo de joven?

–Antes de los veinte, quiero decir, yo pensaba que la vida se aceleraba, que sería cada vez más rica y más intensa. Uno aprendería más, sería más sabio, más inteligente, se acercaría más a la verdad… -vaciló.

Bruscamente Port se echó a reír.

–Y no es así, ¿verdad? Es más bien como fumar un cigarrillo. Las primeras bocanadas son maravillosas, ni se te ocurre que se va a

consumir. Empiezas a olvidarlo. De pronto te das cuenta de que ha ardido casi hasta la punta. Y entonces es cuando tienes conciencia de su sabor amargo.

–Pero yo siempre tengo conciencia del sabor desagradable y de que el fin se acerca.

–Entonces deberías dejar de fumar.

–¡Qué malo eres! – exclamó Kit.

–¡No soy malo! – objetó Port, volcando casi el vaso al levantar el codo para beber-. Parece lógico, ¿no es así? O supongo que vivir es un hábito como fumar. Tú dices que vas a dejarlo, pero continúas.

–Que yo sepa, tú ni siquiera amenazas con dejarlo -dijo ella acusadora.

–¿Por qué? Yo quiero seguir.

–Pero te quejas tanto todo el tiempo.

–No de la vida; sólo de los seres humanos.

–Son cosas que no se pueden separar.

–Si que se puede. Sólo que hay que hacer un pequeño esfuerzo. ¡Esfuerzo, esfuerzo! ¿Por qué nadie lo hace? Me imagino un mundo totalmente diferente. Sólo unos pocos acentos mal puestos.

–Hace años que escucho eso -dijo Kit. Se enderezó en la penumbra, ladeó la cabeza y dijo-: ¿Oyes?

Afuera, en algún lugar, no muy lejos, quizás en la plaza del mercado, una orquesta de tambores iba recogiendo poco a poco los cabos sueltos de la fuerza rítmica hasta formar un poderoso trazado compacto que daba vueltas, una rueda aún imperfecta de sonidos que rodaba pesadamente hacia la noche. Port guardó silencio un momento y murmuró:

–Eso, por ejemplo.

–No sé. – Kit se impacientó-. Sé que no me siento parte de esos tambores, por mucho que admire su sonido. Y no veo por qué razón habría de querer sentirme parte de ellos -pensó que una declaración tan tajante pondría rápido fin a la discusión, pero esa noche Port se empecinaba.

–Sé que no te gusta hablar en serio -dijo Port-. Pero por una vez no te hará daño.

Kit sonrió despectivamente porque las vagas generalizaciones de Port le parecían charla frívola, un simple vehículo de sus emociones. Según ella, en esas ocasiones no era cuestión de que pensara o no pensara lo que decía, porque en realidad no sabía lo que decía… Le preguntó, bromeando:

–¿Cuál es la unidad de cambio de ese mundo tuyo diferente?

Port no vaciló.

–La lágrima.

–No es justo -objetó Kit-. A algunos les cuesta mucho verter una

lágrima. A otros les basta pensarlo.

–¿Cuál es el sistema de cambio justo? – exclamó Port con una voz como de borracho-. Y en definitiva, ¿quién inventó el concepto de justicia? ¿No es todo más fácil si te liberas simplemente de la idea de justicia? ¿Crees que la cantidad de placer, el grado de sufrimiento son constantes entre los hombres? ¿El resultado es siempre en cierto modo el mismo al final? ¿Crees eso? Si el resultado es el mismo, es sólo porque la suma final es cero.

–Supongo que eso te consuela -Kit sabía que si la conversación continuaba, terminaría por enfadarse seriamente.

–De ningún modo. ¿Estás loca? No me interesa conocer la cifra final. Pero lo que me interesa son los procesos complicados que permiten llegar a ese resultado inevitable, cualquiera que haya sido la cantidad original.

–El final de la botella -murmuró Kit-. Tal vez un cero perfecto sea digno de ser alcanzado.

–¿Se acabó? Caramba. Pero no lo alcanzamos. Nos alcanza. No es lo mismo.

«Está más borracho que yo», pensó Kit.

–No, no es lo mismo -convino.

Y mientras Port decía:

–Tienes razón, diablos -y se desplomaba violentamente boca abajo, ella siguió pensando en el desperdicio de energía que era toda esa conversación, y preguntándose cómo haría para que no siguiera dándose cuerda.

–¡Ah, qué asco, me siento como un perro! – exclamó Port en un súbito estallido de furia-. No debería beber una gota, el alcohol me demuele. Pero no es por debilidad, como en tu caso. En absoluto. Me cuesta más esfuerzo de voluntad obligarme a beber que a ti no hacerlo. Sé lo que me espera y lo detesto.

–¿Y por qué lo haces? Nadie te lo pide.

–Ya te lo he dicho. Quería acompañarte. Y, además, siempre imagino que de alguna manera penetraré en el interior de algo. Por lo general, llego hasta los suburbios y me pierdo. No creo que haya nada donde se pueda penetrar. Creo que ustedes, los bebedores, son todos víctimas de una enorme alucinación colectiva.

–Me niego a discutirlo -dijo Kit altanera, bajando de la cama y luchando por abrirse paso entre los pliegues del mosquitero, que colgaba hasta el suelo.

Port se volvió y se sentó.

–Sé por qué tengo náuseas. Por algo que comí. Hace diez años.

–No sé de qué estás hablando. Acuéstate de nuevo y duerme -dijo Kit y salió del cuarto.

–Yo sí -murmuró Port. Salió de la cama arrastrándose y se acercó a

la ventana. El aire seco del desierto se iba enfriando con la noche y los tambores seguían sonando. Las paredes del desfiladero eran ya negras y los macizos de palmeras habían desaparecido. No había luces; la habitación no daba a la ciudad. Y eso es lo que él había querido decir. Se aferró al alféizar de la ventana y se asomó, pensando: «Kit no sabe de qué hablo. Es algo que comí hace diez años. Hace veinte.» El paisaje estaba allí, más inalcanzable que nunca. Había rocas y cielo por todas partes, dispuestos a absolverlo, pero, como siempre, llevaba el obstáculo consigo. Hubiera dicho que mientras los miraba, las rocas y el cielo dejaban de ser lo que eran, que en el acto de pasar a su conciencia se volvían impuros. Era un magro consuelo poder decirse a sí mismo: «Soy más fuerte que ellos.» Al volver al cuarto, algo brillante atrajo su mirada en la puerta abierta del guardarropas. Era la luna nueva brillando en la otra ventana. Se sentó en la cama y se echó a reír.

XX

Port se pasó los dos días siguientes tratando asiduamente de recoger información sobre El Ga'a. Era asombroso lo poco que la gente de Bou Noura sabía sobre el lugar. Todos parecían de acuerdo en que era una gran ciudad -la mencionaban siempre con cierto respeto-, en que quedaba lejos, en que el clima era más cálido y los precios altos. Fuera de eso, nadie parecía capaz de describirla, ni siquiera los hombres que habían estado, como el conductor del autobús con quien habló, y el cocinero. Una persona que hubiera podido darle un informe más completo sobre la ciudad era Abdelkader, pero la relación con él se había reducido a meros gruñidos de reconocimiento. Se dio cuenta de que era más satisfactorio para su imaginación ir sin pruebas de identidad a una ciudad perdida del desierto acerca de la cual nadie podía decirle nada. De modo que no se conmovió tanto como hubiera sido de esperar cuando encontró al caporal Dupeyrier por la calle, y al mencionarle El Ga'a, el caporal le dijo: «Pero el Teniente d'Armagnac ha pasado allí muchos meses. Él le podrá decir todo lo que usted quiera saber.» Sólo entonces comprendió que no quería saber nada de El Ga'a fuera del hecho de que era una ciudad aislada, poco frecuentada, que era precisamente eso lo que había tratado de confirmar. Decidió no mencionarla al Teniente, por temor de destruir la idea que se había hecho.

La misma tarde, Ahmed, que se había reincorporado al servicio del Teniente, apareció en la pensión y preguntó por Port. Kit, que estaba en cama leyendo, le hizo decir por el camarero que fuese al *hamman,* donde Port había ido con la esperanza de quitarse de una vez el frío en el baño de vapor. Estaba casi dormido en la oscuridad, tendido en una resbaladiza losa de piedra, cuando el criado le despertó. Envuelto en una toalla húmeda, se asomó a la entrada. Allí estaba Ahmed, con

aire malhumorado; era un muchacho delgado, del *ereg,* y llevaba en la cara las marcas reveladoras del libertinaje, esas manchas encendidas en la suave piel de las mejillas de los que son demasiado jóvenes para tener arrugas y bolsas debajo de los ojos.

¾ El Teniente quiere verle en seguida.

–Dile que iré dentro de una hora -dijo Port, parpadeando a la luz del día.

–En seguida -repitió Ahmed imperturbable-. Le espero aquí.

–Orden del Teniente -entró, se hizo arrojar un cubo de agua fría (hubiera querido que fueran más, pero el agua era cara y cada cubo aumentaba el precio) y un rápido masaje antes de vestirse. Ya en la calle, se sintió un poco mejor. Ahmed estaba apoyado contra la pared, conversando con un amigo, pero se enderezó al aparecer Port y lo siguió a unos pasos de distancia hasta la casa del Teniente.

Envuelto en una fea bata de seda artificial color vino, el Teniente, sentado en el salón, fumaba.

–Disculpe si no me levanto. Estoy mucho más repuesto, pero me siento mejor cuanto menos me muevo. Siéntese. ¿Quiere jerez, coñac o café?

Port murmuró que prefería café. Ahmed fue a prepararlo.

–No es mi intención retenerlo, señor, pero tengo noticias para usted. Ha aparecido su pasaporte. Gracias a uno de sus compatriotas que descubrió también el propio, que le faltaba, se hizo una investigación antes de que yo me pusiera en contacto con Messad. Los dos documentos habían sido vendidos a legionarios. Pero, afortunadamente, los dos fueron recuperados -revolvió en su bolsillo y sacó una hojita de papel-. El norteamericano, que se llama Tunner, dice que le conoce a usted y tiene intención de venir a Bou Noura. Se ofrece a traerle el pasaporte, pero tengo que tener el consentimiento de usted antes de notificar a las autoridades que se lo entreguen. ¿Está usted de acuerdo? ¿Conoce a ese *monsieur* Tunner?

–Sí, sí -dijo Port, ausente. La idea le horrorizaba; frente a la llegada inminente de Tunner, le consternó darse cuenta de que no esperaba volver a verlo nunca más-. ¿Cuándo llega?

–En seguida, creo. ¿No piensa usted irse ya de Bou Noura?

–No -dijo Port. Su pensamiento iba y venía como un animal acorralado, tratando en vano de recordar cuándo salía el autobús para el sur, en qué día estaban, cuánto tiempo tardaría Tunner en llegar a Messad-. No, no. No tengo prisa -las palabras le sonaron ridículas. Ahmed entró silenciosamente con una bandeja donde había dos pequeños recipientes metálicos humeantes. El Teniente llenó con cada uno un vaso de café y lo ofreció a Port, que tomó un sorbo y se apoyó en el respaldo de la silla.

–Pero tengo intención de ir pronto a El Ga'a -continuó, a pesar de

sí mismo.

–Ah, El Ga'a. Le parecerá muy impresionante, muy pintoresco y muy caluroso. Fue mi primer lugar de destino en el Sáhara. Conozco cada una de sus callejuelas. Es una ciudad extensa, absolutamente chata, no demasiado sucia pero más bien oscura, porque las calles pasan por entre las casas como túneles. Muy segura. Usted y su esposa podrán andar por donde quieran. Es la última ciudad de cierto tamaño de este lado del Sudán. Y el Sudán queda a una distancia considerable. *Oh, là là!*

–Me imagino que habrá un hotel en El Ga'a, ¿no?

–¿Un hotel? Algo parecido -dijo el Teniente, riendo-. Encontrará habitaciones con camas, y quizá limpias. El Sáhara no es tan sucio como dicen. El sol es un gran purificador. Con un mínimo de higiene la gente podría mantenerse sana. Pero, claro, ese mínimo no existe. Para desgracia nuestra, *d'ailleurs.*

–No. Sí, para desgracia nuestra -Port era incapaz de volver a la sala y a la conversación. Acababa de recordar que el ómnibus partía esa misma noche y que no habría otro hasta dentro de una semana. Para entonces Tunner estaría de vuelta. Su decisión fue automática. Desde luego, no tenía conciencia de haberla tomado, pero un momento después aflojó su tensión y empezó a interrogar en detalle al Teniente sobre su vida diaria y su trabajo en Bou Noura. El Teniente parecía satisfecho; una por una fueron apareciendo las inevitables anécdotas del colono, todas en relación con la yuxtaposición a veces trágica, pero generalmente cómica, de las dos culturas discordantes e incompatibles. Por último, Port se puso de pie-. Lamento -dijo con una nota de sinceridad en la voz- no quedarme más tiempo.

–Pero pasará algunos días. Cuento absolutamente con verlos a usted y a *madame* antes de que se vayan. Dentro de dos o tres días estaré del todo bien. Ahmed irá a avisarles. Y notificaré a Messad que entreguen su pasaporte a *monsieur* Tunner -se puso de pie, le tendió la mano; Port salió.

Atravesó el jardincillo de palmeras enanas y salió al camino polvoriento. El sol se había puesto y el aire se enfriaba rápidamente. Se detuvo un momento para mirar hacia arriba, esperando casi oír el crujido del cielo bajo la presión exterior del frío nocturno. Atrás, en el campamento nómada, los perros ladraban en coro. Echó a andar a paso rápido para dejar de oírlos cuanto antes. El café le había acelerado el pulso de manera desusada, o era tal vez su nerviosidad a la sola idea de perder el autobús a El Ga'a. Entró por la puerta de la ciudad y dobló inmediatamente a la izquierda para bajar la calle desierta hasta las oficinas de los Transports Généraux.

La oficina mal ventilada estaba sin luz. En la penumbra, detrás del mostrador, había un árabe medio dormido, sentado sobre una pila de

sacos de arpillera. Port dijo inmediatamente:

–¿A qué hora sale el autobús para El Ga'a?

–A las ocho, *monsieur*.

–¿Quedan asientos?

–Oh, no. Hace tres días que están todos vendidos.

–*Ah, mon Dieu!* -exclamó Port; le parecía que las tripas le pesaban más. Se aferró al mostrador.

–¿Se siente mal? – le preguntó el árabe, mirándolo con cierto interés.

«Mal», pensó Port. Y dijo:

–No, mi mujer es la que está muy mal. Tiene que llegar a El Ga'a mañana -miró atentamente al árabe para ver si era capaz de creer una mentira tan evidente. Al parecer, allí era tan lógico que una persona enferma huyera de la civilización y los cuidados médicos como que los buscara, porque la expresión del árabe pasó lentamente a la comprensión y la simpatía. Pero levantó las manos en un gesto que indicaba su impotencia.

Port ya había sacado un billete de mil francos y lo ponía resueltamente sobre el mostrador.

–Consíguenos dos asientos para esta noche dijo con firmeza-. Esto es para ti. Convence a alguien para que se vaya la semana próxima -por cortesía no sugirió que tratara de disuadir a dos nativos, aunque sabía que así sería-. ¿Cuánto cuesta el pasaje a El Ga'a? – sacó más dinero.

El árabe se puso de pie y estuvo rascándose el turbante como reflexionando.

–Cuatrocientos cincuenta francos cada uno -respondió-, pero no sé…

Port le puso delante otros mil doscientos francos y dijo:

–Son novecientos. Y mil doscientos cincuenta para ti, después de que hayas sacado los billetes -vio que el hombre estaba decidido-. Vendré con la señora a las ocho.

–A las siete y media. Por el equipaje.

Ya en la pensión, se precipitó, excitado, al cuarto de Kit sin llamar. Kit, que se estaba vistiendo, exclamó indignada:

–¿Has perdido la cabeza?

–Para nada. Pero confío en que puedas viajar con ese vestido.

–¿Qué quieres decir?

–Tenemos asientos en el autobús de las ocho.

–Oh, no. ¡Dios mío! ¿Adónde? ¿A El Ga'a?

Él asintió con un gesto y hubo un silencio.

–Bueno -dijo Kit por último-. Me da lo mismo. Tú sabes lo que quieres. Pero ya son las seis. Todas esas maletas…

–Te ayudaré -había en la actitud de Port una ansiedad febril que no

podía pasar inadvertida. Ella observó cómo sacaba sus vestidos del guardarropas y los descolgaba de las perchas con gestos secos y precisos; su comportamiento le parecía curioso, pero no dijo nada. Cuando hubo hecho todo lo que podía en el cuarto de Kit, Port se fue al suyo, donde en diez minutos hizo sus maletas y las arrastró al corredor. Después bajó las escaleras corriendo y Kit le oyó hablar excitadamente a los criados. A las siete menos cuarto estaban cenando. En un santiamén, Port había tomado la sopa.

–No comas tan rápido. Te vas a indigestar le advirtió Kit.

–Tenemos que estar en la estación de los autobuses a las siete y media -dijo, palmeando para pedir el segundo plato.

–Si no llegamos nos esperarán.

–No, no. Habrá problemas con los asientos.

Aún no habían terminado los *cornes de gazelle* cuando pidió la cuenta del hotel y la pagó.

–¿Has visto al Teniente d'Armagnac? – preguntó Kit, mientras él esperaba la vuelta.

–Ah, sí.

–¿No hubo noticias del pasaporte?

–Todavía no -y añadió-: No creo que lo encuentren. ¿Qué se puede esperar? Probablemente ya está en Argel o en Túnez.

–Sigo pensando que deberías haber telegrafiado al cónsul desde aquí.

–Puedo mandar una carta desde El Ga'a cuando regrese el mismo autobús en que viajamos. Son sólo dos o tres días más.

–No te entiendo -dijo Kit.

–¿Por qué? – preguntó Port inocentemente.

–No entiendo nada. Tu repentina indiferencia. Esta misma mañana estabas fuera de ti porque no tenías pasaporte. Cualquiera hubiese dicho que no podías vivir un día más sin él. Y ahora da lo mismo esperar unos días. Admitirás que no hay relación.

–¿Admitirás que no hay mucha diferencia?

–De ningún modo. Claro que la hay. Y no me refiero a eso. Y tú lo sabes.

–Lo importante ahora es que lleguemos al autobús -se incorporó de un salto y corrió hacia Abdelkader, que estaba tratando de obtener cambio. Kit lo siguió un momento después. A la luz de las minúsculas lámparas de carburo que se mecían en la punta de largos cables, colgadas del cielo raso, bajaba por las escaleras una procesión de criados, cargados con el equipaje. Junto a la puerta, en la oscuridad, se había juntado un pequeño ejército de chiquillos esperanzados en poder llevar algo hasta la terminal de autobús.

Abdelkader dijo:

–Espero que El Ga'a les guste.

–Sí, sí -contestó Port, metiendo la vuelta en diversos bolsillos-. Espero no haberle causado demasiadas molestias con mis problemas.

Abdelkader desvió la mirada:

–Ah -dijo-. Mejor no hablar de eso -la disculpa era demasiado desenvuelta; no podía aceptarla.

Se había levantado el viento de la noche. En el piso alto se golpeaban ventanas y postigos. Las lámparas oscilaban chisporroteando.

–Tal vez nos veamos al pasar de regreso -insistió Port.

Abdelkader hubiera debido contestar: «*Incha' allah.*» Se limitó a mirarlo, triste pero comprensivo. Por un momento estuvo a punto de decir algo, pero volvió la cabeza.

–Tal vez -dijo por último, y cuando se volvió sus labios se habían inmovilizado en una sonrisa que no parecía estarle destinada, que lo ignoraba. Se dieron la mano y Port corrió hacia Kit, que se maquillaba de pie en el umbral de la puerta, bajo la luz vacilante de la lámpara. Los chiquillos seguían con curiosidad cada movimiento de sus dedos en la tarea de pintar los labios.

¾ ¡Vamos! – exclamó-. No hay tiempo para eso.

¾ Estoy pronta -dijo Kit, haciéndose a un lado para que no la empujara mientras se maquillaba. Dejó caer el lápiz labial en el bolso y lo cerró.

Salieron. El camino hasta la estación del autobús estaba a oscuras; la luna nueva apenas iluminaba. Unos pocos chiquillos que aún conservaban las esperanzas los seguían, pero casi todos habían renunciado al ver que el personal completo de la pensión acompañaba a los viajeros.

–Lástima que esté ventoso -dijo Port-. Quiere decir que tendremos polvo.

A Kit el polvo le era indiferente. No contestó. Pero observó el tono desusado de Port, inexplicablemente exaltado.

«Espero que no haya montañas que atravesar», se dijo a sí misma, pero más ardientemente que nunca lamentó no haber ido a Italia, a algún pequeño país con fronteras, donde hubiera iglesias en las aldeas y uno fuera a la estación en un taxi o en un coche y pudiera viajar de día. Y donde no estuviera inevitablemente en exhibición cada vez que salía del hotel.

–¡Ah, Dios mío, me olvidaba! – exclamó Port-. Tú estás muy enferma -y le explicó cómo había conseguido los asientos-. Estamos por llegar. Déjame que te sostenga por la cintura. Camina como si te doliera. Arrastra un poco los pies.

–Es ridículo -dijo Kit de mal humor-. ¿Qué van a pensar los criados del hotel?

–Están demasiado ocupados. Te has torcido un tobillo. Ven.

Arrastra un poco la pierna. Nada más sencillo. La atrajo hacia sí mientras andaban.

–¿Y qué va a pasar con las gentes cuyos asientos hemos usurpado?

–¿Qué es una semana para ellos? Para ellos el tiempo no existe.

El autobús estaba allí, rodeado de hombres y muchachos vociferantes. Entraron en la oficina; como Port seguía apretándola, Kit caminaba con cierta dificultad no fingida.

–Me estás haciendo daño. Suéltame un poco -susurró. Pero Port siguió ciñéndole estrechamente la cintura, y se acercaban al mostrador. El árabe que le había vendido los billetes dijo:

–Tienen los números veintidós y veintitrés. Vayan y siéntense en seguida. Los otros no quieren cederlos.

Los asientos estaban hacia el fondo del autobús. Se miraron consternados: era la primera vez que no iban sentados delante, con el chófer.

–¿Te parece que podrás soportarlo? – preguntó Port.

–Si lo puedes soportar tú…

Port vio a un viejo de barba gris y alto turbante amarillo que miraba por la ventanilla con una expresión que le pareció de reproche.

–Por favor, apóyate contra el respaldo, pon cara de cansada, ¿quieres? Tienes que representar la comedia hasta el fin -dijo.

–Detesto mentir -replicó Kit con gran sinceridad. De pronto cerró los ojos como si estuviera realmente enferma. Estaba pensando en Tunner. A pesar de la firme decisión que había tomado en Aïn Krorfa de quedarse a esperarlo como habían convenido, permitía que Port la arrastrara a El Ga'a sin dejar siquiera una nota explicativa. Ahora que era demasiado tarde para cambiar su línea de conducta, le parecía de pronto increíble que se hubiera permitido comportarse así. Pero un segundo más tarde se dijo que si era un acto imperdonable engañar a Tunner, mucho más grave había sido engañar a Port no confesándole su infidelidad. Sintió en seguida que su partida estaba plenamente justificada: a esa altura de las cosas no podía negar a Port nada que él le pidiera. Dejó caer la cabeza, contrita.

–Muy bien -dijo Port, animándola y pellizcándole el brazo. Pasó por encima de los bultos que los criados habían apilado en el pasillo y salió a verificar que todo el equipaje estaba arriba. Cuando volvió, Kit seguía en la misma posición.

No hubo dificultades. Cuando el motor se puso en marcha, Port miró hacia afuera y vio al viejo con un hombre más joven. Los dos estaban junto a las ventanillas, mirando melancólicos el interior. «Como dos niños a quienes no les han permitido salir de *picnic* con la familia», pensó.

Cuando el coche arrancó, Kit se irguió y empezó a silbar. Port, incómodo, le dio un codazo.

–Se acabó -dijo Kit-. Me imagino que no tendré que hacerme la enferma durante todo el viaje, ¿no? Además, estás loco. Nadie nos presta la menor atención.

Era cierto. En el autobús, los pasajeros conversaban animadamente; nadie parecía advertir la presencia de ellos dos.

El camino empeoró casi en seguida. A cada barquinazo, Port se deslizaba un poco más en su asiento. Observando que no hacía nada por evitarlo, Kit le dijo por fin:

–¿Adónde vas a ir a parar? ¿Al suelo?

–¿Qué? – contestó Port con una voz tan extraña que ella se volvió rápidamente y trató de verle la cara. La luz era demasiado débil. No alcanzaba a distinguir su expresión.

–¿Estás durmiendo? – le preguntó-. ¿Te pasa algo? ¿Tienes frío? ¿Por qué no te cubres con el abrigo?

Esta vez Port no contestó.

–Congélate entonces -le dijo, mirando la delgada luna, baja en el cielo.

Poco después, el autobús inició una lenta y laboriosa subida. Los gases del escape, densos y acres, combinados con los ruidosos crujidos del motor y el frío cada vez más intenso, sacaron a Kit de su sopor. Ya despierta, miró en torno el interior confuso del autobús. Todos los ocupantes dormían en posturas inverosímiles, bien arrebujados en sus albornoces, de los que no asomaba un dedo ni una nariz. Un ligero movimiento a su lado le hizo mirar hacia Port, que se había deslizado en el asiento hasta quedar apoyado sobre la mitad de la columna vertebral. Para despertarlo, le palmeó enérgicamente el hombro. Port respondió con un débil quejido.

–Siéntate -le dijo Kit, palmeándolo de nuevo-. Te vas a deshacer la espalda.

–¡Oh-h-h! – gruñó Port.

–Por el amor de Dios, Port, siéntate -repitió nerviosa. Empezó a sacudirle la cabeza, con la esperanza de despertarlo lo bastante como para que él mismo se incorporara.

–¡Dios mío! – dijo Port, y se enderezó lentamente hasta apoyarse en el respaldo del asiento-. ¡Dios mío! – repitió, ya sentado. Ahora que tenía la cabeza cerca, Kit se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes.

–¡Estás helado! – le dijo furiosa, aunque más lo estaba consigo misma-. ¡Te dije que te cubrieras y te quedaste ahí como un idiota!

Port no contestó, estaba inmóvil, la cabeza caída golpeando contra el pecho a cada barquinazo del autobús. Kit se agachó y, tironeando del abrigo que Port había arrojado sobre el asiento al subir al autobús, consiguió extraerlo poco a poco de debajo de su cuerpo. Se lo echó por encima, sujetándolo a los lados con unos pocos gestos

malhumorados. Veía como si fuera en la superficie de su mente las palabras: «Es típico de él: muerto para el mundo, mientras yo, completamente despierta, me aburro.» Pero la formación de las palabras era una pantalla que le ocultaba el miedo subyacente, miedo de que estuviese realmente enfermo. Miró afuera el vacío barrido por el viento. La luna nueva se había deslizado detrás del borde afilado de la tierra. Allí, en el desierto, aún más que en el mar, tenía la impresión de que estaba sobre una gran mesa, de que el horizonte era el borde del espacio. Se imaginó un planeta en forma de cubo, suspendido en algún lugar sobre la tierra, entre ésta y la luna, donde hubieran sido transportados. La luz sería dura e irreal como aquí; el aire tendría la misma sequedad; como en toda esta vasta región, los contornos del paisaje carecerían de las reconfortantes curvas terrestres. Y el silencio alcanzaría su intensidad suprema; sólo quedaría roto por el sonido del aire al pasar. Tocó el cristal de la ventanilla: estaba helado. El autobús seguía subiendo a los tumbos por la meseta.

XXI

Fue una noche larga. Llegaron a un *bordj* construido en la pared de un acantilado. La luz del autobús se encendió. El joven árabe sentado delante de Kit se volvió y, son-riéndole mientras retiraba la capucha de su albornoz, señaló la tierra varias veces y dijo:

–*Hassi Inifel!*

–*Merci* -le contestó Kit, y le sonrió. Tenía ganas de salir y se volvió hacia Port. Estaba doblado bajo el abrigo; tenía la cara congestionada.

–Port -empezó a decirle, y le sorprendió que le contestara en seguida.

–¿Sí? – la voz sonaba completamente despierta.

–Bajemos a tomar algo caliente. Has dormido horas. Port se incorporó lentamente.

–No he dormido absolutamente nada, para que sepas. Ella no le creyó.

–Ya veo -dijo-. Bueno, ¿quieres venir? Yo voy.

–Si puedo. Me siento malísimamente. Creo que tengo gripe o algo por el estilo.

–¡Qué tontería! ¿Cómo es posible? Probablemente estás indigestado por haber comido tan rápido.

–Ve tú. Yo estoy mejor si no me muevo.

Kit salió y se quedó un momento en las rocas, al viento, respirando profundamente. No se veían señales del alba.

En una de las habitaciones cerca de la entrada del *bordj* había unos hombres cantando y batiendo palmas a un ritmo rápido y complejo. Encontró café al lado, en una habitación más pequeña, y se sentó en el suelo, calentándose las manos sobre un hornillo de arcilla. «No se puede enfermar aquí», pensó. «Ninguno de los dos puede.» Cuando

uno estaba tan lejos del mundo no quedaba otra solución que negarse a estar enfermo. Volvió al autobús y miró a través de las ventanillas. La mayoría de los pasajeros seguían durmiendo, envueltos en sus albornoces. Encontró a Port y golpeó con los nudillos en el vidrio.

–¡Port! – llamó-. ¡Café caliente! Port no se movió.

«¡Que se vaya al diablo!», pensó. «Se hace el interesante. ¡Quiere estar enfermo!» Subió al autobús y se abrió paso hasta el asiento donde Port yacía inerte.

–¡Port, por favor, ven a tomar un poco de café! Dame el gusto -ladeó la cabeza y le miró la cara. Alisándole el pelo, le preguntó:

–¿Te sientes mal?

Port, con la boca cubierta por el abrigo, dijo:

–No quiero nada. Por favor. No quiero moverme.

A Kit no le parecía bien seguirle la corriente; quizá complacerlo fuese hacerle el juego. Pero, si lo que tenía era un enfriamiento, debía beber algo caliente. Decidió que de alguna manera era preciso hacerle tomar café. Entonces le dijo:

–¿Lo beberás si te lo traigo?

Port tardó largo rato en contestar, pero al fin dijo:

¾ Sí.

El conductor, un árabe de gorra con visera en vez de turbante, ya estaba saliendo del *bordj* cuando ella entraba.

–¡Espere! – le pidió. El chófer se detuvo, se volvió y la miró de arriba abajo, haciendo conjeturas. No tenía con quién cambiar observaciones sobre Kit porque no había europeos y los otros árabes no eran de la ciudad: no hubiesen comprendido sus comentarios obscenos.

Port se sentó y bebió el café, suspirando entre sorbo y sorbo.

–¿Has terminado? Tengo que devolver el vaso.

¾ Sí.

El vaso fue pasando de mano en mano, hasta llegar a las del niño que lo esperaba, atisbando ansiosamente el fondo del autobús, con temor de que arrancara antes de recuperarlo.

Atravesaban lentamente la meseta. Ahora que se habían abierto las puertas, hacía más frío dentro.

–Creo que me ha hecho bien -dijo Port-. Muchísimas gracias. Pero me parece que hay algo que anda mal. Nunca me he sentido así. Si pudiera meterme en cama y estirarme mejoraría.

–¿Pero qué crees que tienes? – le preguntó Kit, sintiendo de pronto que todos los temores que había conseguido dominar durante tantos días volvían a la carga con el máximo de fuerzas.

–Como si lo supiera. No llegamos hasta mediodía, ¿verdad? ¡Qué lío, qué lío!

–Trata de dormir, querido -hacía por lo menos un año que no le

hablaba así-. Recuéstate, bien hacia atrás, así, apoya aquí la cabeza. ¿Estás bastante cubierto?

Durante unos minutos trató de neutralizar los sacudones del autobús interponiendo su cuerpo contra el respaldo del asiento, pero en seguida se le cansaron los músculos; se apoyó y aflojó la tensión, dejando que la cabeza de Port se balanceara contra su pecho. La mano que él había abandonado en el regazo de Kit buscó la de ella, la apretó fuerte al principio, después la soltó. Kit decidió que se había dormido y cerró los ojos, pensando: «Claro, ahora no hay escapatoria. Aquí estoy.»

Al alba llegaron a otro *bordj* situado en un ensanchamiento perfectamente llano del terreno. El autobús entró en un patio donde había varias tiendas. Un camello atisbó altanero por la ventanilla, cerca de la cara de Kit. Esta vez todo el mundo bajó. Kit despertó a Port.

–¿Quieres desayunar? – le dijo.

–Lo creas o no, tengo un poco de hambre.

–¿Y por qué no? – dijo Kit alegremente-. Son casi las seis.

Tomaron más café dulce, unos huevos duros y algunos dátiles. El joven árabe que le había dicho el nombre del otro *bordj* pasó al lado mientras comían sentados en el suelo. Kit no pudo dejar de observar su estatura desusada, su admirable figura allí de pie, erguido en sus flotantes vestiduras blancas. Para borrar su sentimiento de culpabilidad por haberlo mirado, se sintió obligada a señalárselo a Port.

–¿No es impresionante? – se oyó decir cuando el árabe salió de la habitación. La frase no era de ella y le sonó sumamente ridícula. Esperó incómoda la reacción de Port. Pero él se había llevado una mano al vientre: tenía la cara blanca.

–¿Qué pasa? – gritó Kit.

–No dejes que el autobús se vaya -dijo. Se puso de pie, vacilando, y salió precipitadamente de la habitación. Acompañado por un criado, cruzó el patio trastabillando, pasó delante de las tiendas donde ardían hogueras y los niños lloraban. Caminaba doblado, sosteniéndose con una mano la frente y con la otra el vientre.

El muchacho le indicó en un rincón alejado una casilla de piedra con una pequeña torre de artillería.

–*Daua* -dijo.

Port subió los peldaños, entró y cerró de un golpe la puerta de madera. Adentro estaba oscuro y hedía. Se apoyó contra la fría pared de piedra y oyó cómo su cabeza desgarraba telarañas. El dolor era ambiguo: un retortijón violento y una náusea creciente, los dos a la vez. Se quedó quieto unos instantes, tragando con dificultad y respirando pesadamente. La débil luz del recinto venía del agujero

cuadrado que se abría en el suelo. Algo corrió velozmente detrás de su nuca. Se apartó de la pared y se inclinó sobre el agujero, apoyando las manos en el muro que tenía delante. Abajo, la tierra pisoteada y las piedras dispersas hervían de moscas. Cerró los ojos y permaneció en posición expectante unos minutos, quieto, esperando, quejándose de vez en cuando. El conductor empezó a tocar la bocina; quién sabe por qué el sonido aumentaba su angustia.

–¡Por Dios, basta! – gritó, y volvió a gemir. Pero la bocina continuaba, mezclando toques cortos con otros largos. Por fin, bruscamente, el dolor pareció calmarse. Abrió los ojos y alzó involuntariamente la cabeza, pues por un instante creyó ver llamas. Era el sol que se asomaba sobre las rocas y la basura. Cuando abrió la puerta, Kit y el joven árabe estaban fuera; entre los dos le ayudaron a llegar hasta el autobús que los aguardaba.

A lo largo de la mañana, el paisaje fue adquiriendo una alegría y una suavidad que no se parecían a nada de lo que Kit hubiera visto. De pronto comprendió que era porque, en buena parte, la arena había sustituido a la roca. Y árboles como de encaje crecían aquí y allá, especialmente en los lugares donde se aglomeraban las chozas, que eran cada vez más frecuentes. Varias veces se cruzaron con grupos de hombres morenos montados en *mehara.* Llevaban las riendas con orgullo, los ojos pintados con *kohl* miraban fieros por encima de los pliegues del velo índigo que les ocultaba la cara.

Por primera vez, sintió un leve estremecimiento de excitación. «Es bastante extraordinario cruzarse con gente así en plena era atómica», pensó.

Port se había tendido en el asiento, los ojos cerrados.

–Olvídate de que estoy aquí -le había dicho cuando salieron del *bordj*- y me será más fácil hacer lo mismo. Unas pocas horas más… y después la cama, gracias a Dios.

El joven árabe hablaba justo bastante francés para no sentirse intimidado por la evidente imposibilidad de entablar una verdadera conversación con Kit. Al parecer, le bastaba un sustantivo o un verbo dichos con convicción; hubiera dicho que Kit parecía de la misma opinión. El árabe, con el talento habitual de su raza para hacer una leyenda de un mero relato de hechos, le habló de El Ga'a y sus altas murallas, las puertas que se cierran al ocaso, las silenciosas calles oscuras y el gran mercado donde se venden muchas cosas que vienen del Sudán y aún más lejos: barras de sal, plumas de avestruz, oro en polvo, pieles de leopardo… Enumeró una larga lista, empleando sin preocuparse un término árabe cada vez que no lo conocía en francés. Ella lo escuchaba con una atención total, hipnotizada por el extraordinario encanto de su cara y de su voz, fascinada también por la extrañeza de lo que decía, por su peculiar manera de contarlo.

El suelo era ahora baldío y arenoso, salpicado de árboles como arbustos retorcidos, achatados por la luz virulenta del sol. Adelante, el firmamento azul se ponía blanco, con un resplandor más feroz del que Kit hubiera creído posible: era el aire sobre la ciudad. Antes de advertirlo iban costeando las grises paredes de barro. Al pasar el autobús, los niños gritaban, y sus voces eran como agujas brillantes. Port seguía con los ojos cerrados; Kit decidió no molestarlo hasta llegar. Doblaron hacia la izquierda, dejando una nube de polvo, y entraron por una gran puerta en una enorme plaza abierta, una especie de antecámara de la ciudad, en cuyo otro extremo había otra puerta aun mas grande. Pasada esa puerta, las personas y los animales desaparecían en la oscuridad. El autobús se detuvo con una sacudida, el conductor salió bruscamente y se alejó con el aire de quien da la cosa por terminada. Los pasajeros seguían durmiendo, o bostezaban y empezaban a buscar sus pertenencias, muchas de las cuales no estaban en el lugar donde las habían puesto la noche antes.

Kit indicó con palabras y con gestos que ella y Port no se moverían mientras todo el mundo no se hubiera apeado. El joven árabe dijo que en ese caso él haría lo mismo, porque ella necesitaría de su ayuda para llevar a Port al hotel. Mientras esperaban en sus asientos que los viajeros bajaran sin apresurarse, el árabe le explicó que el hotel estaba del otro lado de la ciudad, del lado del fuerte, porque funcionaba exclusivamente para los pocos oficiales que no tenían casa; era muy raro que alguien que llegara en el autobús tuviera necesidad de alojarse allí.

–Es usted muy amable -dijo Kit, apoyándose en el respaldo.

–Sí, *madame.*

Su cara no expresaba más que una amistosa solicitud, y ella confió en él ciegamente.

Cuando, por fin, el autobús se vació y sólo quedaban en el piso y en los asientos cáscaras de granada y carozos de dátiles, el árabe salió y llamó a un grupo de hombres para que acarrearan el equipaje.

–Hemos llegado -dijo Kit en voz alta. Port se movió, abrió los ojos y dijo:

–Por fin pude dormir. Qué viaje infernal. ¿Dónde está el hotel?

–Por ahí -contestó vagamente Kit; no tenía ganas de decirle que quedaba al otro lado de la ciudad. Port se enderezó lentamente.

–Dios mío, espero que esté cerca. Si no, no creo que pueda llegar. Me siento como la mona. Realmente como la mona.

–Aquí hay un árabe que nos va a ayudar. Él nos llevará. Parece que no queda justo al lado de la terminal de los autobuses.

Prefería que supiera la verdad por el árabe; y si a Port no le gustaba, no podría echarle la culpa a ella.

Afuera, en el polvo, reinaba el desorden africano, pero por primera

vez sin señal visible de influencia europea, de modo que el espectáculo tenía una pureza que había faltado en las otras ciudades, una inesperada plenitud que borraba la impresión de caos. El mismo Port, mientras lo ayudaban a bajar del autobús, notó la unidad del lugar.

–Qué maravilla -dijo-, por lo menos lo que alcanzo a ver.

–¿Lo que alcanzas a ver? – repitió Kit-. ¿Te pasa algo en los ojos?

–Estoy mareado. Es la fiebre, estoy seguro. Kit le tocó la frente y sólo dijo:

–Bueno, por lo menos no nos quedemos al sol.

El joven árabe caminaba a la izquierda de Port y Kit a su derecha; entre los dos lo sostenían. Los maleteros iban delante.

–El primer lugar como la gente -dijo Port con amargura-, y yo tengo que sentirme así.

–Te vas a quedar en cama hasta que estés perfectamente bien. Tenemos tiempo de sobra para hacer exploraciones.

Port no contestó. Franquearon la puerta interior y se metieron en un largo túnel tortuoso. Los que pasaban los rozaban en la oscuridad. Gentes sentadas a los lados, a lo largo de las paredes, modulaban con voces sordas largas frases repetidas. En seguida salieron a la luz del sol y después recorrieron otro trecho de oscuridad en que la calle se metía entre casas de gruesas paredes.

–¿No te dijo dónde quedaba? No podré aguantar mucho más -dijo Port. No se había dirigido ni una sola vez directamente al árabe, que dijo:

–A diez, quince minutos.

Port siguió ignorándolo.

–Ni hablar -dijo a Kit, jadeando un poco.

–Mi querido, tienes que seguir. No te puedes sentar en medio de la calle.

–¿Qué pasa? – preguntó el árabe, mirándolos atentamente.

Cuando le explicaron, llamó a un hombre que pasaba y habló con él unas palabras.

–*Fonduk,* por aquí -dijo, señalando-. Puede… -hizo el gesto de dormir, apoyando la mano en la mejilla-. Después, seguir hotel y buscar hombres y *rfed, très bien* -hizo un gesto como para levantar a Port y llevarlo en brazos.

–¡No, no! – exclamó Kit, creyendo que iba realmente a hacerlo.

El árabe se echó a reír y dijo a Port:

–¿Quieres ir allá?

¾ Sí.

Dieron media vuelta y desandaron una parte del laberinto. El joven árabe habló de nuevo con alguien en la calle. Se volvió hacia ellos sonriendo.

–Se acaba. Próximo lugar oscuro.

El *fonduk* era una versión en pequeño, atestada y sucia, de cualquiera de los *bordjes* por los que habían pasado las últimas semanas, salvo que un cañizo cubría el centro para protegerlo del sol. Estaba lleno de gentes y de camellos, todos echados por igual en el suelo. Entraron y el árabe habló con uno de los guardianes, que sacó a los ocupantes de un establo y puso paja fresca en un rincón para que Port se tendiera. Los maleteros se sentaron sobre el equipaje en el patio.

–No te puedo dejar aquí -dijo Kit, echando una mirada al inmundo cubículo-. ¡Quita de ahí la mano! – Port la había apoyado en un poco de bosta de camello, y allí la dejó.

–Ve, por favor, en seguida -dijo-. Estaré bien aquí hasta que vuelvas. ¡Pero date prisa, date prisa!

Kit le echó una última mirada de angustia y salió al patio, seguida por el árabe. Era un alivio poder caminar rápidamente por la calle.

–*Vite! Vite!* -repetía como una máquina. Jadeando, se abrieron paso entre la lenta multitud, hasta llegar al corazón de la ciudad. Salieron del otro lado y vieron la colina coronada por el fuerte. Más abierta que la otra, esa parte de la ciudad estaba formada por jardines aislados de las calles por altos muros sobre los cuales asomaba de vez en cuando un gran ciprés negro. Al final de un largo callejón había una placa de madera apenas visible, con letras pintadas que decían: *Hotel du Ksar,* y una flecha que señalaba a la izquierda.

–¡Ah! – exclamó Kit.

Aun allí, en el borde de la ciudad, seguía el laberinto; las calles estaban trazadas de tal manera que cada una parecía un callejón sin salida, con una pared en el fondo. Tres veces tuvieron que volver sobre sus pasos. No había puertas, ni tiendas, ni siquiera transeúntes; sólo las impasibles paredes rosadas cocinándose al sol, sin una gota de aire.

Por fin, descubrieron una puerta minúscula pero bien cerrada con un buen cerrojo en medio de una enorme pared. *Entrée de l'Hotel,* decía en lo alto. El árabe dio un fuerte golpe.

Durante un largo rato no hubo respuesta. Kit sentía la garganta seca y dolorida; el corazón seguía latiéndole muy rápido. Cerró los ojos y escuchó. No se oía nada.

–Llama de nuevo -dijo, disponiéndose a hacerlo ella misma. Pero el árabe tenía ya la mano en el llamador y golpeó con más energía que antes. Esta vez, en algún lugar del jardín, un perro empezó a ladrar, y a medida que los ladridos se acercaban, se oyó protestar.

–*Askuf!* -exclamaba una mujer indignada, pero el animal siguió ladrando.

Durante un rato se oyeron caer algunas piedras y el perro se calmó.

En su impaciencia, Kit apartó del llamador la mano del árabe y se puso a golpear sin interrupción. No se detuvo hasta que se oyó la voz de la mujer del otro lado de la puerta, chillando:

–*Eckun? Eckun?*

El joven árabe y la mujer entablaron una larga discusión, en la que él le pedía con gestos extravagantes que abriera la puerta, y la mujer se negaba. Por último, se fue. Oyeron sus chinelas arrastrándose por el sendero y de nuevo los ladridos del perro, las reprimendas de la mujer y los gemidos del animal golpeado. Después, silencio.

–¿Qué pasa? – exclamó Kit, desesperada-. *Pourquoi on ne nous laisse pas entrer?*

El árabe sonrió y se encogió de hombros.

–*Madame* viene -dijo.

–¡Ah, Dios santo! – dijo Kit en inglés. Tomó el llamador y golpeó violentamente, pateando al mismo tiempo con todas sus fuerzas la parte inferior de la puerta. Siempre sonriendo, el árabe meneó lentamente la cabeza. "*Peut pas»,* le dijo. Pero ella siguió golpeando. Aunque sabía que no tenía razón, estaba furiosa con él porque no había sido capaz de conseguir que la mujer abriera la puerta. Al cabo de un momento se detuvo, con la sensación de que estaba por desmayarse. Temblaba de fatiga y sentía en la boca y la garganta un sabor metálico. El sol se derramaba sobre la tierra desnuda; no había ni un centímetro cuadrado de sombra, salvo a sus pies. Se acordó de las muchas veces que, siendo niña, había sostenido una lupa sobre algún insecto indefenso, siguiéndolo por el suelo en sus frenéticos intentos de escapar al enceguecedor punto luminoso cada vez mejor enfocado, hasta que, como por obra de magia, dejaba de correr y ella lo veía achicharrarse lentamente y empezar a humear. Le pareció que si miraba hacia arriba vería un sol de proporciones monstruosas. Se apoyó contra la pared y esperó.

En el jardín se oyeron pasos. Kit los escuchó cada vez más claros y fuertes, hasta que llegaron a la puerta. Sin volver siquiera la cabeza, esperó que se abriera, pero no se abrió.

–¿Quién es? – dijo una voz de mujer.

Por temor de que el joven árabe hablara y quizá, por ser un nativo, le negaran la entrada, Kit juntó todas sus fuerzas y gritó:

–*Vous êtes la propriétaire?*

Hubo un breve silencio. Después, la mujer, que hablaba con acento corso o italiano, empezó con tono suplicante:

–*Ah, madame, allez vous en, je vous en supplie!… Vous ne pouvez pas entrer ici!* ¡Lo siento! Es inútil que insista. ¡No puedo dejarla entrar! ¡Nadie entra o sale del hotel desde hace más de una semana! ¡Es lamentable, pero no puede entrar!

–¡Pero, señora -exclamó Kit, casi sollozando-, mi marido está muy

enfermo!

–*Aie!* -la mujer había lanzado un grito agudo y Kit tuvo la impresión de que había retrocedido varios pasos en el jardín; desde más lejos, su voz lo confirmó-. *Ah, mon Dieu!* ¡Váyase! ¡No puedo hacer nada!

–¿Pero dónde? – gritó Kit-. ¿Dónde ir?

La mujer se iba alejando por el jardín. Se detuvo para gritar:

–¡Lejos de El Ga'a! ¡Váyase de la ciudad! No espere que la deje entrar. ¡Hasta ahora aquí en el hotel hemos escapado a la epidemia!

El joven árabe trataba de llevarse a Kit. No había entendido nada, salvo que no entrarían.

–Ven. Nosotros encontrar *fonduk* -decía.

Kit se soltó; haciendo bocina con las manos, gritó:

–¿Qué epidemia *madame?*

La voz venía de más lejos:

–¡Pero la meningitis! ¿No lo sabía? *Mais oui, madame! Partez! Partez!*

El sonido de los pasos apresurados se fue debilitando y se perdió. En la esquina del callejón apareció un ciego que se les acercaba lentamente, rozando la pared. Kit miró al joven árabe con los ojos muy abiertos. Se decía: «Es una crisis. Hay unas pocas en la vida. Tengo que calmarme y pensar.» Al ver sus ojos fijos, el árabe, que seguía sin entender nada, le puso una mano en el hombro para reconfortarla. «Ven», le dijo. Kit no le oyó, pero se dejó llevar justo en el momento en que el ciego los alcanzaba. Y él la condujo de vuelta a la ciudad, mientras Kit pensaba: «Es una crisis.» La súbita oscuridad de un túnel interrumpió el estado de autohipnosis.

–¿Dónde vamos? – preguntó.

El árabe se alegró mucho de la pregunta; le demostraba su confianza en él.

–*Fonduk* -contestó, pero sin duda había un matiz de triunfo en la manera de pronunciar la palabra, porque Kit se detuvo y se apartó de él.

–*Balak!* -exclamó una voz a su lado, y la empujó un hombre que cargaba un fardo. El joven árabe la alcanzó y la atrajo suavemente hacia él.

–El *fonduk* -repitió Kit vagamente-. Ah, sí -reanudaron el camino.

En el establo ruidoso, Port parecía dormido. Aun tenía la mano sobre la bosta de camello. No se había movido.

Sin embargo, los oyó entrar y se agitó un poco para mostrarles que era consciente de su presencia. Kit se arrodilló sobre la paja y le acarició el pelo. No tenía idea de lo que le diría, ni tampoco, desde luego, de lo que iban a hacer, pero la consoló estar cerca de él. Durante largo rato permaneció en cuclillas hasta que la posición le

resultó insoportable. Entonces se puso de pie. El joven árabe estaba sentado en el suelo, junto a la puerta. «Port no ha dicho una palabra», pensó Kit, «pero está esperando que los hombres del hotel vengan a buscarlo». En ese momento, la parte más difícil de su tarea era tener que decirle que no había para él lugar donde estar en El Ga'a; decidió no decírselo. Al mismo tiempo, sin que ella interviniera, la cosa quedó decidida. Kit supo exactamente lo que haría.

Y todo se hizo rápidamente. Envió al joven árabe al mercado. Cualquier automóvil, cualquier camión, cualquier autobús serviría, le había dicho, y el precio no tenía ninguna importancia. Esta última indicación era, desde luego, inútil: el árabe se pasó casi una hora discutiendo el precio del transporte de tres personas en la parte posterior de un camión de carga que iba esa tarde a un lugar llamado Sbâ. Pero cuando volvió todo estaba arreglado. Una vez cargado el camión, el chófer iría hasta la Puerta Nueva, que era la más próxima al *fonduk,* mandaría al mecánico a avisarles que los esperaba y contrataría los hombres necesarios para transportar a Port hasta el vehículo.

–Tenemos suerte -dijo el joven árabe-. Van dos veces por mes a Sbâ.

Kit le dio las gracias. Durante el tiempo que duró su ausencia, Port no se había movido, y Kit no se atrevió a despertarlo. Se arrodilló, acercó su boca al oído de él y empezó a repetir despacito, regularmente, su nombre.

–Sí, Kit -dijo por fin Port con una voz muy débil.

–¿Cómo estás? – susurró ella.

Port esperó un buen rato antes de contestar.

–Tengo sueño.

Ella le acarició la cabeza.

–Duerme un rato más. Los hombres vendrán en seguida.

Pero no llegaron hasta casi el crepúsculo. Entre tanto, el joven árabe había ido a buscar un bol de comida para Kit. A pesar de su hambre de lobo, apenas pudo tragar lo que le habían traído: la carne, consistente en varías vísceras inidentificables, fritas en una grasa pesada, venía acompañada de unos cuantos membrillos duros, cortados en mitades y cocidos en aceite de oliva. Había también pan, que fue lo que más comió. La luz iba disminuyendo y en el patio la gente empezaba a preparar la cena, cuando llegó el mecánico con tres negros de aspecto feroz. Ninguno de ellos hablaba una palabra de francés. El joven árabe les señaló a Port; lo levantaron sin miramientos de su lecho de paja y lo sacaron a la calle. Kit los seguía lo más cerca posible de la cabeza de Port, para evitar que la dejaran caer demasiado. Recorrieron rápidamente las callejuelas cada vez más oscuras, atravesaron el mercado de camellos y cabras, donde no había

otro sonido que los suaves cencerros de algunos animales. Y pronto franquearon las murallas de la ciudad; más allá de los faros del camión, en la oscuridad, se extendía el desierto.

–Atrás, va atrás -le dijo el joven árabe a modo de explicación, mientras los tres dejaban caer blandamente su carga sobre los sacos de patatas. Kit le dio un poco de dinero y le pidió que arreglara cuentas con los sudaneses y los maleteros. No era bastante; tuvo que añadir más. Los negros se fueron. El chófer aceleraba el motor; el mecánico se acomodó a su lado, en el asiento delantero, y cerró la puerta. El joven árabe la ayudó a subir a la parte trasera; apoyada contra una pila de cajones de vino, Kit lo miró. Él hizo el gesto de saltar, pero en ese momento el camión arrancó. El árabe corrió detrás, esperando sin duda que Kit haría detener el camión, puesto que su intención era acompañarla. Pero una vez recobrado el equilibrio, Kit se agachó y se tendió en el piso entre los sacos y los bultos, junto a Port. No miró hacia afuera hasta haber recorrido varios kilómetros por el desierto. Entonces alzó la cabeza con miedo y echó una rápida mirada, como si esperara verlo allí en la frialdad del páramo, siguiendo las huellas del camión.

El camión daba menos tumbos de lo que había esperado, tal vez porque la pista era lisa y había pocas curvas. El camino parecía seguir un valle recto, interminable, bordeado a lo lejos, en los dos lados, por dunas altas. Kit miró la luna, todavía muy pequeña, pero ya mucho más crecida que la víspera. Y se estremeció un poco, con su bolso sobre el pecho. Le dio un placer momentáneo pensar en ese pequeño mundo oscuro, el bolso con su olor a cuero y a cosméticos, que se interponía entre el aire hostil y su cuerpo. En él nada había cambiado; los mismos objetos se entrechocaban en el mismo caos limitado, y los mismos nombres seguían representando las mismas cosas. Mark Cross, Caron, Helena Rubinstein. «Helena Rubinstein», dijo en voz alta, y eso la hizo sonreír. «Dentro de un instante me voy a poner histérica», se dijo. Tomó una de las manos inertes de Port y le apretó los dedos lo más que pudo. Después se sentó y dedicó toda su atención a oprimir y masajear la mano, esperando que se calentara bajo su presión. Un súbito terror la invadió. Apoyó la mano en el pecho de Port. Por supuesto, el corazón latía. Pero Port parecía frío. Empleando todas sus fuerzas, empujó el cuerpo para ponerlo de lado y se extendió detrás, tocándolo en el mayor número de puntos posibles, con la esperanza de ayudarlo así a calentarse. Su tensión se aflojó; le sorprendió darse cuenta de que también había tenido frío y que ahora se sentía mejor. Se preguntó si la necesidad de calentarse no había determinado en parte, subconscientemente, su deseo de tenderse junto a Port. «Es probable; si no, jamás se me hubiera ocurrido.» Durmió un rato.

Y se despertó sobresaltada. Era natural, ahora que tenía la cabeza

clara, sentir horror. Trató de no identificarlo. No era Port. Hacía tiempo que había empezado. Un horror nuevo, conectado con la luz del sol, con el polvo... Empeñó todas sus fuerzas en apartarlo, porque sabía que en contacto con la idea su razón sería barrida. En menos de un segundo le sería imposible ignorarlo... ¡Ya! ¡La meningitis!

Había una epidemia en El Ga'a y ella había estado expuesta. En los túneles calientes de las calles había respirado el aire envenenado, se había acurrucado en la paja contaminada del *fonduk*. El virus seguramente la había invadido y se estaba multiplicando. De sólo pensarlo sintió rígida la espalda. Pero Port no podía tener meningitis: la fiebre le había empezado en Aïn Krorfa, y probablemente antes, desde los primeros días de Bou Noura, aunque ninguno de los dos hubiera tenido inteligencia suficiente para darse cuenta. Trató de recordar lo que sabía sobre los síntomas no sólo de la meningitis, sino también de las principales enfermedades contagiosas. La difteria empezaba con dolor de garganta; el cólera, con diarrea; pero el tifus, la tifoidea, la peste, la malaria, la fiebre amarilla, la *kala azar* comenzaban, según creía saber, con fiebre y algún tipo de malestar. Era una lotería. «Quizá sea una disentería amíbica combinada con una recaída de malaria», razonó. «Pero sea lo que fuere, ya lo tiene, y nada de lo que yo haga o deje de hacer cambiará nada». No quería sentirse responsable; era más de lo que podía soportar en esos momentos. Y creía que, dadas las circunstancias, no lo hacía tan mal. Recordó historias de horror del tiempo de la guerra, historias que terminaban todas con la misma moraleja: «No se sabe de qué es capaz una persona hasta encontrarse en una gran dificultad; entonces suele ocurrir que el más pusilánime resulte ser el más valiente.» Se preguntó si estaba demostrando coraje o simplemente resignación. O cobardía, añadió para sí. Eso también era posible y no había manera de saberlo. Port nunca podría decírselo, porque sabía todavía menos. Si lo cuidaba y lo sacaba del paso -cualquiera que fuese-, Port le diría sin duda que había sido valiente, una mártir y muchas otras cosas, pero sería por gratitud. Y además se preguntó por qué quería saberlo: en ese momento la cuestión parecía bastante frívola.

El camión avanzaba rugiendo. Por suerte, la parte de atrás era totalmente abierta, sin lo cual los gases del escape hubieran molestado. Así, Kit sólo sentía de vez en cuando un olor acre, pero que se disipaba en seguida en el aire frío de la noche. La luna se había ocultado, las estrellas seguían brillando, no tenía idea de la hora. El ruido del motor ahogaba la posible conversación del conductor y el mecánico y le impedía comunicarse con ellos. Rodeó con sus brazos la cintura de Port y se pegó a él en busca de calor. «Tenga lo que tenga, no me respira en la cara», pensó. Cuando conseguía dormirse metía las piernas entre los sacos para mantenerlas calientes; a veces el peso la

despertaba, pero prefería la presión al frío. Había cubierto las piernas de Port con algunos sacos vacíos. La noche era larga.

XXII

Tendido en el fondo del camión, más o menos protegido del frío por Kit, Port tenía conciencia de vez en cuando de la pista rectilínea que se deslizaba debajo. Los caminos sinuosos de las últimas semanas se le volvían extraños, se desvanecían en su memoria; había sido un recorrido riguroso, sin desviaciones, al interior del desierto, y ahora estaba muy cerca del centro.

Cuántas veces sus amigos, envidiosos de su existencia, le habían dicho: «Tu vida es tan simple», «Tu vida parece seguir siempre una línea recta». Siempre descubría en esas palabras un reproche implícito: no es difícil construir un camino recto en una llanura sin árboles. Sabía que en realidad querían decirle: «Has elegido el terreno más fácil.» Pero si ellos optaban por levantar obstáculos en sus respectivos caminos -y es lo que hacían, era evidente, cargando con toda clase de obligaciones inútiles-, no tenían razón para objetar que hubiese simplificado su vida. Por eso les contestaba con cierto fastidio: «Cada uno lleva la vida que quiere, ¿no es así?», como si no hubiera nada más que decir.

Las autoridades de inmigración no habían quedado satisfechas al desembarque: en los formularios, después de la palabra *Profesión,* había dejado un blanco, como en su pasaporte. (¡Ese pasaporte, prueba oficial de su existencia, que le corría detrás, en algún lugar del desierto!) Le habían dicho: «El señor hace seguramente algo.» Y Kit, cuando Port estaba por discutir la cuestión, había intervenido rápidamente: «¡Ah, sí, el señor es escritor, pero es tan modesto!» Se habían reído, llenaron el espacio con la palabra *écrivain y* formularon sus esperanzas de que encontrara inspiración en el Sáhara. Por un rato le enfureció esa obstinación en imponerle un rótulo, un *état civil.* Después, durante unas pocas horas, le divirtió la idea de escribir un libro. Un diario en el que anotaría cada noche los pensamientos del día, cuidadosamente condimentados con notas de color local, en el cual quedaría clara y tranquilamente demostrada la verdad absoluta del teorema que enunciaría al principio, a saber, que la diferencia entre algo y nada es nada. Ni siquiera había mencionado la idea a Kit: ella la hubiera ahogado con su entusiasmo. Desde la muerte de su padre no trabajaba porque no tenía necesidad, pero Kit alimentaba constantemente la esperanza de que empezaría de nuevo a escribir cualquier cosa con tal de escribir. «Es un poco menos insoportable cuando hace algo», explicaba a los otros, y no era del todo broma. Y cuando veía a su madre, cosa que ocurría poco, y ella le preguntaba: «¿Estás trabajando?», mirándolo con sus grandes ojos tristes, él contestaba con insolencia: «No.» En el taxi, rumbo al hotel, mientras

Tunner decía: «¡Qué agujero inmundo!» ante las calles miserables, había pensado que también a Kit le encantaría la idea; tenía que realizarla en secreto, era la única manera de ser capaz de cumplirla. Pero cuando se instaló en el hotel y empezaron la pequeña rutina del café en el Eckmühl-Noiseux, no hubo nada que escribir, no podía establecer una relación entre las trivialidades absurdas que llenaban el día y la empresa seria de alinear palabras sobre el papel. Pensó que probablemente Tunner era quien le impedía sentirse completamente cómodo. Su presencia creaba una situación, aunque sin mayor importancia, que le impedía alcanzar un estado de reflexión a su juicio esencial. Mientras viviera así, no podría escribir sobre esa vida. Donde terminaba una empezaba la otra, y si las circunstancias le exigían la más mínima participación personal, bastaba para excluir del ámbito de lo posible la tarea literaria. Pero estaba muy bien así. No hubiera escrito bien y, por lo tanto, no habría sentido placer. Y aunque hubiera podido escribir algo bueno, ¿cuántas personas lo habrían leído? Estaba muy bien internarse en el desierto sin dejar rastros.

De pronto recordó que iban hacia el hotel de El Ga'a. Era otra vez de noche y aún no habían llegado; había alguna contradicción, pero no tenía fuerzas para buscar dónde. Por momentos la fiebre subía como una entidad separada de él. Vio la imagen de un jugador de béisbol tomando impulso para lanzar la pelota. Y la pelota era él. Daba vueltas y vueltas, después era proyectado al espacio y se disolvía en pleno vuelo.

Dos personas lo miraban. La lucha había sido larga y estaba muy cansado. Kit era una; el otro era un militar. Hablaban, pero lo que decían no significaba nada. Los dejó mirándolo, y volvió allá de donde venía.

–Estará tan bien aquí como en cualquier lugar de este lado de Sidi-bel-Abbès -decía el militar-. Con la tifoidea todo lo que se puede hacer, inclusive en el hospital, es mantener la fiebre lo más baja posible y esperar. Aquí, en Sbâ, tenemos muy poca cosa en cuanto a medicamentos, pero esto -señaló un tubo de píldoras encima de un cajón invertido junto a la cucheta- le hará bajar la fiebre, y ya es mucho.

Kit no lo miró.

–¿Y peritonitis? – dijo en voz baja.

El Capitán Broussard frunció el entrecejo.

–No piense en las complicaciones, señora -dijo con severidad-. Así como está, la cosa es bastante grave. Sí, claro, peritonitis, neumonía, paro cardíaco, ¿quién sabe? Y usted también tal vez tenga la famosa meningitis de El Ga'a, sobre la cual *madame* Luccioni tuvo la amabilidad de prevenirla. *Bien sur!* Y tal vez haya en Sbâ en este momento cincuenta casos de cólera. Incluso si los hubiera, no se lo

diría.

–¿Por qué? – preguntó Kit, alzando por fin los ojos.

–Sería absolutamente inútil, y además la desmoralizaría. No, no. Yo aislaría a los enfermos y tomaría medidas para impedir que el mal se extendiera, nada más. Con lo que tenemos ya basta. Tenemos un hombre con tifoidea. Hay que hacerle bajar la fiebre. Eso es todo. Y todas esas historias de la peritonitis de él y de la meningitis de usted no me interesan en lo más mínimo. Hay que ser realista, señora. Cuando uno deja de serlo, todos salen perdiendo. Lo único que debe hacer es darle los comprimidos cada dos horas y tratar de que tome la mayor cantidad posible de sopa. La cocinera se llama Zina. Sería prudente que usted fuera a la cocina y se asegurara de que siempre hay un fuego encendido y una gran olla de sopa caliente y lista. Zina es magnífica; hace dos años que cocina para nosotros. Pero a los nativos hay que vigilarlos; siempre se olvidan. Y ahora, señora, si usted me permite, volveré a mi trabajo. Uno de los hombres le traerá de mi casa esta tarde el colchón que le prometí. No será muy cómodo, claro, ¿pero qué se puede esperar? Estamos en Sbâ, no en París -al llegar a la puerta se volvió-. *Enfin, madame, soyez courageuse* -dijo, frunciendo de nuevo el entrecejo, y salió.

Kit, inmóvil, recorrió lentamente con la mirada el cuartito desnudo, con la puerta en un lado y la ventana en el otro. Tendido en el catre desvencijado, de cara a la pared, Port respiraba regularmente, cubierto con la sábana hasta el mentón. Esa habitación era el hospital de Sbâ; tenía la única cama disponible en la ciudad, con sábanas y mantas de verdad, y Port la ocupaba por la sola razón de que no había en ese momento ningún miembro de las fuerzas armadas que estuviera enfermo. Del lado de afuera, una pared de barro llegaba a la altura de la mitad de la ventana y desde allí se vertía la luz agonizante. Tomó la sábana que el Capitán le había dado para ella y la dobló en un cuadrado del tamaño de la ventana; sacó del equipaje de Port una caja de chinches y tapó el espacio abierto. El silencio del lugar, aun junto a la ventana, la sorprendió. Se hubiera dicho que no había alma viviente en varias leguas a la redonda. El famoso silencio del Sáhara. Se preguntó si, a medida que pasaran los días, su propia respiración le resultaría tan estrepitosa como en ese momento, si se acostumbraría al ridículo ruido que hacía al tragar la saliva y si ahora que tenía tanta conciencia de ello seguiría tragándola tan a menudo.

–Port -dijo muy suavemente. Port no se movió. Salió del cuarto a la luz enceguecedora del patio con su suelo de arena. No se veía a nadie. No había más que las blancas paredes deslumbrantes, la arena inmóvil a sus pies y arriba el azul profundo del cielo. Dio unos pocos pasos, se sintió mal y volvió al cuarto. No había una silla para sentarse, aparte del catre y al lado el cajoncito. Se sentó en una de las maletas. De la

manija colgaba un rótulo. *Equipaje de cabina.* La habitación tenía el aire anónimo de un depósito. Con el equipaje en el centro, no había lugar para el colchón que iban a traerle; habría que apilar las maletas en un rincón. Se miró las manos, después los pies calzados con escarpines de piel de lagarto. No había espejo en el cuarto; se inclinó sobre la otra maleta y sacó su bolso, del que extrajo la polvera y un lápiz de labios. Cuando abrió la polvera descubrió que no había luz suficiente para verse la cara en el espejito. De pie en el vano de la puerta, se maquilló lenta y cuidadosamente.

–Port -repitió tan suavemente como la primera vez-. Port seguía respirando. Guardó con llave su bolso en una maleta, miró su reloj de pulsera y salió nuevamente al patio brillante, esta vez con gafas oscuras.

Montado en una alta colina de arena, el fuerte, constituido por una serie de edificios dispersos y protegidos por una muralla irregular, dominaba la ciudad. Era en sí una ciudad aparte, ajena al paisaje circundante y de apariencia cándidamente militar. Los guardias nativos apostados a la puerta la miraron pasar con interés. La ciudad, de color arena, se extendía abajo con sus casas bajas, de techos chatos. Dio media vuelta y orillando la pared, trepó un trecho hasta llegar a lo alto de la cocina. El calor y la luz le daban un poco de vértigo; tenía los zapatos llenos de arena. Desde ese lugar oía los sonidos claros, agudos, de la ciudad, voces de niños y ladridos de perros. En todas direcciones, allí donde la tierra y el cielo se encontraban, vibraba velozmente una niebla tenue.

–Sbâ -pronunció. La palabra no le decía nada; ni siquiera aludía a las chozas informes reunidas al azar allá abajo. Cuando volvió al cuarto encontró en el centro una gigantesca bacinilla de porcelana que alguien había dejado. Port, tendido de espaldas, mirando al techo, se había retirado las mantas.

Kit corrió hasta el catre y lo cubrió. No había manera de sujetar las ropas. Le tomó la temperatura: había bajado un poco.

–Esta cama me hace doler la espalda -dijo inesperadamente, jadeando un poco. Kit retrocedió y miró el catre: estaba muy hundido en el centro.

–Eso lo arreglamos dentro de un instante -dijo-. Ahora sé bueno y no te destapes.

Port la miró con reproche.

–No tienes por qué hablarme como si fuera un niño. Sigo siendo el mismo.

–Me imagino que es automático con los enfermos -Kit se rió, incómoda-. Perdóname.

Port seguía mirándola.

–No hace falta que me des la razón -dijo lentamente. Cerró los ojos

y suspiró hondo.

Kit le dijo al árabe que le traía el colchón que consiguiera otro hombre. Entre los dos levantaron a Port del catre y lo acostaron en el colchón tendido en el suelo. Después les pidió que apilaran algunas de las maletas en el catre. Los árabes salieron.

¿Dónde vas a dormir? – preguntó Port.

–En el suelo, a tu lado.

Port no le preguntó nada más. Ella le dio los comprimidos.

–Ahora duerme -le dijo. Salió y trató de hablar con los guardias en la puerta del fuerte, pero no entendían nada de francés y repetían: "*Non m'si.»* Mientras gesticulaba con ellos, el Capitán Broussard apareció en una puerta contigua y la miró con cierta suspicacia.

–¿Quiere algo, *madame?*

–Necesito que alguien venga conmigo al mercado y me ayude a comprar unas mantas.

–*Ah, je regrette, madame.* No hay nadie en el destacamento que pueda hacerle ese servicio y no le aconsejo ir sola. Pero si quiere, puedo mandarle algunas mantas de mi casa.

Kit le agradeció efusivamente. Volvió al patio interior y se detuvo un momento delante de la puerta del cuarto, sin ánimo de entrar. «Es una cárcel», pensó. «Soy una prisionera, ¿y por cuánto tiempo? Sabe Dios.» Entró, se sentó en una maleta junto a la puerta y se quedó mirando el suelo. Después se levantó, abrió una maleta, sacó una gruesa novela francesa que había comprado antes de salir para Boussif y trató de leer. Cuando llegó a la quinta página oyó a alguien que atravesaba el patio. Era un joven soldado francés que traía tres espesas mantas de pelo de camello. Se puso de pie y haciéndose a un lado para dejarlo entrar, dijo: *«Ah, merci. Comme vous etes aimable!»* Pero el soldado se quedó en la puerta, con los brazos tendidos para alcanzarle las mantas. Ella las tomó y las dejó en el suelo, a sus pies. Cuando levantó la mirada, el soldado se había ido. Lo siguió un instante con los ojos y después se puso a reunir entre sus ropas varias prendas que podían servir de base para poner encima las mantas. Finalmente se hizo una yacija, se tendió y descubrió con agradable sorpresa que era confortable. Sintió de golpe un deseo invencible de dormir. Faltaba una hora y media para que Port tomara su medicamento. Cerró los ojos y por un instante estuvo de vuelta en el camión que la llevaba de El Ga'a a Sbâ. Arrullada por la sensación de movimiento, se durmió en seguida.

La despertó la sensación de que algo le rozaba la cara. Se incorporó de golpe, vio que estaba oscuro y que alguien andaba por el cuarto. «¡Port!», exclamó. Una voz de mujer dijo: *«Voici mangi, madame.»* Estaba de pie a su lado. Alguien atravesó el patio en silencio con una lámpara de carburo. Era un niño pequeño que se acercó a la puerta y

dejó la lámpara en el suelo. Kit miró hacia arriba y vio una mujer vieja, de huesos grandes, con unos ojos todavía hermosos. «Es Zina», pensó, y la llamó por su nombre. La mujer sonrió y se agachó, dejando la bandeja en el suelo, junto al jergón de Kit. Después salió.

Dar de comer a Port era difícil; gran parte de la sopa se le deslizaba por la cara y por el cuello.

–Tal vez mañana podrás sentarte para comer -le dijo mientras le enjugaba la boca con un pañuelo.

–Tal vez -dijo él débilmente.

–¡Dios mío! – exclamó Kit. Había dormido demasiado; hacía mucho que había pasado la hora de los comprimidos. Se los hizo tragar con un sorbo de agua tibia. Port hizo una mueca.

–El agua -dijo.

Kit olió el botellón. Apestaba a cloro. Había puesto por error el doble de *Halazone.*

–Daño no te hará -le dijo.

Kit comió con fruición; Zina era muy buena cocinera. Miró a Port y vio que ya se había dormido. Los comprimidos parecían tener siempre ese efecto. Pensó en dar un breve paseo después de comer, pero temía que el Capitán Broussard hubiera dado a los guardias orden de no dejarla pasar. Salió al patio y dio varias vueltas, mirando las estrellas. Alguien tocaba el acordeón en la otra punta del fuerte; el sonido era muy débil. Volvió al cuarto, cerró la puerta con llave, se desvistió y se acostó sobre las mantas junto al colchón de Port. Arrimó la lámpara a su cabeza para poder leer, pero la luz no era bastante fuerte y se movía demasiado, los ojos empezaron a dolerle y el olor le repugnó. De mala gana sopló la llama y el cuarto se sumió en la más profunda oscuridad. Acababa de tenderse pero se incorporó de pronto y empezó a buscar a tientas por el piso la caja de fósforos. Encendió la lámpara, que olía aún más que antes, y se dijo sin mover los labios: «Cada dos horas. Cada dos horas.»

Durante la noche se despertó estornudando. Al principio pensó que era el olor de la lámpara, pero después se llevó la mano a la cara y sintió algo en la piel. Pasó los dedos por la almohada: estaba cubierta de una capa de polvo. Entonces oyó el ruido del viento. Era como el bramido del mar. Trató de sofocar un nuevo estornudo para no despertar a Port, pero sin éxito. Se levantó. En la habitación hacía frío. Cubrió a Port con su bata de baño. Después sacó de un maletín de mano dos pañuelos grandes y se ató uno debajo de los ojos, como los bandidos. Pensaba ponerle el otro a Port cuando lo despertara para darle los comprimidos. Faltaban solamente veinte minutos. Se acostó; el polvo que había levantado al mover las mantas la hizo estornudar de nuevo. Se quedó absolutamente inmóvil escuchando la furia del viento desencadenado del otro lado de la puerta.

«Aquí estoy, en medio del horror», pensó, tratando de exagerar la situación, con la esperanza de convencerse a sí misma de que lo peor había pasado, de que estaba pasando en ese momento. Pero no dio resultado. La súbita llegada del viento era un nuevo presagio, relacionado solamente con el tiempo por venir. Por debajo de la puerta llegaba un sonido singular, como animal. Si por lo menos pudiera renunciar, aflojarse, vivir con el conocimiento indiscutible de que no había esperanza. Pero no había jamás ni conocimiento ni certeza; el tiempo por venir tenía siempre más de una dirección posible. No se podía ni siquiera renunciar a la esperanza. El viento soplaría, la arena se depositaría y de alguna manera aún imprevisible el tiempo produciría un cambio que no podía ser sino aterrador, porque no sería una continuación del presente.

Se quedó despierta el resto de la noche, le dio a Port los comprimidos regularmente y trató de aflojar la tensión en los intervalos. Cada vez que lo despertaba, Port obedecía y tragaba el agua y la pastilla sin hablar ni abrir siquiera los ojos.

En la luz pálida, enfermiza del alba, Kit oyó que Port empezaba a sollozar. Electrizada, se sentó y miró al rincón donde estaba la cabeza de él. El corazón le latía muy rápido, activado por una extraña emoción que no podía identificar. Escuchó un rato, decidió que lo que sentía era compasión, e inclinándose se le acercó. Los sollozos salían mecánicamente, como hipos o eructos. Poco a poco la excitación se desvaneció, pero se quedó sentada, escuchando atentamente los dos sonidos al mismo tiempo: los sollozos dentro del cuarto y el viento afuera. Dos sonidos impersonales, naturales. Después de un silencio repentino, breve, le oyó decir claramente: «Kit, Kit.» «¿Sí?», dijo Kit con los ojos dilatados. Pero él no contestó. Al cabo de un largo rato Kit se deslizó subrepticiamente bajo las mantas y se quedó dormida. Al despertar ya era la mañana. Los rayos inflamados de un sol distante caían a través del polvo fino del aire; el viento insistente parecía a punto de llevarse la poca luz que llegaba.

Se levantó y anduvo por la habitación entumecida de frío, tratando de remover lo menos posible el polvo mientras se lavaba. Pero todo estaba cubierto por una espesa capa de arena. Tenía conciencia de que algo le fallaba, como si toda una parte de su cerebro estuviera inerte. Sentía la falta: una enorme mancha ciega en su interior, pero no podía localizarla. Y veía como desde lejos los torpes gestos de sus manos en contacto con los objetos y las ropas. «Esto tiene que terminar», se dijo. «Esto tiene que terminar.» Pero no sabía exactamente qué quería decir. Nada podía terminar; todo seguía, siempre.

Zina, totalmente envuelta en una gran manta blanca, entró dando un portazo para no dejar pasar el viento; sacó de entre los pliegues de sus ropas una bandejita con una tetera y un vaso. *«Bon jour, madame.*

R'melh bzef», dijo, señalando el cielo con un gesto, y dejó la bandeja en el suelo, junto al jergón.

El té caliente la reconfortó un poco; lo bebió todo y se quedó sentada un momento escuchando el viento. De pronto se dio cuenta de que no había nada para Port. El té no sería suficiente. Decidió ir a buscar a Zina para ver si había manera de conseguir un poco de leche caliente. Salió al patio y estuvo llamando: «¡Zina! ¡Zina!» con una voz que la furia del viento debilitaba, masticando arena al respirar.

No apareció nadie. Entró tropezando en varias habitaciones como nichos vacíos, pero descubrió un pasillo que llevaba a la cocina. Zina estaba acurrucada en el suelo, pero Kit no consiguió hacerle entender lo que quería. La vieja le indicó con gestos que iría a buscar al Capitán Broussard. De vuelta en la semioscuridad, Kit se tendió en su jergón, tosiendo y frotándose los ojos para quitarse la arena. Port seguía durmiendo.

Ella misma estaba casi dormida cuando llegó. El Capitán se retiró la capucha del albornoz de pelo de camello, lo sacudió y cerró la puerta, tratando de ver en la oscuridad. Kit se puso de pie. Intercambiaron las preguntas y respuestas de rigor sobre el estado del paciente, pero cuando ella le habló de la leche, el Capitán se limitó a mirarla compasivamente. Toda la leche en lata estaba racionada y era sólo para las mujeres con niños pequeños. «Y la leche de oveja es siempre agria y en todo caso imbebible», añadió. Kit tenía la impresión de que la miraba como si le sospechara motivos secretos y condenables. El resentimiento que había en su mirada acusadora la ayudó a recuperar en parte el sentido de la realidad. «Estoy segura de que no mira así a todo el mundo», pensó. «¿Por qué a mí? ¡Que se vaya al demonio!» Pero se sentía demasiado dependiente de él para permitirse la satisfacción de dejarle ver sus reacciones. Trató de adoptar un aire de desamparo y tendió la mano derecha sobre la cabeza de Port en un gesto de compasión, con la esperanza de ablandar el corazón del Capitán; estaba convencida de que podía conseguirle, si quería, toda la leche que necesitaba.

–De todas maneras, señora, la leche es completamente innecesaria para su marido -dijo secamente el Capitán-. La sopa que he ordenado es suficiente y más fácil de digerir. Le diré a Zina que traiga un bol inmediatamente.

Salió; el viento cargado de arena seguía rugiendo.

Kit se pasó el día leyendo y procurando que Port se alimentara y tomara la medicina regularmente. Port no tenía ningún interés en hablar; tal vez le faltaban fuerzas. Leyendo, Kit olvidaba a veces durante varios minutos el cuarto, la situación, y entonces, cuando alzaba la cabeza y recordaba, era como si recibiese un golpe en la cara. Una vez estuvo a punto de echarse a reír, todo le parecía tan

ridículo e improbable. «Sbâ», dijo, prolongando la vocal, que sonó como el balido de una oveja.

Hacia el final de la tarde, cansada del libro, se tendió con cuidado en el jergón para no molestar a Port. Al volverse hacia él tuvo un shock de desagrado al ver sus ojos abiertos, mirando de tan cerca. La sensación fue tan violenta que saltó y mirándolo fijo le dijo en tono de forzada solicitud:

–¿Cómo te sientes?

Port frunció un poco el entrecejo, pero no contestó. Ella continuó, tartamudeando:

–¿Te parece que las píldoras sirven de algo? Por lo menos te han hecho bajar un poco la fiebre.

Y entonces, cosa bastante sorprendente, Port contestó, con voz suave pero clara:

–Estoy muy enfermo. No sé si podré volver.

–¿Volver? – repitió Kit estúpidamente. Después le acarició la frente caliente y se sintió asqueada de sí misma, incluso cuando pronunció las palabras:

–Te pondrás perfectamente.

De pronto decidió que tenía que salir un rato de la habitación, antes de que oscureciera, aunque sólo fuesen unos minutos. Cambiar de aire. Esperó que Port cerrara los ojos. Después, sin mirarlo por temor de comprobar que los tenía una vez más abiertos, salió rápidamente. El viento parecía haber amainado un poco, había menos arena en el aire. Aun así, sintió los granos que le pinchaban las mejillas. Franqueó precipitadamente el alto portal de barro; sin mirar a los guardianes, sin detenerse al llegar al camino, siguió bajando hasta llegar a la calle que llevaba a la plaza del mercado. Allí el viento se sentía menos. Fuera de alguna figura inerte, enteramente envuelta en su albornoz, la calle estaba vacía. Mientras avanzaba por la arena suave de la calle, el sol remoto se ponía rápidamente allá, detrás de la chata *hammada,* y las paredes y las galerías se teñían del rosa del crepúsculo. Estaba un poco avergonzada de sí misma, había cedido a su nerviosa impaciencia por salir del cuarto, pero rechazó ese sentimiento diciéndose que las enfermeras, como todo el mundo, tienen que descansar de vez en cuando.

Llegó al mercado, un cuadrado vasto, sin techo, cerrado en los cuatro lados por soportales encalados cuyos innumerables arcos, dondequiera que volviese la cabeza, le devolvían un dibujo monótono. Gruñían unos pocos camellos tendidos en el centro; ardían algunos fuegos de palmas, pero los mercaderes y sus mercancías habían desaparecido. Entonces oyó el llamado de los muecines en tres partes diferentes de la ciudad y vio que los hombres que quedaban empezaban los rezos nocturnos. Cruzó el mercado y se metió en una

calle lateral, con sus edificios de tierra iluminados por un fugaz resplandor anaranjado. Las puertas de las pequeñas tiendas estaban cerradas, salvo una delante de la cual se detuvo un instante, mirando vagamente su interior. Dentro, junto a un pequeño fuego encendido en mitad del suelo, había un hombre de boina, acurrucado, calentándose las manos en las llamas. Alzó la mirada, la vio, se levantó y se acercó a la puerta. *«Entrez, madame",* dijo con un gesto amplio. Obedeció: no tenía otra cosa que hacer. La tienda era minúscula; pudo ver en la penumbra unas pocas piezas de tela ordenadas en los estantes. El hombre preparó una lámpara de carburo, acercó un fósforo al pico y observó la llama afilada que subía. «Daoud Zozeph», dijo, tendiéndole la mano. Kit estaba ligeramente sorprendida; por alguna razón había pensado que era francés. Desde luego no era oriundo de Sbâ. Kit se sentó en el taburete que el hombre le ofreció y conversaron unos minutos. El francés del hombre era muy bueno; hablaba suavemente, en tono de oscuro reproche. De pronto Kit comprendió que era judío. Se lo preguntó; a él la pregunta le pareció sorprendente y divertida.

–Claro -dijo-. Tengo abierto durante la hora de la plegaria. Después aparecen siempre algunos clientes.

Hablaron de lo difícil que era ser judío en Sbâ, y Kit se encontró contándole sus preocupaciones: Port allá solo en el Poste Militaire. El hombre se inclinaba hacia ella por encima del mostrador y le pareció que en sus ojos oscuros brillaba la simpatía. Esta débil impresión, por vaga que fuera, le hizo comprender por primera vez hasta qué punto allí sus contactos humanos habían carecido de ese sentimiento y cuánto le faltaba, aunque no se hubiese dado cuenta. Así siguió hablando y llegó a contarle lo de sus presagios. Se detuvo bruscamente, lo miró con un poco de temor y se echó a reír. Pero el hombre estaba muy serio; parecía entenderle muy bien.

–Sí, sí -dijo, acariciándose pensativo el mentón imberbe-. Tiene usted razón en todo eso.

Lógicamente, tal afirmación no hubiera debido tranquilizarla, pero el hecho de que coincidiera con ella le pareció deliciosamente reconfortante. El hombre continuó:

–Su error es tener miedo. Ése es el gran error. Los signos nos son dados para nuestro bien, no para nuestro mal. Pero si tiene miedo los interpreta mal y convierte en malas cosas que hubieran debido ser buenas.

–Pero es que tengo miedo -protestó Kit-. ¿Cómo impedirlo? Es imposible.

El hombre la miró y meneó la cabeza.

–Ésa no es la manera de vivir.

–Lo sé -dijo ella tristemente.

Un árabe entró en la tienda, dio las buenas noches a Kit y compró

un paquete de cigarrillos. Al salir se volvió y escupió en el umbral. Después echó desdeñosamente un paño de su albornoz sobre el hombro y se fue. Kit miró a Daoud Zozeph.

–¿Escupió a propósito? – le preguntó. Él se echó a reír.

–Sí. No. ¿Quién sabe? Me han escupido tantos miles de veces que ni me doy cuenta. ¡Ya ve! ¡Si usted fuera judía en Sbâ, aprendería a no tener miedo! Por lo menos aprendería a no tener miedo de Dios. Vería que aun cuando Dios es más terrible, nunca es cruel como lo son los hombres.

De pronto lo que decía sonó ridículo. Kit se puso de pie, se alisó la falda y dijo que tenía que irse.

–Un momento -dijo Zozeph levantando una cortina para pasar a la habitación de al lado. Volvió en seguida con un paquetito. Detrás del mostrador recuperó el aire anónimo de un tendero. Le tendió el paquete.

–Me dijo que necesitaba leche para su marido. Aquí tiene dos latas. Eran la ración de nuestro niño -ella trató de interrumpirlo y él alzó la mano-. Nació muerto, la semana pasada, prematuro. El año próximo, si tenemos otro, conseguiremos más leche.

Ante la cara de angustia de Kit, se echó a reír:

–Se lo prometo; en cuanto mi mujer lo sepa, pediré los cupones. No habrá problemas. *Allons!* ¿De qué tiene miedo ahora? – y como Kit seguía mirándolo, levantó el paquete en el aire y se lo tendió de nuevo con un gesto tan resuelto que automáticamente Kit lo tomó. «Esta es una de esas ocasiones en que uno no intenta decir con palabras lo que siente», se dijo. Le dio las gracias, diciendo que su marido estaría muy contento y que esperaba que volverían a verse dentro de unos días. Después salió. Con la noche el viento se había calmado un poco. Trepaba temblando la colina rumbo al fuerte.

Lo primero que hizo, al volver al cuarto fue encender la lámpara. Después tomó la temperatura de Port: descubrió horrorizada que había subido. Los comprimidos ya no actuaban. Port la miró con una expresión desacostumbrada en sus ojos brillantes.

–Hoy es mi cumpleaños -murmuró.

–No, no es -le contestó ella tajante; después reflexionó un instante y le preguntó con fingido interés:

¾ ¿Ah, sí?

–Sí. Es el que he estado esperando.

Kit no le preguntó qué quería decir. Port siguió:

–¿Es bonito afuera?

¾ No.

–Hubiera querido que dijeras que sí.

–¿Por qué?

–Me hubiera gustado que fuese bonito.

–Supongo que tú dirías que lo es, pero resulta un poco desagradable para andar.

–Bueno, no estamos afuera.

La calma de este diálogo hizo más monstruosos los quejidos de dolor que lanzó un instante después. «¿Qué pasa?», exclamó Kit enloquecida. Pero Port no la oía. Ella se arrodilló en su jergón y lo miró, incapaz de decidir qué hacer. Poco a poco Port se calmó, pero no abrió los ojos. Durante un rato Kit observó el cuerpo inerte bajo las mantas, que subía y bajaba ligeramente a cada respiración rápida. «Ha dejado de ser humano», se dijo a sí misma. La enfermedad reduce al hombre a su estado fundamental: una cloaca en la que continúan los procesos químicos. La hegemonía sin sentido de lo involuntario. Era el último tabú tendido allí junto a ella, indefenso y aterrador más allá de todo razonamiento. Sofocó una náusea que pugnaba por salir.

Llamaron a la puerta: era Zina con la sopa de Port y un plato de cuscús para ella. Kit le hizo señas para que diera de comer al enfermo; la vieja parecía encantada y trató de conseguir que Port se sentara. No hubo más respuesta que una ligera aceleración de la respiración. La paciencia y perseverancia de Zina no dieron resultado. Kit le hizo llevarse la sopa y decidió que si él quería comer más tarde, abriría una de las latas de leche y la mezclaría con agua caliente.

El viento soplaba de nuevo, pero sin furia, y desde la dirección opuesta. Gemía espasmódicamente a través de las rendijas de la ventana y de vez en cuando la sábana doblada se movía un poco. Kit miraba la llama blanca de la lámpara, tratando de dominar su poderoso deseo de escapar del cuarto. Lo que sentía ya no era el miedo familiar, sino una repugnancia creciente.

Pero se quedó inmóvil, criticándose y pensando: «Si no tengo un sentimiento de deber hacia él, por lo menos puedo actuar como si lo tuviera.» Al mismo tiempo había una parte de autocastigo en su inmovilidad. «No moverás ni siquiera un pie, aunque se te duerma. Y ojalá te duela.» El tiempo pasaba, puntuado por el rumor del viento que trataba de entrar en el cuarto, un rumor que aumentaba y disminuía, pero no cesaba nunca. De pronto Port suspiró profundamente y cambió de posición en el colchón. E increíblemente empezó a hablar.

–Kit -su voz era débil, pero no había cambiado. Ella contuvo el aliento, como si el menor movimiento pudiera romper el hilo que lo ataba a la racionalidad.

¾ Kit.

¾ Sí.

–He estado tratando de volver. Aquí -mantenía los ojos cerrados.

¾ Sí…

–Y ahora estoy aquí.

¾ ¡Sí!

–Quiero hablarte. ¿No hay nadie?

–¡No, no!

–¿La puerta está cerrada con llave?

–No sé -Kit dio un salto, cerró y volvió a su jergón, todo de un solo impulso-. Sí, está cerrada con llave.

–Quería hablar contigo.

Kit no sabía qué decir.

–Qué bien -dijo.

–Hay tantas cosas que quiero decirte. No sé cuáles. Las he olvidado todas.

Ella le palmeó la mano suavemente.

–Siempre es así.

Port se quedó un momento silencioso.

–¿No te gustaría tomar un poco de leche caliente? – preguntó Kit alegremente.

Port parecía distraído.

–No creo que sea el momento. No sé.

–Te la prepararé -anunció Kit, y se incorporó, contenta de poder liberarse.

–Por favor, quédate aquí.

Kit se tendió de nuevo, murmurando:

–Me alegro tanto de que te sientas mejor. No sabes lo diferente que es para mí oírte hablar. Me volvía loca. No hay un alma… -se detuvo, sintiendo que en el trasfondo la histeria empezaba a tomar impulso. Pero Port parecía no haberla oído.

–Por favor, quédate aquí -repitió, tanteando la sábana. Kit sabía que buscaba su mano, pero no podía decidirse a tendérsela y dejar que Port se la tomara. Al mismo tiempo tuvo conciencia de su rechazo y las lágrimas le asomaron a los ojos, lágrimas de piedad por él. Pero no se movió.

Port suspiró de nuevo.

–Me siento muy mal. Es horrible lo mal que me siento. No hay razón para tener miedo, pero lo tengo. A veces no estoy aquí, y la cosa no me gusta. Porque entonces estoy muy lejos y completamente solo. Nadie podría llegar. Es demasiado lejos. Y allá estoy solo.

Kit hubiera querido interrumpirlo, pero detrás de la corriente de calmas palabras oía la súplica de hacía un momento: «Por favor, quédate aquí.» Y no tenía fuerzas para detenerlo sin levantarse, ir y venir. Pero sus palabras la hacían sentirse desdichada; era como oírle contar uno de sus sueños…, peor todavía.

–Tan sólo que no puedo recordar siquiera cómo es no estar solo -decía. La fiebre le subiría-. No puedo siquiera imaginar lo que sería si hubiera allá alguien más. Cuando estoy allá no puedo recordar que

estuve aquí; tengo simplemente miedo. Pero aquí puedo recordar que estuve allá. Quisiera no recordarlo. Es atroz ser dos cosas a la vez. Tú lo sabes, ¿verdad? – su mano buscó la de ella desesperadamente-. ¿Tú sabes cómo es? ¿Comprendes lo atroz que es? Tienes que comprenderlo -Kit dejó que le tomara la mano, que la llevara a su boca. La recorrió con sus labios ásperos, con una avidez terrible que le chocó; al mismo tiempo sintió que se le erizaba el pelo. Miraba sus labios, que se abrían y cerraban contra los nudillos, y sentía el aliento caliente en los dedos.

–Kit, Kit, tengo miedo, pero no es sólo eso. ¡Kit! Todos estos años he estado viviendo para ti. No lo sabía, ahora lo sé. ¡Lo sé! ¡Pero ahora te vas! – trató de levantarse y apoyarse en el brazo de Kit; le apretaba cada vez más la mano.

–¡No me voy! – exclamó Kit.

Las piernas de Port se movían espasmódicamente.

–¡Estoy aquí! – le gritó, tratando de imaginar cómo sonaba su voz, girando en los oscuros recintos de la mente de Port hacia la nada. Y mientras él se aquietaba un momento, respirando violentamente, Kit empezó a pensar: «Dice que es más que tener simplemente miedo. Pero no es verdad. Nunca ha vivido para mí. Nunca, nunca.» Se aferró a esa idea con tanta intensidad que la expulsó de su mente y se encontró tendida, con los músculos contraídos, sin una idea en la cabeza, escuchando el monólogo sin sentido del viento. Esto duró un rato; su tensión no aflojó. Después, poco a poco, trató de retirar su mano del puño desesperadamente apretado de Port. De pronto hubo una gran agitación a su lado; se volvió y vio que Port estaba a medias sentado.

–¡Port! – exclamó, levantándose y apoyando sus manos en los hombros de él-. ¡Tienes que estar acostado! – se apoyaba en él con todas sus fuerzas; Port no se movía. Tenía los ojos abiertos y la miraba.

–¡Port! – exclamó de nuevo, con una voz diferente. Port levantó una mano y la tomó del brazo.

–Pero Kit -dijo suavemente. Se miraron. Ella movió ligeramente la cabeza y la dejó caer sobre el pecho de Port. Cuando él bajó la mirada hacia ella, Kit dejó salir el primer sollozo, que abrió paso a los siguientes. Él cerró de nuevo los ojos, y por un momento tuvo la ilusión de contener el mundo en sus brazos, un mundo ardiente de trópicos, castigado por la tormenta.

–No, no, no, no, no, no, no.

Sólo tenía fuerzas para decir eso. Pero, aunque hubiera sido capaz de decir algo más, sólo hubiera dicho: «No, no, no, no.»

No era una vida entera lo que ella lloraba entre sus brazos, pero era una gran parte; sobre todo era una parte cuyos límites conocía con

precisión, y ese conocimiento aumentaba la amargura. Y pronto, en el interior de sí misma, más abajo que el llanto por los años desperdiciados, descubrió que se formaba y crecía un miedo espantoso. Alzó la cabeza y lo miró con ternura y terror. La cabeza de Port caía ladeada; sus ojos estaban cerrados. Kit le echó los brazos al cuello y le besó varias veces la frente. Después, mitad empujando y mitad acariciándolo, consiguió acostarlo y cubrirlo. Le dio el comprimido, se desvistió en silencio y se tendió frente a él, dejando la lámpara encendida para poder verlo mientras se dormía. El viento en la ventana celebraba su oscura sensación de haber alcanzado un nivel más profundo de soledad.

XXIII

«¡Más leña!», gritó el Teniente d'Armagnac, mirando la chimenea donde morían las llamas. Pero Ahmed, que se negaba a ser pródigo, trajo otro pequeño hato de ramas delgadas y nudosas. Se acordaba de las madrugadas glaciales; su madre y su hermana se levantaban mucho antes del alba para atravesar las altas dunas en dirección de Hassi Mokhtar; recordaba el regreso a la puesta del sol, y sus caras marcadas por la fatiga cuando llegaban al patio, dobladas por la carga. El Teniente solía arrojar de una vez al fuego la cantidad de leña que su hermana recogía en todo un día, pero él no lo haría; siempre traía una cantidad escasa. El Teniente se daba perfecta cuenta de que era pura obstinación de Ahmed. La consideraba una extravagancia absurda pero inmodificable.

–Es chiflado -dijo el Teniente d'Armagnac, tomando su *vermouth-cassis-,* pero fiel y honrado. Éstas son las principales virtudes que hay que buscar en un criado. Hasta la estupidez y la terquedad son aceptables si tiene las otras. No es que Ahmed sea estúpido, nada de eso. A veces tiene más intuición que yo. En el caso de su amigo, por ejemplo. La última vez que vino a verme aquí, a mi casa, los invité a él y a su mujer a cenar. Le dije que mandaría a Ahmed para hacerle saber exactamente la fecha. Yo estaba enfermo en ese momento. Creo que el cocinero había tratado de envenenarme. ¿Entiende todo lo que le cuento, *monsieur?*

–*Oui, oui* -dijo Tunner, cuyo oído funcionaba mejor que su lengua. Seguía la conversación del Teniente sin mayor dificultad.

–Cuando su amigo se marchó, Ahmed me dijo: «No volverá nunca.» «Tonterías. Claro que volverá, y con su mujer», le contesté. «No», replicó Ahmed. «Me lo dice su cara. No tiene intención de venir.» Y ya ve, tenía razón. Esa misma tarde los dos se marchaban a El Ga'a. Lo supe sólo al día siguiente. Es sorprendente, ¿verdad?

–*Oui* -repitió Tunner; estaba sentado con las manos apoyadas en las rodillas, inclinado hacia adelante, con un aire muy serio.

–Ah, sí -dijo su anfitrión, que se levantó bostezando para arrojar

más leña al fuego-. Gentes sorprendentes, los árabes. Claro que aquí hay una fuerte mezcla de sudaneses, de la época de la esclavitud.

Tunner lo interrumpió.

–¿Pero usted dice que en este momento ya no están en El Ga'a?

–¿Sus amigos? No. Como le expliqué, se han marchado a Sbâ. El *Chef de Poste* es el Capitán Broussard: fue él quien me telegrafió acerca de la tifoidea. El Teniente le parecerá un poco seco, pero es un hombre excelente. Sólo que el Sáhara no le sienta. A algunos les sienta, a otros no. Yo, por ejemplo, estoy aquí como pez en el agua.

Tunner volvió a interrumpirlo.

–¿Cuándo le parece que podré llegar a Sbâ?

El Teniente se rió con indulgencia.

–*Vous étés bien pressé!* Con la tifoidea es inútil correr. Pasarán varias semanas antes de que su amigo se preocupe de saber si usted ha llegado o no. ¡Y entre tanto no necesitará el pasaporte! Sí puede tomarse su tiempo -le caía muy bien este norteamericano, le parecía mucho más simpático que el otro. El primero tenía algo solapado que lo ponía vagamente incómodo (pero tal vez la impresión se había debido a su propio estado de ánimo en ese momento). En todo caso, a pesar de la prisa evidente de Tunner por abandonar Bou Noura, le parecía un tipo simpático y tenía la esperanza de convencerlo de que se quedara un poco.

–¿Se queda a cenar? – preguntó el Teniente.

–Oh -dijo Tunner, desamparado-. Muchas gracias.

Ante todo estaba la habitación. Nada podía cambiar la pequeña y dura caparazón de su existencia, sus paredes encaladas y su cielorraso ligeramente abovedado, su piso de cemento y su ventana, en la que una sábana doblada varias veces, sujeta con chinches, impedía el paso de la luz. Nada podía cambiar porque no era más que eso y el colchón en que estaba acostado. De vez en cuando, un chorro de luz le caía encima, abría los ojos, veía lo que realmente había y sabía dónde estaba; entonces fijaba las paredes, el cielo raso y el suelo en su memoria, para poder encontrarlos a su regreso, la próxima vez. Porque había tantas otras partes en el mundo, tantos otros momentos en el tiempo que visitar; nunca estaba seguro de que el camino de regreso estuviera realmente allí. Contar era imposible. Cuántas horas había pasado así, acostado en el colchón ardiente, cuántas veces había visto a Kit tendida en el suelo a su lado, cuántas veces la había visto volverse al oírlo, levantarse y acercarse para darle agua: cosas como éstas no habría podido decirlas aunque hubiera pensado en preguntárselas. Su espíritu estaba ocupado por problemas muy diferentes. A veces hablaba en voz alta, pero sin resultado; parecía más bien retener el desarrollo natural de las ideas. Le fluían por la boca y nunca estaba seguro de que se hubieran expresado con las

palabras correctas. Las palabras eran mucho más vivientes y mucho más difíciles de manejar ahora; tanto que Kit parecía no entenderlas cuando él las usaba. Se deslizaban en su cabeza como el viento en una habitación y apagaban la frágil llama de una idea que se estaba formando en la oscuridad. Cada vez las empleaba menos para pensar. El proceso se hacía más móvil; seguía el curso de los pensamientos porque estaba atado a ellos. El camino era a menudo vertiginoso, pero no podía despegarse. No había repetición en el paisaje; era siempre un territorio nuevo y el peligro aumentaba constantemente. Lenta, implacablemente, el número de dimensiones disminuía. Había cada vez menos direcciones posibles que seguir. No era un proceso claro, nada preciso le permitía decir: «Ahora no hay más un 'arriba'.» Sin embargo, había comprobado en varias ocasiones que dos dimensiones diferentes confundían deliberadamente, con malevolencia, sus identidades, como para decirle: «Trata de saber cuál es cuál.» Su reacción era siempre la misma: una sensación de que las partes exteriores de su ser se precipitaban hacia dentro en busca de protección, con el mismo movimiento del caleidoscopio cuando gira muy lentamente y las partes del dibujo caen de golpe en el centro. ¡Pero el centro! A veces era gigantesco, doloroso, crudo y falso; se extendía de un lado al otro de la creación, no había modo de decir dónde se hallaba: estaba en todas partes. Y a veces desaparecía, y el otro centro, el verdadero, el puntito negro y ardiente, estaba allí, en su lugar, inmóvil e inconcebiblemente pequeño, duro y distante. Y a cada centro, él decía «éste». Distinguía uno de otro, y sabía cuál era el verdadero, porque durante unos pocos minutos a veces volvía realmente a la habitación, la veía, veía a Kit y se decía a sí mismo: «Estoy en Sbâ», recordaba los dos centros y los diferenciaba, aunque los detestara a los dos, y sabía que el que sólo era «allá» era el verdadero, mientras que el otro era falso, falso, falso.

Era una vida de exilio lejos del mundo. Nunca veía una cara o una figura humanas, ni siquiera un animal; no había objetos familiares en el camino, no había suelo abajo, ni cielo arriba, y, sin embargo, el espacio estaba lleno de cosas. A veces las veía, sabiendo al mismo tiempo que en realidad sólo podían ser oídas. A veces estaban absolutamente quietas, como la página impresa, y él tenía conciencia de que las animaba por debajo un terrible movimiento invisible y de que lo amenazaban porque estaba solo. A veces podía tocarlas con sus dedos y al mismo tiempo verterlas en su boca. Todo era absolutamente familiar y totalmente horrible: una existencia inmodificable, incuestionable, que había que soportar. Nunca se le hubiera ocurrido pedir ayuda.

A la mañana siguiente, la lámpara seguía ardiendo y el viento había cesado. Kit no pudo despertarlo para darle el medicamento,

pero por la boca abierta le tomó la temperatura: había subido mucho más. Corrió a buscar al Capitán Broussard, lo llevó junto a la cabecera del enfermo, pero el Capitán se mostró evasivo, trató de tranquilizarla sin darle razón alguna para esperar. Kit se pasó el día sentada en el borde del jergón, en una actitud desesperada, mirando a Port de vez en cuando, escuchando su respiración laboriosa, viéndolo retorcerse en las angustias de un tormento interior. Zina no consiguió tentarla con la comida.

Cuando llegó la noche y Zina avisó que la señora norteamericana seguía negándose a comer, el Capitán Broussard decidió proceder de una manera simple. Fue al cuarto y llamó. Al cabo de un momento oyó la voz de Kit:

–*Oui est là?*

Se abrió la puerta. Kit no había encendido la lámpara; la habitación estaba a oscuras.

–¿Es usted, señora? – trató de adoptar un tono agradable.

¾ Sí.

–¿Puede acompañarme un momento? Me gustaría hablar con usted.

Kit lo siguió a través de varios patios hasta llegar a una habitación brillantemente iluminada, en uno de cuyos extremos ardía una chimenea. Había profusión de alfombras nativas cubriendo las paredes, los divanes y el suelo. En el extremo, un sudanés negro y alto, vestido de chaqueta y turbante muy blancos, atendía un barcito. El Capitán dijo con un gesto displicente:

–¿Quiere beber algo?

–No, gracias.

–Un pequeño aperitivo.

Deslumbrada por la luz, Kit seguía pestañeando.

–No puedo.

–Tome un Cinzano conmigo -hizo un gesto al barman-. *Deux Cinzano.* Vamos, vamos, siéntese, por favor. No la retendré mucho.

Kit obedeció, tomó el vaso de la bandeja. El sabor de la bebida le agradó, pero no quería sentir placer, no quería salir de su apatía. Además, seguía notando la peculiar sospecha que brillaba en los ojos del Capitán cuando la miraba. Mientras bebía, el Capitán estudiaba su cara: había llegado casi a la conclusión de que no era exactamente lo que había pensado de ella al principio; tal vez fuese realmente, después de todo, la mujer de un enfermo.

–Como *Chef de Poste* estoy más o menos obligado a verificar la identidad de las personas que pasan por Sbâ. Es poco frecuente que llegue alguien, claro está. Lamento tener que molestarla en estos momentos, naturalmente. Se trata simplemente de ver sus papeles de identidad. ¡Alí! – el barman se acercó silencioso a las sillas y volvió a

llenar los vasos. Kit no respondió en seguida. El aperitivo le había dado un hambre terrible.

–Tengo mi pasaporte.

–Magnífico. Mañana mandaré a buscar los dos pasaportes y se los devolveré al cabo de una hora.

–Mi marido ha perdido el suyo. No puedo darle más que el mío.

–*Ah, ça!* -exclamó el Capitán. Era lo que se esperaba. Estaba furioso; al mismo tiempo, no dejaba de causarle cierta satisfacción pensar que su primera impresión había sido justa. Y cuánta razón había tenido al prohibir a sus subalternos que tuvieran algún contacto con ella. Había previsto algo por el estilo, salvo que en estos casos lo difícil de conseguir eran los papeles de las mujeres, más que los de los hombres.

–Señora -dijo, inclinándose hacia ella en su asiento-, como comprenderá, no tengo el menor interés en inmiscuirme en asuntos estrictamente personales. Se trata de una mera formalidad, pero que no se puede pasar por alto. Tengo que ver los dos pasaportes. Los nombres me son totalmente indiferentes. Pero dos personas, dos pasaportes, ¿verdad? A menos que tengan uno para los dos.

Kit pensó que él no le había oído bien.

–A mi marido le robaron el pasaporte en Aïn Krorfa.

El Capitán vaciló.

–Tendré que informar sobre esto, naturalmente, al Comandante del territorio -se puso de pie-. Ustedes mismos deberían haber notificado en seguida.

Había ordenado al criado que pusiera un cubierto en la mesa para Kit, pero ahora no quería comer con ella.

–Es lo que hicimos. El Teniente d'Armagnac, de Bou Noura, está al corriente de todo -dijo Kit, vaciando el vaso-. ¿Quiere darme un cigarrillo? – el Capitán le tendió un Chesterfield, se lo encendió y la miró inhalar el humo-. Me quedé sin cigarrillos -dijo Kit sonriendo, con los ojos puestos en el paquete que el Capitán tenía en su mano. Se sentía mejor, pero el hambre le apretaba cada vez más el estómago.

El Capitán no dijo nada. Ella continuó:

–El Teniente d'Armagnac hizo todo lo que pudo por mi marido y trató de que enviaran el pasaporte desde Messad.

El Capitán no creyó una palabra de lo que ella decía; pensaba que todo era una patraña admirable. Estaba convencido ahora de que no sólo era una aventurera, sino un personaje verdaderamente sospechoso.

–Comprendo -dijo examinando la alfombra a sus pies-. Muy bien, señora, no la retendré más.

Kit se puso de pie.

–Mañana me dará su pasaporte. Prepararé el informe y veremos

qué pasa.

La acompañó hasta la habitación y volvió para comer solo, muy fastidiado con la mujer porque había repetido su insistente tentativa de engañarlo. Kit se quedó un segundo en la habitación a oscuras, volvió a abrir un poco la puerta y vio desaparecer el brillo de la linterna del Capitán en la arena. Entonces fue en busca de Zina, que le dio de comer en la cocina.

Cuando terminó de cenar volvió al cuarto y encendió la lámpara. El cuerpo de Port se retorció y su cara protestó contra la claridad repentina. Kit puso la lámpara en un rincón, detrás de unas maletas, y estuvo un rato en el centro de la habitación, sin pensar en nada. Unos minutos después tomó el abrigo y salió al patio.

El techo del fuerte era una gran terraza de barro, chata; sus irregularidades correspondían a los desniveles del suelo. En la oscuridad era difícil ver las rampas y las escaleras entre las diferentes alas, y aunque la bordeaba un parapeto, los patios innumerables eran simplemente pozos abiertos que había que contornear con precauciones. Las estrellas arrojaban luz suficiente para evitarle errores. Respiró profundamente, se sintió como a bordo de un barco. La ciudad, abajo, resultaba invisible -no se veía una luz-, pero hacia el norte brillaba el blanco del *ereg,* el vasto océano de arena con el torbellino de sus crestas congeladas, su inmutable silencio. Giró lentamente sobre sí misma, escrutando el horizonte. El aire, doblemente quieto ahora que el viento había cesado, estaba como paralizado. Dondequiera que mirara, el paisaje nocturno le sugería una sola cosa: la negación del movimiento, la suspensión de la continuidad. Pero mientras estaba allí, momentáneamente integrada al vacío que había creado, una duda se insinuó poco a poco en su espíritu, la sensación, primero débil, después más firme, de que parte de ese paisaje se movía delante de sus propios ojos. Los volvió hacia arriba y su rostro se contrajo. El cielo monstruoso, lleno de estrellas, el cielo entero giraba de costado. Parecía quieto como la muerte y, sin embargo, se movía. A cada instante una estrella, hasta entonces invisible, surgía de un lado del horizonte, mientras otra caía en el lado opuesto. Tosió deliberadamente y echó a andar de nuevo, tratando de recordar cuánto le desagradaba el Capitán Broussard. A pesar de su franca insinuación, ni siquiera le había ofrecido el paquete de cigarrillos. «¡Dios mío!», exclamó en voz alta, lamentando haber terminado sus últimos Players en Bou Noura.

Abrió los ojos. La habitación era maléfica. Estaba vacía. «Ahora, al fin, tengo que luchar contra esta habitación.» Pero más tarde tuvo un momento de claridad vertiginosa. Estaba en el borde de un reino en el que cada pensamiento, cada imagen, tenían una existencia arbitraria, donde la conexión entre una cosa y la siguiente estaba cortada.

Mientras se esforzaba por captar la esencia de ese tipo de conciencia, empezó a deslizarse hacia atrás para caer en su ámbito, sin sospechar que ya no estaba totalmente fuera, al aire libre, que ya no era capaz de considerar la idea desde cierta distancia. Le parecía que había una variedad inédita de modos de pensar en los que no era necesaria una relación con la vida. «El pensamiento en sí mismo», dijo, un hecho gratuito, como el trazado de un puro diseño. Volvían otra vez, empezaban a pasar como relámpagos. Trató de retener uno, creyó que lo tenía. «Pero ¿un pensamiento de qué? ¿Qué es?» Aun así, fue rechazado por los que se apeñuscaban detrás. Trató de canalizar la corriente, pero sintió que su resistencia cedía. Estaba sucumbiendo en la lucha, cuando abrió los ojos para pedir auxilio. «¡El cuarto! ¡El cuarto! ¡Todavía aquí!» En el silencio de la habitación era donde localizaba ahora todas esas fuerzas hostiles; el hecho mismo de que la vigilancia inerte de la habitación se ejerciera desde todos sus puntos le hacía desconfiar de ella. Fuera de sí mismo, era todo lo que había. Miró la línea en que se juntaban la pared y el suelo, trató de fijarla en su mente, para tener algo a qué aferrarse al cerrar los ojos. Había una disparidad terrible entre la velocidad a que él se movía y la calma inmovilidad de esa línea, pero insistió. Para no irse. Para quedarse atrás. Para sobrenadar, arraigarse en lo que estaba allí. Un ciempiés puede, cuando lo cortan en pedazos. Cada pedazo es capaz de caminar solo. Más aún: cada pata se flexiona, abandonada a sí misma en el suelo.

Había un grito en cada una de sus orejas, y la diferencia de tono entre los dos sonidos era tan pequeña que la vibración parecía la de una uña al deslizarse por el borde de una moneda nueva. Frente a sus ojos nacían racimos de puntos redondos; eran como los puntitos de una fotografía de periódico ampliada varias veces. Aglomeraciones más ralas, masas más oscuras, aquí y allá pequeñas zonas deshabitadas. Cada punto adquiría lentamente una tercera dimensión. Trató de retroceder ante los glóbulos de materia en expansión. ¿Pidió auxilio? ¿Podía moverse?

La estrecha distancia entre los dos altos gritos se achicó, formaban casi uno; ahora la diferencia era el filo de una navaja suspendida sobre las yemas de los dedos. Los dedos serían rebanados a lo largo.

Un criado comprendió que los gritos venían del cuarto donde yacía el norteamericano. Llamaron al Capitán Broussard, que corrió hasta la puerta, llamó y, al no oír nada más que el grito continuado, entró. Con ayuda del criado, logró inmovilizar lo bastante a Port para darle una inyección de morfina. Cuando hubo terminado, en un arrebato de rabia echó una mirada a su alrededor.

–¡Y esa mujer! – vociferó-. ¿Dónde está, maldita sea?

–No sé, mi Capitán -dijo el criado, creído de que la pregunta le

estaba dirigida.

–Quédate aquí. No te muevas de la puerta -gruñó el Capitán.

Estaba decidido a encontrar a Kit, y cuando la encontrara le diría lo que pensaba de ella. Si era necesario, apostaría un guardia a la puerta y la obligaría a quedarse dentro vigilando al paciente. Fue primero a la puerta principal, que se cerraba de noche, de modo que no hacía falta un guardia. Estaba abierta. *«Ah, ça, par exemple!»,* exclamó, fuera de sí. Dio un paso y sólo vio la noche. Volvió a entrar, cerró de un portazo y corrió brutalmente el cerrojo. Después regresó al cuarto, esperó a que el criado trajera una manta y le dio orden de quedarse allí hasta la mañana. Volvió a sus habitaciones y se sirvió un coñac para calmar su furia antes de tratar de dormir.

Mientras iba y venía por el techo, ocurrieron dos cosas a la vez. Por un lado, la luna enorme se levantó velozmente sobre el borde de la meseta, y por el otro, en el aire distante, un zumbido casi imperceptible se oía, dejaba de oírse, se oía otra vez. Escuchó: ahora desaparecía, ahora era un poco más fuerte. Y así continuó largo rato, desapareciendo y reapareciendo cada vez un poco más cerca. Ahora, aunque fuera todavía muy distante, se podía identificar como el sonido de un motor. Reconoció los cambios de velocidad al subir una cuesta y llegar de nuevo a terreno llano. Le habían dicho que a veinte kilómetros de la pista se oía llegar un camión. Esperó. Por fin, cuando le pareció que el vehículo habría llegado a la ciudad, vio a lo lejos, en la *hammada,* una parte rocosa barrida por los faros de un camión que tomaba un viraje para bajar al oasis. Un momento más tarde vio los dos puntos luminosos. Después desaparecieron un rato detrás de las rocas, pero el ruido del motor era cada vez más fuerte. Con la luna, que arrojaba cada vez más luz, y el camión que traía gentes a la ciudad, aunque fueran figuras anónimas vestidas de blanco, el mundo volvía al ámbito de lo posible. De pronto quiso asistir a la llegada en la plaza del mercado. Bajó precipitadamente, atravesó de puntillas los patios, se las ingenió para abrir la pesada puerta y echó a correr cuesta abajo hacia la ciudad. El camión pasaba con estruendo entre las altas paredes del oasis; cuando Kit llegaba a la mezquita, el camión iniciaba la última subida para llegar a la ciudad. En la plaza del mercado había unos cuantos hombres en andrajos. Cuando el gran vehículo, que entró rugiendo, se detuvo, el silencio subsiguiente sólo duró un segundo antes de que se largaran, todas a la vez, las voces excitadas.

Desde atrás observó el descenso laborioso de los nativos y el desembarco sin prisas de sus posesiones: sillas de camello que brillaban a la luz de la luna, grandes bultos informes envueltos en mantas rayadas, cofres y sacos, más dos gigantescas mujeres tan gordas que apenas podían andar, con los pechos, brazos y piernas

cargados de kilos de ornamentos de plata maciza. Y todas esas posesiones, junto con sus dueños, desaparecieron rápidamente bajo los oscuros soportales y dejaron de oírse. Dio una vuelta para poder ver de frente el camión; a la luz de los faros estaban reunidos el chófer y el mecánico con unos cuantos hombres. Oyó hablar francés -malo- y árabe. El chófer subió al camión y apagó los faros; los hombres echaron a andar lentamente hacia el centro de la plaza. Nadie parecía haber advertido su presencia. Se quedó un momento inmóvil, escuchando.

–¡Tunner! – gritó.

Una de las siluetas con albornoz se detuvo, volvió corriendo y gritando: «¡Kit!» Ella también empezó a correr, vio que otro hombre se volvía a mirarla y la sofocó el albornoz de Tunner, que la abrazaba. Tuvo la impresión de que no la soltaría nunca, pero él aflojó el abrazo y le dijo:

–¡Así que estás realmente aquí!

Dos de los hombres se acercaron.

–¿Es la señora que usted buscaba? – dijo uno de ellos.

–*Oui, oui* -exclamó Tunner, y le desearon buenas noches.

Se quedaron solos en la plaza del mercado.

–¡Pero esto es maravilloso, Kit! – dijo Tunner. Ella quería hablar, pero le parecía que apenas lo intentara las palabras se convertirían en sollozos. Asintió con un gesto y lo arrastró mecánicamente al pequeño jardín público contiguo a la mezquita. Se sentía débil; quería sentarse.

–Mis cosas se quedarán en el camión durante esta noche. No sabía dónde iba a dormir. ¡Dios mío, qué viaje desde Bou Noura! ¡Tres reventones en el camino, y esos animales necesitan por lo menos tres horas para cambiar un neumático! – siguió dando detalles. Habían llegado a la entrada del jardín. La luna brillaba como un sol blanco y frío; las sombras asaetadas y negras de las hojas de las palmeras trazaban en la arena, a lo largo del sendero, un dibujo neto, monótono.

–¡Pero deja que te mire! – exclamó Tunner, haciéndola girar para que la luz de la luna le diera en la cara. «¡Ah, pobre Kit. ¡Ha de haber sido un infierno!», murmuró, mientras ella pestañeaba bajo la claridad, los rasgos descompuestos ante la inminente irrupción de las lágrimas.

Se sentaron en un banco de cemento y ella lloró un largo rato, la cara enterrada en las rodillas de Tunner, frotándola contra la lana áspera del albornoz. De vez en cuando él pronunciaba palabras de consuelo, y viendo que temblaba, la envolvió en un gran paño del albornoz. Kit detestaba la sal picante de las lágrimas, y detestaba todavía más la ignominia de estar ahí, haciéndose reconfortar por Tunner. Pero no podía, no podía detenerse, y cuanto más lloraba, más

sentía que la situación escapaba a su control. Era incapaz de incorporarse, de secar sus lágrimas, de tratar de arrancarse a la red de compromisos en que se estaba envolviendo. No quería comprometerse de nuevo; el sabor de la culpa aún persistía fuertemente en su memoria. Pero no veía nada por delante como no fuera la voluntad de Tunner, que esperaba una señal de ella para asumir el mando. Y ella daría la señal. Aun sabiéndolo, sentía un inmenso alivio contra el cual hubiera sido imposible luchar. ¡Qué delicia no ser responsable, no tener que decidir nada de lo que iba a suceder! Saber, aunque no quedaran esperanzas, que ningún acto que uno cumpliera o dejara de cumplir podía cambiar en lo más mínimo el resultado; que era imposible de todos modos cometer un error y, por lo tanto, imposible lamentarlo o, sobre todo, sentirse culpable. Comprendió lo absurdo de creer que podría mantenerse permanentemente en ese estado, pero la esperanza no la abandonaba.

La calle trepaba una colina empinada donde brillaba el sol; las aceras estaban atestadas de gentes que miraban los escaparates. Tenía la impresión de que en las calles transversales circulaban vehículos, pero en ellas las sombras eran espesas. Había en la multitud una actitud de expectativa creciente; esperaba algo. Pero qué, no lo sabía. La tarde estaba tensa, en suspenso, pronta a caer. En lo alto de la calle apareció de pronto, destellando al sol, un enorme automóvil que franqueó la cima y bajó la cuesta haciendo eses. La multitud lanzó un alarido. Él se volvió, enloquecido, para buscar refugio en una puerta. En la esquina había una pastelería; los escaparates estaban llenos de dulces y merengues. Se deslizó rozando la pared. Si pudiera llegar a la puerta… Giró sobre sí mismo, se quedó inmóvil. En el violento resplandor del sol reflejado por el vidrio en añicos, vio que el metal lo clavaba a la piedra. Oyó su propio grito ridículo y sintió las entrañas perforadas. Mientras trataba de desplomarse, de perder el conocimiento, vio a unos centímetros de su cara una fila de pasteles aún intactos en el estanque forrado de papel.

Eran una hilera de pozos de barro en el desierto. ¿A qué distancia? No sabría decirlo: los escombros lo habían incrustado en la tierra. El dolor era lo único que existía en ese momento. Toda la energía que pudiera desplegar no lo movería del lugar donde estaba empalado, las entrañas ensangrentadas abiertas al cielo. Imaginó un enemigo que venía a pisotear su vientre herido. Se imaginó a sí mismo incorporándose, corriendo por el dédalo de callejas entre los muros. Durante horas, en todas direcciones, por las calles sin una puerta, sin una salida definitiva. Oscurecería, se acercarían, le faltaría la respiración. Y cuando concentrara toda su voluntad, aparecería la puerta, pero en el momento de franquearla jadeando, comprendería su terrible error.

¡Demasiado tarde! No había más que la interminable pared negra delante, la destartalada escalera de hierro que estaba obligado a subir sabiendo que arriba, en lo alto, lo esperaban balanceando la enorme piedra, dispuestos a lanzarla cuando se acercara. Y al llegar casi a lo alto, se la arrojarían, golpeándolo con todo el peso del mundo. Cuando recibió el golpe gritó de nuevo, adelantando las manos para proteger el agujero abierto en el vientre. Dejó de imaginar y se quedó inmóvil bajo los escombros. El dolor no podía seguir. Abrió los ojos; sólo vio el cielo tenue tendido encima para protegerlo. Lentamente se abriría la grieta, el cielo retrocedería, y él vería detrás eso de lo que nunca había dudado, acercándose a la velocidad de millones de vientos. Su grito era una cosa separada, estaba a su lado, en el desierto. No terminaba nunca.

La luna había alcanzado el centro del cielo cuando llegaron al fuerte y encontraron la puerta cerrada. Kit, de la mano de Tunner, lo miró.

–¿Qué vamos a hacer?

Tunner vaciló y señaló la montaña de arena que dominaba el fuerte. Treparon lentamente a lo largo de las dunas. La arena fría les llenaba los zapatos; se los quitaron y siguieron. Arriba la claridad era intensa; cada grano de arena reflejaba un fragmento de la luz polar que caía del cielo. No podían caminar uno al lado del otro; la cresta de la duna más alta era demasiado escarpada. Tunner envolvió con su albornoz los hombros de Kit y pasó primero. La cima era infinitamente más alta y estaba más lejos de lo que habían imaginado. Cuando finalmente la alcanzaron, el *ereg* los rodeaba con su mar de olas inmóviles. No se detuvieron a mirar: el silencio absoluto es demasiado poderoso cuando uno se ha confiado a él, aunque sea un instante; su sortilegio es demasiado difícil de romper.

–¡Por aquí! – dijo Tunner.

Se dejaron deslizar a una gran artesa bañada por la luz de la luna. Kit rodó, se le deslizó el albornoz; Tunner tuvo que cavar unos peldaños en la arena para subir a buscarlo. Trató de doblarlo y se lo lanzó como jugando, pero quedó a medio camino. Kit siguió rodando hasta el fondo y se quedó esperando. Él bajó y tendió la amplia vestidura blanca sobre la arena. Se tendieron juntos y tiraron de los bordes para envolverse. Las raras palabras que habían cambiado en el jardín se referían a Port. Ahora Tunner miraba la luna. Le tomó la mano.

–¿Te acuerdas de la noche en el tren?

Ella no contestó, temiendo haber cometido un error de táctica; él añadió rápidamente:

–No creo que haya caído una gota de lluvia desde esa noche en ningún lugar de este continente maldito.

Kit tampoco contestó. La mención del viaje nocturno a Boussif le traía recuerdos inoportunos. Vio el balanceo de las lámparas mortecinas, olió el gas carbónico y oyó la lluvia en la ventanilla. Recordó el confuso horror del autobús de carga lleno de nativos; su cabeza se negó a seguir adelante.

–Kit, ¿qué pasa?

–Nada. Ya sabes cómo soy. Nada, de veras -le apretó la mano.

La voz de Tunner adquirió un tono un poco paternal.

–Todo andará bien, Kit. Pero sólo en parte depende de ti. Tienes que estar en forma para poder cuidarlo. ¿Te das cuenta? ¿Y cómo podrás cuidarlo si te enfermas?

–Lo sé, lo sé.

–Porque si no, tendré dos pacientes a mi cargo…

Kit se incorporó.

–¡Qué par de hipócritas somos! – exclamó-. Sabes muy bien que hace horas que lo he dejado. ¿Quién dice que no se ha muerto? ¡Podría morirse completamente solo! Nunca se sabe. ¿Quién lo iba a retener?

Tunner la tomó firmemente del brazo.

–Un instante, por favor. Sólo para poner las cosas en claro, quiero hacerte una pregunta: ¿Quién podría retenerlo, aunque estuviéramos los dos a su lado? ¿Quién? – hizo una pausa-. Si quieres verlo todo negro, sigue hasta el final con un poco de lógica por lo menos, hija mía. Pero no se va a morir. No tienes siquiera que pensarlo. Es un disparate -le sacudió el brazo lentamente, como se hace para despertar a alguien que duerme profundamente-. Sé un poco razonable. No podrás verlo hasta mañana. Aflójate. Y trata de dormir un poco. Ven.

Cuando él la tomó en sus brazos, ella se echó a llorar una vez más, aferrándose a él desesperadamente.

–¡Oh, Tunner! ¡Lo quiero tanto! – sollozó, apretándose más a él-. ¡Lo quiero! ¡Lo quiero!

Bajo la luz de la luna, Tunner sonrió.

Su grito atravesó la imagen final: las manchas de sangre fresca y brillante en la tierra. Sangre y excrementos. El momento supremo, arriba, dominando el desierto, cuando los dos elementos, sangre y excrementos, largo tiempo separados, se funden. En la claridad del cielo nocturno aparece una estrella negra, un punto de sombra. Punto de sombra y puerta del reposo. Ve más lejos, traspasa la fina trama del cielo protector, descansa.

XXIV

Abrió la puerta. Port yacía en una posición extraña, las piernas estrechamente envueltas en las mantas. Ese rincón del cuarto era como una fotografía inmóvil proyectada en la pantalla, en medio de un flujo de imágenes móviles. Cerró la puerta suavemente, corrió el cerrojo, se volvió de nuevo hacia el rincón y se acercó lentamente al colchón. Contuvo el aliento, se inclinó y miró los ojos vacíos. Pero aun antes de bajar convulsivamente la mano hasta el pecho desnudo, aun antes de empujar violentamente el torso inerte, sabía. Se llevó las manos a la cara. «¡No!», gritó una vez, nada más. Se quedó absolutamente inmóvil un largo, largo rato, la cabeza erguida, mirando la pared. Dentro de ella nada se movía; tenía conciencia de que no había nada, ni fuera ni dentro. Si Zina hubiera llamado a la puerta, seguramente no la habría oído. Pero no vino nadie. Abajo, en la ciudad, una caravana salía de la plaza del mercado rumbo a Atar, a través del oasis; los camellos gruñían; los hombres, de barba negra, silenciosos, pensaban en los veinte días con sus veinte noches que les aguardaban, antes de que los muros de Atar surgieran en lo alto de las rocas. A pocos metros de distancia, el Capitán Broussard leía en su dormitorio un cuento en una revista que había llegado con su correo de esa mañana, en el último camión de la noche. En el cuarto no pasaba nada. Mucho más avanzada la mañana, probablemente por pura fatiga, Kit empezó a caminar trazando una pequeña órbita en el centro de la habitación, unos pasos en una dirección, otros en la opuesta. La interrumpió un fuerte golpe en la puerta. El golpe se repitió. Se oyó la voz de Tunner, cautelosamente baja: «¿Kit?» Kit volvió a cubrirse la cara con las manos y se quedó así todo el tiempo que él permaneció del otro lado de la puerta, llamando primero suavemente, después más rápido y nervioso, al final con violencia. Cuando no se oyó más nada, Kit se sentó en su jergón un rato y en seguida apoyó la cabeza en la almohada como si fuera a dormir. Pero sus ojos abiertos miraban casi tan fijos como los que tenía al lado. Eran los primeros momentos de una nueva vida, una vida extraña dominada, lo adivinaba, por la intemporalidad. La persona que ha contado frenéticamente los minutos para llegar jadeando en el momento mismo en que el tren desaparece sabiendo que tendrá que esperar varias horas el siguiente, siente algo de esa misma repentina saciedad de tiempo, la sensación momentánea de estar sumergido en un elemento que se ha vuelto demasiado rico y abundante para ser consumido y que por lo tanto resulta sin sentido, inexistente. Los minutos pasaban, no sentía el impulso de moverse: ningún pensamiento la rondaba. Ahora no recordaba las muchas conversaciones que habían tenido en torno a la idea de la muerte, quizá porque no hay idea de la muerte que tenga nada en común con

la presencia de la muerte. No recordaba que se habían puesto de acuerdo en que se puede ser cualquier cosa salvo un muerto, que las dos palabras juntas constituyen una antinomia. Tampoco recordó lo que había pensado una vez: que si Port llegaba a morir antes que ella, no creería que estuviera muerto, sino más bien que en cierto modo se había replegado sobre sí mismo para quedarse así y que él nunca volvería a tener conciencia de la presencia de Kit, de modo que en realidad sería ella la que había dejado de existir, por lo menos hasta cierto punto. Sería ella la que había entrado parcialmente en el reino de la muerte, mientras que él persistiría como una angustia en el fondo de ella misma, una puerta que quedaba sin abrir, una posibilidad definitivamente perdida. Había olvidado por completo la tarde de agosto, poco más de un año atrás, en que sentados en el césped, a la sombra de los arces, contemplaban la tormenta que se acercaba remontando el valle del río, y hablaron de la muerte. Y Port había dicho: «La muerte está siempre en camino, pero el hecho de que no sepamos cuándo llega parece suprimir la finitud de la vida. Lo que tanto odiamos es esa precisión terrible. Pero como no sabemos, llegamos a pensar que la vida es un pozo inagotable. Sin embargo, todas las cosas ocurren sólo un cierto número de veces, en realidad muy pocas. ¿Cuántas veces recordarás cierta tarde de tu infancia, una tarde que es parte tan entrañable de tu ser que no puedes concebir siquiera tu vida sin ella? Quizá cuatro o cinco veces más. Quizá ni eso. ¿Cuántas veces más mirarás salir la luna llena? Quizá veinte. Y, sin embargo, todo parece ilimitado.» En aquel momento no escuchó porque la idea la deprimía; ahora, si la hubiera recordado le habría parecido ajena a la cuestión. En ese momento era incapaz de pensar en la muerte, y como la muerte estaba allí, a su lado, no pensaba en nada.

Y, sin embargo, debajo de la región vacía que era su conciencia, en una parte oscura e íntima de su espíritu ya se estaba gestando una idea, pues cuando al final de la tarde llegó Tunner de nuevo a martillar la puerta, ella se levantó, y con la mano en el picaporte dijo:

–¿Eres tú, Tunner?

–Por el amor de Dios, ¿dónde estabas esta mañana? – exclamó.

–Te veré esta noche, a eso de las ocho, en el jardín -contestó Kit en voz lo más baja posible.

–¿Está bien?

–Sí. Como siempre.

–Bueno. Hasta las ocho -y desapareció.

Kit echó un vistazo a su reloj: eran las cinco menos cuarto. Fue a buscar su neceser y se puso a vaciarlo; sacó uno por uno cepillos, frascos, útiles de manicura, y los fue poniendo en el suelo. Con aire de suma concentración vació las otras maletas, eligió aquí y allá una

prenda u objeto, que metía cuidadosamente en el pequeño maletín. De vez en cuando se quedaba inmóvil y escuchaba: el único sonido que se oía era el de su respiración acompasada. Cada vez que escuchaba parecía tranquilizarse y reanudaba en seguida sus gestos premeditados. Guardó en los bolsillos laterales su pasaporte, sus cheques de viajero y todo el dinero que tenía. Después anduvo buscando un rato entre las ropas de Port y volvió con una buena cantidad de billetes de mil francos que guardó de cualquier manera.

La preparación del maletín le llevó casi una hora. Cuando hubo terminado, lo cerró, ajustó la combinación de seguridad y se dirigió a la puerta. Antes de hacer girar la llave, vaciló un segundo, abrió la puerta y llave en mano salió al patio con el maletín y cerró. En la cocina, el chico que se ocupaba de las lámparas estaba sentado en un rincón, fumando.

–¿Puedes hacerme un recado?

El chico se puso de pie de un salto, sonriendo. Kit le tendió el maletín y le pidió que lo llevara a la tienda de Daoud Zozeph y lo dejara allí, de parte de la señora norteamericana.

De vuelta en el cuarto volvió a cerrar con llave y se acercó a la ventanita. De un solo gesto arrancó la sábana que la cubría. Afuera, la pared, a medida que el sol bajaba, se iba poniendo rosada; el rosa llenó la habitación. En todo el tiempo que dedicó al equipaje no había echado una sola mirada al rincón. Ahora se arrodilló y miró la cara de Port de muy cerca, como si nunca la hubiera visto. Rozando apenas la piel, pasó la mano por la frente con infinita delicadeza. Se inclinó y apoyó los labios. Se quedó así un rato. El cuarto se puso rojo. Suavemente apoyó su mejilla en la almohada y acarició el pelo de Port. No derramó una lágrima; era una despedida silenciosa. Un zumbido de rara intensidad le hizo abrir los ojos. Contempló fascinada dos moscas entregadas a un amor breve y frenético en el labio inferior de Port.

Se levantó, se puso el abrigo, tomó el albornoz que Tunner le había dejado y sin mirar atrás salió. Cerró la puerta y metió la llave en su bolso. Al llegar al gran portón el guardia hizo un gesto como para detenerla. Ella le dio las buenas noches y pasó. En seguida le oyó llamar a otro que estaba dentro. Respiró hondo y empezó a bajar directamente hacia la ciudad. El sol se había puesto; la tierra se enfriaba y ennegrecía rápidamente, como una brasa que ha quedado sola en el hogar de la chimenea. En el oasis, redoblaba un tambor. Probablemente más tarde bailarían en los jardines. Había empezado la estación de las fiestas. Bajó rápidamente la colina y se fue directamente a la tienda de Daoud Zozeph sin echar una sola mirada a su alrededor.

Entró. Daoud Zozeph estaba detrás del mostrador, en la luz

declinante. Le tendió la mano.

–Buenas noches, señora.

–Buenas noches.

–Aquí está su maleta. ¿Llamo a un chico para que se la lleve?

–No, no. Ahora por lo menos, no. Vengo a hablar con usted -echó una mirada a la puerta abierta; Daoud Zozeph no lo notó.

–Encantado. Un momento. Le traeré una silla, señora -sacó una sillita plegadiza de detrás del mostrador y se la acercó.

–Gracias -dijo Kit, pero se quedó de pie-. Quería preguntarle por los camiones que salen de Sbâ.

–Ah, rumbo a El Ga'a. No hay servicio regular. Llegó anoche uno que partió esta tarde. Nunca sabemos cuándo llegará el próximo. Pero al Capitán Broussard le avisan por lo menos un día antes. Él se lo podrá decir mejor que nadie.

–Ah, sí, el Capitán Broussard.

–Y su marido, ¿está mejor? ¿Le ha gustado la leche?

–La leche. Sí, le gustó -dijo Kit lentamente, maravillándose un poco de que las palabras pudieran sonar tan naturales.

–Espero que pronto se pondrá bien.

–Ya está bien.

–*Ah, hamdul'lah!*

–Sí -y continuó, en otro tono-: *Monsieur* Daoud Zozeph, tengo que pedirle un favor.

–Concedido, señora -dijo con galantería. En la oscuridad, Kit tuvo la impresión de que se había inclinado.

–Un gran favor -le advirtió.

Daoud Zozeph, pensando que quizá quería pedirle dinero prestado, se puso a acomodar objetos en el mostrador.

–Pero estamos hablando a oscuras -dijo-. Espere. Encenderé una lámpara.

–¡No, por favor! – exclamó Kit.

–¡Pero no nos vemos las caras! – protestó Daoud Zozeph.

Kit apoyó la mano en su brazo.

–Lo sé, pero no encienda la lámpara, se lo ruego. Quiero pedirle este favor en seguida. ¿Puedo pasar la noche con usted y su mujer?

Daoud Zozeph estaba completamente desconcertado; su asombro era comparable al alivio que sentía.

–¿Esta noche? – preguntó.

¾ Sí.

Hubo un breve silencio.

–Usted comprende, señora, sería un honor para nosotros tenerla en nuestra casa. Pero no estaría cómoda. Usted sabe, una casa de gente pobre no es como un hotel o un *poste militaire*…

–Pero si se lo pido -dijo Kit en tono de reproche¾ quiere decir que

me da lo mismo. ¿Usted cree que me importa? Aquí en Sbâ he estado durmiendo en el suelo.

–Ah, en mi casa no hubiera ocurrido -dijo con voz categórica.

–Pero estaría encantada de dormir en el suelo. En cualquier parte. No tiene ninguna importancia.

–¡Ah, no! ¡No, señora! ¡En el suelo no! *Quand même!* -protestó. Y mientras frotaba un fósforo para encender la lámpara, ella le tocó de nuevo el brazo.

–*Écoutez, monsieur* -dijo, bajando la voz hasta llegar a un susurro de conspirador-, mi marido me anda buscando y no quiero que me encuentre. Nos hemos peleado. No quiero verlo esta noche. Es muy sencillo. Creo que su mujer comprenderá.

Daoud Zozeph se echó a reír.

–¡Desde luego! ¡Desde luego! – siempre riendo, cerró la puerta que daba a la calle, corrió el cerrojo y encendió un fósforo, que sostuvo en el aire. A la luz de varios fósforos sucesivos, atravesaron un cuarto interior a oscuras y un pequeño patio. Las estrellas brillaban en lo alto. Daoud Zozeph se detuvo frente a una puerta.

–Puede dormir aquí -abrió y entró. Brilló otro fósforo: Kit vio un cuarto minúsculo, en desorden, con su desvencijada cama de hierro y un colchón que vomitaba el relleno.

–Me imagino que no es la habitación de ustedes -se aventuró a decir mientras el fósforo se apagaba.

–¡Ah, no! Tenemos otra cama en nuestro cuarto, mi mujer y yo -contestó con cierto orgullo-. Aquí duerme mi hermano cuando viene de Colomb-Béchar. Una vez por año nos visita, se queda un mes, a veces más. Espere. Le traeré una lámpara -salió y ella lo oyó hablar en otra habitación. Volvió en seguida con una lámpara de aceite y un pequeño cubo de lata con agua.

Iluminado, el cuarto resultó aún más miserable. Tuvo la impresión de que nadie había barrido el suelo desde el día en que el albañil había terminado las paredes de barro, ese barro que se veía en todas partes, secándose, disgregándose, cayendo en fino polvo noche y día… Lo miró y sonrió.

–Mi mujer quiere saber si le gustan los fideos -dijo Daoud Zozeph.

–Sí, naturalmente -contestó Kit, tratando de mirarse en el espejo descascarado que colgaba sobre el lavabo. No veía absolutamente nada.

–Bien. Debo decirle que mi mujer no habla francés.

–Ah, sí. Usted tendrá que hacer de intérprete.

Desde la tienda llegó un golpe sordo. Daoud Zozeph se disculpó y atravesó el patio. Kit cerró la puerta, descubrió que no tenía llave, se quedó esperando. Hubiera sido tan fácil que uno de los guardias del fuerte la siguiera… Pero dudaba de que lo hubieran pensado a tiempo.

Se sentó en la horrible cama y se quedó mirando la pared opuesta. De la lámpara subía una columna de humo acre.

La cena fue increíblemente mala. Se obligó a tragar unas bolas amorfas de masa fritas en grasa pesada y servidas frías, los trozos de carne cartilaginosa y el pan húmedo, murmurando vagos cumplidos que fueron recibidos con entusiasmo y que incitaron a sus anfitriones a servirle más. Durante la comida miró varias veces su reloj de pulsera. Tunner estaría esperando ahora en el jardín público y desde allí subiría al fuerte. En ese momento empezarían los líos; Daoud Zozeph no dejaría de enterarse al día siguiente por boca de sus clientes.

Madame Daoud Zozeph hacía enérgicos gestos para que Kit siguiera comiendo; clavaba los ojos brillantes en el plato de la invitada. Kit la miró y le sonrió.

–Dígale a *madame* que la emoción me ha quitado un poco el apetito, pero que me gustaría llevarme al cuarto alguna cosa para más tarde. Un poco de pan sería perfecto.

–Pero por supuesto. Por supuesto.

Cuando estaba en su cuarto, *madame* Daoud Zozeph le llevó una bandeja de trozos de pan. Kit se lo agradeció y le dio las buenas noches, pero su anfitriona, que no estaba dispuesta a irse, le dio a entender que quería ver lo que había en el neceser de viaje. Kit estaba decidida a no abrirlo delante de ella; en Sbâ, los billetes de mil francos se convertirían rápidamente en una leyenda. Hizo como que no entendía; palmeó el maletín, meneó la cabeza y se rió. Después, volviéndose hacia la bandeja de pan, reiteró las gracias. Pero los ojos de *madame* Daoud Zozeph no se despegaban de la maleta. Del patio llegaron cacareos y aleteos. Daoud Zozeph apareció con una gallina gorda, que depositó en mitad del cuarto.

–Contra los bichos -explicó, señalando la gallina.

–¿Los bichos? – repitió Kit.

–Si llega a asomarse un escorpión en cualquier rincón, ¡tac! ¡Se lo come!

–¡Ah! – simuló un bostezo.

–Sé que *madame* está nerviosa. Con nuestra amiga aquí se sentirá mejor.

–Esta noche tengo tanto sueño que nada puede ponerme nerviosa.

Se dieron la mano solemnemente. Daoud Zozeph empujó a su mujer fuera de la habitación y cerró la puerta. La gallina estuvo escarbando un minuto en el polvo, después saltó al reborde del lavabo y no se movió. Kit se sentó en la cama y se quedó mirando la llama vacilante de la lámpara; la habitación estaba llena de humo. No sentía ansiedad; sólo una enorme impaciencia por dejar atrás todo ese decorado ridículo, por borrarlo de su conciencia. Se levantó, pegó la

oreja a la puerta. Oyó rumor de voces; de vez en cuando, a lo lejos, un ruido sordo. Se puso el abrigo, se llenó los bolsillos de trozos de pan y se sentó de nuevo a esperar.

De vez en cuando suspiraba profundamente. Una vez se levantó para bajar la mecha de la lámpara. Cuando vio en su reloj que eran las diez se acercó de nuevo a la puerta a escuchar. La abrió: el patio resplandecía bajo la reverberación de la luna. Volvió al cuarto, tomó el albornoz de Tunner y lo arrojó debajo de la cama. El remolino de polvo estuvo a punto de hacerla estornudar. Tomó el bolso y la maleta y salió, cuidando de cerrar la puerta. Al atravesar el cuarto interior tropezó y estuvo a punto de perder el equilibrio. Más lentamente, entró en la tienda, siguió el borde del mostrador, apoyando en él las yemas de los dedos de la mano izquierda. La puerta tenía un cerrojo sencillo, que levantó sin dificultad aunque con un fuerte chirrido. Abrió rápidamente y salió.

La luz de la luna era violenta; recorrer la calle blanca era como andar al sol. «Cualquiera podría verme.» Pero no había nadie. Fue directamente al borde de la ciudad, allí donde el oasis invadía los patios de las casas. Abajo, en la vasta masa negra que formaban las copas de las palmeras, seguían redoblando los tambores. El sonido llegaba desde el *ksar,* la aldea negra situada en el centro del oasis.

Dobló por una callejuela larga y recta, bordeada por tapias altas detrás de las cuales susurraban las palmeras y el agua gorgoteaba. De vez en cuando se amontonaba contra la pared una pila blanca de hojas secas de palmera. Cada vez creía ver un hombre sentado a la luz de la luna. La calle tortuosa la acercaba al sonido de los tambores; desembocó en una plaza llena de acequias y acueductos que corrían paradójicamente en todas direcciones; parecía un complicadísimo ferrocarril de juguete. Desde allí, varios senderos llevaban al oasis. Eligió el más estrecho porque pensó que tal vez contorneara el *ksar,* y siguió adelante. El sendero serpenteaba entre las tapias.

El ruido de los tambores aumentaba: ahora oía voces que repetían rítmicamente un estribillo, siempre el mismo. Eran voces de hombres, parecían ser muchos. A veces, cuando llegaba a lugares más sombríos, se detenía a escuchar, con una sonrisa indescifrable en los labios.

El maletín empezaba a pesarle. Lo cambiaba de mano cada vez con más frecuencia. Pero no quería detenerse a descansar. A cada instante estaba a punto de volver atrás y tomar otra calleja para no salir de pronto al centro del *ksar.* La música parecía a veces muy cercana, pero los árboles y las tapias tortuosas no permitían afirmarlo. Cuando le parecía que estaba al lado, separada tan sólo por una pared y unos pocos metros de jardín, la música retrocedía de pronto en la distancia y quedaba casi tapada por el sonido seco del viento a través de las palmeras.

Y el rumor líquido de los arroyuelos que corrían por todas partes hizo su efecto sin que ella lo advirtiera: de pronto sintió la sequedad. La frialdad de la luna y el suave movimiento de las sombras contribuían a borrar esa impresión, pero pensó que sólo se sentiría totalmente satisfecha si pudiera estar rodeada de agua. De pronto, a través de una gran brecha de la pared, se quedó mirando un jardín. Alrededor de una vasta alberca se elevaban los troncos de graciosas palmeras. Se quedó contemplando la calma superficie oscura del agua; le era totalmente imposible saber si había pensado en bañarse justo antes o después de ver la alberca. De todas maneras, allí estaba. Pasó por la abertura de la pared desmoronada y dejó en el suelo la maleta antes de trepar la pila de escombros que le obstruía el camino. Ya en el jardín, se encontró quitándose la ropa. Notó con vaga sorpresa que sus actos se anticipaban mucho a su conciencia. Cada uno de sus movimientos le parecía la perfecta expresión de la ligereza y la gracia. «Ojo -se dijo-, ten cuidado.» Pero era la misma parte de su conciencia que le enviaba advertencias cuando bebía demasiado. En ese momento no tenía el menor sentido. «Los hábitos», pensó. «Cada vez que podría ser feliz, en lugar de dejarme ir, me contengo.» Hizo volar sus sandalias y se quedó desnuda en la sombra. Sentía nacer en su interior una extraña intensidad. Mientras miraba el jardín en calma tuvo la impresión de que por primera vez desde su infancia veía claramente los objetos. De pronto la vida estaba allí; ella no la miraba a través de la ventana, estaba dentro. La dignidad que nacía de sentirse parte de su poder y de su grandeza le era familiar, pero hacía muchos años que no la sentía. Dio unos pasos bajo la luz de la luna y avanzó lentamente hasta el centro de la alberca. El fondo de arcilla era resbaladizo; en el centro el agua le llegaba a la cintura. Mientras se sumergía entera, pensó: «Jamás volveré a ponerme histérica.» Pensó que nunca más en la vida volvería a sentir ese tipo de tensión, ese grado de preocupación por sí misma.

Se bañó largamente; el agua fría en la piel le despertó el impulso de cantar. Cada vez que se agachaba para recoger el agua en el cuenco de las manos, se le escapaba una canción sin palabras. De pronto se detuvo y escuchó. Ya no se oían los tambores, sólo las gotas de agua que caían de su cuerpo a la alberca. Terminó de bañarse en silencio; la exaltación había desaparecido, pero la vida no se había retirado de ella. «Aquí se queda», murmuró en voz alta, mientras se acercaba a la orilla. El abrigo le sirvió de toalla; saltaba para quitarse el frío mientras se secaba. Se vistió silbando entre dientes. A menudo se detenía y se quedaba escuchando un segundo para ver si podía oír las voces o los tambores que empezaban de nuevo. Por sobre su cabeza, entre las copas de los árboles, empezó a soplar el viento; cerca se oía el tenue goteo del agua. Nada más. De pronto le asaltó la sospecha de

que algo había sucedido a sus espaldas, de que el tiempo le había hecho una jugada: había pasado horas, no minutos, en la alberca, sin darse cuenta. En el *ksar* la fiesta había terminado, la gente se había dispersado y ella ni siquiera había tenido conciencia del silencio de los tambores. A veces ocurrían cosas absurdas como ésa. Se inclinó para recoger su reloj de pulsera de la piedra donde lo había dejado. No estaba; no podía verificar la hora. Buscó un momento, convencida de antemano de que no lo encontraría: su desaparición era parte de la mala jugada. Caminó con paso ligero hacia la pared y recogió la maleta, se echó el abrigo al brazo y dijo en voz alta al jardín: «¿Te crees que me importa?» Y soltó una carcajada antes de franquear la pared derrumbada.

Caminó con paso vivo concentrada en ese sentimiento de sólido placer que había reconquistado. Siempre había sabido que estaba ahí, detrás de las cosas, pero había aceptado mucho tiempo atrás que no fuera una condición natural de la vida. Había reencontrado la alegría de ser y se dijo a sí misma que se aferraría a ella a costa de lo que fuere. Sacó un pedazo de pan del bolsillo del abrigo y lo comió vorazmente.

El callejón se ensanchaba, sus paredes retrocedían siguiendo la línea de vegetación. Había llegado al *oued,* que formaba en ese lugar un valle abierto y chato, salpicado de pequeñas dunas. De vez en cuando un tamarisco llorón tendía sobre la arena su masa de humo gris. Sin vacilar se dirigió al árbol más próximo y depositó la maleta. Todo alrededor del tronco las ramas plumosas barrían la arena, formando como una tienda. Se puso el abrigo, se metió gateando y arrastró a su lado la maleta. Se durmió en seguida.

XXV

El Teniente d'Armagnac estaba en su jardín supervisando a Ahmed y a varios albañiles árabes ocupados en rematar el alto cerco de la casa con una corona de fragmentos de botella. Su mujer le había sugerido cien veces que añadieran esta protección suplementaria, y él, como buen colono, había prometido pero no cumplido; ahora que ella regresaba de Francia, la tendría lista como una agradable sorpresa más. Todo iba bien: el niño era sano, *madame* d'Armagnac estaba contenta y él iría a Argel a fines de mes para recibirlos. Aprovecharían para pasar unos días agradables en algún buen hotelito -una especie de segunda luna de miel- antes de volver a Bou Noura.

Es cierto que las cosas sólo iban bien en su pequeño universo personal; compadecía al Capitán Broussard allá, en Sbâ, y tembló al pensar que sólo por milagro se había salvado de esas preocupaciones. Decir que hasta había insistido para que los viajeros se quedaran en Bou Noura; por lo menos en ese sentido podía considerarse libre de responsabilidad. Ignoraba que el norteamericano estuviera enfermo,

de modo que no era culpa suya si se había ido a morir en territorio de Broussard. Pero claro está, una cosa era la muerte por tifoidea y otra la desaparición de una mujer blanca en el desierto, y ésta era la causa de todas las complicaciones. En torno a Sbâ el terreno no se prestaba a las exploraciones en jeep; además había sólo dos vehículos de este tipo en la región y las búsquedas no podían empezar en seguida porque lo más urgente era la cuestión del norteamericano muerto en el fuerte. Y todos habían imaginado que encontrarían a la mujer en la ciudad. Lamentaba no haberla conocido. Parecía divertida: la típica norteamericana con cierto tupé. Sólo una norteamericana era capaz de hacer algo tan insólito como encerrar a su marido enfermo en un cuarto y huir al desierto, dejándolo morir solo. Era inexcusable, desde luego, pero a él no le horrorizaba tanto como al parecer, a Broussard. Pero Broussard era un puritano. Se escandalizaba fácilmente y su propia conducta era desagradablemente irreprochable. Probablemente la muchacha era atractiva y él la detestaba porque había amenazado su equilibrio; le costaría perdonárselo.

El Teniente lamentó una vez más no haberla conocido antes de que se evaporase de la faz de la tierra. Al mismo tiempo el reciente retorno del tercer norteamericano a Bou Noura le provocaba sentimientos mezclados: personalmente el hombre le caía bien, pero confiaba en no verse mezclado en el asunto, no quería participar de ninguna manera. Sobre todo rogaba al cielo que no encontraran a la mujer en su territorio, ahora que se había convertido casi en protagonista de una *cause célebre.* Era probable que también ella estuviese enferma y la curiosidad por verla era contrarrestada por la temible perspectiva de complicaciones en su trabajo y de informes que preparar. *«Pourvu qu'ils la trouvent là-bas!»,* deseó con todas sus fuerzas.

Llamaron a la puerta. Ahmed la abrió de par en par. Allí estaba el norteamericano; venía todos los días en busca de noticias, y cada día parecía más abatido al enterarse de que no las había. «Yo sabía que el otro tenía problemas con su mujer, y el problema era éste», se dijo el Teniente al ver la cara preocupada de Tunner.

-*Bonjour, monsieur* -dijo cordialmente, adelantándose a recibirlo-. Lo mismo de siempre. Pero esto no puede durar.

Tunner lo saludó, meneando comprensivo la cabeza al escuchar las palabras previsibles. El Teniente se permitió un silencio de circunstancias antes de invitarlo a pasar al salón para tomar el habitual coñac. Desde su reciente llegada a Bou Noura, Tunner había llegado a considerar esas visitas matinales a la casa del Teniente como un estímulo moral necesario. El Teniente era de temperamento sanguíneo, su conversación ligera y su vocabulario fácil de entender. Era agradable estar sentado en la sala luminosa y el coñac fundía esos elementos en una experiencia placentera cuya repetición regular le

impedía hundirse en la desesperación.

Su anfitrión llamó a Ahmed y condujo a Tunner a la casa. Se sentaron frente a frente.

–Dos semanas más y seré de nuevo un hombre casado -dijo el Teniente con una gran sonrisa, pensando que tal vez todavía fuera posible mostrar a un norteamericano las muchachas de Ouled Naïl.

–Muy bien, muy bien -Tunner estaba distraído. «Dios ayude a la pobre *madame* d'Armagnac», pensó sombrío, «si tiene que pasarse aquí el resto de la vida». Desde la muerte de Port y la desaparición de Kit detestaba el desierto; oscuramente sentía que lo había privado de sus amigos. Era una entidad demasiado poderosa como para resistirse a personificarla. El desierto… su silencio mismo era como la admisión tácita de que albergaba una presencia semiconsciente. (El Capitán Broussard le había contado, una noche que estaba de humor locuaz, que inclusive los franceses que iban con el pelotón al desierto se las arreglaban para ver a los *dyins,* aunque su orgullo les impedía creer en ellos.) ¿Y qué era esto sino una manera simplista de interpretar esa presencia?

Ahmed trajo la botella y los vasos. Bebieron un momento en silencio; después el Teniente dijo, por decir algo:

–Ah, sí. La vida es asombrosa. Nada ocurre como uno lo imaginaba. Aquí esto se ve con la mayor claridad. Todos los sistemas filosóficos se desmoronan. A cada paso tropezamos con lo inesperado. Cuando su amigo apareció sin su pasaporte y acusó al pobre Abdelkader, ¿quién hubiera dicho que poco tiempo después le ocurriría semejante cosa? – y pensando que este razonamiento lógico podía ser mal interpretado, añadió-: Abdelkader lamentó mucho su muerte. No le guardaba rencor.

Tunner parecía no escuchar. Los pensamientos del Teniente tomaron otro rumbo.

–Dígame -empezó con cierta curiosidad-, ¿se las arregló usted para convencer al Capitán Broussard de que sus sospechas sobre la señora eran infundadas? ¿O sigue pensando que no estaban casados? En su carta me decía algunas cosas muy desagradables sobre ella. ¿Le mostró usted el pasaporte de *monsieur* Moresby?

–¿Qué? – dijo Tunner, sabiendo que iba a tener dificultades con su francés-. Ah, sí. Sí. Se lo di para que lo enviara al Cónsul, en Argel, junto con su informe. Pero nunca creyó que estuvieran casados porque la señora Moresby le prometió darle su pasaporte y en cambio se escapó. De modo que no sabía quién era ella realmente.

–¿Pero eran marido y mujer? – insistió suavemente el Teniente.

–Desde luego, desde luego -respondió Tunner con impaciencia; aceptar esa conversación le parecía una deslealtad.

–Y aunque así no fuera, ¿qué diferencia habría? – el Teniente

volvió a llenar los vasos y viendo que su invitado no tenía interés en seguir con el tema abordó otro cuyas asociaciones resultaran menos penosas. Pero Tunner lo siguió con el mismo escaso entusiasmo. En el fondo de sus pensamientos seguía reviviendo el día del entierro en Sbâ. La muerte de Port había sido el único hecho realmente inaceptable en su vida. Aun ahora no conseguía creerlo. Sabía ya que había perdido mucho, que Port había sido su amigo más entrañable (¿cómo no lo había reconocido antes?), pero tenía la impresión de que sólo más adelante, cuando hubiera aceptado plenamente el hecho de su muerte, podría medir el alcance de esa pérdida.

Tunner era un sentimental y le remordía la conciencia por no haberse opuesto más enérgicamente a la insistencia del Capitán Broussard en celebrar un entierro religioso. Tenía la impresión de haberse comportado como un cobarde; estaba seguro de que Port despreciaba esas tonterías y hubiera contado con su amigo para oponerse. Naturalmente, había replicado en seguida que Port no era católico, ni siquiera, en rigor de verdad, cristiano, y que en consecuencia era lógico ahorrarle esas paparruchas en su propio entierro. Pero el Capitán Broussard había replicado vivamente:

–Sobre eso sólo tengo su palabra, *monsieur.* Y usted no estaba con él cuando murió. Usted no tiene idea de cuáles fueron sus últimos pensamientos, cuál habrá sido su última voluntad. Aunque usted estuviera dispuesto a asumir la enorme responsabilidad de pretender que lo sabe, yo no podría aceptarlo. Soy católico, *monsieur* y además aquí mando yo. – Y Tunner había cedido. De modo que en lugar de ser enterrado anónimamente y en silencio, en la *hammada* o en el *ereg,* como seguramente Port hubiera deseado, había recibido sepultura oficial en el minúsculo cementerio cristiano situado detrás del fuerte. Para el alma sentimental de Tunner era una enorme injusticia, que había sido incapaz de impedir. Ahora consideraba que había sido débil y en cierto modo desleal. Por la noche, cuando esta idea no lo dejaba dormir, pensaba en volver a Sbâ y, en el momento propicio, ir al cementerio y destruir la absurda crucecita que habían puesto sobre su tumba. Era uno de esos gestos que lo hubieran hecho más feliz, pero sabía que no lo haría jamás.

En cambio, se decía, lo práctico, lo importante era ahora encontrar a Kit y llevarla de vuelta a Nueva York. Al principio había pensado que toda la historia de la desaparición era una especie de pesadilla ridícula, que al cabo de una semana Kit reaparecería como había ocurrido en el tren que los llevaba a Boussif. Y entonces había decidido esperar. Ahora que el plazo había transcurrido sin que Kit diera señales de vida, comprendió que esperaría mucho más, indefinidamente si era necesario.

Dejó el vaso en la mesa baja y respondiendo a sus propios

pensamientos, dijo:

–Me quedaré hasta que hayan encontrado a Mrs. Moresby -y se preguntó por qué se obstinaba tanto en eso, por qué la vuelta de Kit le obsesionaba. Desde luego, no estaba enamorado de la pobre muchacha. Le había hecho la corte por compasión (porque ella era una mujer), y por vanidad (porque él era un hombre) y la mezcla de los dos sentimientos había despertado el deseo adquisitivo del coleccionista de trofeos, nada más. En ese punto de su razonamiento advirtió su tendencia a omitir todo el episodio de su intimidad con ella, y a pensar en Kit tal como se le apareció con Port, cuando los conoció; entonces tuvo la impresión profunda de que eran los dos seres que más había querido conocer en este mundo. Así le pesaba menos sobre la conciencia; porque más de una vez se preguntó qué habría ocurrido en Sbâ, aquel día de locura, cuando Kit se negó a abrir la puerta del cuarto del enfermo y si ella le habría contado a Port su infidelidad. Esperaba fervientemente que no; no quería pensarlo siquiera.

–Sí -dijo el Teniente d'Armagnac-. No lo veo volver a Nueva York para que todos sus amigos le pregunten: «¿Qué hiciste con *madame* Moresby?» Sería muy embarazoso.

Tunner se crispó. Decididamente no podía. Los que conocían las dos familias ya estarían planteándose mutuamente la cuestión (puesto que había comunicado a la madre de Port las desdichadas noticias en dos cables enviados con tres días de intervalo, en la esperanza de que Kit apareciera), pero ellos estaban allá y él aquí, y no tenía que contestarles cuando le dijeran: «¡Así que los dos, hemos perdido a los dos, a Kit y a Port!» Era una de esas cosas que no iba, que no podía ocurrir y él sabía que si se quedaba en Bou Noura el tiempo suficiente, terminaría por encontrarla.

–Muy embarazoso -reconoció con una risita incómoda. Aun la muerte de Port sería difícil de explicar. Habría quien diría: «Por amor de Dios, ¿no podías meterlo en un avión y mandarlo a un hospital cualquiera, aunque fuese a Argel? ¡La tifoidea no va tan rápido, vamos!» Y él tendría que admitir que los había dejado y se había ido solo, que no había sido capaz de «hacerse» al desierto. Aun así, enfrentarlo todo sin sufrir demasiado; Port no se había preocupado de vacunarse contra ninguna enfermedad antes de iniciar su viaje. Pero volver sin Kit era desde todo punto de vista impensable.

–Naturalmente -aventuró el Teniente, imaginando de nuevo las complicaciones que podría traerle la reaparición de la norteamericana como no fuera en perfecto estado, y luego su traslado a Bou Noura para reunirse con Tunner-, que usted se quede o no, no influirá en el éxito de las búsquedas -apenas oyó las palabras que salían de su boca se avergonzó, pero era demasiado tarde; ya habían sido dichas.

–Lo sé, lo sé -dijo Tunner con vehemencia-. De todos modos me quedo -no había más que decir; el Teniente d'Armagnac no volvería a plantear la cuestión.

Siguieron conversando un rato. El Teniente aludió a la posibilidad de hacer, una noche, una visita al *quartier réservé.*

–Una de estas noches -dijo Tunner sin entusiasmo.

–Usted necesita distraerse un poco. No es bueno cavilar tanto. Conozco exactamente la muchacha que... -se detuvo al recordar, por experiencia, que las sugestiones explícitas de esa naturaleza suelen destruir el interés que pretenden despertar. El cazador no quiere que otro elija y levante la presa por él, aunque ésta sea la única manera de cobrarla.

–Bueno, bueno -dijo Tunner distraído.

Se levantó en seguida para irse. Volvería la mañana siguiente y la otra y todas las mañanas hasta que un día el Teniente d'Armagnac lo recibiera en la puerta con una nueva luz en los ojos y le anunciara: *«En fin, mon ami!* ¡Por fin buenas noticias!»

Ya en el jardín miró la tierra desnuda, calcinada. Un hervidero de enormes hormigas rojas agitaban beligerantes las patas delanteras y las mandíbulas. Ahmed cerró la puerta y Tunner volvió, sombrío, a la pensión.

Almorzó en el comedorcito recalentado contiguo a la cocina y bebió una botella entera de *vin rosé* para ayudar la digestión. Después, embotado por el vino y el calor, subió a su cuarto, se desvistió y se echó en la cama para dormir hasta que, al declinar el sol, el paisaje hubiera perdido algo de la luz venenosa que irradian las piedras a mediodía. Los paseos hasta las ciudades de los alrededores eran agradables: Igherm, resplandeciendo en la colina; la aglomeración más importante de Bene Isguen en el fondo del valle, Tadjmout con sus casas de terrazas rosadas y azules, y en todas el gran palmeral donde los habitantes habían construido sus palacios de verano, palacios como de juguete, de barro rojo y cañizo pálido, donde los pozos chirriaban incesantes y el sonido del agua gorgoteando en los estrechos acueductos desmentía la terrible sequedad de la tierra y del aire. A veces se limitaba a caminar hasta la gran plaza del mercado, sin salir de Bou Noura, y sentado bajo los soportales, seguía los progresos de alguna transacción interminable en que tanto el comprador como el vendedor empleaban todos los recursos histriónicos posibles, a falta de lágrimas de verdad, en su lucha por subir o bajar el precio. Ciertos días despreciaba a esas gentes absurdas, esos seres irreales que no se podían contar en serio entre los habitantes del planeta. Eran días en que lo ponían furioso las suaves manos de los niños pequeños que, en la calle llena de gente, se colgaban de sus ropas y se apretaban contra él. Al principio había

pensado que eran rateros; después comprendió que lo utilizaban simplemente como palanca para avanzar más rápido en la multitud, como hubieran hecho con una pared o un árbol. Eso lo irritaba todavía más y los rechazaba con violencia. No había uno que no fuera escrofuloso y la mayoría, completamente pelados, tenían el cráneo lleno de costras oscuras, cubiertas de moscas.

Pero otros días, cuando estaba menos nervioso, se sentaba a contemplar la calma con que los viejos atravesaban lentamente el mercado, y se decía que si la edad le daba tanta dignidad, consideraría que no había perdido su vida. Porque el porte de esos viejos era simplemente la expresión natural del bienestar y la satisfacción interiores. Sin pensarlo demasiado, llegó a la conclusión de que sus existencias habrían valido la pena de ser vividas.

Por las noches, en el salón, jugaba al ajedrez con Abdelkader, adversario de movimientos lentos, pero nada desdeñable. Como resultado de esas sesiones nocturnas los dos se habían hecho muy amigos. Cuando los criados habían apagado todas las lámparas y linternas del establecimiento salvo la del rincón donde estaba el tablero, y eran las dos únicas personas despiertas, tomaban a veces un Pernod. Después, sonriendo como un conspirador, Abdelkader lavaba los vasos y los guardaba; nadie debía saber que había bebido una gota de alcohol. Tunner se acostaba y dormía pesadamente. Se despertaba al amanecer pensando: «Tal vez hoy…», y hacia las ocho subía en *shorts* al tejado, a tomar un baño de sol; allí le llevaban el desayuno y mientras tomaba el café estudiaba los verbos franceses. Después iba aumentando su ansiedad por las noticias y salía para su averiguación de todas las mañanas.

Sucedió lo inevitable: después de innumerables vueltas alrededor de Messad, los Lyle llegaron a Bou Noura. El mismo día, un poco más temprano, unos franceses llegaron en un viejo coche militar y tomaron habitaciones en la pensión. Tunner estaba almorzando cuando oyó el rugido familiar del Mercedes. Hizo una mueca: «qué pesado tener a esos dos rondando por allí». No estaba de humor para obligarse a ser cortés. Con los Lyle apenas había tenido una relación pasajera, en parte porque se habían marchado de Messad dos días después de haberlo llevado hasta allí, y en parte porque no deseaba seguir esa relación. Mrs. Lyle era una hembra agria, gorda y charlatana, y Eric un mocoso maleducado y pretencioso; esos eran sus sentimientos y no pensaba cambiarlos. No había relacionado a Eric con el episodio de los pasaportes; suponía que habían sido robados al mismo tiempo en el hotel de Aïn Krorfa por algún nativo relacionado con el elemento dudoso que proveía a los legionarios de Messad.

Ya en el vestíbulo oyó a Eric que hablaba con voz ahogada:

–Oh, mamá, ¿qué hacemos ahora? Ese Tunner sigue dando vueltas

por aquí.

Evidentemente estaba mirando el registro de la pensión por encima del mostrador. Y en un aparte, la mujer le reprendió:

–¡Eric, especie de idiota! ¡Cállate!

Tunner bebió el café y salió por una puerta lateral al sol sofocante, con la esperanza de evitarlos y de volver a su cuarto mientras almorzaban. Lo logró. En mitad de la siesta llamaron a la puerta. Le llevó un momento despertarse. Abrió y se encontró con Abdelkader que le sonreía disculpándose.

–¿Le molestaría mucho si le cambiáramos de cuarto? – le preguntó.

Tunner quiso saber por qué.

–Las únicas habitaciones actualmente libres están separadas por la suya. Acaba de llegar una señora inglesa con su hijo, y quiere tenerlo en el cuarto contiguo. Le da miedo estar sola.

Este retrato de Mrs. Lyle trazado por Abdelkader no coincidía con su propia idea del personaje.

–Muy bien -gruñó-. Da lo mismo un cuarto que otro. Mándeme a los boys para que me muden -Abdelkader le palmeó el hombro con un gesto de afecto. Los boys abrieron la puerta que comunicaba su cuarto con el contiguo y empezaron a hacer el cambio. En mitad de la mudanza Eric entró en el cuarto que los criados estaban vaciando. Al ver a Tunner se detuvo bruscamente.

–¡Ah! – exclamó-. ¡Usted por aquí, viejo! Yo lo hacía ya en Tombuctu.

–Hola, Lyle -dijo Tunner. Ahora que lo tenía delante, le costaba mirarlo o tenderle la mano. No se había dado cuenta de que le era tan desagradable.

–Perdone este capricho tonto de mi madre. Está agotada por el viaje. El tramo de Messad hasta aquí es espantoso, y tiene los nervios de punta.

–Cuánto lo siento.

–Comprende por qué lo echamos de aquí, ¿verdad?

–Sí, sí -dijo Tunner, furioso de oírle describir así la situación-. Cuando ustedes se vayan, yo volveré a este cuarto.

–Claro. ¿Ha tenido recientemente noticias de los Moresby?

Cuando decidía mirar a su interlocutor a la cara, Eric tenía la costumbre de escrutarla, como si diera muy poca importancia a las palabras y en cambio tratara de leer entre líneas lo que se decía, descubrir lo que el otro pensaba realmente. Tunner tuvo en ese momento la impresión de que Eric lo observaba con más atención que de costumbre.

–Sí -dijo Tunner con un esfuerzo-. Están muy bien. Discúlpeme. Me parece que voy a terminar la siesta -por la puerta de paso entró en la habitación contigua. Cuando los boys terminaron de traer las cosas

cerró con llave y se tendió en la cama, pero no pudo dormir.

–¡Dios, que baboso! – dijo en voz alta, y furioso consigo mismo por haber capitulado-. ¿Quién diablos cree que son? – añadió. Esperaba que los Lyle no le hicieran otras preguntas sobre Kit y Port; estaría obligado a contarles, y no quería. Para ellos, esperaba mantener en secreto la tragedia; la conmiseración de los Lyle le sería insoportable.

Un poco más tarde pasó por el salón. En la débil luz de sótano, tintineaban las tazas de té de los Lyle. Mrs. Lyle había desparramado algunas de sus viejas fotografías que se apoyaban en los rígidos almohadones de piel del respaldo del diván; le estaba regalando una a Abdelkader para que la colgara junto al viejo fusil que adornaba la pared. Vio a Tunner que vacilaba en el umbral y se levantó en la penumbra para recibirlo.

–¡Mr. Tunner! ¡Qué alegría! ¡Y qué sorpresa verle! ¡Qué suerte la suya marcharse a tiempo de Messad! O qué ojo, no sé. ¡Cuando regresamos de nuestro viaje por los alrededores, el tiempo era decididamente horrible! ¡Oh, un espanto! Naturalmente, me dio la malaria y tuve que meterme en cama. Y naturalmente, Eric complicó aún más las cosas con su estupidez.

–Me alegro de volver a verla -dijo Tunner. Creía haberse despedido definitivamente en Messad, y descubría que le quedaba ahora muy poca cortesía.

–Mañana iremos en el coche a visitar unas ruinas muy viejas. Tiene que venir con nosotros. Será muy excitante.

–Es usted muy amable, Mrs. Lyle…

–¡Venga a tomar el té! – exclamó, tirándole por la manga.

Pero Tunner se disculpó, y salió hacia el palmeral donde caminó kilómetros bajo los árboles, entre las paredes, con la sensación de que nunca saldría de Bou Noura.

Sin razón alguna, la probabilidad de que Kit apareciera le parecía más remota que nunca, ahora que los Lyle andaban por los parajes. Inició el regreso a la caída del sol y cuando llegó a la pensión era de noche. Habían deslizado un telegrama por debajo de su puerta; el mensaje estaba escrito con tinta color violeta y era casi ilegible. Venía del Cónsul norteamericano en Dakar en respuesta a uno de sus numerosos cables: SIN INFORMACIÓN SOBRE KATHERINE MORESBY AVISAREMOS SI LLEGA. Lo arrojó en la papelera y se sentó sobre las maletas de Kit. Algunas habían sido de Port; ahora pertenecían a Kit, pero estaban todas en su cuarto, esperando.

«¿Cuánto más puede durar esto?», se preguntó. Se sentía fuera de su elemento; la inactividad total le atacaba los nervios. Estaba muy bien proceder correctamente y esperar a que Kit reapareciera en algún lugar del Sáhara, ¿pero supongamos que no apareciera nunca? ¿Supongamos -había que prever la posibilidad- que ya estuviera

muerta? Había que fijar un límite a su espera, un día que sería el último en Bou Noura. Después se vio entrando en el departamento de Hubert David, en East Fifty-fith Street, donde había encontrado por primera vez a Port y a Kit. Todos sus amigos estarían allí: algunos manifestarían ruidosamente su simpatía; otros se mostrarían indignados; otros, como quien sabe algo, sin decir nada pero pensándolo; otros, para quienes toda la historia sería un episodio glorioso y romántico, trágico sólo por el momento. Pero Tunner no quería ver a ninguno de ellos. Cuanto más se quedara en Bou Noura más remoto terminaría siendo el incidente y más imprecisa la culpa que le atribuyeran, eso era seguro.

Esa noche disfrutó menos que de costumbre de la partida de ajedrez. Abdelkader lo vio preocupado y de pronto le sugirió que interrumpieran el juego. Se alegró de tener la oportunidad de acostarse temprano y se descubrió confiando en que su nueva cama no le deparase una mala sorpresa. Se despidió de Abdelkader hasta la mañana y subió lentamente las escaleras, seguro ya de que pasaría en Bou Noura todo el invierno. La vida era barata; el dinero le alcanzaría.

Lo primero que notó al entrar en su cuarto fue que la puerta de comunicación estaba abierta. La luz estaba encendida en las dos habitaciones y una luz más pequeña y más intensa se movía junto a su cama. Eric Lyle tenía una linterna eléctrica en la mano. Durante un instante ninguno de los dos se movió. Después, con una voz que trataba de parecer segura de sí misma, Eric dijo:

¾ ¿Sí? ¿Quién es?

Tunner cerró la puerta y se acercó a la cama; Eric se apoyó contra la pared. Apuntó con la linterna a la cara de Tunner.

–¿Quién…? ¡No me diga que me he equivocado de cuarto! – lanzó una risita débil, pero fue como si al oírla hubiera recuperado el coraje-. ¡Veo por su cara que sí! ¡Qué horror! Acabo de llegar. Cierto que todo me pareció un poco raro -Tunner no dijo nada-. He de haber entrado automáticamente en este cuarto porque este mediodía mis cosas todavía estaban aquí. ¡Dios mío! Estoy tan reventado que no me doy cuenta de nada.

Tunner estaba siempre dispuesto a creer lo que le decían; era por naturaleza poco desconfiado y aunque al principio tuvo ciertas sospechas, el lamentable monólogo le convenció. Estaba por decir: «No tiene importancia», cuando sus ojos bajaron hasta la cama. Uno de los maletines había sido abierto y la mitad de su contenido estaba apilado sobre la manta.

Tunner levantó lentamente la mirada. Al mismo tiempo adelantó el cuello de manera que Eric lanzó un chillido de espanto.

–¡Oh! – exclamó aterrado.

En cuatro zancadas Tunner llegó al rincón donde Eric se había

clavado.

–¡Hijo de puta! – lo agarró con la mano izquierda por la camisa y lo sacudió. Sin soltarlo, retrocedió un paso y desde una distancia cómoda le asestó un puñetazo, no demasiado fuerte. Eric cayó contra la pared y se quedó apoyado en ella, como paralizado, los ojos brillantes clavados en la cara de Tunner. Cuando fue evidente que no iba a reaccionar de alguna manera, Tunner se le acercó, lo levantó quizá con intención de darle otro tortazo si le venían de nuevo las ganas. Cuando lo tenía agarrado por las ropas, brotó un sollozo en mitad de la respiración jadeante de Eric, y sin apartar de Tunner su mirada penetrante, le dijo en voz baja pero claramente:

–Pégueme.

Estas palabras pusieron furioso a Tunner.

–Con mucho gusto -replicó, dándole más fuerte que antes, mucho más fuerte, pues Eric se desplomó y no se movió. Tunner miró con asco la cara blanca y gorda. Después volvió a meter las cosas en el maletín, lo cerró y se quedó inmóvil, tratando de poner en orden sus ideas. Al cabo de un momento Eric empezó a moverse y se quejó. Tunner lo levantó, lo empujó hacia la puerta y con un violento empellón lo precipitó en el cuarto contiguo. Cerró con un portazo y corrió el cerrojo. No se sentía del todo bien. La violencia de los demás lo perturbaba; la suya mucho mas.

A la mañana siguiente los Lyle se habían ido. La fotografía, un estudio en sepia de un aguatero peúhl con la famosa Mezquita Roja de Djenné en el fondo, quedó clavada en el salón, sobre el diván, todo el invierno.

TERCERA PARTE

El cielo

A partir de cierto punto no hay retorno
posible. Ése es el punto al que hay que llegar.

KAFKA

XXVI

Cuando abrió los ojos supo inmediatamente dónde estaba. La luna declinaba. Se envolvió las piernas con el abrigo y se estremeció un poco, sin pensar en nada. Había una parte de su espíritu que sufría, necesitaba descansar. Era bueno estar allí tendida, simplemente, existir y no hacerse preguntas. Estaba segura de que si quería podía empezar a recordar todo lo que había ocurrido. Le bastaba un pequeño esfuerzo. Pero así como estaba se sentía bien, con esa cortina opaca que la aislaba. No sería ella quien la levantara para hundir la mirada en el abismo de la víspera y sufrir de nuevo su dolor y su remordimiento. Ahora, lo que había ocurrido antes era vago, imposible de identificar. Apartó resueltamente su pensamiento, se negó a examinarlo y dedicó todos sus esfuerzos a levantar una barrera

segura entre ella misma y lo otro. Como un insecto urde su capullo para hacerlo más espeso y más resistente, así su mente trataba de consolidar ese fino tabique, el punto amenazado de su ser.

Descansaba tranquila, los pies recogidos debajo del cuerpo. La arena era suave, pero el frío penetraba sus ropas. Cuando sintió que no podía seguir soportando el temblor, salió arrastrándose de debajo del árbol protector y se puso a andar de un lado a otro con la esperanza de entrar en calor. El aire estaba inmóvil, no soplaba una brisa y de un minuto a otro el frío aumentaba. Comenzó a alejarse cada vez más, masticando pan. Cada vez que volvía al tamarisco tenía la tentación de deslizarse debajo de sus ramas y dormir. Pero al aparecer la primera luz del alba, estaba completamente despierta y no tenía frío.

El desierto nunca es tan bello como en la penumbra del alba o del crepúsculo. El sentido de la distancia se pierde: una ondulación muy cercana de la arena puede ser una cadena montañosa alejada, cada pequeño detalle puede cobrar la importancia de una variante capital del tema repetido del paisaje. La llegada del día promete un cambio, pero cuando ha alcanzado la plenitud, el observador sospecha que es una vez más el mismo, el mismo día que ha estado viviendo durante mucho tiempo, una y otra vez, ese día enceguecedor que el tiempo no ha empañado. Kit respiró profundamente, miró a su alrededor la línea suave de las pequeñas dunas, la inmensa y pura claridad que se levantaba detrás del borde mineral de la *hammada,* el bosque de palmeras aún sumido en la noche, y supo que no era el mismo día. Aún bajo la luz plena, con la aparición del sol enorme, cuando la arena, los árboles y el cielo fueron recuperando su aspecto cotidiano y familiar, no tuvo la menor duda de que ese era un día nuevo y totalmente aparte.

Desde el *oued* bajaba una caravana formada por más de veinticuatro camellos cargados con abultados fardos de lana. Algunos hombres a pie acompañaban a los animales. Cerraban la procesión dos jinetes montados en dos altos mehara; los anillos en las narices y las riendas les daban una expresión aún más desdeñosa que la de los que los precedían. Aun antes de ver a los dos hombres supo que los acompañaría, y esa certidumbre le dio una inesperada sensación de poder: en vez de sentir los presagios, ahora los creaba, *era* los presagios. Pero este descubrimiento de sus nuevas posibilidades no le asombró demasiado. Salió al encuentro de la procesión y agitó los brazos. Y antes de que los animales se detuvieran, corrió hasta el árbol y extrajo la maleta. Los dos jinetes la miraron y luego se miraron estupefactos. Tiraron de las riendas de sus respectivos mehara y se agacharon hacia ella con fascinada curiosidad.

Como cada uno de sus gestos estaba imbuido de autoridad,

expresaba una convicción absoluta y no la traicionaba el menor signo de vacilación, no se les ocurrió siquiera oponerse cuando ella pasó la maleta a uno de los hombres a pie y les indicó con gestos que la sujetaran en lo alto de los bultos que transportaba el camello más cercano. El hombre miró a sus amos y como no vio en sus caras que se opusieran a sus órdenes, obligó al animal reacio a arrodillarse para recibir la carga suplementaria. Los otros camelleros observaron en silencio cómo volvía hasta los jinetes y tendiendo los brazos hacia el más joven de los dos, decía en inglés:

—¿Hay lugar para mí?

El jinete sonrió. Obligó a su mehari, que protestó ruidosamente, a arrodillarse. La mujer se sentó de costado, a poca distancia del hombre. Cuando el animal se incorporó, el hombre se vio obligado a sostenerla, pasándole el brazo por la cintura para que no se cayera. Los dos jinetes se rieron un poco y cambiaron unas breves observaciones mientras reanudaban el camino a lo largo del *oued*.

Al cabo de un rato abandonaron el valle para atravesar una vasta zona árida y sembrada de piedras. Delante de ellos se levantaban las dunas amarillas. Bajo el calor del sol, las lentas subidas a las crestas y los serenos descensos se alternaban sin cesar, y ella sentía la presión viviente, insistente, del brazo del hombre. No se planteaba problemas; se contentaba con estar tranquila y ver el suave e inmutable paisaje. En realidad se le ocurrió varias veces que no se movían, que el borde afilado de la duna por el que se desplazaban era la misma duna que habían dejado atrás mucho antes, que no era cuestión de ir a alguna parte cuando no estaban en ninguna. Y estas sensaciones le produjeron una ligera turbación. «¿Estoy muerta?», se dijo, pero sin angustia, porque sabía que no. Mientras pudiera hacerse la pregunta: «¿Existe algo?», y responder: «Sí», no podía estar muerta. Y había el cielo, el sol, la arena, la cadencia lenta y monótona del mehari. Aunque llegara el momento, pensó por fin, en que ya no pudiera responder, la pregunta abierta seguiría allí delante, y ella sabría que estaba viva. La idea la tranquilizaba. Se sintió reanimada, se apoyó contra el hombre y entonces se dio cuenta de que estaba sumamente incómoda. Hacía tiempo que debía de tener las piernas dormidas. El dolor creciente la obligaba a cambiar constantemente de posición, a sacudirse y retorcerse. El jinete aumentó la presión del brazo y dijo unas palabras a su compañero; los dos se echaron a reír.

A la hora de más calor divisaron un oasis. Las dunas se nivelaban y el suelo se volvía casi llano. En un paisaje teñido de gris por el exceso de luz, los pocos cientos de palmeras fueron al principio una línea de un gris más oscuro en el horizonte, línea que bajo la mirada cambiaba de espesor y se movía como un líquido fluyente: una franja ancha, un largo acantilado gris, después nada, después, una vez más, el fino

trazo de la frontera entre el cielo y la tierra. Contempló el fenómeno desapasionadamente, sacó del bolsillo del abrigo tendido sobre el lomo descuajeringado del mehari un trozo de pan. Estaba completamente seco.

–*Stenna, stenna. Chouia, chouia* -dijo el hombre.

De la masa indecisa del horizonte se desprendió en seguida un objeto aislado que se elevó de pronto en el aire como un djinn. Un instante después se achicaba, se acortaba, era sólo una palmera distante absolutamente inmóvil al borde del oasis. Prosiguieron en calma aproximadamente una hora antes de llegar hasta los árboles. Un muro bajo circundaba el pozo. No había nadie. Las palmeras crecían dispersas: sus ramas, más grises que verdes, brillaban con un reflejo metálico y casi no daban sombra. Los camellos, liberados de la carga, se echaron satisfechos. Los criados desembalaron enormes mantas rayadas, un servicio de té de níquel, paquetes de pan, dátiles y carne. Apareció un odre negro de piel de carnero con una espita de madera y los tres bebieron: el agua del pozo se consideraba buena para los animales y los camelleros. Kit se sentó en el borde de la manta, y apoyada en el tronco de una palmera, contempló los lentos preparativos de la comida. Cuando estuvo lista comió con apetito y la encontró deliciosa; pero no bastó para satisfacer a sus anfitriones que la obligaban a seguir tragando cuando ya no podía más.

–*Smitsek? Kuli!* -le decían, poniéndole delante de la cara pequeños trozos. El más joven trató de meterle unos dátiles entre los dientes, pero ella se echó a reír y sacudió la cabeza, haciéndolos caer sobre la alfombra; el otro se apresuró a recogerlos y a comerlos. De uno de los bultos los criados sacaron leña con la que hicieron un fuego para preparar el té. Cuando todo estuvo listo -el té bebido, hecho por segunda vez y de nuevo bebido- era mediada la tarde. El sol seguía ardiendo en el cielo.

Junto a los dos mehara echados, los criados extendieron otra manta donde los hombres la invitaron a recostarse, aprovechando la sombra que proyectaban los animales. Kit obedeció y se acostó en el lugar que le indicaban, es decir, entre los dos hombres. El más joven no tardó en tirarla hacia sí y abrazarla estrechamente. Kit lanzó un grito y trató de incorporarse, pero él no la dejaba. El otro dijo unas palabras en tono seco, señalando a los camelleros que sentados y apoyados en el parapeto del pozo, trataban de disimular su regocijo.

–*Luh, Belqassim! Essbar!* -susurró, meneando la cabeza con desaprobación y acariciándose amorosamente la barba. Belqassim no estaba nada contento, pero como todavía no tenía barba, se sintió obligado a aceptar el prudente consejo. Kit se sentó, se acomodó las ropas y miró al hombre mayor:

–Gracias -le dijo. Después trató de pasar por encima de él para

quedar separada de Belqassim, pero él la rechazó brutalmente y la tendió sobre la manta, meneando la cabeza.

–*Nassi* -dijo, indicándole que durmiera. Kit cerró los ojos. El té caliente la había amodorrado, y como Belqassim no daba señales de querer molestarla, se aflojó y se durmió profundamente.

Tenía frío. Estaba oscuro, le dolían los músculos de la espalda y las piernas. Se sentó, miró a su alrededor, vio que estaba sola. Aún no había salido la luna. Cerca, los camelleros hacían fuego arrojando ramas enteras de palmera sobre las llamas ya altas. Se recostó de nuevo y contempló el cielo; las palmeras enrojecían cada vez que se añadía una nueva rama a la hoguera.

De pronto el más viejo, de pie junto a ella al borde de la manta, le hizo señas de que se levantara. Kit obedeció, lo siguió un corto trecho hasta una ligera depresión, detrás de un grupo de palmeras jóvenes. Allí, en el centro de una manta blanca, estaba la silueta oscura de Belqassim mirando el lugar del cielo donde pronto aparecería la luna. Belqassim tendió el brazo y tirando de la falda de Kit la tumbó bruscamente a su lado. «¡No, no, no!», gritó Kit mientras él le echaba la cabeza hacia atrás, y las estrellas se precipitaban en el espacio negro. Pero él la envolvía entera, con una fuerza invencible. Kit no podía hacer un solo movimiento que él no autorizara. Al principio se puso rígida, jadeante de cólera, luchando encarnizadamente contra él, aunque toda la batalla se librara en su interior. Después reconoció su impotencia y la aceptó. En seguida sólo tuvo conciencia de los labios del hombre, del aliento que salía de ellos, delicado y fresco como una mañana primaveral de la infancia. Había una especie de animalidad en la firmeza con que la abrazaba, afectuoso, sensual, totalmente irracional, suave pero tan decidido que sólo la muerte podía vencerlo. Estaba sola en un universo vasto e irreconocible, pero sola apenas un instante porque comprendió que esa presencia carnal y amistosa estaba con ella. Poco a poco empezó a considerarlo con ternura: todos sus actos, todas las pequeñas atenciones que la colmaban, le estaban destinados. Había en su manera de actuar un perfecto equilibrio entre la suavidad y la violencia, que le daba un particular deleite. Salió la luna sin que ella la viera.

–*Yah, Belqassim!* -exclamó una voz impaciente. Kit abrió los ojos: el otro hombre estaba de pie junto a ellos, dominándolos, mirándolos. La luna brillaba de lleno en su cara de águila. Tuvo una intuición desagradable de lo que ocurriría. Desesperadamente se aferró a Belqassim, le cubrió la cara de besos. Pero un momento después tenía a su lado un animal diferente, hirsuto y extraño, y su llanto pasó inadvertido. Kit mantuvo los ojos abiertos, clavados en Belqassim que estaba apoyado blandamente en el tronco de un árbol, los afilados pómulos acentuados por el brillo de la luna. Una y otra vez siguió la

línea del rostro, desde la frente hasta el grácil cuello, exploró las sombras profundas en busca de los ojos, ocultos en la oscuridad. En cierto momento lanzó un grito y después sollozó porque estaba tan cerca y no podía tocarlo.

Las caricias del hombre eran bruscas, sus movimientos torpes, inaceptables. Por fin se levantó.

–*Yah latif! Yah latif!* -murmuró, alejándose lentamente. Belqassim lanzó una risita, se acercó y se dejó caer junto a ella. Kit trató de mirarlo con reproche, pero sabía de antemano que era inútil, que aunque hubieran hablado la misma lengua, él no podría entenderla. Kit le tomó la cabeza entre las manos.

–¿Por qué se lo permitiste? – no pudo dejar de decirle.

–*Habibi* -murmuró él, acariciándole tiernamente la mejilla.

De nuevo fue feliz, flotó en la superficie del tiempo, consciente de hacer los gestos del amor al descubrirse cumpliéndolos. Cada uno de ellos había esperado desde el comienzo de los tiempos y al fin nacía a la vida. Más tarde, cuando la redonda luna, alta en el cielo, empezaba a achicarse, oyó el sonido de las flautas junto al fuego. De pronto apareció el mercader más viejo y llamó de mal humor a Belqassim que le respondió de la misma manera.

–*Baraka!* -dijo el otro y volvió a irse. Poco después Belqassim suspiró apesadumbrado y se sentó. Ella no hizo nada por retenerlo. Él se levantó y se acercó al fuego casi apagado donde se asaban algunas broquetas de carne. Comieron tranquilamente, sin hablar, y al cabo de un rato los paquetes estaban atados y apilados sobre los camellos. Era casi medianoche cuando se pusieron en marcha; volvieron sobre sus pasos hasta las altas dunas donde retomaron la dirección de la víspera. Ahora Kit llevaba un albornoz que Belqassim le había lanzado en el momento de la partida. La noche era fría y milagrosamente clara.

Siguieron su camino y al mediar la mañana se detuvieron en un lugar donde no había en las altas dunas la menor traza de vegetación. Durmieron de nuevo toda la tarde y de nuevo, al caer la noche, a cierta distancia del campamento, se cumplió el doble ritual del amor.

Así fueron pasando los días, cada uno imperceptiblemente más caluroso que el anterior, en su travesía hacia el sur por el desierto. De mañana la penosa etapa bajo el sol intolerable; de tarde, el sueño letárgico a la sombra de los camellos; al crepúsculo, las suaves horas junto a Belqassim (el breve interludio con el otro ya no le molestaba, porque Belqassim estaba siempre cerca): de noche, la partida bajo la luna, ahora menguante, rumbo a otras dunas y otras llanuras, cada una más lejos que las últimas y sin embargo idéntica.

Pero si el paisaje parecía siempre el mismo, en la relación de los tres fueron produciéndose ciertos cambios: su simplicidad, la facilidad y la falta de tensión que la caracterizaban se vieron perturbadas por la

evidente mala voluntad del mayor de los hombres. En las tardes calurosas, mientras los camelleros dormían, las discusiones con Belqassim eran interminables. También Kit hubiera querido aprovechar el momento para descansar, pero la mantenían despierta, y aunque no entendiera una palabra de lo que decían, le parecía que el mayor desaconsejaba a Belqassim una decisión en la que éste se empecinaba. En una verdadera orgía de excitación mimaba una larga escena en la que varias personas expresaban sucesivamente su asombro, su desaprobación indignada y su cólera. Belqassim sonreía indulgente y sacudía la cabeza en señal de paciente desacuerdo. Había en su actitud una intransigencia y a la vez una seguridad tales que el otro se ponía furioso. Entonces, cada vez que veía la inutilidad de sus argumentos, se alejaba unos pasos para volver momentos después y reanudar el ataque. Pero estaba clarísimo que Belqassim había tomado una decisión y que no había amenaza ni profecía de su compañero capaz de modificarla. Al mismo tiempo Belqassim tenía cada vez más con Kit una actitud de propietario. Le dio a entender al mayor que sólo su excepcional generosidad le hacía tolerar el breve placer que le permitía cada noche. Y cada noche Kit esperaba que Belqassim se negara a cederla, que no se levantara para ir a apoyarse en un árbol mientras el otro se acercaba. En realidad, Belqassim empezaba a mascullar objeciones cuando llegaba el momento, pero seguía permitiendo que su amigo la poseyera y Kit supuso que era un acuerdo de caballeros, que duraría lo que el viaje.

Al promediar el día el sol no era lo único que los torturaba: el cielo entero era una cúpula metálica calentada al blanco. La luz implacable los aplastaba; el sol era todo el cielo. Empezaron a viajar sólo de noche: se ponían en marcha poco después del crepúsculo y se detenían a la primera señal del alba. La arena, como las grandes llanuras pedregosas y muertas había quedado muy atrás. Ahora crecía en todas partes una vegetación gris como un pulular de insectos, matorrales torturados hechos de cortezas duras y de espinas rígidas y velludas que cubrían la tierra como una excrescencia del odio. El suelo ceniciento era chato como un piso. Las plantas se volvían más altas día a día, las espinas más fuertes y más crueles. Algunas alcanzaban ya la estatura de árboles de copa ancha y chata, siempre tentadoras, pero una nube de humo hubiera protegido mejor de los ataques del sol. Las noches, ahora sin luna, eran mucho más calurosas. A veces, mientras avanzaban en el paisaje a oscuras, oían huir a los animales asustados. Kit se preguntaba qué habría visto de haber sido de día, pero no temía un peligro real. En ese momento, aparte de su deseo insaciable de estar siempre cerca de Belqassim, le hubiera sido difícil saber qué sentía. Hacía mucho tiempo que había canalizado sus pensamientos expresándolos en voz alta, se había acostumbrado a actuar sin tener

conciencia de intervenir en sus propios actos. Sólo hacía las cosas que se descubría haciendo.

Una noche que la caravana se había detenido un momento para que ella pudiera aliviarse entre los matorrales, lanzó un grito al ver la silueta de un gran animal en la sombra. Belqassim acudió de inmediato, la consoló y la tumbó salvajemente en el suelo para poseerla inesperadamente, mientras la caravana esperaba. A pesar de las espinas dolorosamente clavadas en varias partes de su cuerpo, Kit sintió el hecho como natural y soportó tranquilamente el sufrimiento durante toda la noche. Al día siguiente las espinas continuaban clavadas y las heridas se habían infectado. Cuando Belqassim la desvistió y vio las marcas rojas, se encolerizó porque alteraban la blancura de la piel disminuyendo enormemente su placer. Ante todo la obligó a someterse a la penosísima extracción de las espinas, una por una. Después le untó con mantequilla la espalda y las piernas.

Ahora que hacían el amor de día, cada mañana, cuando habían terminado, Belqassim abandonaba la manta donde ella yacía y se apartaba unos metros con una gourba de agua. De pie, al sol naciente, hacía sus minuciosas abluciones. Después también ella se alejaba lo más posible llevando su gourba, pero a menudo se encontraba lavándose a la vista de todo el campamento, porque no tenía donde esconderse en esos momentos. Pero los camelleros no le prestaban más atención que los propios camellos. A pesar de ser un tema de enorme interés y de constante discusión, Kit seguía siendo para los camelleros propiedad exclusiva de los amos, tan privada e inviolable como la suave piel del talego lleno de plata que llevaban en bandolera.

Por fin la caravana desembocó una noche en un camino bien marcado. A lo lejos brillaba una hoguera; vieron al pasar hombres y camellos dormidos. Antes del alba se detuvieron a la entrada de una aldea y comieron. Al llegar la mañana, Belqassim entró a pie en la aldea y volvió poco después con un hato. Despertó a Kit, esparció las ropas sobre la manta, a la sombra indecisa de los arbustos espinosos y le hizo señas de que se desvistiera para ponérselas. Kit estaba encantada de abandonar sus ropas convertidas en harapos irreconocibles y se fue poniendo con creciente deleite los pantalones amplios y suaves, la chaqueta suelta y el ropón flotante. Cuando hubo terminado, Belqassim la miró ir y venir atentamente. Después la llamó y con un largo turbante blanco le envolvió la cabeza, ocultando totalmente el pelo. Después se sentó y la contempló de nuevo. Frunció el entrecejo, volvió a llamarla y con una faja de lana le comprimió la parte superior del torso, ciñéndola directamente contra la piel, por debajo de los brazos y sujetándola firmemente en la espalda. Kit respiraba con cierta dificultad y quiso que se la quitara, pero Belqassim meneó la cabeza. De pronto ella comprendió que la estaba

vistiendo de hombre y se echó a reír. Él compartió su alegría y la hizo andar de un lado a otro; cada vez que pasaba, le palmeaba las nalgas con satisfacción. Las ropas de mujer quedaron abandonadas junto a unos matorrales y cuando una hora después, Belqassim descubrió que uno de los camelleros las había recogido, probablemente con intención de venderlas en seguida al pasar por la aldea, se puso furioso, se las arrebató y lo obligó a hacer un pozo profundo y a enterrarlas delante de sus propios ojos.

Kit se acercó a los camellos, abrió por primera vez su maletín, se miró en el espejo interior y descubrió que la piel atezadísima por el sol le daba un parecido asombroso con un chico árabe. La idea le divirtió. Mientras trataba de ver en el espejito el aspecto de conjunto, Belqassim se le acercó y levantándola en vilo la llevó hasta la manta donde la cubrió durante largo rato de besos y caricias, llamándola «Alí», entre risas encantadas.

La aldea, una aglomeración de chozas redondas de barro con techos de paja, parecía extrañamente desierta. A la entrada los tres se apearon de los camellos y siguieron solos a pie hasta el pequeño mercado donde el mayor de los dos compró varios paquetes de especias. Hacía un calor increíble: el contacto de la lana áspera contra la piel y la faja apretada alrededor del pecho la hacían sentirse a punto de desplomarse en la tierra. En el mercado todos, en cuclillas, eran muy negros, la mayoría con caras viejas, sin vida. Un hombre se dirigió a Kit, tendiéndole un par de sandalias usadas (iba descalza), pero Belqassim empujándola, contestó por ella y explicó con abundancia de gestos, que el muchacho no estaba en sus cabales y no había que hablarle ni molestarlo. Mientras cruzaban la aldea la explicación se repitió varias veces: todo el mundo la aceptaba sin comentarios. En cierto momento una mujer vieja, con la cara y las manos parcialmente comidos por la lepra, se acercó a Kit y le manoteó las ropas para pedirle una limosna. Kit la miró, lanzó un grito y buscó refugio en Belqassim, que la apartó brutalmente, haciéndola caer sobre la mendiga. Al mismo tiempo la cubría de insultos y al terminar escupió furioso en el suelo. Los espectadores parecían divertirse, pero el hombre mayor meneó la cabeza y más tarde, cuando hubieron salido de la aldea con los camellos, empezó a reprender a Belqassim señalándole iracundo cada detalle del disfraz de Kit. Belqassim se limitaba a sonreír y a contestar con monosílabos. Pero esta vez la cólera del otro era imposible de calmar y Kit tuvo la impresión de que le hacía una última advertencia sabiéndola inútil, y le aclaraba que en adelante el asunto dejaba de interesarle. De hecho, ni ese día ni el siguiente se acercó a ella.

A la hora del crepúsculo se pusieron en marcha. Durante la noche se toparon varias veces con procesiones de hombres y de bueyes y

atravesaron dos pequeñas aldeas: en las calles ardían hogueras. Al día siguiente, mientras descansaban y dormían, el desfile de viajeros a pie era constante. Ese día reanudaron el camino antes de la caída del sol. La luna estaba alta en el cielo cuando llegaron a un pequeño promontorio desde donde se veían, bastante cerca, los fuegos y las luces de una gran ciudad extendida en la llanura. Kit escuchó la conversación de los hombres con la esperanza de descubrir su nombre, pero sin resultado.

Alrededor de una hora más tarde franquearon la puerta. La ciudad estaba silenciosa bajo la luna, desiertas las anchas calles. Se dio cuenta de que los fuegos que había visto desde lejos, ardían en realidad fuera de la ciudad, a lo largo de las murallas donde acampaban los viajeros. Pero en el interior reinaba la calma, todos dormían detrás de las altas fachadas de las casas grandes como fortalezas. Sin embargo, al doblar por un callejón y apearse de los camellos que gruñían en coro, oyó también, no lejos, el redoble de los tambores.

Por una puerta abierta Belqassim desapareció en la oscuridad y de inmediato la vida empezó a bullir dentro de la casa. Los criados, cada uno con una lámpara, iban llegando y las depositaban entre los fardos que descargaban de los camellos. El callejón entero adquirió en seguida el aire familiar de un campamento en el desierto. Apoyada en la fachada de la casa, cerca de la puerta, Kit contemplaba la actividad. De pronto vio su maletín entre los sacos y las mantas. Se acercó y lo cogió. Uno de los hombres la miró con desconfianza y le dijo algo. Ella volvió a su puesto de observación con el maletín. Belqassim tardó un buen rato en reaparecer. Cuando salió, fue directamente hacia ella, la tomó de un brazo y la hizo entrar en la casa.

Más tarde, sola en la oscuridad, recordaba un dédalo de callejuelas, escaleras y vueltas, espacios negros súbitamente iluminados por la lámpara de Belqassim, vastos tejados donde erraban las cabras a la luz de la luna, minúsculos patios, lugares donde aun agachándose para pasar sentía el roce del turbante contra las vigas de palmera con sus colgajos deshilachados. Habían subido y bajado, doblado a derecha e izquierda, atravesado innumerables casas. En un momento vio dos mujeres de blanco, agachadas en el ángulo de una habitación, junto a un pequeño fuego, y de pie, un niño desnudo que lo aventaba con un fuelle. La dura presión de la mano de Belqassim en su brazo no aflojó mientras la guiaba rápidamente y como si temiera algún peligro, por el laberinto de la casa inmensa, cada vez más adentro. Kit llevaba el maletín, que iba tropezando contra sus piernas y contra las paredes. Por último recorrieron un breve trecho por una terraza y después de subir los peldaños desiguales de una escalera de tierra, Belqassim abrió una puerta cerrada con llave y la hizo entrar, agachándose, en un cuarto minúsculo. Dejó la lámpara en el suelo, se volvió sin decir

una palabra y salió nuevamente, cerrando la puerta con llave. Kit oyó los pasos que se alejaban y el chasquido de un fósforo: nada más. Estuvo largo rato encorvada (el cielo raso demasiado bajo no le permitía estar de pie), escuchando el silencio rebosante a su alrededor, profundamente turbada sin saber por qué, vagamente aterrada por alguna razón que no podía identificar. Era más bien como si se escuchara a sí misma, como si esperara algo que estaba por ocurrir en un lugar en cierto modo olvidado pero cuya existencia sentía oscuramente próxima. Pero no ocurrió nada: no conseguía siquiera oír los latidos de su corazón. Sólo tenía en los oídos el débil silbido familiar. Cuando se cansó de su incómoda posición, se sentó en el colchón tendido a sus pies y empezó a arrancar de la manta pequeñas motas de lana. Los muros de barro alisado por el albañil con la palma de la mano, tenían una tersura que atrajo su mirada. Se sentó a contemplar hasta que la llama de la lámpara fue debilitándose, empezó a vacilar. Cuando lanzó el fulgor final, Kit se acostó y se estiró la manta con un mal presentimiento. Al poco rato, en la oscuridad, próximos y lejanos, empezaron a oírse los gallos, y el canto la estremeció.

XXVII

Límpido, ardiente, el cielo que veía cada mañana desde su yacija, cada día idéntico a sí mismo, era parte de un mecanismo que funcionaba sin relación alguna con ella, una potencia que seguía avanzando y la dejaba muy atrás. Un día nublado, pensó, podría compensar su retraso. Pero allá afuera, en la ciudad, seguía siempre la vasta, inmaculada claridad inmutable y sin piedad.

Cerca del colchón se abría una minúscula ventana cuadrada con una reja de hierro; una pared de barro marrón, muy cercana, no permitía ver más que una franja muy distante de la ciudad. El caos de edificios cúbicos con sus techos planos parecía prolongarse hasta el infinito; el polvo y la bruma de calor no permitían decir con exactitud dónde empezaba el cielo. A pesar del resplandor, el paisaje era gris, de un brillo enceguecedor pero gris. Por la mañana temprano, durante un breve rato, el sol, de un amarillo de acero, resplandecía a lo lejos, clavando en ella su ojo de serpiente mientras apoyada en las almohadas contemplaba el rectángulo de luz imposible. Después se miraba las manos cargadas de los pesados anillos y brazaletes que Belqassim le había dado; en la oscuridad apenas los veía, hasta que al cabo de un rato se acostumbraba a la penumbra de la habitación. A veces divisaba en un techo lejano unas minúsculas siluetas humanas que se movían recortadas contra el cielo y se ponía a imaginar lo que verían más allá de las interminables terrazas de la ciudad. Entonces la arrancaba de sus fantaseos un ruido muy próximo; se quitaba rápidamente los brazaletes de plata y los dejaba caer en su maletín,

mientras las pisadas se acercaban por la escalera y la llave giraba en la cerradura. Una vieja esclava negra, con una piel como de elefante, le traía de comer cuatro veces por día. Antes de que llegara, Kit oía las pisadas de los anchos pies en el techo de tierra y las ajorcas de plata que tintineaban en sus tobillos. Entraba y decía solemnemente: *«Sbalkhein»* o *«Msalkheir»,* cerraba la puerta, tendía a Kit la bandeja y acurrucada en un rincón se quedaba mirando el suelo mientras ella comía. Kit nunca le habló porque la vieja, como todos en la casa salvo Belqassim, creían que el huésped era un muchacho, y Belqassim le había descrito en una expresiva pantomima las reacciones de los miembros femeninos del clan familiar si llegaban a descubrir la verdad.

Todavía no había aprendido el idioma de Belqassim; en realidad ni siquiera pensaba intentarlo. Pero se había acostumbrado a las inflexiones de su voz y al sonido de ciertas palabras, de modo que con paciencia él podía hacerle entender una idea que no fuese demasiado complicada. Kit sabía, por ejemplo, que la casa pertenecía al padre de Belqassim, que la familia era del norte, de Mecheria, donde tenían otra casa, y que Belqassim y sus hermanos, turnándose, conducían caravanas, ida y vuelta, entre ciertos puntos de Argelia y Sudán. También se enteró de que Belqassim, pese a su juventud, tenía una mujer en Mecheria y tres allí, en la casa, y que entre sus propias esposas y las de su padre y sus hermanos, había veintidós mujeres en el edificio, sin contar las criadas. Y ninguna de ellas debía sospechar que Kit no era un desgraciado viajero a quien Belqassim había salvado de morirse de sed y que no estaba todavía totalmente recuperado de los efectos del mal trance.

Belqassim iba a visitarla todos los días a media tarde y se quedaba hasta el crepúsculo: cuando se marchaba, durante la noche, recordando la intensidad y la insistencia de su pasión, Kit pensaba que las tres esposas debían de sentirse muy abandonadas y que tendrían sospechas y celos del extraño muchacho que desde hacía tanto tiempo gozaba de la hospitalidad de la casa y de la amistad del marido. Pero como por entonces sólo vivía las horas ardientes que pasaban cada día con Belqassim, la idea de aconsejarle que no fuera tan pródigo de su amor con ella para calmar suspicacias, le era intolerable. Lo que no sospechaba es que ninguna de las tres esposas había sido abandonada, y que aunque así fuese y creyeran que la causa era un muchacho, nunca se les ocurriría ponerse celosas de él. De modo que sólo por curiosidad enviaron al pequeño Othman, un negrito que andaba en cueros por toda la casa, a espiar al joven extranjero para contarles cómo era.

Así fue como Othman, con su cara de rana, se instaló en el hueco de la escalerita que unía el techo con el altillo. El primer día vio a la

vieja esclava que subía y bajaba con la bandeja y a Belqassim que iba de visita por la tarde y salía mucho después acomodándose la ropa. Podía contar a las mujeres cuánto tiempo había pasado el marido con el extranjero y lo que hacía al salir. Pero no era eso lo que ellas querían saber; lo que les interesaba era el extranjero mismo. ¿Era alto? ¿Tenía la piel clara? La excitación que les producía un extranjero joven viviendo en la casa, sobre todo si el marido dormía con él, era más de lo que podían soportar. No dudaron un instante de que fuera guapo y deseable, ya que Belqassim lo retenía a su lado.

A la mañana siguiente, cuando la vieja esclava hubo bajado con la bandeja, Othman salió de su escondrijo y llamó suavemente a la puerta. Después hizo girar la llave y se quedó en el umbral con una expresión bien estudiada de descaro y desolación a la vez. Kit se echó a reír. Ese pequeño ser desnudo, con su gran barriga y su cabeza desproporcionada le parecía cómico. El pequeño Othman no pasó por alto el sonido de la voz de Kit, pero sonrió y fingió un acceso de timidez. Kit se preguntó qué diría Belqassim de la intromisión del pequeño en el cuarto: al mismo tiempo se descubrió haciéndole gestos para que se acercara. Othman avanzó lentamente, el dedo en la boca, los enormes ojos saltones alzados hacia ella. Kit cruzó el cuarto y cerró la puerta detrás de él. Othman empezó en seguida a reír, a dar cabriolas, a contar y mimar bobadas haciéndose el tonto para distraerla. Kit tuvo buen cuidado de no hablar, pero no podía dejar de reírse de vez en cuando, cosa que la perturbaba un poco porque su intuición le decía que había algo falso en la alegría del niño, algo vagamente cauteloso en la familiaridad creciente de su mirada. Sus payasadas la divertían, pero sus ojos la asustaban. Ahora caminaba sobre las manos. Cuando se puso de pie flexionó los brazos como un gimnasta. Sin decir agua va, se arrojó al colchón, junto a ella, le pellizcó los bíceps por debajo de las ropas y dijo con inocencia: *«Deba, enta»* para indicar que el joven huésped debía a su vez mostrar sus habilidades. De pronto las sospechas de Kit tomaron forma; se sacudió la mano de encima y al mismo tiempo sintió que el bracito se frotaba deliberadamente contra su pecho. Furiosa y aterrada trató de sostener la mirada del niño y de leer sus pensamientos, pero él seguía riendo e insistiendo para que se pusiera de pie y demostrara sus habilidades. Pero el miedo en ella era como un motor enloquecido que se hubiese puesto en marcha. Miró la gesticulante cara de reptil cada vez con más miedo. Este sentimiento le era familiar: la memoria abrumadora de su intimidad con él le quitaba todo sentido de la realidad. Permaneció sentada, helada hasta los huesos, comprendiendo de pronto que no sabía nada, ni dónde estaba ni qué era: un paso insignificante hacia un lado o hacia el otro bastaría para poner en foco la situación, pero ese paso era imposible.

Tal vez, para el gusto de Othman, pasó demasiado tiempo sentada mirando la pared o quizá después de haber hecho su gran descubrimiento, no necesitaba seguir divirtiéndola: dio algunos pasos inconexos de baile y empezó a retroceder hacia la puerta, con los ojos siempre clavados en los de ella, como si en su enorme desconfianza la creyera capaz de cualquier traición. Al llegar a la puerta tanteó suavemente hasta encontrar el picaporte, salió velozmente, dio un portazo y cerró con llave.

La esclava le trajo la comida de mediodía, pero Kit seguía inmóvil, la mirada vacía. La vieja le acercó a la cara unos bocados, trató de metérselos en la boca. Después salió en busca de Belqassim para decirle que el joven estaba enfermo o hechizado y que no quería comer. Pero Belqassim almorzaba ese día en la otra punta de la ciudad, en casa de un comerciante en pieles. Decidida a tomar el asunto entre manos, la vieja fue a las habitaciones de los criados, cerca de los establos, y preparó un pequeño bol de manteca de cabra y estiércol de camello en polvo que mezcló cuidadosamente con la mano del mortero. Después hizo una bola con la mitad de la pasta y la tragó sin masticar. Con el resto untó las dos correas de un largo látigo de cuero que guardaba debajo de su jergón. Volvió con el látigo al cuarto donde Kit seguía inmóvil, sentada en el colchón. Cerró la puerta, juntó durante un momento todas sus fuerzas y de pronto empezó a entonar un canto monótono, quejumbroso, acompañado de lentos movimientos del látigo que serpenteaba en el aire, a la espera de una señal de conciencia en la actitud paralizada de Kit. Al cabo de unos minutos, en vista de que no ocurría nada, se acercó el colchón y blandió el látigo sobre la cabeza de Kit; al mismo tiempo, arrastrando lentamente los pies, hacía sonar las pesadas ajorcas de plata como un acompañamiento rítmico del canto. El sudor corría por los surcos de la cara negra, caía en las ropas y en el suelo donde cada gota se extendía lentamente dibujando una gran mancha redonda. Kit era consciente de su presencia y de su olor rancio, consciente del calor y del canto, pero nada tenía que ver con ella, todo parecía un recuerdo distante y fugaz, exterior a su persona. De pronto, con un gesto vivo y ligero, la vieja le cruzó la cara de un latigazo. El cuero flexible y engrasado se le enroscó en la cabeza durante una fracción de segundo y le hizo arder la piel de la mejilla. No se movió. Unos segundos después levantó lentamente la mano hasta la cara y al mismo tiempo lanzó un grito bastante débil pero que no podía ser sino de mujer. La vieja esclava la observaba temerosa, perpleja: el joven estaba bajo un hechizo muy poderoso. Kit cayó de espaldas sobre el colchón y se deshizo en lágrimas.

En ese momento la vieja oyó pasos en la escalera. Aterrada ante la idea de que Belqassim estuviera de vuelta y la castigara por su

intromisión, dejó caer el látigo y se volvió hacia la puerta. Una tras otra entraron en el cuarto las tres esposas de Belqassim, agachándose un poco para no chocar con la cabeza en el cielo raso. Sin preocuparse de la vieja, se precipitaron todas a una hacia el colchón y abalanzándose sobre el cuerpo postrado de Kit, le arrancaron el turbante y las ropas con tanta brutalidad que la desnudaron totalmente hasta la cintura. El ataque había sido tan inesperado y tan violento que todo terminó en unos pocos segundos, y Kit no entendió lo que había ocurrido. Después sintió el látigo cruzándole los senos. Estiró los brazos gritando y atrapó una cabeza que se agitaba delante de ella. Sintió el pelo, la suavidad de la cara entre sus dedos crispados. Tironeó la cosa hacia ella con todas sus fuerzas, tratando de deshacerla, pero no lo consiguió: sólo sintió los dedos húmedos. El látigo le dejaba marcas de fuego en los hombros y en la espalda. Alguien más empezó a gritar; del exterior llegaron otros chillidos. El peso de un cuerpo se aplastó contra su cara. Mordió una carne tierna. «Gracias a Dios tengo buenos dientes», pensó y la frase se le apareció escrita en caracteres de imprenta mientras apretaba las mandíbulas y sentía que sus dientes se hundían en la masa de carne. La sensación era deliciosa. Gustó el sabor salado y caliente de la sangre y el dolor de los golpes se calmó. El cuarto se llenó de gente, de sollozos y aullidos. Dominando el estruendo oyó la voz furiosa de Belqassim. Al saberlo allí, aflojó las mandíbulas y recibió un golpe violento en la cara. Los ruidos se desvanecieron y durante un rato se encontró sola en la oscuridad, le pareció que se cantaba a sí misma una cancioncilla que Belqassim le había cantado muchas veces.

¿O era la voz de él? ¿Descansaba ella con la cabeza apoyada en las rodillas de Belqassim, levantando los brazos para atraer la cara de él hasta la suya? ¿Había transcurrido una sola noche apacible, o habían sido varias, antes de encontrarse sentada, las piernas cruzadas, con un vestido de oro, en una gran habitación iluminada por muchas velas y rodeada por todas esas mujeres malhumoradas? ¿Cuánto tiempo seguirán sirviéndole vasos de té? ¿Cuánto tiempo estaría sola con ellas? Pero Belqassim estaba allí, con sus ojos graves. Kit lo observó. Hierático como el personaje de un sueño, retiraba las joyas del cuello de cada una de las tres esposas, volviéndose cada vez para depositarlas dulcemente en el regazo de Kit. El brocado de oro cedía bajo el peso del metal. Ella miró los objetos brillantes, miró las mujeres con los ojos clavados obstinadamente en el suelo, negándose a levantarlos. Abajo, en el patio, las voces de los hombres iban en aumento, empezó la música y las mujeres que la rodeaban lanzaron un grito unánime en su honor. Mientras Belqassim, sentado delante de ella, le ponía los collares y sujetaba los broches en su pecho, Kit sabía que todas las mujeres la odiaban y que él nunca podría protegerla

contra ese odio. Hoy castigaba a sus esposas tomando otra y las humillaba en presencia de ella, pero las mujeres de caras sombrías que la rodeaban y aun las esclavas que miraban desde el balcón, esperaban desde ese momento la hora de saborear su caída.

Mientras Belqassim le hacía comer un pastel, se puso a sollozar y se atragantó, salpicándole la cara de migas. *«Gisherdh ish'ed our illi»,* cantaban sin interrupción los músicos, y el ritmo de los tamboriles cambiaba, cerrándose lentamente sobre sí mismo para formar un círculo del que ella no podía escapar. Belqassim la miraba con una mezcla de preocupación y de repugnancia. Kit tosió largo rato en medio de sus sollozos. El kohl le dibujaba regueros en las mejillas, sus lágrimas humedecían el vestido de novia. Los hombres que se reían en el patio no la salvarían. Belqassim no la salvaría. Ya estaba furioso con ella. Kit escondió la cara entre sus manos y sintió que él la tomaba de las muñecas. Le hablaba en un susurro y las palabras incomprensibles silbaban en sus oídos. Violentamente le retiró las manos y la cabeza de Kit cayó hacia adelante. Él la dejaría sola una hora y las tres estarían esperando. Ya lo pensaban al mismo tiempo: Kit podía seguir el curso vengativo de lo que rumiaban allí sentadas frente a ella, negándose a alzar los ojos. Kit gritó y quiso levantarse, pero Belqassim la rechazó brutalmente. Una negra enorme atravesó la habitación con paso vacilante, se sentó junto a ella y pasó un brazo macizo alrededor de sus hombros para sostenerla contra la pila de cojines. Kit vio que Belqassim salía de la habitación: sin que la negra se diera cuenta, se arrancó todos los collares y broches que pudo. Cuando había juntado bastantes en su regazo, los arrojó a las tres mujeres sentadas en frente. Las otras mujeres que estaban en la habitación lanzaron un grito: una esclava salió corriendo en busca de Belqassim, que en un instante estuvo de vuelta, demudado de rabia. Nadie se había movido para tocar las joyas tiradas en la alfombra delante de las tres esposas. («Gisherdh ish'ed our illi», insistía tristemente la canción.) Kit vio que Belqassim se detenía a recogerlas y después sintió que le golpeaban en plena cara y rodaban por su vestido.

Tenía el labio cortado: la vista de la sangre en su dedo la hipnotizaba y se quedó inmóvil un largo rato, consciente sólo de la música. Permanecer inmóvil parecía la mejor manera de evitar un nuevo sufrimiento. Si había que sufrir, en todo caso la única manera de vivir era tratar de mantener el dolor a raya el mayor tiempo posible. Nadie le haría daño si se quedaba quieta. Las manos gordas de la negra la adornaban de nuevo con collares y dijes. Alguien le pasó un vaso de té muy caliente, otro le tendió una bandeja de pasteles. La música seguía, las mujeres puntuaban regularmente las cadencias con sus lelilíes. Las velas se fueron consumiendo, muchas se apagaron y la habitación se fue quedando a oscuras. Apoyada en la negra, Kit se

adormiló.

Mucho después, en la oscuridad, subió los cuatro peldaños que conducían a la vasta cama cerrada por cortinas perfumadas con clavo de olor, y oyó a sus espaldas la pesada respiración de Belqassim que le sostuvo el brazo para guiarla. Ahora que era su dueño absoluto, había en él un salvajismo nuevo, una especie de abandono furioso. La cama era un mar embravecido, Kit estaba a merced de su violencia y del caos de las olas enormes que se desplomaban sobre ella. ¿Por qué en lo más alto de la tempestad dos manos de ahogado le apretaron cada vez más la garganta? Tanto que la enorme música gris del mar quedó cubierta por un ruido más fuerte, más sombrío, el bramido de la nada que escucha el alma cuando se asoma al abismo.

Más tarde descansó despierta en el dulce silencio de la noche, respirando suavemente mientras él dormía. El día siguiente lo pasó en la intimidad de la cama, con las cortinas corridas. Era como estar dentro de una gran caja. A la mañana Belqassim se vistió y salió; la gorda de la noche anterior corrió el cerrojo y se sentó en el suelo, apoyada en la puerta. Cada vez que las criadas traían comida, bebidas o agua para lavarse, la mujer se levantaba con increíble lentitud, entre jadeos y gemidos, para abrir la gran puerta.

La comida le repugnaba: era insulsa, blanda, con gusto a sebo, completamente distinta de la que le habían servido en el cuarto del altillo. Algunos de los platos parecían consistir sobre todo en trozos de grasa de cordero cocidos a medias. Comía muy poco y las criadas la miraban con desaprobación cuando recogían las bandejas. Se sentía casi tranquila porque sabía que por el momento estaba segura. Se había hecho llevar el maletín y en la intimidad de la cama lo apoyó sobre sus rodillas y lo abrió para examinar su contenido. Se puso maquinalmente polvos y perfume y se pintó los labios; el rollo de billetes de mil francos cayó sobre la cama. Durante largo rato contempló las otras cosas: pañuelos de seda blanca, tijeras de uñas niqueladas, un par de pijamas de seda color ocre, potecitos de crema para la cara. Los manipuló con aire distraído, como vestigios misteriosos y fascinantes de una civilización desaparecida. Tenía la impresión de que cada objeto era un símbolo de algo olvidado. No se entristeció ni siquiera cuando se dio cuenta de que no podía recordar qué significaba cada uno de ellos. Juntó todos los billetes, puso el rollo en el fondo del maletín, acomodó todo el resto encima y cerró la tapa.

Esa noche Belqassim cenó con ella, obligándola a tragar la comida grasienta, después de explicarle con gestos elocuentes que estaba más delgada de lo deseable. Kit se resistió: el atiborramiento la hacía sentirse mal. Pero como siempre, era imposible no obedecerle. La comió y volvió a comerla al día siguiente y los sucesivos. Se

acostumbró a ella y dejó de protestar. En su cabeza los días y las noches se confundían, porque a veces Belqassim venía a acostarse al comienzo de la tarde y la dejaba al crepúsculo, para volver al promediar la noche, seguido por una criada que traía platos de comida. Kit no salía nunca de la habitación sin ventanas, rara vez de la cama donde se quedaba tendida entre las pilas revueltas de almohadas blancas, la mente ocupada únicamente por el recuerdo o la anticipación de la presencia de Belqassim. Cuando él subía los peldaños del estrado, abría las cortinas, entraba y se recostaba a su lado para iniciar el lento ritual de desvestirla, las horas que había pasado sin hacer nada cobraban todo su significado. Y cuando él se iba, el delicioso estado de agotamiento y plenitud le duraba mucho tiempo: permanecía despierta, bañada en un aura de felicidad despreocupada, estado que rápidamente llegó a considerar natural y que, como una droga, se le volvió indispensable.

Una noche Belqassim no apareció. Kit se agitó y suspiró tanto y con tanta intensidad, que la negra salió y volvió con un vaso de algo extraño, caliente y agrio. Se durmió pero por la mañana sentía la cabeza pesada y llena de zumbidos dolorosos. Comió muy poco durante todo el día. Esa vez las sirvientas la miraron con simpatía.

Apareció al final de la tarde. Apenas entró y despidió a la negra, Kit salió de la cama, corrió por la habitación y se abalanzó sobre él como una loca. Sonriendo, Belqassim la llevó de vuelta a la cama, empezó a quitarle metódicamente las ropas y las joyas. Cuando estuvo tendida a su lado, la piel blanca y los ojos velados, él se inclinó sobre ella y sujetando con los dientes trocitos de azúcar candi, empezó a metérselos entre los labios. Varias veces Kit trató de alcanzar la boca de Belqassim al mismo tiempo que el azúcar, pero él era siempre demasiado rápido y retiraba la cabeza. Durante largo rato jugó con ella atormentándola así hasta que Kit lanzó un largo grito sordo y se quedó inmóvil. Con los ojos brillantes, Belqassim arrojó el azúcar y cubrió de besos su cuerpo inerte. Cuando volvió en sí, la habitación estaba a oscuras y a su lado él dormía profundamente. Después de esto, sucedía a menudo que Belqassim no apareciese durante dos días de modo que al volver, ella no podía contenerse. Entonces jugaba a atormentarla interminablemente hasta que Kit gritaba y lo golpeaba con los puños. Pero seguía esperando esos intolerables interludios, devorada por una excitación que anulaba en ella cualquier otro sentimiento. Llegó una noche en que, sin razón aparente, la mujer le trajo el líquido agrio y se quedó mirándola con dureza mientras lo bebía. Kit le devolvió el vaso con el corazón apretado. Belqassim no apareció. Tampoco apareció al día siguiente. Durante cinco noches sucesivas tuvo que tomar la poción y el gusto agrio le pareció cada vez más fuerte. Se pasaba los días en un estado de estupor febril; sólo se

sentaba para comer lo que le traían.

A veces le parecía oír las voces tajantes de las mujeres del otro lado de la puerta; el sonido le recordaba la existencia del miedo, y eso la obsedía y la hacía sufrir durante unos minutos, pero cuando el estímulo desaparecía y dejaba de escuchar, lo olvidaba todo. La sexta noche decidió de pronto que Belqassim no volvería más. Se quedó mirando con los ojos secos el dosel sobre su cabeza, la línea vaga de las colgaduras a la luz de la única lámpara de carburo situada junto a la puerta donde se sentaba la mujer. Fantaseando, imaginó que Belqassim entraba, se acercaba a la cama, retiraba las cortinas… y le asombró descubrir que no era él quien subía los cuatro peldaños, sino un muchacho de cara inventada, anónima. Sólo entonces comprendió que cualquiera que tuviese un parecido remoto con Belqassim le gustaría lo mismo. Por primera vez pensó que más allá de las paredes del cuarto, en alguna parte, en las calles si no en la casa misma, había cantidades de hombres así, y entre ellos, seguramente algunos tan maravillosos como Belqassim, e igualmente capaces y deseosos de darle placer. La idea de que uno de los hermanos de Belqassim podía estar acostado a sólo unos centímetros de la cabecera de su cama, la llenaba de trémula angustia. Pero su intuición le aconsejó quedarse muy quieta. Se volvió tranquilamente y fingió dormir.

Pronto llamó a la puerta una criada y supo que le traía el somnífero de la noche; un momento después la negra separó las cortinas y viendo que su ama dormía, dejó el vaso en el peldaño superior y volvió a su yacija junto a la puerta. Kit no se movió, pero el corazón le latía de manera desacostumbrada. «Es veneno», se dijo. La estaban envenenando lentamente, por eso no habían ido a castigarla. Mucho más tarde, cuando se incorporó despacito sobre un codo para espiar entre las cortinas, vio el vaso cerca y se estremeció. La mujer roncaba.

«Tengo que salir», pensó. Se sentía extrañamente despierta. Pero al bajarse de la cama descubrió su debilidad. Por primera vez sintió el seco olor a tierra del cuarto. Del cofre de tafilete que tenía cerca sacó las joyas que Belqassim le había dado, así como las que había quitado a las otras tres, y las desparramó sobre la cama. Después sacó del cofre su maletín y franqueó la puerta en silencio. La mujer seguía durmiendo. «¡Veneno!», murmuró Kit furiosa mientras hacía girar la llave. Cerró con sumo cuidado y sin hacer ruido. Pero ahora estaba en la oscuridad absoluta, temblando de debilidad. Llevaba el maletín en una mano y dejaba correr los dedos de la otra a lo largo de la pared.

«Tengo que mandar un telegrama», pensó. «Es el medio más rápido de comunicarse. Aquí tiene que haber una oficina de telégrafo.» Pero primero era necesario llegar a la calle que tal vez estuviera muy lejos. Hasta llegar, en la oscuridad que la rodeaba, corría el riesgo de

toparse con Belqassim; ahora era ella la que no quería volver a verlo. «Es tu marido», murmuró para sí y se quedó un instante paralizada de horror. Después estuvo por echarse a reír: era sólo una parte del juego ridículo que había jugado. Pero mientras no enviara el telegrama seguiría jugándolo. Empezaron a castañetearle los dientes. «¿Podrás controlarte hasta que lleguemos a la calle?»

De pronto le pareció que la pared de la izquierda se terminaba. Dio dos pasos cautelosos y sintió el borde suave del suelo en la punta de su chinela. «¡Otra de esas malditas escaleras sin pasamanos!», dijo. Dejó con precaución el maletín en el suelo, dio media vuelta y retrocedió hasta la pared, repitiendo el recorrido que acababa de hacer hasta que sintió la puerta bajo su mano. La abrió sin hacer ruido y tomó la lámpara de metal. La mujer no se había movido. Consiguió cerrar la puerta sin inconveniente. Con la luz, le asombró ver lo cerca que había dejado el maletín. Corrió el riesgo de caerse, porque estaba cerca de la escalera, pero no hubiera sido muy grave. Bajó lentamente, cuidando de no torcerse un tobillo en los peldaños desparejos y blandos, y se encontró en un corredor estrecho con puertas cerradas de los dos lados. Al final el corredor doblaba a la derecha y desembocaba en un patio abierto, con el suelo cubierto de paja. Bajo la luz blanca de la luna creciente vio la gran puerta y bultos dormidos de cada lado, a lo largo de la pared; apagó la lámpara y la dejó en el suelo. Cuando llegó a la puerta, descubrió que no podía correr el cerrojo gigantesco.

«Tienes que moverlo», pensó, pero al empujar con los dedos el frío metal, se sintió débil y enferma. Alzó el maletín y golpeó con él el cerrojo. Le pareció que cedía un poco. Al mismo tiempo una de las figuras se agitó.

–¿Echkun? – dijo una voz de hombre.

Se agachó rápidamente y se arrastró para ocultarse detrás de una pila de fardos.

–¿Echkun? – repitió la voz fastidiada. El hombre esperó un momento la respuesta y volvió a dormirse. Kit pensó en hacer otro intento, pero temblaba demasiado, el corazón le latía violentamente. Se apoyó en los fardos y cerró los ojos. De pronto en la casa alguien empezó a tocar un tamboril.

Se sobresaltó. «La señal», decidió. «Claro, se lo oía cuando llegué». Ahora no le cabía duda de que saldría. Descansó un momento, después se enderezó y cruzó el patio siguiendo la dirección del sonido. Ahora los tamboriles eran dos. Franqueó una puerta y se hundió en la oscuridad. Al final de un largo pasadizo había otro patio iluminado por la luna, y al acercarse vio una luz amarilla que asomaba por debajo de una puerta. En el patio se detuvo un rato para escuchar el ritmo nervioso que venía de la habitación. Los tamboriles habían

despertado a los gallos de la vecindad que comenzaron a cantar. Llamó suavemente a la puerta: los tamboriles no se interrumpieron y una voz de mujer aguda y ligera inició un estribillo reiterado y doliente. Esperó un largo rato antes de tener el coraje de llamar de nuevo, pero esta vez golpeó muy fuerte, con decisión. Los tamboriles cesaron, la puerta se abrió de par en par, y Kit entró cegada por la luz. En el suelo, reclinadas entre cojines, estaban las tres esposas de Belqassim mirándola con ojos desorbitados por la sorpresa. Kit se quedó paralizada como si se hubiera encontrado con una serpiente venenosa. La joven criada cerró la puerta y se apoyó en ella. Entonces las tres mujeres arrojaron sus instrumentos y empezaron a hablar todas a la vez, gesticulando y señalando el piso alto. Una de las tres dio un salto y se le acercó para tantear los pliegues del vestido blanco, evidentemente en busca de las joyas. Kit levantó las amplias mangas, tanteando los brazaletes. Las otras dos, agitadas, señalaron el maletín. Kit seguía inmóvil esperando que la pesadilla terminara. A fuerza de tironearla y empujarla consiguieron que se agachara y abriera la cerradura de seguridad cuyo mecanismo, en otras circunstancias, las hubiera fascinado. Pero ahora estaban llenas de suspicacia y de impaciencia. Cuando el maletín se abrió se abalanzaron y desparramaron todo el contenido en el suelo. Kit no les quitaba los ojos de encima. Apenas podía creer en su buena suerte: les interesaba muchísimo más el maletín que su persona. Mientras revisaban cuidadosamente los objetos, Kit recuperó en parte su aplomo y hasta encontró audacia suficiente para dar una palmadita en el hombro a una de ellas para indicarle con gestos que las joyas estaban en el cuarto de arriba. Todas alzaron la mirada incrédulas y una envió a la criada a que fuese a verificar si era cierto. Pero cuando la muchacha estaba por salir de la habitación, Kit tuvo un ataque de miedo y trató de detenerla: despertaría a la negra. Las otras saltaron furiosas y se armó una breve escaramuza. Cuando se calmaron, jadeantes las cinco, Kit hizo un gesto de desesperación, se llevó un dedo a los labios, dio unos pasos exageradamente cautelosos en puntas de pie y señaló insistentemente a la criada. Después hinchó los carrillos tratando de imitar a la gorda. Todas entendieron en seguida y asintieron con un gesto: habían comprendido el sentido del secreto. Cuando al fin la criada salió del cuarto, las otras trataron de interrogar a Kit. *«Ouen timshi?»,* preguntaban con voz que delataba más curiosidad que enojo. Kit no podía contestar; impotente, sacudía la cabeza. La criada que no tardó mucho en reaparecer, anunció evidentemente que todas las joyas estaban sobre la cama, y no sólo las de ellas sino muchas más. Las mujeres se mostraron un poco desconcertadas pero satisfechas. Cuando Kit se arrodilló para meter sus cosas en el maletín, una de ellas se agachó a su lado y le habló con una voz que evidentemente ya

no era hostil. Kit no tenía idea de lo que le decía; seguía con la obsesión de la puerta aherrojada. «Tengo que salir, tengo que salir», se repetía. El rollo de los billetes estaba junto a los pijamas. Nadie se fijó en ellos.

Cuando el maletín estuvo lleno, Kit sacó un lápiz labial y un espejito y volviéndose de cara a la luz, empezó a maquillarse ostensiblemente. Las mujeres lanzaron exclamaciones de admiración. Le pasó los objetos a una de ellas y la invitó a hacer lo mismo. Cuando las tres tuvieron los labios pintados de rojo brillante y se miraban extasiadas unas a otras, les dio a entender que les dejaba el lápiz labial de regalo a cambio de que ellas le permitieran salir a la calle. En las caras de las mujeres se reflejó avidez y consternación al mismo tiempo: nada les interesaba más que verla salir de la casa, pero tenían miedo de Belqassim. Mientras se consultaban, Kit se sentó en el suelo junto al maletín. Las observaba como si lo que discutían no tuviera nada que ver con ella. La decisión se tomaba mucho más allá de las mujeres, mucho más allá del cuartito inverosímil donde charlaban. Dejó de mirarlas y permaneció impasible, mirando fijo hacia adelante, convencida de que, a causa de los tambores, terminaría por salir. Sólo debía esperar el momento fijado. Al cabo de un largo rato la criada recibió una orden, salió y volvió acompañada de un hombrecito negro, viejísimo, muy encorvado, que arrastraba los pies. Su mano temblorosa sostenía una enorme llave negra. Venía murmurando protestas, pero era evidente que ya estaba convencido. Kit dio un salto y tomó su maletín. Las esposas se acercaron una por una y le plantaron un solemne beso en medio de la frente. El viejo la esperaba junto a la puerta. Cruzaron el patio. En el camino el viejo le dijo unas pocas palabras, pero ella no pudo contestarle. La llevó a otra parte de la casa y abrió una puertecita. Estaba sola en el silencio de la calle.

XXVIII

Abajo el mar centelleaba a la luz plateada de la mañana. Tendida de bruces en la estrecha cornisa rocosa, la cabeza colgando en el vacío, observaba las olas lentas que avanzaban desde el lejano horizonte cuya línea curva subía hacia el cielo. Sus uñas arañaban la roca: estaba segura de caerse si no se retenía con todos sus músculos. ¿Pero cuánto tiempo podría permanecer así, suspendida entre el cielo y el mar? El reborde era cada vez más angosto; ahora se le incrustaba en el pecho y le molestaba para respirar. ¿O es que se deslizaba lentamente hacia el borde, incorporándose ligeramente, apoyada en los codos, para avanzar unos milímetros? Ahora estaba lo suficiente inclinada para ver las paredes de los acantilados talladas en forma de torres prismáticas donde crecían gruesos cactos grises. Abajo las olas rompían sin ruido contra el muro de roca. La noche, presente en la humedad del aire, se había retirado bajo la superficie del agua. Por el

momento su equilibrio era perfecto: rígida como una tabla, se mantenía al borde del abismo. Clavó la mirada en una ola que avanzaba a lo lejos. Cuando la ola alcanzara la roca, su cabeza habría empezado a caer, el equilibrio se rompería. Pero la ola no se movía.

–¡Despierta! ¡Despierta! – gritó.

Se dejó ir.

Ahora tenía los ojos abiertos. Empezaba a amanecer. La piedra le lastimaba la espalda. Suspiró y cambió ligeramente de posición. Fuera de la ciudad, entre las rocas, reinaba una gran calma en ese momento del día. Miró el cielo, vio el espacio cada vez más claro. Los primeros ruidos leves que lo atravesaron parecían variaciones del silencio fundamental de que estaban hechos. Las siluetas de las rocas cercanas y las paredes de la ciudad distante se levantaban lentamente del reino de lo invisible, pero por el momento parecían sólo emanaciones de las profundidades de la sombra. El cielo puro, los matorrales que la rodeaban, los guijarros a sus pies, todo había sido extraído del pozo de la noche absoluta. Y de la misma manera la extraña languidez en el centro de su conciencia, esas ideas vaporosas que aparecían como si fueran independientes de su voluntad, eran meros intentos fragmentarios de su propia presencia que se asomaba contra la nada de un sueño todavía tibio, un sueño lo bastante poderoso todavía para volver a tomarla en sus brazos. Pero se quedó despierta, la luz naciente invadió sus ojos y sin embargo no hubo vida equivalente que despertara en ella; no tenía conciencia de estar en algún lugar, de ser alguien.

Cuando sintió hambre se puso de pie, cogió su maletín y caminó entre las rocas por una especie de sendero probablemente trazado por las cabras que corría paralelo a los muros de la ciudad. Había salido el sol: ya sentía su calor en la nuca. Levantó el capuchón de su *haik*. Se oían a lo lejos los ruidos de la ciudad: voces de hombres y ladridos. Después franqueó una de las puertas de arco abierto y estuvo de nuevo en la ciudad. Nadie se fijaba en ella. El mercado estaba lleno de negras vestidas de blanco. Se acercó a una y le tomó de las manos un pote de quefir. Después de beberlo vio que la mujer esperaba que le pagara. Kit frunció el ceño y decidió abrir el maletín. Otras mujeres, algunas con el niño a la espalda, se detuvieron a mirar. Kit sacó un billete de mil francos y se lo ofreció. Pero la mujer, con los ojos clavados en el papel, hizo un gesto negativo. Kit seguía tendiéndole el billete. Cuando la mujer comprendió que no iba a recibir otra cosa, empezó a dar grandes gritos y a llamar a la policía. Las mujeres excitadas las rodearon riendo y algunas tomaron el billete, lo examinaron con curiosidad y finalmente se lo devolvieron. Hablaban una lengua dulce que no le era familiar. Pasó al trote un caballo blanco, montado por un negro alto de uniforme caqui, la cara ornada

de profundas cicatrices como una máscara tallada en madera. Kit escapó a las mujeres y le tendió los brazos, esperando que la alzara, pero él la miró de costado y siguió su camino. Varios hombres se unieron, riendo, al grupo de espectadoras, pero sin mezclarse con ellas. Al ver el billete, uno de ellos se acercó y empezó a estudiar a Kit y el contenido del maletín con interés creciente. Como los otros, era alto, delgado y muy negro: llevaba un albornoz andrajoso echado sobre los hombros pero usaba además unos pantalones blancos sucios, a la europea, en lugar del largo atuendo indígena. Acercándose, le dio una palmadita en el brazo y le dijo algo en árabe que ella no entendió. Después le preguntó:

–*Toi parles français?*

Kit no se movió: no sabía qué hacer.

–*Oui* -contestó finalmente.

–*Toi pas arabe* -dictaminó, estudiándola bien. Se volvió triunfante hacia la multitud y anunció que la señora era francesa. Todos retrocedieron un paso, dejándolos a los dos en el centro. Después, la mujer volvió a reclamar que le pagaran. Kit seguía inmóvil, con el billete de mil francos en la mano.

El hombre sacó unas monedas del bolsillo y las arrojó a la mujer indignada, que las contó y se alejó lentamente. Los otros testigos no parecían dispuestos a irse: la vista de la señora francesa vestida con ropas árabes les encantaba. Pero el hombre no estaba contento y trató de dispersarlos. Tomó a Kit del brazo y la tironeó suavemente.

–Aquí no estar bien -dijo-. Ven -levantó el maletín. Ella se dejó llevar a través del mercado, entre pilas de verduras y de sal, en el ruido de compradores y vendedores.

Cuando llegaban a un pozo donde las mujeres llenaban sus cántaros, Kit trató de separarse del hombre. Un minuto más y la vida sería de nuevo dolorosa. Las palabras volvían y, envueltos en ellas, los pensamientos. El sol caliente los achicharraría; había que guardarlos en la oscuridad.

–*Non!* -exclamó, soltando el brazo de un tirón.

–*Madame!* -le dijo el hombre en tono reprobador-. Tú venir y sentarte.

Se dejó guiar de nuevo entre el gentío. Al final del mercado se metieron bajo unos soportales: en la sombra se abría una puerta. El corredor estaba fresco. En el fondo había una mujer gorda con un vestido a cuadros y los brazos en jarras. Al verlos, gritó con voz chillona:

–¡Amar! ¿Qué *saloperie* me traes? Sabes de sobra que no quiero nativas en mi hotel. ¿Estás borracho? *Allez! Fous-moi le camp!* -se acercó ceñuda.

Desconcertado un instante, el hombre soltó su presa. Kit giró como

un autómata y echó a andar hacia la salida, pero él volvió a tomarla del brazo. Ella trató de soltarse.

–¡Entiende el francés! – exclamó la mujer, sorprendida-. Tanto mejor -enton-ces vio el maletín-. ¿Qué es eso? – preguntó.

–Es de ella. ¡Es una señora francesa! – explicó Amar, con una nota de indignación.

–*Pas possible* -murmuró la mujer. Se aproximó un poco más y la miró. Al fin, dijo:

–*Ah, pardon, madame.* Pero con esas ropas… -se interrumpió y la desconfianza reapareció en su voz-. Este es un hotel decente, ¿sabe? – estaba indecisa, pero se encogió de hombros y añadió de mala gana:

–*Enfin, entrez si vous voulez* -y se hizo a un lado para dejarla pasar.

Entre tanto, Kit hacía esfuerzos frenéticos para soltarse de la mano de Amar.

–*Non, non, non! Je ne veux pas!* -exclamó con voz histérica, arañándole la mano. Después le echó el brazo libre alrededor del cuello y, sollozando, dejó caer la cabeza sobre su hombro.

La mujer la miró fijo, después se volvió hacia Amar. Su cara se endureció.

–¡Saca a esta mujer de aquí! – exclamó furiosa-. ¡Llévatela al burdel donde la encontraste! *Et ne viens plus m'emmerder avec tes sales putains! Va! Salaud!*

Afuera el sol parecía más deslumbrante que antes. Las paredes de barro y las caras negras y brillantes seguían pasando. La intensa monotonía del mundo no tenía límite.

–Estoy cansada -dijo Kit.

Se sentaron en una habitación oscura, sobre un cojín largo. Un negro con fez les tendió un vaso de café a cada uno.

–Quiero que todo esto se termine -dijo Kit a los dos, con toda seriedad.

–*Oui, madame* -respondió Amar, palmeándole el hombro.

Bebió el café y se apoyó contra la pared, mirándolos con los ojos entrecerrados. Hablaban entre ellos, interminablemente. No se preguntó de qué. Cuando Amar se puso de pie y salió con el otro, ella esperó un momento hasta que dejaron de oírse las voces; después se levantó de un salto y salió por una puerta situada en el otro extremo de la habitación. Encontró una pequeña escalera. En el techo hacía un calor sofocante. El zumbido de las moscas ahogaba los parloteos confusos que subían del mercado. Se sentó. Un momento más y empezaría a derretirse. Cerró los ojos y las moscas le cubrieron la cara: se posaban, salían volando, volvían a posarse con una intensidad frenética. Abrió los ojos y vio la ciudad rodeándola. Sobre las azoteas caían cascadas de luz crepitante.

Lentamente, sus ojos se habituaron al resplandor terrible. Miró los

objetos abandonados a su alrededor en el suelo de tierra: pedazos de trapo, el esqueleto seco de un extraño lagarto gris, cajas de fósforos rotas y descoloridas, y montones de plumas blancas de gallina pegoteadas de sangre oscura. Tenía que ir a un lugar: alguien la estaba esperando. ¿Cómo avisar que llegaría tarde? Porque no cabía duda: llegaría mucho después de la hora. Entonces se acordó de que no había enviado el telegrama. En ese momento Amar apareció en la puertecita y se le acercó. Kit hizo un esfuerzo para levantarse.

–Espérame aquí -le dijo al pasar, y volvió a entrar en la casa porque el sol la hacía sentirse mal.

El hombre miró primero el papel, después su cara.

–¿Dónde quiere enviarlo? – le dijo.

Kit meneó la cabeza sin contestar. El hombre le tendió el papel y ella vio escrito de su puño y letra: «Imposible volver.» Él la miraba fijo.

–¡No está bien! – exclamó Kit en francés-. Quiero añadir algo.

Pero el hombre seguía mirándola, sin enojo, simplemente esperando. Tenía unos bigotitos y los ojos azules.

–*Le destinataire, s'il vous plait* -repitió.

Kit le devolvió el papel porque no llegaba a pensar las palabras que necesitaba añadir y quería que el mensaje partiera inmediatamente. Pero se daba cuenta de que el hombre no lo enviaría. Tendió la mano hasta tocarle la cara y le acarició ligeramente la mejilla.

–*Je vous en prie, monsieur* -suplicó.

Había un mostrador entre los dos; el hombre retrocedió para que ella no lo alcanzara. Entonces Kit salió corriendo a la calle; allí estaba Amar, el negro.

–¡Rápido! – exclamó Kit, sin detenerse.

Amar corrió detrás, llamándola. Por más que corriera, estaba siempre a su lado, tratando de detenerla.

–*Madame!* -le decía. Pero Amar no se daba cuenta del peligro y ella no podía detenerse para explicarle. No había tiempo. Ahora que se había traicionado, que había establecido contacto con el otro lado, no había un minuto que perder. No escatimarían esfuerzos para encontrarla, demolerían la pared que había construido y la obligarían a mirar lo que había enterrado dentro. Por la expresión del hombre de los ojos azules sabía que había puesto en marcha un mecanismo que la destruiría. Y ahora era demasiado tarde para detenerlo. "*Vite, vite!»,* decía jadeando a Amar, que la seguía, transpirando y protestando. Habían llegado a un espacio abierto, cerca del camino que bajaba al río. Al pasar, algunos mendigos semidesnudos murmuraron cada uno su propia fórmula sagrada que les estaba destinada. No había nadie.

Por fin, Amar la alcanzó, atrapándola por el hombro; ella redobló sus esfuerzos. Pero poco después empezó a aminorar la marcha y él

pudo sujetarla firmemente, obligándola a detenerse. Kit cayó de rodillas y se enjugó la cara húmeda con el dorso de la mano. En sus ojos persistía la expresión de terror. Él se agachó a su lado y trató de calmarla palmeándole torpemente el brazo.

–¿Adónde vas? – le preguntó-. ¿Qué pasa?

Kit no contestó. Soplaba un viento caliente. A lo lejos, por el camino llano junto al río, pasaron lentamente un hombre y dos bueyes. Amar dijo:

–Era *monsieur* Geoffroy. Él, hombre bueno. Tú no tener miedo. Él trabajar cinco años en Postes et Télégraphes.

El sonido de la última palabra fue como un dardo clavado en su carne. Dio un salto.

–¡No, no quiero! ¡No, no, no! – gimió.

–¿Y sabes? – continuó Amar-, el dinero que tú dar a él no es bueno. Dinero es argelino. Hasta en Tessalit tienes que tener francos A. O. F. Dinero argelino contrabando.

–Contrabando -repitió Kit. La palabra no significaba nada para ella.

–¡Prohibido! – dijo Amar, riendo, y trató de ponerla en pie. El sol era doloroso: también Amar transpiraba. Por el momento, ella no se movería. Estaba exhausta. Él esperó un poco, le cubrió la cabeza con el *haik* y se envolvió en su albornoz. El viento recrudecía. La arena corría por la tierra llana y negra como un arroyo de agua clara.

–Llévame a tu casa -le dijo Kit, de pronto-. Allí no me encontrarán.

Pero él se negó, explicó que no había lugar, que la familia era numerosa. En cambio, la llevaría al lugar donde habían tomado café por la mañana.

–Es un café -protestó Kit.

–Pero Atallah tener muchas habitaciones. Tú poder pagarle. Con dinero argelino también. Él puede cambiar. ¿Tú tener más?

–Sí, sí, en mi maletín -Kit miró en torno-. ¿Dónde está? – preguntó, con aire ausente.

–Tú dejarlo en el café de Atallah. Él dártelo -sonrió y escupió-. ¿Ahora caminar juntos un poco?

Atallah estaba en su café. Algunos mercaderes con turbante, que venían del norte, conversaban en un rincón. Amar y Atallah estuvieron un momento hablando en el umbral de la puerta. Después la acompañaron a las habitaciones que estaban detrás del café. Eran muy frescas y oscuras, sobre todo la última, donde Atallah depositó el maletín y señaló una manta tirada en un rincón donde podía acostarse. Mientras salía, dejando caer la cortina de la puerta, Kit se volvió hacia Amar y le tomó la cara entre las manos.

–Tienes que salvarme -le dijo, besándolo.

–Sí -contestó él solemnemente.

Amar la tranquilizaba tanto como Belqassim la trastornaba.

Atallah no levantó la cortina hasta la noche: a la luz de la lámpara vio que los dos dormían. Dejó la lámpara en el umbral y se alejó.

Poco más tarde, Kit se despertó. La habitación estaba tranquila; hacía calor. Se sentó y miró el largo cuerpo negro tendido a su lado, inerte y brillante como una estatua. Le puso una mano en el pecho: el corazón latía pesada, lentamente. Las piernas se movieron. Se abrieron los ojos, la boca se dividió en una sonrisa.

–Yo tener corazón grande -le dijo, reteniendo contra su pecho la mano de ella con las suyas.

–Sí -contestó Kit, como ausente.

–Cuando me siento bien pienso que soy el hombre mejor del mundo. Cuando estoy enfermo me odio. Digo: no sirves para nada, Amar. Estás hecho de barro -lanzó una carcajada.

De pronto, en otra parte de la casa, se oyó un ruido. Amar vio que Kit se sobresaltaba.

–¿Por qué tienes miedo? – le preguntó-. Ya sé, porque eres rica. Porque tú tener un maletín lleno de dinero. Los ricos tener siempre miedo.

–Yo no soy rica -dijo Kit, y añadió-: Es la cabeza. Me duele -liberó su mano y se la llevó a la frente.

Él la miró y volvió a reír.

–Tú no pensar. Ç*a c'est mauvais.* La cabeza es como el cielo. Siempre dando vueltas y vueltas dentro. Pero muy despacio. Cuando piensas va más rápido. Entonces, doler.

–Te quiero -le dijo Kit, deslizando un dedo por los labios de Amar, pero sabía que se le escaparía siempre.

–*Moi aussi* -respondió Amar, mordisqueándole el dedo.

Kit se echó a llorar; unas lágrimas cayeron sobre Amar, que la miró con curiosidad, meneando de vez en cuando la cabeza.

–No, no. Llorar un poquitito sí, pero no demasiado. Un poquitito está bien. Demasiado es malo. No hay que pensar en lo que ha terminado -las palabras la reconfortaban, aunque no recordaba qué era lo que había terminado-. Las mujeres pensar siempre en lo que ha terminado, no en lo que empezar. Aquí decimos: la vida es como un acantilado. Cuando subes, nunca mirar atrás, es malo.

La voz dulce seguía hablando. Finalmente, Kit se recostó de nuevo, pero seguía convencida de que era el final, de que no tardarían en encontrarla. La pondrían delante de un espejo y le dirían: «¡Mira!» Y ella tendría que mirar y se acabaría todo. El sueño negro se haría trizas; la luz del terror sería constante; un proyector implacable la enfocaría; el dolor sería insoportable, sin fin. Se acurrucó contra él temblando. Amar se acercó, la tuvo estrechamente abrazada. Cuando volvió a abrir los ojos, la habitación estaba a oscuras.

–No puedes negar a nadie dinero para comprar luz -dijo Amar.

Frotó un fósforo y lo sostuvo en el aire.

–Y tú eres rica -dijo Atallah, contando uno por uno los billetes de mil francos.

XXIX

–*Votre nom, madame.* Seguramente recuerda usted su nombre.

No hizo caso; era la única manera de quitárselos de encima.

–*C'est inutile.* No sacará nada de ella.

–¿Está usted segura de que no hay nada que indique su identidad en las ropas?

–Ninguna*, mon capitaine.*

–Vuelva al café de Atallah y mire un poco más. Sabemos que tenía dinero y un maletín.

La campanita rajada de la iglesia repicaba de vez en cuando. El crujido de los hábitos acompañaba a la monja en sus movimientos por la habitación.

–Katherine Moresby -dijo la hermana, pronunciando el nombre despacio y mal-. *C'est bien vous, n'est-ce pas?*

-Le quitaron todo, salvo el pasaporte, y menos mal que se lo dejaron.

–Abra los ojos, señora.

–Beba esto. Está fresco. Es limonada. No le hará daño -una mano le acarició la frente.

–¡No! – gritó Kit-. ¡No!

–Cálmese.

–El Cónsul de Dakar nos pide que la mandemos a Orán. Estoy esperando una respuesta de Argel.

–Ya es la mañana.

–¡No, no, no! – gemía Kit, mordiendo la almohada. Nunca permitiría nada de eso.

–Como se niega a abrir los ojos, lleva mucho rato alimentarla.

Sabía que las referencias constantes a sus ojos cerrados eran una trampa tendida para que ella protestara: «Pero si están abiertos.» Entonces le dirían: «Ah, con que están abiertos, ¿eh? ¡Entonces… mire!», y ella estaría indefensa ante la espantosa imagen de sí misma, y el sufrimiento volvería a empezar. Así, a veces veía a su lado, durante un breve instante, a la luz de la lámpara posada junto a la puerta, el luminoso cuerpo negro de Amar, pero era un Amar inmóvil en una habitación estática; el tiempo de afuera no podía entrar para modificar la posición de Amar o hacer trizas el silencio que los envolvía.

–Ya está arreglado. El Cónsul está de acuerdo en pagar el billete de la Transafricaine. Demouveau irá mañana por la mañana con Estienne y Fouchet.

–Pero necesita una custodia.

Hubo un silencio significativo.

–Se quedará tranquila, se lo aseguro.

–Por suerte, entiendo el francés -se oyó decir Kit en esa lengua-. Gracias por ser tan explícitos.

El sonido de esta frase saliendo de sus labios le pareció increíblemente ridículo y se echó a reír. No había razón para pararse: le hacía bien. Había en el centro de ella una crispación y un cosquilleo irresistibles que le doblaban el cuerpo en dos y las carcajadas brotaban incontenibles. Les llevó largo rato calmarla, porque la idea de que quisieran impedirle hacer algo tan natural y delicioso le parecía aún más divertido que las palabras que habían salido de su propia boca.

Cuando todo hubo terminado y se sentía cómoda y con sueño, la hermana dijo:

–Mañana saldrá de viaje. Espero que no me complicará más las cosas obligándome a vestirla. Sé que usted es capaz de hacerlo sola.

No contestó porque no creía en el viaje. Tenía intención de quedarse en el cuarto, acostada junto a Amar.

La hermana la obligó a sentarse, le deslizó por la cabeza un vestido tieso que olía a jabón. A cada rato le preguntaba: «Mire esos zapatos. ¿Le parece que le irán bien?» O si no: «¿Le gusta el color de su vestido nuevo?» Kit no contestaba. Un hombre la sacudió por el hombro.

–¿Quiere hacerme el favor de abrir los ojos, señora? – dijo severamente.

–*Vous lui faites mal* -dijo la hermana. Avanzaba con los otros, en lenta procesión, por un corredor lleno de ecos. La débil campana de la iglesia repicó, un gallo cantó en las cercanías. Sintió en la mejilla la frescura de la brisa, después el olor de la gasolina. Las voces de los hombres parecían pequeñas en el aire inmenso de la mañana. Al subir al autobús, el corazón empezó a latirle rápidamente. Alguien la tenía agarrada del brazo, no la soltaba ni un instante. El viento soplaba por las ventanillas abiertas, llenando el vehículo del olor acre del humo de leña. El autobús avanzaba a los tumbos y el hombre hablaba sin parar, pero ella no lo escuchaba. Cuando se detuvieron hubo un breve silencio en el que oyó el ladrido de un perro. Después la hicieron bajar, las portezuelas se cerraron con un golpe y se encontró andando por un suelo pedregoso. Le dolían los pies: los zapatos eran demasiado pequeños. De vez en cuando decía en voz baja, como para sí: «No.» Pero la mano sólida no le soltaba el brazo. El olor a gasolina era muy fuerte. «Siéntese.» Se sentó y la mano seguía empuñándola.

Cada minuto la acercaba un poco más al sufrimiento; faltaba en realidad mucho antes de que llegara, pero eso no la consolaba. El acercamiento podía ser más o menos largo; el final sería el mismo. Luchó un instante por liberarse.

–*Raoul! Ici!* -gritó el hombre que estaba con ella. Alguien la tomó del otro brazo. Siguió luchando, deslizándose casi hasta el suelo entre los dos hombres, y se raspó el espinazo contra el borde metálico del cajón de embalaje que les servía de asiento.

–*Elle est costaude, cette garce!*

Renunció a seguir luchando. La hicieron sentarse y se quedó así, con la cabeza echada hacia atrás. El súbito rugido del motor derrumbó las paredes del cuarto donde estaba acostada. Tenía delante de los ojos el cielo azul violento, nada más. Durante un tiempo interminable lo miró. Como un ruido todopoderoso, lo destruía todo en su cerebro, la paralizaba. Alguien le había dicho alguna vez que el cielo esconde detrás la noche; que protege al que está debajo del horror de lo que hay arriba. Miraba sin pestañear el sólido vacío y empezó la angustia. En cualquier momento podía producirse el desgarrón, separarse los bordes, abrirse las entrañas del abismo insondable.

–*Allez! En marche!*

Estaba de pie, la hicieron girar y avanzar hacia el viejo Junker trepidante. Cuando estuvo sentada en la carlinga, junto al copiloto, le ajustaron las correas alrededor del pecho y bajo los brazos. La operación fue larga; la observó distraídamente.

El avión era lento. Aterrizaron en Tessalit al final de la tarde y pasaron la noche en las instalaciones del aeródromo. No comió.

Al día siguiente, a media tarde, llegaron a Adrar; tenían el viento en contra. Aterrizaron. Ahora estaba muy dócil y comió todo lo que le dieron. Pero los hombres no se fiaban y le dejaron los brazos atados. Protestando, la mujer del hotelero tuvo que ocuparse de ella. Se había ensuciado.

El tercer día partieron al alba y llegaron al Mediterráneo antes de ponerse el sol.

XXX

Miss Ferry no estaba contenta con la misión que le habían confiado. El aeropuerto quedaba bastante lejos de la ciudad y el viaje en taxi, entre el calor y los baches, era penoso. Mr. Clarke le había dicho: «Tengo un trabajito para usted, mañana por la tarde. La chiflada que se perdió en el Sudán. Viene en la Transafricaine. Está enferma, o ha tenido una crisis de nervios, algo por el estilo. Mejor llevarla al Majestic.» En Argel, esa misma mañana, Mr. Evans había conseguido por fin ponerse en contacto con la familia Baltimore: todo estaba en orden. El sol se ponía detrás de los bastiones de Santa Cruz, en la montaña, cuando el taxi salía de la ciudad, pero tardaría una hora en ocultarse.

«Vieja cretina», se decía para sí. No era la primera vez que su misión oficial era ser amable con alguna compatriota enferma o en aprietos. Una vez por año le tocaba esa tarea que le desagradaba

profundamente. «Hay algo repulsivo en un norteamericano sin un céntimo en el bolsillo», le había dicho a Mr. Clarke. Se preguntó qué atracción podía tener el interior reseco de África para una persona civilizada. Ella había pasado una vez un fin de semana en Bou Saada y estuvo a punto de desmayarse de calor.

A medida que se acercaban al aeropuerto, las montañas enrojecían con el sol poniente. Revolvió en su bolso buscando un papelito que Mr. Clarke le había dado y lo encontró: Mrs. Katherine Moresby, decía. Volvió a meterlo en el bolso. El avión ya había aterrizado; era el único en la pista. Salió del taxi, pidió al conductor que esperara y corrió hacia la puerta que indicaba: *Salle d'attente.* En seguida vio a la mujer, derrumbada en un banco: un mecánico de la Transafricaine la tenía tomada del brazo. La mujer llevaba un vestido informe a cuadros azules y blancos, de esos que usaban las criadas semieuropeizadas; Aziza, la mujer de la limpieza, los compraba mejores en el barrio judío.

«Es realmente un deshecho», pensó Miss Ferry. Al mismo tiempo, observó que era mucho más joven de lo que esperaba.

Miss Ferry cruzó la pequeña habitación, consciente de sus propias ropas compradas en París en las últimas vacaciones. Se detuvo delante de los dos y sonrió a la mujer.

–¿Mrs. Moresby? – dijo. El mecánico y la mujer se pusieron de pie a un tiempo: él la sujetaba siempre del brazo-. Soy del Consulado norteamericano -le tendió la mano. La mujer sonrió vagamente y la estrechó-. Ha de estar usted completamente agotada. ¿Cuántos días han sido? ¿Tres?

–Sí -contestó la mujer, con aire desdichado.

–Absolutamente espantoso -dijo Miss Ferry. Se volvió hacia el mecánico, le tendió la mano y le dio las gracias en un francés casi incomprensible. El hombre soltó el brazo de la mujer para saludar y volvió a tomarlo inmediatamente. Miss Ferry frunció el entrecejo con impaciencia: los franceses eran a veces increíblemente torpes. La tomó con desenvoltura del otro brazo y los tres se encaminaron hacia la puerta.

–*Merci* -volvió a decir al mecánico, con un tono que quería ser definitivo.

Y después, a la mujer:

–¿Y su equipaje? ¿Ha terminado con la aduana?

–No tengo equipaje -respondió Mrs. Moresby mirándola.

–¿No? – no supo qué añadir.

–Todo perdido -dijo Mrs. Moresby en voz baja. Habían llegado a la puerta. El mecánico la abrió, le soltó el brazo y se hizo a un lado para dejarlas pasar.

«Por fin», pensó Miss Ferry con satisfacción, apretando el paso

hacia el taxi.

–¡Oh, qué vergüenza! – dijo en voz alta-. Es verdaderamente terrible, pero seguramente lo recuperará.

El chófer abrió la portezuela y entraron en el coche. Desde la acera, el mecánico las miraba ansiosamente.

–Es curioso -prosiguió Miss Ferry-, el desierto es enorme, pero en él nada se pierde -la portezuela se cerró con un golpe-. Las cosas aparecen a veces meses más tarde. No es que esto le sirva hoy de mucho, lo reconozco -miró las medias negras de algodón y los viejos y deformados zapatos marrones-. *Au revoir et merci* -gritó al mecánico, y el coche arrancó.

Ya en la carretera, el conductor aceleró. Mrs. Moresby balanceaba la cabeza lentamente, de atrás para adelante, de adelante hacia atrás, y la miraba suplicante.

–*Pas si vite!* -gritó Miss Ferry al chófer. «Pobrecita», estuvo por decir, pero le pareció que era preferible no hacerlo.

–Desde luego, no le envidio lo que acaba de pasar -dijo-. Es un viaje verdaderamente infernal.

–Sí -respondió Mrs. Moresby con voz casi inaudible.

–Claro que a algunos no les importa demasiado tanto calor y tanto polvo. Cuando regresan a sus países no se cansan de elogiar éste. Desde hace casi un año estoy tratando de que me envíen a Copenhague.

Miss Ferry se calló para mirar un autobús que pasaba atestado de nativos. Le pareció notar un vago olor desagradable que venía de la mujer sentada a su lado. «Probablemente se ha pescado todas las enfermedades conocidas.» La observó un momento de reojo y dijo por fin:

–¿Cuánto tiempo pasó allá?

–Mucho.

–¿Hacía mucho que se sentía mal? – la otra la miró-. Telegrafiaron que estaba usted enferma.

Sin molestarse en responder, Mrs. Moresby se puso a mirar el paisaje que se oscurecía gradualmente. A lo lejos se veían las muchas luces de la ciudad. «Debe de ser eso», pensó. Era eso lo que había ocurrido: había estado enferma, probablemente años enteros. «¿Pero cómo puedo estar aquí sentada y no saberlo?», pensó.

Cuando llegaron a las calles de la ciudad, los edificios, las gentes, el tráfico que desfilaban del otro lado de la ventanilla, todo le pareció natural, hasta tuvo la impresión de que conocía la ciudad. Pero había, sin duda, algo que no andaba, porque si no, debería saber con certeza si había estado ya o no.

–La ponemos en el Majestic. Estará más cómoda. Aunque no sea demasiado bueno, desde luego seguramente es mucho más confortable

que el agujero de donde viene.

Miss Ferry se rió del énfasis de sus propias palabras. «Vaya si tienen suerte algunos, todo ese alboroto alrededor de su persona», pensaba. «No a todos los meten en el Majestic.»

Cuando el taxi se detuvo delante de la puerta del hotel y el portero se acercó para abrir la portezuela del coche, Miss Ferry dijo:

–Oh, de paso, un amigo suyo, un tal Mr. Tunner, nos ha estado bombardeando meses enteros con cables y cartas. Una verdadera andanada que venía del desierto. Estaba muy preocupado por usted.

Cuando se abrió la portezuela miró la cara que tenía a su lado: se había puesto tan blanca, tan extraña, expresaba un conflicto de emociones encontradas tan violento, que temió haber dicho lo que no debía.

–Espero que no lo tome a mal -continuó, un poco menos segura de sí misma-, pero le prometimos a ese señor que le avisaríamos si conseguíamos ponernos en contacto con usted. Y yo nunca lo dudé demasiado. En el fondo, el Sáhara es pequeño. La gente no desaparece en él. No es como aquí, en la ciudad, en la Casbaa…

Se sentía cada vez más incómoda. Mrs. Moresby parecía absolutamente indiferente al portero que estaba allí de pie, a todo lo demás.

–De todas maneras -continuó-, cuando estuvimos seguros de que usted llegaba telegrafiamos a ese Mr. Tunner, y no me sorprendería que ya estuviera aquí en la ciudad, probablemente en este mismo hotel. Puede usted preguntar -le tendió la mano-. Si no tiene inconveniente, seguiré en el taxi hasta mi casa. Nuestra oficina se ha puesto en contacto con el hotel: todo está arreglado. Si pasa por el Consulado mañana por la mañana…

La mano seguía tendida; no hubo respuesta. Mrs. Moresby parecía de piedra. Su cara, ya en la sombra proyectada por los transeúntes, ya iluminada por el cartel del hotel, había cambiado tanto que Miss Ferry se asustó. Miró un segundo los ojos dilatados. «¡Dios mío, esta mujer está loca!», se dijo. Abrió la portezuela, saltó del coche y corrió a la recepción del hotel. Le llevó unos minutos hacerse entender.

Poco después, dos hombres se acercaron al taxi. Miraron dentro, después a un lado y otro de la calle; interrogaron al conductor, que se encogió de hombros. En ese momento pasó un tranvía atestado sobre todo de dockers indígenas vestidos con monos azules. En el interior, las luces parpadeaban, los pasajeros de pie se tambaleaban. Dobló en la esquina, repicando la campanilla, y empezó a subir la cuesta. Pasó delante del café Eckmühl-Noiseux, cuyos toldos restallaban con la brisa vespertina; del bar Métropole, con su radio atronadora; del Café de France, resplandeciente de cobres y espejos. Avanzó estrepitosamente, abriéndose paso entre la multitud que llenaba la

calle, giró en otra esquina e inició la lenta subida de la Avenue Galliéni. Las luces del puerto aparecieron abajo, deformadas, moviéndose en el agua tranquila. Las casas se volvieron más destartaladas, las calles más oscuras. Al entrar en el barrio árabe, el tranvía, siempre lleno, describió una amplia curva cerrada y se detuvo: era el final del recorrido.

Bab el Hadid, Fez.

* En español en el original.

** En español en el original.

*** En español en el original.

**** En español en el original.